

# ORATORIO DE RELIGIOSOS Y EJERCICIO DE VIRTUOSOS

Antonio de Guevara

**Free**ditorial 

Comienza el prólogo en el libro llamado Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos en el cual toca el autor por muy alto estilo que tal ha de ser la intención que ha de traer el monje a ser religioso: y que ha de ser su principal fin de entrar en el monasterio.

## **Nota la comparación que pone el autor**

Pone me ut signaculum supra cor tuum, canticorum VIII, cap. Dice la esposa hablando con el esposo, como si dijera: O tú que saliste del mundo y viniste a servirme en el monasterio, ante todas cosas te conviene ponerme por hito, o ponerme por blanco sobre el terrero de tu corazón, adonde asesten las saetas de tus pensamientos. Todos los que en el mundo corren sortija, o juegan a la ballesta, su principal intento es, enderezar las lanzas, y encaminar las saetas a dar en el blanco que tiran, y a embocar en la sortija que juegan: porque de otra manera, perderían la honra que pretendían alcanzar, y no alcanzarían la presea que querían ganar. Aquél hace de tu corazón terrero, y pone a Dios sobre el blanco, que todo lo que hace, lo hace por sólo su servicio, y no por otro interés alguno, de manera, que antes el tal perdería la vida, que contra su Dios cometiese una ofensa. San Agustín sobre San Juan dice: Sabed hermanos míos, que el mal o el bien de nuestra salvación no consiste tanto en las obras que hacemos, cuanto en el porqué las hacemos, de lo cual se sigue, que si el porqué fuere bueno, todo lo que hiciéremos será bueno: y si el porqué fuere malo, todo lo que hiciéremos será malo. Y porque no parezca que hablamos de gracia, probarse ha todo esto con ejemplo de la Sagrada Escritura.

## **Nota las figuras de la escritura sacra**

A todos es notorio, que el gran capitán Job mató a dos caballeros del pueblo israelítico, que se llamaban Abner y Amassa: y por otra parte San Pedro mató a Ananías y a Safira su mujer, de las cuales muertes resultó, que Job fue por aquel homicidio muerto, y San Pedro fue por lo que hizo loado: porque la intención de uno fue, tomar de sus enemigos venganza: y la intención del otro fue, desarraigar de la Iglesia la avaricia. Cuando Dios prometió al viejo Abraham, que le daría en su vejez un tan esclarecido hijo, que descendiese del redentor del mundo: rióse el viejo mucho de aquella promesa, y rióse también allá su mujer Sara, y lo que se siguió de allí fue, que la risa de Abraham fue por Dios aprobada: porque creyó lo que prometía: mas la risa de Sara fue condenada: porque burlaba de la tal promesa.

## **Más mira Dios la intención que no la obra.**

A todos es muy notorio, cuán gran pecador fue el rey Saúl, y cuán muy mayor pecador que no él fue el rey Manases: los cuales dos príncipes, no sólo de sus yerros se arrepintieron, mas aun todos sus pecados públicamente confesaron: mas al fin de la jornada, admitió Dios la confesión de Manases, porque fue verdadera: y reprobó la de Saúl, porque fue fingida. El infeliz de Judas, y el glorioso de San Pedro, ambos tuvieron a Cristo por prelado, y ambos fueron colegiales en su sagrado colegio, y aun ambos fueron pecadores, y a su señor traidores: pues el uno le vendió, y el otro le negó: mas delante el acatamiento de Dios, porque San Pedro se arrepintió, y lloró su culpa, fue perdonado: mas Judas porque desesperó de la misericordia de Dios fue condenado. Destos tan altos ejemplos podemos colegir, que de ningún mérito son todas nuestras obras, si con alguna intención santa no están aforradas: porque no es otra cosa la buena intención, sino un tenedor con que toma el señor la fruta que le ofrecemos: y una sabrosa salsa con que come lo que le damos. Sobre aquella palabra del salmo, anima mea in manibus meis semper, dice San Jeronimo. Dice el salmista que puso Dios mi alma en mi palma, es decir, que no por más dio al hombre la libertad del libre albedrío, de para que le sirviese con él de grado: porque es el señor tan enemigo de tiranía, y tan ajeno de hacer a nadie fuerza, que quiere más carecer de nuestro servicio: que no que le sirva nadie forzado.

## **Figura de los dos coronados**

Vere haec vidna paupercula pinsquam omnes in gazofilatio misit, dijo Cristo, Luce, XI, cap. como si dijera. En verdad os digo amigos, que han sido a Dios más aceptos dos cornados solos que echó en el cepo de la limosna aquella pobre vieja, que cuantos reales, ni ducados han ofrecido los príncipes de la sinagoga.

San Jerónimo sobre estas palabras dice: Mucho es aquí de ponderar, que no reprehendió el señor a los que daban al templo mucha limosna, sino que entre todos ellos loó a esta pobre: y la causa dello fue, porque los otros ricos ofrecían de lo mucho que les sobraba, mas la pobre vieja daba de lo poco que tenía, y más falta hacían a ella dos cornados, que a cualquiera de los otros dos ducados. Hilario a este propósito dice: En la pobre ofrenda desta viuda, nos muestra el señor muy a la clara, cuánto más caudal hace el de la buena o mala intención que tenemos, que no de cuántas obras por él hacemos: pues la fría intención de los ricos hizo que sus ducados no valiesen delante de Dios, sino por cornados: y la buena intención de la vieja hizo, que sus pobres cornados valiesen delante de Dios por ducados. Crisóstomo también dice: Aunque ofrezcas a Dios tu ánima y tu cuerpo, y tu vida, y tu hacienda, qué es todo ello y con ello, sino unas miajas vendidas, y unos cornados quebrados: Ya que no tenemos otra cosa que ofrecer sino miajas vendidas, y cornados quebrados, es necesario los ofrezcamos de buena gana, para que sean aceptos delante la misericordia divina: porque no habrá en Dios provechosa aceptación, sino hay en nosotros santa intención. Cuando el ángel tuvo al patriarca Abraham del brazo, para que no degollase a su hijo, y que en su lugar degolló el carnero, ni más ni menos le agradeció Dios, el desenvainar la espada, como si a su hijo cortara la cabeza: no porque en efecto lo hizo, sino porque de hecho lo quería hacer.

## **Aplícanse las figuras**

Un mancebo que dijo a Cristo que le quería servir, y aun seguir, como viese el buen señor que la intención que traía de entrar en su santo colegio, no era tanto para querer ser bien doctrinado, cuanto para holgarse, y comer de las limosnas que daban a Cristo; no sólo no le admitió a su santa compañía, mas aun le dio una desabrida respuesta. Aplicando pues lo dicho a nuestro propósito decimos, que fue su primero fin de dejar el mundo, y qué intención le trajo a ser

religioso: porque si no fue para ser mejor cristiano, y para servir más libremente a Cristo, él entró en mal punto en el monasterio. San Bernardo a Guillermo monje dice: Si tú hermano Fray Guillermo dejaste el mundo, y entraste en el monasterio, no por más de por comer los sudores de San Benito, y vivir como vives más regalado, y menos sin cuidado; no te llamaremos por cierto monje bendito, sino discípulo de Epicuro: pues engañaste la religión que tomaste, y quebrantaste la profesión que hiciste. San Buenaventura en su doctrina dice: Como la intención que tenemos sea el agua bendita con que nos santiguamos, y sea la marca con que todas nuestras obras marcamos, y aun sea el nombre que a todas ellas ponemos: si el fin porque tú hermano novicio, vienes al monasterio, es por más servir a Dios, llamarte hemos hijo de Dios: si es por otro algún respecto, llamarte hemos hijo del demonio. Hijo es del demonio el que no viene a la orden con intención de servir a solo Cristo: porque es de tan buen contentamiento el demonio, que se contenta con sólo que le sirvan, sin tener intención de le servir: mas el bendito Jesús, primero acepta la voluntad con que le servimos, que no las obras que por él hacemos.

### **Nota todo lo que sigue**

Cuando el señor dice pone me ut signaculum supra cor tuum, es avisarnos que el fin de entrar nosotros en los monasterios, ha de ser principalmente por guardar los mandamientos: y después por cumplir los consejos evangélicos: porque nadie puede en la religión ser buen religioso, si primero no se esfuerza a ser buen cristiano. Ejemplo tenemos de todo esto en el décimo capítulo de San Lucas; a do como un mancebo preguntase a Cristo, que qué haría para se salvar, y Cristo le respondiese, que guardase los mandamientos: y el mancebo le respondiese, que desde su mocedad los había guardado, añadió Cristo y dijo: Una cosa te falta y es, que vendas todas tus cosas, y las des a los pobres, y te vengas en pos de mí, y me sigas: de lo cual se te seguirá que como de antes estabas puesto en la lista de los ricos, asentarte han en el catálogo de los virtuosos. Tres evangelistas relatan esta historia, y todos tres ponen cómo Cristo mandó guardar primero los mandamientos, que no los consejos, lo cual parece claro, en que si aquel mancebo no dijera, que guardaba muy bien la ley mosaica: nunca de él se confiaran los consejos de la ley evangélica.

### **El mayor voto del mundo es ser uno cristiano**

Deben pues los prelados avisar a sus súbditos, y los maestros enseñar a sus

discípulos, a que guarden primero los mandamientos de Dios, que no los consejos evangélicos: pues voto por voto, más fuerza tiene el voto de ser uno cristiano, que no el voto de ser religioso. San Bernardo escribiendo al abad Donato dice: Aconséjote padre Abad como amigo, y mándote como prelado, que no seas con los monjes muy ceremoniático, y que de cosas ligeras no hagas gran caso, y que sobre todo hagas guardar primero el evangelio, y después lo que manda San Benito: porque ser uno monje es de voluntad, mas ser cristiano es de necesidad.

Mandebant cortices arborum, decía el santo Job: como si dijera. A tanta demencia y locura vinieron estos malos que dejaban de comer las frutas maduras, y comían las cortezas duras. Entonces el religioso roe el hueso y deja la caña, amasa el salvado y deja la harina, encierra el orujo y derrama el vino, y aun come la corteza y guarda la fruta, cuando hace más caso de las constituciones que su orden ordenó en los capítulos, que no de lo que Cristo mandó en sus evangelios.

Pedro Blesense escribiendo a un monje dice: Has de mirar, hermano, que primero dijo Cristo al mancebo, que con él hablaba, *serva mandata*, que no que le dijese, *vende omnia que habes*: para darnos a entender, que ante todas cosas nos conviene estar en la fe confirmados, si queremos en alguna religión ser religiosos: porque habiéndose las religiones instituido por varones santos, y para religiosos perfectos, no podrían permanecer en ella, sino los que fueren grandes cristianos. San Basilio en su regla dice: A ti monje que dejaste el mundo, y viniste al yermo, aviso y digo, que no has de emplear tanto tus fuerzas en la observancia de los consejos, como en la guarda de los mandamientos: porque el día del tremendo juicio, primero te pedirán cuenta si fuiste buen cristiano, y después te preguntarán si fuiste honesto religioso.

### **Noten esto los religiosos**

*Ibunt de virtute in virtutem: et videbitur deus in sion*, decía el profeta David: y es como si dijera. Si queréis ver al Dios de los dioses, si quierdes gozar del santo de los santos, y os de virtud en virtud, y caminad paso a paso por las obras virtuosos, hasta llegar al cabo con ellas, pues no consiste la perfección del monje en bien comenzar, sino en santamente acabar. Aquel va de virtud en virtud, que después de ser bautizado se va al monasterio, y puesto en el monasterio se aveza a ser recogido, y de recogido alcanza a ser devoto, y de devoto merece ser caritativo, y de caritativo sube a ser contemplativo, y de contemplativo para en ser varón perfecto: de manera, que la orden de ser

perfecto: tuvo principio de ser cristiano. Casiodoro sobre los salmos dice: No vaca de misterio, no decir el profeta, que irán de unas virtudes en otras virtudes, sino de una virtud en otra virtud: para darnos a entender, que el hombre que deja el mundo, y se retrae a vivir en el monasterio, no ha de pensar, que en breves días ha de ser muy virtuoso, y que en poco tiempo puede ser perfecto: porque mucho más tiempo es necesario para despegar de nosotros los vicios, que para avezarnos a ser virtuosos.

### **Muy notable sentencia es esta**

La diferencia que va del vicio a la virtud es, que la virtud naturalmente es dificultosa de aprender, y muy fácil de olvidar: mas el traidor del vicio, es muy aplazible para tomar, y muy dificultoso para dejar: porque esta nuestra carne está tan mal avezada, y es de su natural tan mal inclinada, que ni sufre trabajo, ni desecha regalo. Entonces va el siervo del señor de virtud en virtud, cuando deja atrás la soberbia y va en pos de la humildad, olvida la ira y se abraza con la paciencia, menosprecia la riqueza y ama la pobreza, y aun niega a la gula y procura la abstinencia: de manera, que cada día se va desempeorando, y cada hora mejorando.

### **Materia muy delicada toca aquí el autor**

Sicut adipe et pingue dine repleatur anima mea, decía el salmista: y es como si dijera. Oh gran Dios de Israel, yo te ruego y suplico, que con el sebo que está en la asadura, y con la manteca que está cabe mi carne flaca, engordes y untes a mi triste anima: la cual de flaca no puede arribar, y con sus grandes males se quiere morir. Es aquí de notar que el adipe de quien habla el profeta, es lo que en el animal llamamos la riñonada, y el pingüedine, es a lo que llamamos unto, o manteca: y pedir estas dos grosuras, para engrasar su anima, es pedir al señor ayuda y sabor para guardar los mandamientos, y para cumplir consejos, con las cuales dos cosas: es el anima engrosada, y con su Dios reconciliada. Oh cuan bienaventurada es el anima que con estos dos untos es untada, y con esta manteca es enlardada: porque la guarda de los mandamientos es obligatoria a todos: mas el cumplimiento de los consejos, pertenece a solos los perfectos. Por ser cristiano te pertenece el adipe, y por ser religioso te pertenece el pingüedine: de manera, que para aprovechar en la religión, y para subir a la cumbre de la perfección, no sólo has de procurar el adipe, que es lo que Cristo

manda: mas aun el pinguedine, que es lo que él aconseja. Damasceno sobre estas palabras dice. No vaca de alto misterio, que no pide el profeta a Dios el adipe, sin el pinguedine: ni el pinguedine sin el adipe: para darnos a entender, que ni ha de estar el amor de Dios sin el del prójimo, ni el del prójimo sin el de Dios: porque sobre estos dos profundos cimientos, están edificados los celestiales palacios. Aureolo sobre los salmos dice. Pedir el profeta a Dios que le dé riñonada, y que juntamente le dé con ella la manteca, es pedirle la gracia de tener santos deseos, y junto con ello tener santas obras, porque muy poco vale el adipe del desear, sino está con el pinguedine del bien obrar.

### **Las buenas obras han de estar hechas con los buenos deseos**

La guarda de los mandamientos y consejos, y el amor de Dios y del prójimo y los buenos deseos y las buenas obras fueron significados en el espíritu doblado que pidió Eliseo a Elías, y en las dos tablas en que estaba escrita la ley, y en los dos palominos del sacrificio, y en las dos vacas que llenaban el arca, y en los dos querubines del tabernáculo, y en los dos cornados que ofreció la vieja, y en el adipe, y pinguedine de que habla aquí el profeta. Reliquie cogitationum diem sestum agent tibi, dice el salmista: y es como si dijera. Eres tú tan bueno y conténtaste con tan poco, oh gran Dios de Israel, que con las reliquias de buenos deseos, te hacen gran fiesta todos los santos. No dice el profeta que los santos hacen fiesta a Dios con solos los pensamientos, sino con las reliquias que quedan de aquellos pensamientos, para darnos a entender, que no abasta traer a la religión muchos propósitos santos: si después no nos esforzamos a ser virtuosos: porque en el Apocalipsis no dice San Juan hablando de buenos y malos, cogitationes eorum, sino opera eorum sequuntur illos.

### **Notable dicho es este**

Huégase el señor con nuestros buenos deseos, como con un día entre semana, mas con las riquezas de las buenas obras se huelga como en día de pascua: y de aquí es, que el bendito Jesús sólo tres años predicó, y treinta y tres obró.

Casiodoro sobre los salmos dice. Entonces ofreces al señor las riquezas de tus pensamientos, cuando tu pensamientos paran en ejercicios santos, pues del bien pensar, viene el bien obrar, y del bien obrar sucede el bien acabar: de manera, que de nuestras primeras cogitaciones: hemos de atesorar para el

señor cada día reliquias. En el libro de la vida solitaria dice así: Entonces el monje hace fiesta al señor con las reliquias de sus pensamientos, cuando todo lo que el espíritu santo en su corazón expira, él lo pone de hecho por obra, en que si le toca el espíritu de abstinencia luego ayuna, y si de la penitencia luego se disciplina: y si el del silencio luego calla, y el de la pobreza luego se desapropria, y si el de la paciencia luego perdona: de manera, que no tiene más querer, ni no querer, de aquello que el espíritu divino le quiere mandar. San Bernardo ad fratres de monte dei dice. Así como del mal monje dice el apóstol, et thesaurizat sibi iram in die ire: así del buen monje dice el salmista, et reliquie cogitationum diem festum agent tibi: lo cual él hace y cumple, cuando cada día y cada noche, atesora reliquias de buenas y santas obras: abrazándose más con la humildad, ejercitándose más en la caridad, no quebrantando la abstinencia, ni perdiendo la paciencia, y dejándose todo a la obediencia. En las colaciones de los padres dijo el abad Sisoy.

### **Nota qué son las riquezas del buen monje**

Las riquezas de sus pensamientos ofrece el monje al señor, cuando se acuerda de los grandes propósitos que a la religión trajo, y de la estrecha profesión que en manos del prelado hizo: de manera, que siempre tiene en pie el hervor que trajo, y siempre tiene cuenta con la profesión que hizo. Colligite fragmenta, ne pereant: et collegerunt reliquias fragmentorum, dijo Cristo a sus discípulos: como si dijera. Yo he hecho lo que es en mi mano: es a saber, que he bendecido los peces, he multiplicado los panes, y he hartado a todos estos pueblos, resta ahora que vosotros cojáis todos estos pedazos que han sobrado, y recojáis las migajas que se han caído: porque más valen los regojos que sobran a mi mesa, que cuanto el mundo tiene en su casa.

En el mundo más tiene el demonio que no Dios

Mucho es aquí de ponderar, el cuidado que tiene el señor de que le cojan los mendrugos que sobraron, y de que no se pierdan las migajas que se cayeron: teniendo tanto pan perdido, y tanto trigo podrido: es a saber, tantos pueblos en manos de tiranos, y tantos reinos en poder de turcos, tanta hacienda en manos de avaros, y aun tantas dignidades en poder de hombres perdidos. Muy bien ve Cristo que le tienen los malos mucho robado, y que le tiene el demonio mucho ocupado: y que es tan poco lo que él tiene, que de un cabizapenas le cae una banega, y de la banega apenas le dan un celemín, y del celemín apenas le dan un pan, y de un pan no le cabe sino un regojo, y de aquel regojo, se le caen aun algunas migajas: las cuales él quiere que con gran solicitud se cojan, y entre

las reliquias de sus tesoros se guarden. Cuando el buen Jesús dijo, ego sum panis vitus, qué otra cosa quiso decir, sino que él era el pan vino, él era el pan verdadero: y que él era el pan eterno. Los pedazos deste pan fueron los varones religiosos que instituyeron religiones aprobadas: y las migajas destes panes son todos los religiosos perfectos: los cuales fueron escogidos de entre todos los mundanos, y puestos en los monasterios como en unos canastillos: porque no fuesen de los malos atropellados, ni de los vicios vencidos.

### **San Bruno fue Padre de los Cartujos**

San Benito, San Basilio, San Agustín, San Jerónimo, San Bruno, San Francisco, y Santo Domingo, y San Bernardo: qué otra cosa son sino unos pedazos de pan que Cristo bendijo: y qué son todos sus monjes, sino unas migajas de aquel pan desmoronadas: y en los canastillos de la religión guardadas: Así como anduvieron los apóstoles cogiendo una migaja de aquí, y otra de allí, hasta henchir sus canastillos, así anda el señor ahora entresacándonos de todos los estados, hasta que puebla los monasterios: para que mejor allí le firmamos, y que con más facilidad nos salvemos. Demento unde excideris, dijo Dios en el Apocalipsis: como si dijera. Acuérdate hermano religioso, que te sacó Dios del mundo, que te trajo al monasterio, que eres ramo de su árbol, que eres fruta de su honra, que eres flor de su harina, que eres migaja de su mesa: con las cuales migajas se pueblan las sillas de su gloria: ad quam nos perducatur Christus Jesus.

Amen.

Fin del Prólogo

### **Capítulo I**

De cuán gran merced hace el señor, al que saca de los bullicios del mundo, y le trae a la religión para servirse de él en el monasterio.

Unam petii a domino: et hanc requiram: ut inhabitem in domo domini omnibus diebus vite mee. Decía el santo rey David, y es como si dijera: Una cosa sola a ti, oh gran Dios de Israel te he pedido, y sobre ella muchas veces te he importunado: y es que todos los días de mi vida, me los dejes morar en tu casa.

El serenísimo rey David, por ser en la contemplación tan alto, y ser en las

injurias tan sufrido, dijo Dios de él hablando con el gran profeta Samuel: *Inven virum secundum cor meum*: y es como si dijera: Por la desobediencia que me tuvo he desechado al rey Saúl, a que no reine más en mi república: y en su lugar he tomado a David, que es tal cual mi corazón deseaba. Muchas cosas tenía Dios que poder dar al rey David, y muchas cosas podía pedir David a Dios: y no le querer rogar, ni tampoco pedir sino una cosa, de creer es que debía ser ella muy grande y muy buena: porque Dios nuestro señor, ni sabe dar poco, ni aun quiere que le pidan poco. Pues el corazón de David está concertado con el corazón de Dios, y el corazón de Dios está concertado con el de David: si atinamos a lo que el uno pide, y a lo que el otro concede, por allí podremos atinar, qué es lo que hemos a Dios de pedir, y qué es lo que él nos querrá fácilmente conceder.

A este propósito dijo Dios a Marta: *Turbaris erga plurima: porro unum est necessarium*: y es como si dijera: Si tú, oh Marta, puedes alcanzar a saber, qué es lo que más conviene a tu ánima, y lo que yo doy de mejor gana, sola una cosa me pedirías, y con sola ella te contentarías: porque el desear como deseas muchas cosas, te causan andar turbada, y te traen muy cansada. Pues el rey David no pide a Dios más de una cosa, y tampoco nuestro Dios no aconseja a Marta, que procure sino sola una cosa, justa cosa es, recojamos todas nuestras peticiones a una: pues della depende todo el bien de nuestra vida. Mucho es de notar, que no pide David a Dios que le dé riquezas, aunque estaba pobre, ni le pide el reino aunque se le tenía Saúl: sino que solamente pide, le deje morar en su santa casa: adonde con más quietud y reposo le sirva. Oh demanda gloriosa, oh petición bienaventurada, la que el rey David pedía: pues que siendo rey de Israel, electo por Dios, ungido por Samuel, recibido por el pueblo, y temido de todo el mundo, huelga de lo dejar, y para siempre lo renunciar: con tal que le dé el señor un rincón de su casa, adonde mejor le pueda servir y de las ocasiones del mundo se pueda apartar. La casa que él pedía y el rincón porque él suspiraba, no era la casa de Aminadab, adonde estaba el arca santa: ni era la de Jericó que estaba descomulgada, sino la casa de orden y religión: adonde suele el señor a los sus escogidos tener, y a los sus muy regalados depositar. Así como en el arca de Noé había mansiones que eran cámaras anchas, y había mansiúnculas que eran cámaras estrechas, así en la Iglesia de Dios hay mansiones muchas que es el estado del pueblo, y hay también mansiúnculas que es el estado religioso y recogido: y en este tal absconde Dios a los varones de mucha perfección, y a los de alta contemplación.

En las vidas de los padres dijo un monje al abad Panucio: ¿Qué haré padre santo, que no me puedo valer con el mundo que me halaga, y con la carne que me tienta, con el demonio que me engaña, y con el yermo que me espanta? A esto le respondió el santo viejo: Así como el hombre rico echa el dinero que es de bajo precio en lo ancho de la bolsa, y lo que es de oro fino lo guarda en el

bolsico estrecho: así nuestro señor a los que son flacos e imperfectos los deja en el mundo, y a los que son perfectos y virtuosos los trae a la aspereza del yermo: de manera, que por el estado en que Dios nos pone, podemos conocer el poco o mucho amor que nos tiene. San Basilio en su antigua regla decía: Es el señor tan amigo de los que quieren su amistad, que desde el principio del mundo acostumbra sacar a los suyos del mundo: así como a Abraham que le sacó de Caldea, a Jacob de Siria, a Ruth de Moab, a Moisés de Egipto, a David de Babilonia, a Elías de Samaria, y aun al gran Bautista de Judea. ¿Qué otra cosa pues es traer Dios a la religión a uno, sino sacarle de los peligros en que podía ofenderle, y darle su gracia para servirle? Dime yo te ruego, ¿cuándo viste tú que hiciese Dios merced a alguno de algún notable beneficio: que primero no le apartase de los bullicios del mundo, o que no le llevase al yermo, o le metiese religioso? Diez días antes de Pentecostés hizo Cristo a sus discípulos estar a manera de religiosos, retraídos en un lugar alto, solo, y cerrado, orando, y ayunando, y esperando lo que les había prometido: de manera, que primero los metió frailes en el alto senáculo, que enviase sobre ellos el espíritu santo. Desde la hora que Cristo recibió apóstoles y discípulos, siempre andaban con él juntos, dormían juntos, comían juntos, y moraban juntos: de manera, que ver a Cristo con sus santos apóstoles, era ver a un abad con sus monjes, o a un prior con sus frailes.

Luego que murió Cristo, depuraron los apóstoles en Jerusalén un lugar apartado a manera de monasterio: ado todos los fieles se juntaron a recibir los sacramentos, y a hacer los oficios divinos: y allí era, do en secreto se bautizaban, y a los pies de los apóstoles todo cuanto tenían ofrecían. Poco después que los apóstoles murieron se levantó la orden del gran Basilio, obispo que fue después de Cesarea: el cual edificó en Escitia un gran monasterio, y fue el primero que de monjes hubo en el mundo: en el cual puso tres mil monjes que morasen, y les dio regla que guardasen. En aquella orden de San Basilio fue monje el gran Origenes y Heromancio, y Pánfilo, y Arsenio, y Panucio: los cuales todos fueron muy ilustres en las letras, y muy aprobados en las vidas. Ya que la orden de San Basilio se iba resfriando, vino el glorioso San Benito, e instituyó otra orden monacal de nuevo: en la cual fueron monjes el glorioso Gregorio, y el santo [Iir] San Mauro, y con ellos otros varones santos: por cuyos consejos se gobernó la Iglesia de Dios grandes tiempos. Desde ha poco tiempo vino el glorioso Augustino, e instituyó una nueva orden en el desierto de África, no lejos de la ciudad de Roma: ado el con ellos y ellos con él guardaban la regla apostólica, dando todo lo que tenían a los pobres, y siendo entre ellos las cosas comunes. En esta edad y tempestad se levantó en los desiertos de Egipto el glorioso Jerónimo: el cual en el sepulcro santo hizo un monasterio, ado con sus monjes hacía tan áspera y tan estrecha vida, que parecía más angelical que humana.

Después desto en el año del señor de mil ochenta y cuatro, se levantó el santo varon Bruno, maestro en Teología, y natural de Colonia: el cual instituyó la orden que se llama de la Cartuja: la cual en el recogimiento y abstinencia, tiene el principado entre todas las de la Iglesia católica. En lo postrero ya de la postrera edad, levantó Dios a los dos muy gloriosos santos San Francisco y Santo Domingo; los cuales a manera de dos lumbreras del cielo, y de dos columnas del templo, la Iglesia de Dios sustentan, y con sus doctrinas alumbran. También en la vieja ley tuvieron una manera de religión, que llamaban nazarenos: los cuales no se cortaban los cabellos, no bebían vino, prometían ciertos votos, y ofrecían particulares sacrificios: por manera, que a los que nosotros llamamos ahora religiosos, llamaban ellos nazarenos. Del mesías prometido en la ley, que fue Cristo nuestro Dios, dijo el profeta, qui nazarens vocabitur: como quien dice, llamarle han religioso. Cuando Moisés recibió la ley, y cuando David fue en rey ungido, y cuando Elías fue del ángel recreado, y cuando Eliseo recibió el espún doblado, y cuando san Juan mostró a Cristo con el dedo: por ventura no moraban todos estos en desiertos apartados, a manera de religiosos santísimos: La virtuosa viuda Judith, a manera de una monja muy recogida estaba escondida en lo más secreto de su casa: cuando el señor le dio su gracia, y después cortó a Holofernes la cabeza: A la sagrada virgen sin mancilla, no la halló por ventura el ángel encerrada en su casilla: cuando para madre de Dios fue elegida: Santa Isabel, madre del gran Bautista, no estaba por ventura en la alta montaña de Judea apartada: cuando de la madre de Dios fue visitada y saludada: Ana profetisa, no estaba por ventura en el templo sola y orando: cuando mereció ver cómo ofrecía a Cristo: Ducam illa in solitudinem: et loquar ad cor eius, decía Dios por Osee, profeta en el II cap. y es como si dijera: El ánima que tengo yo predestinada para mi gloria, y que tengo voluntad de comunicarle mi gracia, lo primero que haré será, sacarla de las ocasiones del mundo, y llevarla a un lugar muy solitario: ado solos y a solas, revelaré lo secreto de mi corazón, a solo su corazón.

San Bernardo sobre estas palabras dice: Por señas y por palabras habla Dios a muchos, mas en lo íntimo del corazón habla Dios con muy pocos: porque para mí tengo creído, que no habla Dios de corazón, sino a los que le aman de corazón.

Oh bienaventurada ánima, la cual llama Dios al desierto de la religión, y a la cumbre de la perfección: porque allí es objeto, ado tú depositas a los tus escogidos: para que con devoción te sigan, y con todo su corazón te sirvan.

San Jerónimo sobre José profeta dice: Poco aprovecha hermanos míos, que nos hable Dios a la oreja para oírle, ni a los pies para seguirle, ni a los ojos para mirarle, ni aun a la boca para loarle, sino nos habla al corazón para amarle: porque jamás amaré a Dios de corazón, el que no le tiene en su

corazón.

Entonces habla Dios al corazón del buen religioso, cuando le saca de las tempestades del mundo, y le da gracia para que preserve en el monasterio: porque allí más que no en otra parte puede guardar su cuerpo en limpieza, y conservar su corazón en pureza.

San Anselmo también dice: Hágote saber hermano mío monje, que aprovecha muy poco, habernos traído Dios al desierto del monasterio, si primero no dejamos muy de corazón todas las cosas del mundo: porque ya habrás visto por experiencia, que más daña que aprovecha, el consentirnos sacar alguna muela, si dentro de las encías dejamos escondida alguna raíz podrida. Aquél deja en las encías alguna raíz podrida, que aún no ha de sí desarraigado toda la codicia humana: sino que cada día está llorando el cautiverio que eligió, y suspira por la libertad que pidió: diciendo que no es para él tan estrecha vida, y que si tal pensara nunca monje fuera. Al monje que le pesa de haberle traído el señor a la religión, no es de creer que con el tal habla el señor de corazón: porque la soledad que siente, y la tristeza que padece, no se la causa el hábito religioso que trae, sino la poca devoción que tiene. El monje que dejó el mundo de corazón, y está en la religión de corazón, y obedece a sus mayores de corazón: a éste y no a otro habla el señor de todo su corazón, que a los otros que son absolutos en lo que dicen, y disolutos en lo que hacen: ni de corazón el señor los habla, ni aun con buenos ojos los mira. Tornando pues al primer tema, cuando David decía, unam petii a domino: esta es la casa en que él deseaba morar, y esta es la merced que él deseaba alcanzar; porque no es pequeño don de Dios, ponernos él en compañía de santos religiosos, y que seamos del número de sus escogidos. Gran consolación es para el siervo del señor, haber él dicho y jurado, que ado estuviesen dos buenos juntos, él sería el tercero, y ado estuviesen tres, él sería el cuarto: de lo cual podemos inferir, que mora Dios en los monasterios bien ordenados, pues allí moran y sirven al señor muchos religiosos perfectos. No vaca de alto misterio, que no se obligó Cristo de residir con todos los que estaban juntos, sino con los que en su nombre estaban allegados: pues dice congregatiin noiemeo: para darnos a entender, que ado el prelado es desbaratado, y ado el monasterio está mal ordenado, no mora en la tal congregación Cristo. Ni por esto que aquí decimos, te debes cansar de no ser bueno y virtuoso: diciendo, que te cupo en suerte morar en un monasterio desbaratado: porque no hay en el mundo monasterio tan desconcertado, que no tenga el señor allí puesto algún religioso celoso y virtuoso: al cual tú debes seguir y sus pisadas imitar: porque la manera del bien vivir de uno sólo se puede tomar.

En el libro de la vida solitaria, es aconsejado al siervo del señor, que todas las veces que se levantara y acostara diga: Inmensas gracias te hago, oh buen Jesús: porque me criaste, porque me redimiste, y porque al estado de la

religión me trajiste, dejando como dejaste a muchos en el mundo: los cuales por ventura te sirvieran mucho mejor, que no yo te sirvo en el monasterio. Del glorioso abad Arsenio se dice en las vidas de los padres, que cada año celebraba el día que el señor le sacó del mundo, y tomó el hábito en el yermo: y la fiesta que celebraba era, comulgar aquel día, dar a tres pobres limosna, comer alguna legumbre cocida, y consentir que entrasen todos los monjes en su celda. Si los hijos de Israel celebraban el día que Dios los sacó de Egipto: ¿por qué tú hermano, no celebrarás el día que te sacó del mundo: pues es muy mayor beneficio, haberte el señor traído a la religión, que no haberlos llevado a ellos a la tierra de permisión? Séneca a este propósito dice: La cosa que más ha de procurar el hombre sabio es, un lugar recogido, y una familia honesta: adonde nadie le dé enojo, y adonde viva con reposo; porque a mi parecer, no tiene ya más que desear que en esta vida, el que mereció hallar compañía virtuosa. En las colaciones de los padres decía el abad Panucio: Tres cosas tengo siempre en mi memoria, y de que hago conmemoración cada día: es a saber, del bautismo que tomé como cristiano, y de la profesión que hice como religioso, y del discedite a me maledicti que dirá Dios en el juicio: adonde me pedirán cuenta, no sólo de los males que hice, mas aun de los bienes que dejé de hacer.

## Capítulo II

De cómo los varones perfectos es de creer que son de Dios escogidos: y que acerca del señor es muy gran pecado, no le agradecer el haberle hecho religioso.

Videte ne in vacuum gratiam dei recipiatis, decía el apóstol escribiendo a los corintios en el cap. VI, y es como si dijera: Mirad hermanos míos, que no recibáis la gracia de Dios en vano: porque sería caer en uno de los mayores pecados que se podían cometer en este mundo. Como sea verdad que cuando Dios nos da su gracia, nos da el mayor don que nos puede dar en esta vida: entonces pues recibe el hombre la gracia de Dios en vano, cuando no le hace gracias por tan alto beneficio. Aquel recibe también en vano la gracia, que no la emplea a voluntad del que le hizo la merced della: porque las gracias y mercedes que el señor nos da, más valdría no las recibir, que dejarlas después enmohecer y perecer. Aquel deja la gracia de Dios enmohecer y perecer, que ni sabe con ella al señor servir, ni quiere a sus hermanos con ella aprovechar: sino que es como el caballo hermoso que se manca, o como el árbol que carga de flores y después no da fruta.

San Bernardo a los monjes de monte dei dice: Entonces el monje recibe la

gracia de Dios en vano, que no se acuerda, en cómo le sacó Dios de los peligros del mundo, y le trajo para servirse de él en algún monasterio: porque es este beneficio tan alto y tan meritorio, en que así como en el agua de cristianos nos bautizamos, así en la sesión de religiosos nos regeneramos. Entonces el monje recibe la gracia de Dios en vano, cuando quiere así vivir en el monasterio, como vivía allá en el mundo: y las libertades que tenía allá, las quiere tener acá: y del tal y contra el tal dice el señor, que se guarde de hacer su casa de oración, casa de contratación. Debe pues el siervo del señor mirar mucho lo que toma antes que lo tome: y mirar si viene a la orden por voluntad, o por necesidad: porque todas las religiones del mundo, como fueron instituidas por varones santos, no son sino para personas santas. El monje que osare vivir en la orden como profano, y que todavía tiene resabio o cosas del mundo: téngase el tal por dicho, que sino se quiere ir a la mano, le verán al fin apostatar del monasterio. Querer alguno en la orden ser más exento y privilegiado que los otros, así en comer otros manjares, como en nunca entrar en comunidades aunque lo pueda por algún tiempo hacer, no lo ha al fin la religión de comportar: porque si la mar no puede sufrir cuerpos muertos, mucho menos sufrir a la orden a hombres desordenados. La vida de los siervos del señor, por eso se llama orden: porque han de estar allí todas las cosas bien ordenadas, y por eso se llaman religiosos, para que estén en sus monasterios religados: porque a vivir de otra manera, no será orden sino desorden: ni será monasterio de religión, sino casa de confusión.

Preguntado por Dios el profeta Jeremías: en el cap. XXIV, qué era lo que veía, respondió: Video sicus bonas, bonas valde: et sicus malas, malas valde: y es como si dijera: Veo señor dos puertas de higos que están a la puerta del templo, y a la hora que las gusté, hallé por experiencia, que los buenos higos eran tan dulces, que no me podía dellos hartar, y los otros eran tan amargos, que aun no los osaba probar: de manera, que todos tenían un color, mas no todos un sabor. Desta tan alta figura se puede colegir, que no hay cosa mejor, que es el monje que guarda su religión, ni hay cosa en el mundo tan mala, como el que niega a su profesión: porque el monje desbaratado y renegado, discípulo es del demonio y no de Cristo. Aquel niega su religión, y reniega de su profesión: que habiendo tomado algún santo hábito, retiene toda vía en sí algunos resabios del mundo, y algunas particularidades de liviano: de manera, que por una parte se precia y autoriza del hábito religioso, y de la otra vive como un profano. Dime yo te ruego, por qué los seglares de que nos topan se encomiendan en nuestras oraciones, nos quitan los bonetes, nos besan las manos, y nos hacen tantos acatamientos: sino porque piensan que somos unos santos, y que mediante nuestros méritos, esperan ellos ser salvos: Si los del mundo vieses cuán distraídos traemos los pensamientos, y cuán vagamundos nos andamos por los monasterios: ¿crees tú hermano que nos darían lo que nos dan, y nos tendrían en lo que nos tienen? Guardarse debe pues el siervo del

señor, de no ser de los higos malos que vio Jeremías: los cuales tenían el parecer bueno, y el gusto tenían amargo: porque en caso de ser el monje recogido y virtuoso, más vale serlo y no parecerlo, que parecerlo y no serlo. Mucho es de ponderar, que todas las que vio Jeremías eran unas, todas parecían encanastadas, y todas estaban a la puerta del templo, mas no todas tenían un gusto: de lo cual podemos inferir, que no consiste la perfección del monje, en llamarse religioso, ni en residir en el monasterio, ni aun en el hábito negro, o pardillo que trae, sino en la vida buena, o mala que hace. No vaca tampoco de misterio, que no se contenta Jeremías con decir, que las unas que probó eran malas, sino que dice ser valde malas: es a saber, además muy malas: para darnos a entender, que el monje que una vez se determina de poder la vergüenza, y posponer la conciencia, no hay en el mundo maldad y traición que no haga. Oh buen Jesús, oh amores de mi alma: plega a tu fama bondad y clemencia, que pues tuviste por bien de encanastarme en la sera de la religión, que no sea yo una podrida sino sana, no amarga sino dulce: no para echar al muladar, sino para llevar a tu lagar: ado apartado del bollego, me recibas en tu gloria por vino puro.

Como en las vidas de los padres estuviese un monje con muy gran calentura, y le viese un viejo pedir un jarro de agua fría, díjole estas palabras: Ni porque estés hijo enfermo y flaco, es justo que nos profanes ni relajés el rigor del yermo, pidiendo que te pongan a la sombra, y que te den el agua fría: porque para decirte la verdad, la doctrina del evangelio, y las libertades del mundo, nunca juntas se hallaron, ni en ningún monje se compadecieron.

San Bernardo escribiendo a un monje que estaba desconsolado dice: No me maravillo hijo Giliberto, de que estás desconsolado, sino de cómo no estas desesperado: pues me dicen que no haces sino suspirar por las cosas que dejaste en el siglo, y que no tienes envidia sino a los que están en el mundo: lo cual te imputo a gran vanidad, y aína diría que a mucha liviandad: porque de buena razón, la envidia que teníamos en el mundo a los más poderosos, ésta hemos acá de tener a los más virtuosos. Tú y otros como tú vivís muy engañados, si pensáis que por ser en la edad viejos, y en la religión ancianos andáis ya seguros, y podéis enseñar la religión a otros: porque la alteza de la perfección, y la pureza de la religión, alcánzanla muy pocos, y cómprase con muy grandes trabajos. No es culpa del señor, estar nosotros necesitados, ni el andar atribulados: pues él tiene capitulado con sus siervos, de oírlos si le llaman, y de socorrerlos si se lo ruegan: y lo que más de todo es, que siempre guarda su gran caridad, para una mayor necesidad. Cata Giliberto que las cosas mundanas, no sólo les es prohibido el procurarlas, mas aun el desearlas: porque entre los varones de alta perfección, como tú eres, a las veces peca más el corazón en lo que desea: que no peca la mano en lo que toca. Los bienes de Jericó fueron a los hebreos prohibidos, y aun descomulgados, y al triste de

Achior, hijo de Carmi porque se atrevió a tomar una ropa buena, y cierta maldita pecunia: fue luego a muerte condenado, y de todo el pueblo apedreado. Guárdate pues hermano Giliberto de los bienes de Jericó: es a saber, guardando algunos hábitos para tus regalos, o algunos dineros para tus apetitos: porque en tan enorme caso, sino fueres como Achior apedreado, serás como Judas condenado. Lo de suso es de Bernardo.

Sint lubi viri precincti: et lucerne ardetes in manibus vestris: decía Cristo a sus discípulos: luce, XII, y es como si les dijera: Si queréis ser discípulos míos seguirme y servirme, conviene que os ceñáis muy justo, y que tengáis una candela encendida en cada mano, como los que esperan a su señor que vendrá de súbito. Conforme a este consejo Elías en el desierto, San Pedro en la cárcel, San Pablo en Éfeso, y Cristo en el cenáculo, aunque estaban mal vestidos, andaban bien ceñidos: para darnos a entender, que los verdaderos siervos de Dios, por afrentas que les hagan, ni trabajos que les vengán, nunca han de aflojar en lo que empezaron, ni se resfriar en lo que tomaron. Qué otra cosa es mandarnos el señor, que andemos arropados y ceñidos: sino que en las cosas de su servicio no seamos flojos ni tibios. La ropa que anda bien ceñida y apretada, es provechosa, y no airosa: quiero decir, que el novicio que viene a servir al señor debe en los principios mucho encogerse, y mucho recogerse: porque entonces diremos con verdad que se ceñe justo, cuando procura de ser justo.

San Anselmo sobre estas palabras dice: La ropa que está bien ceñida y bien apretada, ni estorba el andar, ni ocupa tanto lugar: quiero por lo dicho decir, que debe ser el siervo del señor tan honesto en lo que hace, y tan sincero en lo que dice, que ni se arrepientan los que le dieron el hábito, y loen todos a Dios de cómo vive en el monasterio. No vaca de misterio, el no mandarnos Cristo ceñir los pies, ni la cabeza, que son las extremidades del cuerpo, sino solamente las renes, que están sitas en el medio: para darnos a entender, que ni en el comer ni en el vestir, ni en el conversar no seamos extremados, sino que tomemos en todas las cosas los medios: porque de monje extremado, no se puede tener buen concepto.

Sobre estas palabras de sint lumbi uti pcincti, dice San Gregorio: ¿Qué otra cosa quiso el señor mandar en mandarnos que ceñésemos los lomos, sino que de pies a cabeza fuésemos limpios y castos: para comer el cordero pascual, se ceñían los hebreos los lomos, mas tú hermano para llegarte al altar, no te has de ceñir sino los pensamientos? porque tan limpio y tan casto ha de vivir el siervo del señor, que ni de su boca se oía torpedad, ni en su corazón se piense maldad.

San Agustín a este propósito dice: Aquel con verdad tiene ceñidas las renes, que de conservación de mujeres quita las ocasiones: porque de mí confieso y

digo que en caso de castidad, nunca más virtud en mí hallé, de cuanto de las ocasiones me aparte. Oh buen Jesús, oh amores de mi alma, si San Agustín confiesa no poder ser casto, sino cuando se veía apartado, y desocasionado: qué haré yo triste de mí, y cómo seré yo limpio, metido y cahondado en todas las ocasiones del mundo: Debe pues el siervo del señor guardarse mucho de no andar desabrochado y desceñido: es a saber, flojo y desapercibido, y descuidado, en lo que toca a ser limpio y casto: porque en caso de castidad, no menos ha de estar de si mismo sospechoso, que vivir del demonio recatado. Conviene nos estar ceñidos y receñidos, cogidos y aun recogidos, para ser verdaderamente castos y limpios: pues para cada vicio no hay más de un tentador sólo, mas para el de la castidad son todos los tentadores a una: porque los ojos pecan visu, la lengua locutione, el demonio cogitatione, el corazón consensu, y la carne delectatione et opere. No vaca tampoco de misterio, el habernos primero de ceñir las ropas, que no tomar en las manos las candelas encendidas: en lo cual se nos da a entender, que de tal manera dejemos atadas y aun anudadas las riquezas y vanidades del mundo, que ni ellas nos puedan en la orden seguir, ni nosotros las tornemos al mundo a buscar. ¿Qué otra cosa son las candelas encendidas en las manos, sino las obras santas y virtuosas que hacemos? Así como es uno el que tiene la candela, y otro el que con ella se alumbra, así es una cosa la persona religiosa, y otra la buena obra: la cual no sólo aprovecha al que la hace, mas edifica al que la mira.

San Crisóstomo a este propósito dice: Así como no carece de pecado el que es ocasión que otro peque, así no carece de mérito el que es causa que otro merezca: porque conforme a lo que dice el salmista, *particeps sum omnium timentium te*: muy gran presente tenemos en el bien que se hace, cuando nosotros somos ocasión que el tal bien se haga.

San Fulgencio sobre estas palabras dice: Mandarte Cristo que primero ciñas los lomos, y que después enciendas las candelas: es decir clara y abiertamente, que primero te apartes del mal, y que después pongas por obra el bien: porque según la experiencia nos enseña, ninguna tierra o campo quiere dar fruto, si primero de la grama y ortigas no está alimpiado.

San Agustín dice: Nunca Dios nos da sus grandes bienes, hasta que de raíz arranque nuestros males, y ni crece más sus mercedes, de cuanto se van disminuyendo nuestras poquedades: de manera que nunca aquellos se acaban, hasta que éstos del todo fenezcan. También es de advertir, en que no dice Cristo que tengamos en las manos una sola candela, sino muchas candelas: para avisar y aconsejar al verdadero monje y siervo del señor, que pues son inmensos los beneficios que de mano del señor reciben, sean también muchos y muy muchos los servicios que hagan. No carece también de misterio, el mandarnos Cristo, que nosotros tengamos las candelas en nuestras propias manos encendidas, y que ni las pongamos en candeleros, y que ni las tengan

otros por nosotros: para darnos a entender, que más nos valiera no haber venido al monasterio, si en él no nos enmendamos, y obras de buenos monjes no hacemos. Del glorioso bautista dice la escritura sacra, que era candela que siempre ardía, y que siempre alumbraba: para darnos a entender, que tal y tan bueno ha de ser el varón religioso y virtuoso: que ni le falte cera de buena vida para arder, ni halle en el pasillo de pecado que despabilar. No es candela encendida sino muerta, el monje que no tiene otra cosa de monje sino el escapulario, y la cogulla, y el hábito, y la cuerda; de lo cual no se debe nadie pronunciar, ni menos vanagloriar: porque delante del señor tiénese en poco el no ser más de monje, y tiénese en mucho el ser buen monje. La condición de la candela muerta es, que se pierde el pasillo de que se hizo, ocupa el lugar adonde está puesta, no alumbrá a los que la miran, y hieden las manos de que la tocan: de manera que cuanto la candela estando encendida alegra tanto de que está muerta es asquerosa. Todas las condiciones del cirio muerto, tiene en sí el monje indevoto y vagamundo: el cual come lo que los otros ganan, ocupa el lugar de un bueno, es pesado a todo el convento, no hace cosa de buen religioso, y anda como asombrado por el monasterio: de manera, que va el tal a trabajar a las once, y quiere ser de los primeros en la paga.

San Anselmo en una homelía dice: Las vírgenes que no tenían las lámparas encendidas, no merecieron entrar con el esposo en las bodas: y así el hombre que no hace lo que debe como cristiano, o que no cumple lo que prometió como religioso, se debe el tal tener por dicho, que en la hora postrera no se hallará entre los que fueron convidados, sino entre los que se quedaron burlados. Oh cuánta merced hace el señor, al que de su mano le sacó del mundo, y le dio gracia para ser religioso: porque en el estado religioso vive el monje más seguro, anda en todo más contento, cae mucho más raro, levántase muy más temprano, y aun arrepiéntese más presto. Sea pues la conclusión de todo, que al que debajo del hábito religioso viéremos ser soberbio, ambicioso, carnal y malicioso: podemos con verdad del decir, que es Satán entre los hijos de Dios, Satán entre los israelíticos, Saúl entre los profetas, y aun Judas entre los apóstoles.

### **Capítulo III**

De cómo el siervo del señor entonces va por el camino que debe, cuando no hace lo que quiere: y de cómo en tal caso, el errar es el verdadero acertar.

Cum non facis vias tuas: et non invenitur voluntas tua, tunc delectaberis coram domino: dijo Dios por Isaías en el cap. LVIII. Cuando tú oh Israel, no haces lo

que querrías hacer, ni vas por el camino que tú querrías ir, entonces irás por carreras seguras, y delante de Dios serán tus obras aceptas. Tres caminos hay que son reales y generales: el primero es de Dios que va derecho al cielo: el segundo es del demonio, y éste va al infierno: el tercero es el del hombre, y éste va al mundo: y del mundo al pecado, y del pecado al infierno: de manera, que es muy gran indicio de ir un hombre perdido, cuando le vemos caminar por su querer propio. El camino de Cristo es caridad, el del demonio es malignidad, el del mundo es vanidad, y el de la carne es torpedad: por eso ve tú hermano cuál destes caminos quieres eliminar, y por cuál dellos quieres caminar: porque tal cual fuere el camino que llevares en la vida, tal será la posada adonde parares en la muerte. Séneca en el libro de ira dice: Cuatro cosas hay que al corazón del hombre son muy dulces para amar, y trabajosas para dejar: es a saber, la tierra adonde es criado, la riqueza que ha allegado, la honra que ha alcanzado, y el amigo que ha tenido. Cosa es trabajosa dejar hombre su tierra propia, e irse a morar a tierra extraña: mas este trabajo sufriólo el patriarca Abraham y su nieto Jacob, el viejo por voluntad, y el mozo por necesidad. Trabajosa cosa es dejar el hombre el estado que tiene, y caer de la honra que mantiene: mas este trabajo y desconsuelo sufriólo el cónsul Cincinato, y el gran emperador Diocleciano: el uno de los cuales dejó el consulado, y el otro renunció el imperio. También es cosa penosa dejar hombre la riqueza que allegó, y la hacienda que heredó: mas este trabajo y desconsuelo sufriólo Sócrates en Atenas, y Demóstenes en Tinacia: el uno de los cuales dio cuanto tenía a un templo, y el otro lo echó en la mar todo.

Aplicando lo dicho a lo que queremos decir, es el caso, que el trabajo verdadero y esencia del religioso no consiste en alejarse de su tierra, ni en dejar su riqueza, ni aun en apartarse de su compañía: porque al fin al fin, cada una destas cosas la costumbre las olvida, y el tiempo largo las cura. El intolerable y continuo, y espantoso trabajo del monje es, el negar cada hora a sí mismo, y el no poder hacer el su querer propio. San Gregorio sobre el Ezequiel dice: Entre todas las lágrimas que lloramos, y entre todos los sacrificios que ofrecemos, no hay a Dios sacrificio tan acepto, como es el del que sacrifica su corazón propio: lo cual hace y cumple, cuando niega a la sensualidad lo que le pide, y sigue a la razón en lo que le demanda. Solve calciamentum de pedibus tuis: terra enim in qua stas sancta est: dijo Dios a Moisés Exodi V. Y es como si dijera: Si has gana de me oír, y tienes voluntad de me hablar, deja ahí los zapatos, y llégate acá con los pies desnudos: porque hombre que está calzado, no puede hablar conmigo. A la sazón que dijo Dios esto a Moisés estaba metido en una zarza, y la zarza hasta más no poder ardía: de manera, que en quitándose los zapatos, se había Moisés en el fuego de quemar, o en las espinas se lastimar.

San Agustín dice: Qué otra cosa son los zapatos que se hacen de algún animal

muerto, sino nuestro bestial apetito, y el nuestro querer propio: Aquél tiene los pies calzados que se va en pos de sus apetitos: y aquél los tiene descalzos, que los tiene a la razón sujetos: y de aquí es, que nadie podrá verse con Dios en la zarza, si primero no se descalza su voluntad propia. ¿Qué otra cosa es la zarza llena de espinas y abrojos, sino la religión y monasterio cargado de penas y de trabajos? ¿Qué otra cosa son en la orden las disciplinas que nos dan, el recogimiento que tenemos, el silencio que guardamos, la abstinencia que hacemos, y las tentaciones que padecemos: sino unas zarzas que nos rasgan las entrañas, y unas espinas que nos pungen las carnes? O tú que vienes a la religión, has de pensar hermano mío que no vienes a vestirte ropa blanda, ni a sentarte a mesa puesta, ni a dormir en cama muelle, ni aun a morar en casa alegre: sino que viniste a vivir y aun a morir en el zarzal del monasterio: adonde no te puedas bullir, ni osar de allí salir. No vaca de alto misterio, que por entricada, por cerrada, y por lastimosa que era aquella zarza, vio el buen Moisés a Dios en ella: para darnos a entender, que cuando el demonio nos espantare en la religión, con decirnos que es una zarza áspera, le respondamos que no hay lugar adonde el señor mejor se halla, que es debajo de aquella aspereza. Créeme hermano mío y no dudes, que así como debajo del hueso está la caña, debajo de la cáscara está el núcleo, y que debajo de la corteza está la fruta, así debajo de la zarza y aspereza, está la perfección de la vida monástica: porque en la celda del monje regalado tarde o nunca toparás a Cristo. No halló Abraham al ariete sino entre las espinas, ni vio Moisés a Dios sino entre las espinas, ni murió Cristo en la cruz sino entre las espinas: ¿y quieres tú hermano traer en la religión ropas delicadas, y comer cosas regaladas? San Basilio, y San Benito, y San Agustín, y San Jerónimo, y San Francisco, y Santo Domingo: ¿no se criaron por ventura entre estas zarzas y espinas, como unas rosas preciosas y odoríferas?

San Bernardo en sus meditaciones dice: Oh buen Jesús, oh amores de mi alma, y cuántas veces yo te busqué en la celda, y en el claustro, y en la huerta, y aun en el coro: y después de muy buscado, te hallaba en el monte tras un tomillo, o tras un cardillo: Quien te quiere pues hallar y gozar, búsqüete sobre la yedra con Jonás, cabe el junipero con Elías, entre las zarzas con Moisés, y entre las espinas con Abraham; porque tu morada es en el lugar solitario, y tus placeres son con el corazón lloroso y atribulado. No vaca tampoco misterio, que el zarzal en que Moisés vio a Dios, y Dios vio a Moisés, aunque en unas llamas ardía, no por eso hoja ni espina de él se quemaba: para darnos a entender, que el siervo del señor que tiene en sí algún fuego de devoción, o algún ardor de contemplación, ni traerá el cuerpo cansado, ni aun el corazón atribulado. Así como a Moisés no le espantó la soledad del desierto, ni la braveza del fuego, ni la aspereza del espino, sino que en llamándole Dios se descalzó, y se fue para allá derecho: así a ti hermano no te debe espantar el rigor del monasterio, ni la obediencia del prelado, ni la soledad del recogimiento: pues allende de

hallar allí a Cristo, allí te enseñarán a cómo has de salir de Egipto: y venir en el desierto. También has de mirar hermano, que solo y descalzo llegó Moisés a hablar con Dios en el zarzal, o espino: para darte a entender, que si quieres hallar en la religión a Cristo, has de venir solo de las cosas del mundo, y has de andar descalzo de tu querer propio.

Hugo de arra anime dice: Trabajo es dejar las cosas del mundo, mas muy mayor trabajo es, irse hombre a la mano en el monasterio: porque es el hombre tan amigo de hacer lo que quiere, y de probar lo que puede: en que si son los ojos difíciles de cerrar, es el corazón muy más difícil de encerrar. Oh tú que vienes a la religión, debes contigo pensar que debes vivir en ella muy honesto, muy reformado, y muy guardado: porque en las religiones bien ordenadas, bien se sufre que entren en ellas grandes pecadores, mas no se permite cometer allí grandes pecados. Muy grandes pecados comete, el que no se acuerda para qué a la religión fue llamado, y ni hace caso de lo que tiene a Dios prometido: sino que está sin cuidado, y tan flojo se anda por el monasterio, como se anda un hombre mundano en las plazas del mundo. Dime yo te ruego, ¿si cuando viniste del siglo al monasterio, no sabías lo que tomabas, para qué lo tomabas? Si supiste lo que tomabas, y sentiste lo que prometías: di sementido porqué no lo guardas: No te corras hermano monje por llamarte sementido, pues tú no tuviste consciencia, de quebrantar lo que a Dios habías jurado: porque en las divinas letras, cual es la vida que cada uno hace, tal es el nombre que le ponen. En el libro de la vida solitaria dice así: Qué otra cosa es mandar Dios apedrear al que cogió unas cerojas el día de fiesta en tierra de promisión: sino el monje que peca en su monasterio, y casa que es tierra santa, y a Dios consagrada: lo que era venial allá en el mundo, se le ha de contar por sacrilegio en el monasterio: Si vienes pues hermano mío a la religión, para te enmendar, y para te reforzar, conviénete lo primero negar, y aun renegar de tu voluntad propia: porque en la orden no se puede llamar monje perdido, sino el que se rige por su seso propio. San Jerónimo sobre aquellas palabras de si quis vult post me venire dice: Si queremos entender bien estas palabras, hallaremos por verdad, que para seguir a Cristo, hemos de perseguir a nosotros: y para acertar su camino, hemos de errar el nuestro: y para llamarnos suyos, hemos de dejar de ser nuestros.

#### **Capítulo IV**

De los grandes engaños que hay en el mundo, y de lo que la escritura divina y humana siente de su perdición y daño.

Otra cosa ninguna, sino que no me entierres en esta tierra. Egipto y Babilonia siempre son tomados en mala parte en la sagrada escritura: y de aquel es, como Jacob rogó a su hijo, que le sacase los huesos de Egipto, hemos nosotros de rogar al señor nos saque de los peligros del mundo: adonde no podemos dejar de pecar, como en Egipto de idolatrar. Mucho es de ponderar, que el patriarca Jacob no rehusó de en Egipto vivir, y rehusó de en Egipto se sepultar: para darnos a entender, que no está el daño en que vivamos en el mundo como huéspedes, sino en elegir en él sepulturas como naturales: porque el buen cristiano tan de camino ha de vivir, y tan prestado ha de tomar las cosas del mundo, como el que llega a la venta ya de noche, y se ha de partir antes que amanezca. Sepultado está en Egipto, el que todavía tiene resabios del mundo: y allá tiene también los huesos, el que de las vanidades mundanas no tiene sus deseos despegados: por manera, que con más razón podríamos al tal llamarle egipcio que no cristiano. Y porque las salidas que hicieron Abraham de Caldea, y Jacob de Egipto, el uno en vida y el otro en muerte, significan la salida que hemos de salir del mundo, para seguir e imitar a Cristo: razón es de saber y examinar aquí quién es este mundo de donde hemos de salir, y qué males hay en él porque le hemos de dejar.

Platón y Aristóteles, y Demócrito, y Empédocles: sobre escribir el mundo y sus principios, tuvieron entre sí tanta porfía y contienda, que por sustentar cada uno su opinión, y que valiese más su razón, se hicieron tanta guerra con sus penulas, como Cesar y Pompeyo con las lanzas. Pitágoras quiere probar, que el universo es uno, y el mundo es otro. Tales defiende, que no hay más que un centro y un norte, y un mundo: y Metodoro por el contrario afirma, que hay dos nortes, dos centros, y dos mundos. Aristóteles siente ser el mundo eterno: Platón dice, que no es eterno sino que tuvo principio. Sócrates dijo, que después de treinta y siete mil años tornarían todas las cosas como de primero habían sido: es a saber, que el tornaría allí a leer, y Dionisio a ser tirano en Sicilia, y Julio César a enseñorear a Roma, y Aníbal a conquistar a Italia, y Escipión a tomar a Cartago: y allí de todas las otras cosas del mundo. En estas y otras semejantes vanidades y curiosidades ocuparon muchos tiempos, y aun escribieron muchos libros: y al fin las verdades que hallaron fueron pocas, y las bobedades que dijeron fueron muchas: porque la menor parte de lo que ignoraron, fue muy mayor que todo lo que supieron. El mundo de quien los filósofos hablaron y disputaron es, la tierra y el aire y el fuego y el agua: y tomando desta manera al mundo, no hay razón que de él nos podamos quejar, pues sin él no podemos corporalmente vivir.

Cuando Cristo reprehendía al mundo, no reprehendía al agua que se dijo del acocear, ni al aire que le obedeció en la mar, ni a la tierra que en su muerte se puso a temblar, ni a la luz que cesó de alumbrar, ni a las piedras que se quisieron quebrantar, ni a los árboles que se dejaron secar, ni aun a los

monumentos que se permitieron abrir. A muchos muchas veces oímos decir, oh triste mundo, oh mal mundo, oh engañoso mundo, y oh inestable mundo: de manera, que por una parte se dejan de él engañar, y por otra no cesan de él se quejar.

El mundo ado nacimos y ado vivimos, muy diferente es del mundo de quien nos quejamos, y contra quien peleamos: porque sin el uno no podemos vivir, y con el otro no nos podemos apoderar. Viniendo al caso, no es otra cosa este mal mundo, sino la vida que hacen los mundanos que están en pecados: ado la tierra es la avaricia, el fuego la codicia, el agua la inconstancia, el aire la locura, las piedras la soberbia, el sol la prosperidad: y la luna la mutabilidad. Venit enim princeps mundi huius: et in me non habet quicquam: dijo Cristo por San Juan: como si dijera: Cuando viniere el príncipe deste mundo a hacer cuenta con los suyos, no tendrá parte en mi, ni en ninguno de los míos. Oh palabras tristes, oh palabras lastimosas: por las cuales parece, apartar de sí Cristo a este mundo malo, y darles por señor al que es señor del infierno: pues dice y afirma, que ni ellos tendrán parte en él, ni él tendrá parte en ellos.

San Agustín sobre estas palabras dice: A la hora que a los mundanos, y a sus mundanas vidas llamó Cristo mundo, y vecinos del mundo, a la hora los llaman siervos del pecado, y les da por su señor al demonio. ¿Qué piensas que son los vecinos deste mundo, sino la soberbia, la avaricia, la ira, la envidia, la blasfemia, la glotonería, y la vanidad y locura? Y tú no sabes que en este mal mundo es, ado los que son buenos y virtuosos traen sobre los pies a los vicios: y ado solos los vicios son señores de los viciosos.

San Anselmo dice: Si cotejamos los trabajos que pasamos con los elementos, y los que padecemos con los vicios: hallaremos por verdad, que no hay igual trabajo en la tierra, como el que se pasa en la mala vida. Por ventura no es peor caída, caer de un codo de soberbia, que no de una torre altísima: Por ventura no tiene más peligro, el que es perseguido de la envidia, que no el que está descalabrado de una pedrada: ¿Por ventura no tienen más peligro, los hombres entre los vicios y regalos: que no entre los animales brutos? Por ventura no tienen más peligro, los que arden en el fuego de la avaricia, que no los que moran cabe el monte Etna? Este pues es nuestro crudo enemigo, este es el amigo sementido, este es el que nos pone en trabajo, este es el que nos quita el reposo, este es el temido de los buenos, este es el amado de los malos: finalmente digo, que este es el mullidor de todos los vicios, y el vergudo de todos los virtuosos. ¿Qué más quieres que te diga, sino que este traidor es, el que con todos tiene cuenta, y al que nadie toma cuenta? Lo de suso es de San Anselmo.

Visto pues lo que es el mundo, si los hombres fuesen tan cuerdos en lo mirar, como son livianos en lo seguir, hallarían por verdad que jamás halaga con

prosperidad, sin que amenaze con adversidad: porque debajo de la mayor fuerte que es el seis, está la menor de todas que es el as. De la casa de Dios dice el profeta est ibunt de virtute in virtutem: y de la casa del demonio dice ese mismo profeta est abyssus abyssum invocat: es a saber, que un malo convida a otro ser malo, y una locura despierta a otra locura, y un pecado llama a otro pecado, y una vanidad llama a otra vanidad: de manera, que no se va razón tras razón, sino confusión tras confusión. Uno de los engaños del mundo es, que en los hombres que les sobran los años, y que era razón que ya les faltasen los vicios, en aquellos enciende más el fuego, para que de nuevo tornen al mundo: de manera que en los ricos pone nueva codicia, y en los viejos nueva avaricia.

San Agustín en sus meditaciones dice: Oh mundo inmundo, cómo en breve espacio nos recibes y nos despides, nos allegas y nos desechas, nos alegras y nos entristeces, nos ensalzas y nos humillas, nos halagas y nos castigas: finalmente digo que estamos tan sin contigo, que teniendo en casa el ladrón, salimos fuera a hacer la pesquisa. San Bernardo en una epístola dice: Como el mundo tiene experiencia de tantos años, tiene para los hombres sus apetitos aparejados: es a saber, para el que es presuntuoso honras, para el goloso manjares, para el avaro riquezas, para el carnal carnalidades, y para el bullicioso negocios: de manera, que después que los tiene a todos cebados, echa sobre ellos la red de los vicios. Si el mundo regalase a sus amadores como los trabaja, si los consolase como los atribula, si los admitiese como los despide, si los perpetuase como los acaba: creo y no dudo, que ni de Dios habría memoria, ni de pecar tendría nadie vergüenza. Marco Aurelio en una epístola a Torcato dice: Cuán lejos estás tú oh mundo, de todo lo que es justo, tan lejos ha de estar de ti el que quiere ser justo: porque naturalmente eres amigo de novedades, y enemigo de virtudes. Si quieres pues saber quién es el mundo, hágote saber que es un embaidor de malos, y un verdugo de buenos, una sima de vicios, una yunque de virtudes, un émulo de la paz, un amigo de la guerra, un agua dulce de vicios, y una hiel de virtuosos. Es el mundo muy ligero para nos engañar, y muy lerdo para nos remediar: lo cual parece claro, en que si nos persuade a vengar una afrenta es, porque en vengarla recibamos otra nueva injuria: de manera, que este maldito adalid y marginado que nos lleva por tierra segura, da con nosotros en la celada.

San Jerónimo en una epístola dice: Si a las primeras tentaciones que el mundo nos representa, le quisiésemos resistir, no osaría él tantas veces nos acometer: porque de nuestra poca resistencia, le nace a él tanta osadía. San Crisóstomo en una homilía dice: Dime yo te ruego, oh mundano, ¿qué premio esperas del mundo, para que por servirle esperes tanto trabajo? Pensar que te puede dar vida perpetua, es burla pensarlo, y locura esperarlo: porque al tiempo que nos es más dulce la vida, se nos entra por nuestras puertas la muerte. Mire pues

cada uno lo que hace, y no menos lo que piensa: porque al tiempo que pensamos tener ya hecha paz con la fortuna, entonces nos pone una nueva demanda. Dedit semetipsum pro nobis: ut eriperet nos de presenti seculo nequam, dijo el apóstol escribiendo a la Iglesia de Galacia: capit. I. Como si dijera: Tan excesivo fue el amor que nos tuvo Cristo, que por librarnos de las manos deste mundo malo, consintió en crucificar a su precioso cuerpo. San Agustín sobre el apóstol dice: ¿Cuál es el apóstata que osa decir y afirmar, que es el mundo bueno, jurando y perjurando el apóstol que es malo y perverso? Da Cristo su preciosa vida por librarste deste mal mundo, y no quieres tú darle el alma por librarla del infierno: Malo por cierto es el mundo, pues lo de ayer ya pasó, lo de hoy ya se pasa, lo de mañana no comienza, lo más firme ello se cae, lo más recio presto quiebra, lo más sano luego enferma, y lo más deseado nunca llega: de manera, que en cien años de vida, no tenemos contento una hora. Con razón te llama el apóstol malo y perverso: pues prendes y no sueltas, atas y no aflojas, lastimas y no consuelas, robas y no restituyes, alteras y no pacificas, deshonoras y no halagas: y lo que es peor de todo, que nos matas sin nos oír, y nos sepultas sin nos morir. Lo de suso es de Agustino.

Hugo de arra anime dice: Déjame y dejarte he oh mundo: pues en ti, ni por ti, ni cabe ti, no hay gozo sin sobresalto, no hay paz sin discordia, no hay amor sin sospecha, no hay reposo sin bullicio: no hay abundancia sin pobreza, no hay honra sin mácula, no hay hacienda sin contienda, ni aun hay estado sin queja, ni amistad sin malicia. San Jerónimo sobre el apóstol dice: No inmérito llama el apóstol al mundo mundo malo, pues en su casa promete para no dar, sirven a no pagar, convidan para engañar, subliman para abatir, trabajan hasta morir, toman para no dar, prestan a no tornar: y lo que es peor de todo, que honran para infamar, y castigan sin perdonar. Prosper en sus sentencias dice: Las codicias del mundo son que en su casa y compañía abaten a los sublimados y subliman a los abatidos, pagan a los traidores y arrinconan a los leales, honran a los infames, e infaman a los famosos, inquietan a los pacíficos, y pacifican a los bulliciosos, sueltan a los maliciosos, y condenan a los ignorantes, despiden a los sabios, y dan salario a los necios: de lo cual todo se sigue, hacer allí todos todo lo que quieren, y muy pocos lo que deben. San Bernardo en el libro de consideratione dice: Una de las grandes maldades que hay en el mundo es, que al temerario llaman esforzado, y al cobarde recogido, al importuno diligente, al perezoso pacífico, al escaso modesto, al pródigo magnánimo, al hablador elocuente, al necio callado, al disoluto enamorado, al honesto tibio, al apocado sufrido, al malicioso simple, y al simple necio. San Crisóstomo en el libro de mysterio crucis dice: El que en ti, oh mundo acierta, aquel va más perdido, el que te halla es el peor librado, el que te vanda es más afrentado, el que te sirve es peor pagado, el que te contenta está más descontento, el que más contigo priva es el más desprivado: y el que más en ti confía aquél está más desconfiado. San Gregorio sobre el Ezequiel dice: La

rueda dentro de otra rueda que vio el profeta, es un engaño dentro de otro engaño, que tiene en sí el mundo: porque es en sí tan malo, y con los que trata tan engañoso, que ni aprovechan dones que le den, servicios que le hagan, lisonjas que le digan, regalos que le prometan, caminos que le sigan, fidelidad que le guarden, ni aun amistad que le tengan.

Como en las vidas de los padres dijese un monje a un viejo, que se quería tornar al mundo, a desprender algo de lo que sabían los otros, respondió el viejo: Mira hijo que es tentación del demonio, quererte tornar a estudiar al mundo: porque la doctrina que allí enseñan es, hablar hasta mentir, perseguir hasta matar, amar hasta desesperar, comer hasta regoldar, beber hasta revesar, tratar hasta robar, requestar hasta engañar, porfiar hasta reñir, y aun pecar hasta morir.

Preguntado Chillo el filósofo, si había en el mundo algún hombre contento, respondió: Ni lo he visto, ni lo he oído, vivir en este mundo nadie contento: porque si es pobre querría tener, si es rico querría valer, si es abatido querría subir, si es olvidado querría medrar, si es flaco querría arreciar, si está afrentado querríase vengar, si es ambicioso querríase estimar, si es vicioso querríase holgar. Eurípides el filósofo, preguntado por el rey Demetrio, que qué le parecía de la flaqueza humana, y de la brevedad de la vida, respondió: Paréceme, oh rey Demetrio, que no hay cosa en esta vida segura, pues todas padecen eclipse cada día. A esto le respondió el rey. Oh cuán bien habías dicho Eurípides, si como dijiste que todas las cosas se mudan cada día, dijeras cada hora: pues no hay cosa en este mundo, más cierta, que ser todas las cosas inciertas. Como Alcibíades el griego se jactase un día, que eran tan grandes sus hazañas, que daban a los muertos que desear, y a los vivos que contar, díjole Aristarco filósofo: Cata Alcibíades que en las más profundas mares peligran las naos, en los muy altos montes hieren los rayos, en los más verdes ramos se enligan los pájaros, en los más celados anzuelos caen los peces, y a los superfluos árboles combaten más los vientos: quiero decir, que a nadie la fortuna da de mano para derrocar, sino a auel a quien primero dio el pie para subir.

## Capítulo V

De muchas maneras de yugos que se ponen en la escritura sacra, y que sólo el yugo de Cristo es el más ligero y menos penoso, y más meritorio.

Grave jugum positum est super filios ade: a die nativitatís usque ad diem sepulture: dice el eclesiástico en el capítulo cuadragésimo, y es como si dijese:

Muy grave y muy enojoso es el yugo que traen sobre sí todos los hijos de Adán, desde el día que de sus madres nacen, hasta el día que en la sepultura los meten. No vaca aquí de misterio, en que llenando como suelen llenar dos animales un yugo: dice aquí la escritura, que el yugo de que ella habla no es más de uno, y que siendo no más de uno, tiene que llevar en él todo el mundo: de lo cual se infiere que debe de ser este yugo muy penoso de cargar, y muy peligroso de llevar. Razón es ahora de saber aquí quién es este yugo, y ado se fabricó este yugo, y aun sobre quiénes se carga primero este yugo: pues es tan grave y tan pesado, que tiene que llevar en él todo el mundo, y que ninguno es exento de no estar a él uncido. No osaremos decir, que este yugo es el del matrimonio: pues no son todos casados, ni es el de la religión pues no son todos frailes, ni es el del navegar pues muchos no navegan, ni es el de pelear pues muchos no pelean, ni es el del labrador pues muchos huelgan: de lo cual se infiere, que debe ser este yugo muy más grave que todos, pues comprehende a todos. Conviénenos pues buscar un yugo debajo del cual aren los reyes con sus coronas, los príncipes con sus cetros, los capitanes con sus banderas, los religiosos con sus hábitos, los mareantes con sus remos, los labradores con sus arados, y aun las mujeres con sus ruecas. Declarándonos pues decimos, que este yugo es el de la servidumbre, que sobre nosotros tenemos, y como unos a otros estamos sujetos, y que por preceptos de perlados, y por mandamientos de reyes somos regidos: del cual yugo y trabajo ninguno hasta hoy fue exento, desde que Adán cometió el pecado.

Siempre fue y siempre será, haber en el mundo quien mande y sea mandado, rija y sea regido, gobierne y sea gobernado: y lo que más de maravillar es, que deste tributo y servicio a nadie vemos ser privilegiado, pues nadie en el mundo ha sido tan poderoso, que sobre las coyundas deste yugo no haya arado y sudado. De ponderar es, que no dice la escritura simplemente jugum, sino grave jugum: y la causa dello es, porque en el principio del mundo fuimos nosotros criados, libres de servicio, exentos de pechar, y privilegiados de pagar: sino que por razón de haber el hombre pecado, fue introducida la servidumbre en el mundo. Grave jugum es por cierto, pues si mi padre Adán no pecara, a nadie yo sirviera, a nadie me sujetara, ni aun necesidad de nadie tuviera: mas como mi primer padre Adán comió de lo vedado, y traspasó lo que le fue mandado a él echaron del paraíso, y aun condenaron por esclavo. Grave jugum est, el yugo de la servidumbre: pues debajo de él es gobernado el pacífico del bullicioso, el humilde del soberbio, el justo del tirano, el piadoso del cruel, el animoso del cobarde, y el sabio del ignorante: la cual desventura nunca por nosotros viniera, si pecado, y pecadores no hubiera. A este propósito dice el glorioso y bienaventurado San Agustín: Por eso el pobre hombre es a tantas cosas sujeto, porque él se quiso sujetar al pecado: y por esto reconoce señorío a tantos señores, porque no quiso reconocerle a uno sólo: y por eso guarda tantos mandamientos, porque no quiso guardar uno

sólo: de manera, que por querer seguir su voluntad, perdió su libertad.

El glorioso y bienaventurado San Bernardo también dice: Oh cuán gran compasión es de ver al hombre: es a saber, quién fue en paraíso, quién pudiera ser en el cielo, quién es ahora en el mundo, y qué será después de muerto: porque en el paraíso fue inocente, y en el cielo fuera bienaventurado, en el mundo es ahora esclavo, y en el sepulcro será de gusanos comido. Esclavo es el hombre de mil necesidades que le cercan, sujeto a mil infortunios que le siguen, siervo es de mil cuidados que le matan, cautivo es de mil enemigos que le persiguen, y vasallo es de mil gusanos que le esperan: de manera, que es entre todas las criaturas el más sujeto, y entre todos los animales el menos liberado. Grave jugum est el que tiene el hombre sobre sí: pues lo que puso Dios sobre sus pies, se le pone sobre la cabeza, y lo que se hizo para él, se levanta contra él: de manera, que teme y no es temido, sirve y no es servido, habla y no es oído, trabaja y no es galardonado, y aun se queja, y no es creído. Grave jugum est el de la servidumbre: pues por ella si entro en el agua me ahogo, si toco al fuego me quema, si amenazo al perro me muerde, si sigo al oso me mata, si trabajo mucho me canso, y si huelgo demasiado me entorpezco: de manera, que como a hombre de capa caída, no hay cosa que no se me atreva. Dime yo te ruego, ¿qué cosa hay en el mundo que tenga temor al hombre: y qué hay en el mundo de que no se tema el hombre? El hombre teme a la mosca que le importuna, teme al mosquito que le pica, teme a la chinche que le roncha, teme a la pulga que le muerde, y teme al arador que le escuece: y quien de tan pequeñas cosas es ofendido, ¿no estará por ventura de las grandes sospechoso? En esto pues se conocerán los que Dios tiene por suyos, y que llamados de su gracia vinieron a los monasterios, en que de tal manera los trae de brazo, y los tiene de su mano, que si los deja caer en alguna flaqueza, es porque le conozcan: mas no los consiente caer en alguna enorme culpa, para que le ofendan.

Onus babylonis, onus moab, onus in arabia, onus egypti, onus damasci, onus deserti maris, onus tyri, decía el profeta Jeremías en sus visiones, y es como si dijera: Vi a Babilonia con yugo cargada, vi a Moab cargada, a Egipto cargada, a Arabia cargada, a Damasco cargada, y a Tiro cargada: finalmente digo que vi a todos los reinos del mundo cargados, y debajo de un yugo cruel uncidos. El santo profeta David también se queja, diciendo: Sicut onus grave gravatum est super me, y es como si dijera: Aunque soy rey por Dios elegido, y por el pueblo recibido, y por las leyes exento, y por mi tribu de Judá libertado, han echado sobre mis cuentas un tributo, y sobre mis entrañas un pecho: que ni puedo llevarle, ni aun de mí echarle. El yugo de que arriba Salomón hablaba, no es el de que aquí ensayas y David hablan: porque este es de la servidumbre que en la ley vieja tenían, y de los rigurosos preceptos que en ella guardaban: los cuales ni son ahora penosos de contar, cuanto más lo debían ser entonces

de guardar. Antes que Cristo viniese al mundo, toda la ley vieja era penosa, y era enojosa, y traía a los suyos cargados, y aun penados: porque era muy rigurosa con los que la quebrantaban, y no agradecida con los que la guardaban. En pago de los preceptos morales que guardaban, y de los legales que cumplían, y de los ceremoniales que reverenciaban, y de los sacrificios que ofrecían, solamente les daba Dios victoria de sus enemigos, paz a sus repúblicas, salud a las personas, y hacienda para sus casas. Yugo era muy áspero el de la vieja ley, pues el que quebrantaba lo que estaba ordenado, se iba luego al infierno, y para el que lo guardaba no había paraíso. La vaca bermeja, que mandaba Dios ofrecer en el décimo nono de los números, y la becerra propiciatoria, que sacrificaban en el vigésimo primo del deuteronomio, y las dos vacas paridas que llevaban el arca: primo regum sexto: ¿qué otra cosa era mandar Dios que no trajesen yugo, ni tuviesen arado, si las habían de ofrecer en su templo, sino que ninguno de los que trajesen el yugo de Moisés podía ir al cielo, sino solamente al limbo? No vaca de alto misterio, prohibir Dios en la ley vieja, que no le ofreciesen animales que hubiesen traído yugo, y hubiesen arado: para darnos a entender, que otro era el yugo que habíamos de traer, y otra era la ley que habíamos de guardar: mediante el cual yugo nos habemos de salvar, y de todos los otros yugos librar.

Expónese por muy alto estilo esta autoridad: léase con atención.

Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis: et ego reficiam vos. Jugum enim meum suave est: et onus meum suave est: et onus meum leve. Decía Cristo un día predicando: matth. Décimo cap. Y es como si dijera: Venid a mí todos los que trabajáis, que yo os pagaré, venid a mí todos los que estáis cargados, que yo os descargaré, venid a mí todos los necesitados, que yo os remediaré: venid a mí todos los sin dueño, que yo os recibiré: y el yugo que en mi casa os echare, sabed que es muy ligero, y la carga que os cargare es muy flaca. Oh convite nunca visto, oh palabra nunca oída, oh promesa nunca hecha, oh pregón nunca oído, cual es el que oí de Cristo por todo el mundo: porque son tan dulces las palabras que nos dice, y son tan altos los prometimientos que nos hace, que si otro lo dijese, no era de creer: y aun por más que lo jurase no lo podría cumplir. Venite ad me dice el mundo, y cargaros he de locuras, venite ad me dice la carne, y cargaros he de inmundicias, venite ad me dice el demonio, y cargaros he de malicias, venite ad me dice Cristo, y descargaros he de todas estas cargas: porque si tú, oh buen Jesús, no te encargases de nos descargar, cargas son estas para con ellas caer: y aun muy bastantes para nos condenar. El primero que en el mundo pregonó descanso, y el primero que se obligó a desagruar el agravio, y el primero que juró de no se apartar del atribulado, fue el hijo de Dios bendito: y lo que más de todo es, que todo lo que descarga de mí, carga el buen Jesús sobre sí. Venite ad me todos los que estáis no ociosos sino trabajados, no vagamundos sino ocupados, no

descargados sino cargados, no libres sino sujetos: porque yo no me encargo de los que procuran la libertad, sino de los que se precian de la virtud. Venite post me dijo nuestro señor Jesucristo a los apóstoles, ite vos in vineam meam dijo Dios a los jornaleros, discedite a me dirá a los dañados, venite ad me dice a los sus escogidos: de manera, que tenemos licencia de entrar por sus puertas sin llamar, de parecer en su presencia sin temer, y de pedirle mercedes sin dudar, y aun de llamarnos suyos sin mentir.

Mucho y muy mucho es de ponderar, que en la probatica piscina no alimpió a más de uno, en casa de Simón leproso no perdonó más de a una, de todas las adúlteras no defendió a más de una, de todos los ladrones no reconcilió a más de a uno, de todos los ricos no aprobó más de a uno: mas en esta palabra venite ad me omnes, a todos llama, a todos convida, y a ninguno desecha. El bienaventurado San Bernardo a este propósito dice: Venite ad me omnes, oigo que pregonas por tu boca, oh buen Jesús; y pues llamas a los que están cargados, y la carga es de pecados, yo señor estoy más cargado que todos: y cuanto estoy más cargado, he menester más tu socorro: porque no hay en el mundo carga tan pesada, como es la carga de la mala conciencia. También es de notar, que no llama Cristo a los que trabajaron, o han de trabajar, sino a los que de hecho trabajan: pues dice, venite ad me omnes qui laboratis: en lo cual se nos da a entender, que en las cosas que tocan al señor, no basta haberle servido en el tiempo pasado, y desearle servir en el tiempo advenidero, sino que también le hemos de servir en el tiempo presente: pues él no dilata el llamarnos, ni prolonga el remediarnos.

No vaca de alto misterio, el no decir Cristo, todo yugo es suave, sino que solamente dice, que su yugo era suave: porque si así no se limitara, ni supiéramos de qué yugo hablaba, ni aun sobre qué ley nos sojuzgaba.

Iugum meum suave est: et onus meum leve, dice Cristo, y así es la verdad por cierto: porque en decir que su yugo es suave, nos da a entender, que todos los otros yugos son amargos: y en decir que su carga era ligera, nos da a entender, que las otras son pesadas: y la causa desto es: porque nos alivia cuando nos carga, y nos liberta cuando nos unce. Iugum meum suave est, dice que es suave, y no dice que sus yugos son suaves: de manera, que loa uno y no admite muchos: porque en la casa de Dios, ni quiere que con muchos yugos aren, ni aun consiente que peligrosas cargas tomen. El demonio es, el que nos persuade a muchos vicios, el mundo es el que nos engolfa en grandes negocios, y la carne es la que nos pide muchos regalos, que Cristo nuestro redentor a solo el yugo de amor nos obliga, y de la carga de aborrecer nos descarga. El yugo del mundo no es suave sino penoso, pues manda a los injuriados que se venguen, a los enemistados que desamen, a los afrentados que maten, y a los ofendidos que no perdonen: y lo peor de todo es, que así como entre los buenos es gran clemencia el perdonar, así entre los malos es

muy grande afrenta el no se vengar.

Iugum meum suave est dice Cristo, pues que él no nos manda a nadie matar, ni aborrecer, ni perseguir, ni descalabrar, ni afrentar: sino que solamente nos manda al prójimo amar, y a él sólo servir: el cual oficio es para el ánima muy provechoso, y es para el cuerpo poco penoso. Iugum meum suave est, pues es yugo de amor y no yugo de temor: y la propiedad del amor es, que lo áspero torna llano, lo cruel manso, lo ácido dulce, lo insípido sabroso, lo enojoso apacible, lo malicioso sincero, lo torpe avisado, y aun lo pesado ligero. Iugum meum suave est para el que de corazón me ama; pues el que ama no sabe murmurar de lo que le enoja, ni negar lo que le piden, ni resistir a lo que le toman, ni responder a lo que le riñen, ni vengarse aunque le afrenten, ni aun se ir si le despiden.

Dime yo te ruego, que no sabe, el que amar bien sabe: ¿Qué deja de hacer, el que no deja de amar? ¿De qué se queja, el que siempre ama? Si el que ama tiene alguna queja, no se ha de quejar de lo que ama, sino de sólo sí mismo que en el amor hizo algún yerro: el cual yerro le pudo venir, ora de ser descuidado, ora de ser importuno. Iugum meum suave est, si como te alabas de ser cristiano, te precias de ser mi enamorado, ni vivirías penado, ni aun andarías pensativo: por qué propiedad es del corazón enamorado, no huir de los peligros, ni desmayar en los trabajos. No vaca de misterio, que todo yugo cuando es nuevo: es de suyo muy pesado, mas cuando es ya algo traído, es más blando de sufrir, y es más ligero de traer: y la causa desto es, porque el animal que lo trae, está al yugo más hecho, y el madero está más seco. Oh suma bondad de ti Dios mío, pues no quisiste en naciendo cargar sobre nosotros el yugo de tu ley: sino tú mismo sobre ti mismo le cargaste y treinta años primero sobre ti le trajiste: de manera, que sobre tus hombros le enjugaste, y le aliviaste y aun le desbriznaste. ¿Qué yugo nos echó el hijo de Dios a costas, que primero él no le trajese sobre sus hombros?

Iugum meum suave est, dice Cristo: porque si nos manda ayunar él ayunó, si orar él oró, si perdonar el perdonó, si morir él murió, y si amar él amó: de manera, que si nos manda tomar alguna medicina, primero hizo él en sí la experiencia.

Mucho es de ponderar, que no comparó Cristo su bendita ley al madero, ni a la piedra, ni a las plantas, ni al hierro: sino solamente al yugo: y la causa desto es, porque a todas estas cosas las puede llevar uno: mas al que llamamos yugo, no le puede llevar sino dos. A este propósito dijo Cristo: Iugum meum suave est.

Porque al punto y hora que el siervo del señor baja la cabeza debajo del yugo para llevarle, luego se pone Cristo de la otra parte para ayudarle. Quién hasta hoy comenzó a hacer alguna buena obra, que no se hallase Cristo en ella:

Iugum meum suave est: pues nadie me llama que no le responda, nadie me habla que no le escuche, nadie se me encomienda que no le socorra, nadie me sirve que no le pague, ni aun nadie trabaja a quien yo no ayude. Iugum meum suave est: pues la ley que yo doy a mis escogidos, y el yugo que yo echo a mis regalados, más perdona que castiga, más disimula que acusa, más espanta que cansa, y más alivia que carga: porque si yo le mando cargar, yo le ayudo a llevar. Oh buen Jesús, oh amores de mi alma, con adalid tan cierto quién temerá perder el camino: Siendo tú el piloto del navío, ¿quién temerá pasar el golfo? Llevando tú la bandera, ¿quién dudará de la victoria? ¿Cómo es posible que tu yugo sea trabajoso, yendo tú conmigo atado, y yo contigo uncido? Oh ley suave, oh yugo bienaventurado, oh trabajo bien empleado, oh sudor bien agradecido, el que por ti pasamos, oh buen Cristo: pues no sólo te precias de hallarte en mis trabajos, mas aun nos seguras de no dejarnos solos. Quién en el huerto de Jesemaní salió a recibir a los que iban a prenderle: ¿no crees tú que saldrá a abrazar a los que van a servirle? El yugo de los malos es pesado, que el yugo de los buenos no es sino ligero: porque allá en el mundo, aún no pagan los servicios que con muchos sudores hacemos: mas en la casa de Dios, no sólo pagan las buenas obras que hacemos, mas aun los pensamientos santos que tenemos.

Los hebreos y paganos, que a nuestra ley infaman, y de ser áspera la acusan, ni tienen ocasión, ni menos razón: porque el defecto que ella tiene, no es por falta de no ser buena, sino por falta de no ser bien guardada. A los que quieren ser virtuosos, nunca los preceptos de Cristo se les hacen ásperos: porque el yugo de Cristo no es para los que se rigen por su opinión, sino para los que viven conforme a razón.

## Capítulo VI

De cómo deben ser muy examinados los que del mundo vienen a tomar el hábito en los monasterios: y de cómo los apartamientos que hizo Noé en su arca, fueron figura de las religiones en la Iglesia.

Fac tibi arcam de lignis levigatis, et mansiunculas facies in ea: et bitumine linies eam intrinsecus et extrinsecus: génesis sexto capítulo, dijo Dios a Noé estas palabras, y es como si le dijera: Sabe si no lo sabes, oh amigo mío Noé, que estoy tan harto de los males que los malos hacen, y estoy tan enojado de ver que jamás ninguno dellos se enmienda, que quiero enviar sobre todo el mundo un general diluvio: del cual no escape ningún malo: y en el cual no peligre ningún bueno. Y porque es estilo de mi casa, que de nadie se haga

justicia, sin que vaya mezclada con ella alguna misericordia, ante todas cosas quiero que hagas una muy grandísima arca, a manera de carraca: en la cual se salven tú y los otros buenos que en mí habéis creído: y escapen algunos animales de los que yo he criado. Has de hacer esta arca, no sólo como yo te mandare, mas aun de lo que yo te ordenare: y será de unas maderas muy finas, que no se puedan podreecer, y de unas tablas tan ligeras: que se pueda sobre ellas navegar: y tardarás en labrarla ciento y veinte años enteros, para ver entretanto si hay en los malos alguna enmienda: mediante la cual haya yo dellos misericordia. También te aviso amigo mío Noé, que en la arca que labrares hagas unas moradas algo anchas, y otras mansiúnculas a manera de celdas muy estrechas: las cuales todas aforrarás y abetunarás por de dentro y por de fuera con un betún que sea recio y muy bien confeccionado: de manera, que tú ni los otros mis escogidos, no sólo no os podáis anegar, mas aun ni mojar.

Viniendo pues al propósito, amados hermanos, en esta figura se nos da a entender, en cuánto peligro viven los que andan por el mundo: y cuánta merced Dios hace a los que de él saca, y trae a servirse dellos en el monasterio: en el cual como a otro patriarca Noé, nos quiere salvar con los buenos, y no nos quiere ahogar en el mundo con los malos. ¿Qué otra cosa es el arca en que se salvó el santo Noé y su familia, sino la religión santa y bendita: adonde cada uno viene a salvar su ánima? ¿Qué otra cosa es mandar Dios a Noé que el arca se haga de tablas ligeras para navegar, y de maderas recias que no se puedan podreecer, sino que los novicios de que se ha de componer la religión, ante todas cosas han de ser unos muy macizos cristianos, y de servir a Dios muy deseosos? ¿Qué otra cosa es mandar Dios a Noé, que las moradas y celdas del arca fuesen bajas y angostas, sino que se ha de tener por dicho el que viene a ser religioso y a morar en el monasterio, que no ha de pedir allí muchas delicadezas, ni se le han de permitir muchas libertades? ¿Qué otra cosa es mandar el señor que el arca de Noé fuese de dentro y de fuera muy bien betunada, sino que el buen religioso ha de arder de dentro de caridad, y relucir de fuera con humildad? ¿Qué otra cosa es mandar Dios a Noé que en su arca no hubiese más de sola una puerta, y que aquella fuese baja y muy pequeña: sino que en toda la congregación y monasterio, no ha de haber más de un querer sólo, y éste ha de ser el querer de nuestro prelado? ¿Qué otra cosa es mandar Dios a Noé, que el que no se hallase en el arca se ahogaría, y el que de allí saliese se perdería: sino que el religioso que por su apetito, se sale del monasterio, y se anda vagamundo, permite Dios, que el tal caiga en los peligros del mundo: y que no se pueda valer con las tentaciones del demonio?

Si fue grande el beneficio que Dios hizo a Noé, en no quererle ahogar con los malos: por ventura no es tan grande y aun mayor, el que hace Dios al religioso, que saca del mundo a salvarse con los buenos: En remuneración de aquel

notable beneficio del diluvio, edificó Noé a Dios un altar de piedras, adonde ofrecían de todos los animales: para darnos a entender, que pues el señor nos escapó del diluvio del mundo, le ofrezcamos en el arca de la religión, no sólo el corazón con que le amamos, mas aun los miembros con que le firmamos. Débese mucho aquí de notar, en que no de cualesquiera maderas mandó Dios hacer el arca de Noé, sino de solas las que él señaló: en lo cual se nos da a entender, que no de cualesquiera personas se han de henchir las religiones, ni poblar los monasterios, sino que han de ser personas sin carcoma, y hombres sin malicia: de los cuales se presume que los escoge el señor: para más dellos se servir, y no el demonio para más dellos se aprovechar. Entonces se hace el arca de la religión de maderas sanas y no podridas, cuando los que vienen a ella son en la fe católicos, en el corazón limpios, en los miembros recios, y en el seso sanos: de manera, que la recepción de los tales, al mundo edifique, y a la religión aproveche. Tan hijo de Adán fue Caín como Abel, y también estuvo en la cruz el mal ladrón como el bueno, y también estuvo en el apostolado Judas, como el apóstol San Pedro: mas vemos y sabemos que los unos fueron santos y los otros fueron demonios: de lo cual podemos inferir: que no todos los que piden el hábito son dignos de le recibir, ni todos los que quieren ser religiosos son para en la religión entrar. Nadie edifica casa si no es de buena madera, ni hace cuchillo si no es de buen acero, ni pone árbol si no es de buen viduño, ni planta huerta si no es de buenos árboles, ni aun fía su nao si no es de buenos pilotos: porque de otra manera, ni sabrían navegar, ni en la tormenta se valer. El que quiere levantar algún edificio generoso y superbo, lo primero que hace es, sacar los cimientos muy hondos, y henchirlos de piedras muy recias: porque a no lo hacer así, podría ser que al mejor tiempo de su sabor, se le cayese en el suelo la casa: y aun perdiese allí con ella la vida.

Todo esto decimos hermanos muy amados, para avisar a los abades, y advertir a los priores y prebendados de los monasterios, a que tengan muy grande advertencia, en la recepción de los novicios, antes que los incorporen con los otros religiosos: pues todo el bien de la religión consiste, en que se reciban varones espirituales que la sustenten, y no mancebos disolutos que la derramen. Un huevo huero estraga una tortilla, un poco de mala levadura corrompe toda una masa, una uva podrida pudre todo un racimo, una cabra sarnosa inficiona un rebaño, y un novicio malo, abasta para estragar a todo un monasterio. Después que el malvado Judas apostató del apostolado, no osaron los apóstoles dar el hábito apostólico, ni meter en su colegio a ningún otro novicio hasta que el glorioso San Matías fue dellos elegido, y de Dios confirmado. En el sexto capítulo de los actos de los apóstoles se lee, que para recibir los apóstoles a su monasterio y colegio a unos siete novicios: que fueron los siete diáconos, no sólo tomaron los votos de todos los otros discípulos, mas aun se pusieron en oración los unos y los otros: para que el señor les revelare si sería de admitirlos servido, y si sería por ellos su

apostolado más honrado. En el séptimo capítulo del libro de los jueces se lee, que de treinta mil hombres que vinieron a Gedeón para ir con él a la guerra de los gabaonitas, solos trescientos dellos fueron por Dios escogidos, y de Gedeón admitidos: y éstos fueron, no los que bebieron el agua de rodillas en el suelo, sino los que la gustaron en pie con la mano. Sobre seiscientas mil almas sacó Dios de Egipto, y las puso en salvo de la otra parte del mar Bermejo: mas de todas ellas a solos Josué y Calef dio licencia el señor, que el río Jordán pasasen, y la tierra de promisión poseyesen.

Destos tan notables ejemplos podemos colegir, que no todos los que vienen a ser monjes, deben ser luego todos admitidos, y a la hora recibidos: porque la alteza de la perfección, y la aspereza de la religión, muchos son los que se ofrecen a guardarla, y muy pocos los que después vemos ser perfectos en ella. Si en el mundo, y para cosas del mundo, nadie quiere comprar caballo sin que primero le corra, ni vino sin que lo pruebe, ni paño sin que lo tienta, ni joyas sin que las vea, ni aromatas sin que las huela, ¿por qué el prelado osa recibir algún novicio, sin que primero tenga de él entero conocimiento? ¿No quiere el prelado admitir a su celda, ni tomar en su servicio, sino al monje que él conoce ser religioso y laborioso, y por otra parte osa recibir para el servicio del señor, a los que él no ha probado para lo que son: ni aun está informado de dónde son? El prelado que inconsideradamente recibe luego a los que vienen del siglo, engaña a sí mismo pues yerra en su oficio: y afrenta al novicio pues no es para el monasterio, y escandaliza a sus monjes pues les da mala compañía: y aun ofende a su religión pues la planta de tan mala fruta. Miento si no ví en un lugar a unos pacíficos vecinos, pagar una casa que se alquilaba de vacío, no por mas, de porque no entrase a morar entre ellos un vecino malo: diciendo, que querían más sentir la pérdida de la hacienda, que admitir en su vecindad, a quien los pusiese en discordia. El glorioso San Basilio dice en su regla estas palabras: No queremos que sin parecer de todo nuestro claustro, sea osado el abad, de recibir algún novicio, y si después de examinado y aprobado acordaren de recibirle en el monasterio, ponerse han todos en oración delante el señor: para que el tal novicio persevere en lo que toma: y guarde lo que promete. Muy gran razón tenía el buen Basilio de encomendar la recepción de los novicios a sus prelados tanto, pues el mayor mal que el prelado puede hacer a su monasterio es, dar a sus monjes mala compañía, y traer a la religión hombre que la pierda.

Capítulo: que para servir al señor, en los monasterios no se han de tomar los que en el mundo son más desechados.

Debe pensar el prelado avisado y cuerdo, que no todos los que vienen a tomar el hábito, vienen guiados del espíritu santo: pues vemos que vienen algunos porque les hicieron en el mundo alguna afrenta, otros porque les falta allá la moneda, otros porque cometieron alguna travesura, otros porque eran mancos

de sus miembros, y aun otros porque eran para el mundo tontos y bobos. A estos y a otros semejantes, no podemos decir que los trae la caridad, sino que vienen constreñidos de necesidad: pues no ellos al mundo, sino el mundo a ellos desecho. El prelado que está en el lugar del señor, no ha de permitir, que la religión sera muladar del mundo, habiendo de ser el mundo muladar de la religión: lo cual él hace cuando recibe en el monasterio a los que no eran para el mundo: habiendo él de remitir al mundo los que no son para el monasterio. Los que en la vieja ley habían de recibir para servicio del templo, no los admitían ni recibían, si eran tuertos, o jibosos, o cojos, o lagañosos: de lo cual podemos colegir, que los novicios que vienen del mundo a la religión deben ser muy examinados y mirados, así de las fuerzas que tienen como del fervor que traen: pues el servicio del señor no se ha de dar al que le quiere probar, sino al que piensa que ha de perseverar. Muchos padres por sus hijos, y muchas madres por sus hijas importunan a los prelados, que se los reciban en los monasterios, ora porque no los pueden casar, ora porque no los pueden mantener: de manera, que las religiones que para salvar las ánimas plantó la Iglesia, han tomado ya los del mundo por granjería.

El prelado que esto sintiese, y lugar a ello diese, no sería padre sino padrastro, no reformador sino disipador: pues osa meter en la casa de la religión, no a los que el señor escoge, sino a los que el mundo le presenta. Con gran sagacidad debe el prelado inquirir y examinar la habilidad que tienen los que vienen del mundo a tomar el hábito religioso: en especial, si traen algún espíritu para orar, y si tienen algunas fuerzas para trabajar: porque después que entran en la religión si no son devotos, paran en disolutos, y si son flacos para los trabajos, son después a la orden muy penosos. Ora movidos de piedad, ora constreñidos de importunidad, muchas veces los prelados reciben a la religión algunos novicios: los cuales ni tienen ciencia para predicar, ni devoción para orar, ni fuerzas para trabajar, ni aun seso para se gobernar: de la cual recepción se les siguen después a ellos muchos enojos, y en los monasterios se engendran grandes escándalos. El curioso sastre primero señala con el jabón el paño, y aun mide a palmos la ropa, que ose cortar ni meter en ella la tijera: del cual ejemplo pueden los prelados colegir, que a los que vienen del mundo a tomar el hábito en el monasterio, los examinen y tienten, si vienen de Dios llamados, o si vienen del mundo desechados: porque en tal caso, no sería justo, tomasen en los monasterios los salvados, y se quedase para el mundo la harina.

El abad Casiano dice que los monjes del yermo de Escitia, no daban luego el hábito al que venía del siglo, sino que le tenían muchos días a la puerta del monasterio: ado los monjes le decían palabras injuriosas, y le hacían tratamientos rigurosos: no más de para ver si podrían sentir de él, si traía espíritu de perseverar: y si tenía fuerzas para trabajar. En las colaciones de los padres decía el abad Panucio, hablando en la recepción de los novicios:

Guárdense mucho los abades, de recibir luego a los que vienen a los monasterios, sin que primero les digan cosas ásperas, y los ocupen en ejercicios penosos: mediante los cuales conozcan dellos, si serán adelante tales sus obras, cuales entonces lo son sus palabras. En el libro de la vida solitaria se lee, que era costumbre entre los monjes palestinos, tener al que venía del mundo un año a la puerta del monasterio, y tenerle después tres años en el hábito de novicio: para que en estos cuatro años tuviese espacio el novicio de probar, si podía aquella vida llevar: y viesen también los monjes, si les convenía en su compañía le recibir. De dos maneras de gentes debe el prelado poblar su monasterio: es a saber, de hombres doctos y avisados, y de hombres simples y recios: de los cuales tomarán los que son doctos para regir la orden, y encomendarán a los simples los trabajos della. Cuando decimos que en la religión reciban hombres idiotas y simples, ha de entenderse, que su simplicidad sea mansa y discreta, y columbina: de manera, que sepan lo que prometen, y cumplan lo que les mandan: y guárdense mucho los prelados de no admitir a la orden: al que sobre color de simplicidad y sinceridad suple con malicia, lo que le falta de discreción.

De culpar es el prelado que recibe en la orden, al que notablemente es bobo, y tonto: el cual por ventura llevaron sus parientes al monasterio, no a fin que pudiese allí mejor al señor servir, sino por de él ahorrar, y de sí le descargar. Muy mucho viven engañados, los que pueblan los monasterios de frailes tontos y bobos: pues han de saber si no lo saben, que son tan recias de sufrir las asperezas del monasterio, y son allí tan espesas las tentaciones del demonio, que a poder de devoción se han de tolerar: y a pura discreción se han de llevar. El monje que no es devoto, o no es discreto, no puede mucho en el monasterio perseverar: y si perseverare, será para la orden revolver: porque no hay para las religiones cosa más perniciosa, que cuando el necio se aforra de malicia. También son de culpar los religiosos súbditos, que con inmensa importunidad importunan a sus prelados por la recepción de algunos novicios sus deudos y sobrinos: los cuales quieren ellos a la religión traer, no con celo de los salvar, sino por dellos mejor se servir, y de su mano allí los tener. Ve qui edificatis in sanguine, decía Dios por el profeta, y es como si dijera: Ay de vosotros los pastores, que gobernáis mis ovejas y greyes: los cuales queréis plantar la viña de mi Iglesia, no de los que son por mí escogidos, sino de los que son vuestros parientes y deudos. Muy grande yerro hace, y en mucho trabajo se mete, el prelado que osa dar el hábito de la religión al que es hijo de su amigo, o que es sobrino de algún monje que está en el monasterio: porque después al tiempo de su profesión, si por ventura el novicio ha salido avieso y travieso, no deja de admitirle a la orden: posponiendo antes su consciencia, que no su vergüenza. No es por cierto de las pequeñas tentaciones del demonio, procurar el religioso, de tener algún pariente o sobrino en el monasterio consigo: porque por defender sus liviandades, o por procurarle

algunas libertades, dará que decir a todo el monasterio: y aun se tomará muchas veces con su prelado.

## Capítulo VII

De las condiciones que han de tener los que en la religión a otros han de doctrinar.

Fecit joas rectum coram domino: cunctis diebus quibus docuit eum jojada sacerdos, qui regnavit quadraginta annis in Hierusalem. En el cuarto libro de los reyes estaban escritas estas palabras, las cuales quieren decir: El rey Joas, hijo que fue de la reina Seboa, reinó en Jerusalén por espacio de cuarenta años: de los cuales todos, solamente fue rey bueno, todo el tiempo que fue el profeta jojada su maestro y ayo. Quinto Curcio dice, que cuando la reina Olimpias parió al magno Alejandro, luego a la hora escribió su padre el rey Filipo al filósofo Aristóteles una carta que decía así: Filipo rey de la gran Grecia, y señor de toda Asia, a tí el filósofo Aristoteles, maestro de la Filosofía salud y consolación en los dioses consoladores. Olimpias mi mujer y tu señora escapó del parto buena, y parió el príncipe que Asia deseaba: y si doy a los inmortales dioses gracias es, no tanto porque me dieron hijo, quanto por habérmele dado en tiempo de ti, oh gran filósofo: porque tengo para mí creído, que más gloria se le seguirá a él de tener a ti por ayo, que no de llamarse mi hijo.

En los actos de los apóstoles se jacta el apóstol San Pablo, de ser de linaje de hebreos, de haber nacido en Tarso de Sicilia, de haberse criado en Jerusalén, y de haber tenido por maestro al gran rabí Gamaliel: varón que en su ley era muy docto, y en sus costumbres muy corregido. En el prólogo de la Biblia: loa el glorioso San Jerónimo al filósofo Pitágoras, de haberse ido al estudio y academia de la antiquísima ciudad de Menfis: y allí ser discípulo y tener por preceptores y maestros a los menfíticos vates: ado el buen Pitágoras aprendía el arte de orar, y la manera de filosofar. En el mismo prólogo loa San Jerónimo al muy estimado y divino Platón: el cual peregrinó por varias tierras, y por mares muy peligrosas, desde que partió de Grecia hasta que vino a Sicilia: ado quiso ser más discípulo del filósofo Arquitan, que ser maestro en su Academia propia. La misma alabanza da San Jerónimo a Apolonio Tianeño, el cual peregrinó por todos los reinos de Asia, hasta llegar a la última y mayor India: y esto no por más, de por verse discípulo del muy nombrado filósofo Hiarcas: al cual halló en un trono de oro asentado, disputando con sus discípulos de los movimientos del cielo. Ataocles, rey que fue de los Siciomios, de tres cosas

daba gracias a sus dioses: es a saber, porque le hicieron hombre, y porque le hicieron sabio, y porque le dieron por maestro al filósofo Chilo: el cual le dio tantos y tan buenos consejos, que en cuanto le trajo a su lado, nunca perdió batalla: ni le desobedeció república.

Viniendo pues ya al propósito, hemos querido amados hermanos traerlos a la memoria todos estos ejemplos y avisos, para que por ellos conozcáis y conozcamos cuánta necesidad tenéis de buscar buenos y virtuosos maestros: los cuales enseñen a los novicios y mancebos: la estrecha regla que a Dios han de prometer, y las ceremonias de la orden que han de guardar. El filósofo que iba de Roma a Asia, y de Asia a la gran India, iba no más de por aprender a filosofar, mas el novicio que viene del mundo a la religión, viene por ser salvar, y no por filosofar: a cuya causa es cosa justa y razonable, le den suficiente maestro y ayo, que sepa muy bien el camino con que se ha de salvar, y le avise de los grandes trabajos en que se ha de ver. Los que vienen del mundo a la religión, no son más que una tabla rasa, y que un poco de cera blanda: y si por caso el maestro que ha de pintar la tabla, y ha de imprimir la cera no es bien diestro en saber pintar, y no tiene buen sello para imprimir: borrarla pintura: y echará a perder la cera. Queremos pues por estas comparaciones decir, que no puede ser de los novicios maestro, el que no fue de otro buen maestro primero discípulo: porque las cosas de perfección y las costumbres de la religión, no las ha de enseñar el que las oyó, o leyó, sino el que en sí mismo las experimentó. Si en el monasterio hay un animal que sea cojo, o manco, ¿ponerle ha por ventura el prelado en manos de algún albeitar, que no sea en el oficio muy diestro? Si esto es verdad, como es verdad, ¿con qué cara, ni aun con que consciencia osa el prelado fiar al inocente novicio de un maestro inexperto: no osando confiar su animal, sino de maestro aprobado? Si nadie quiere fiar su paño, ni consiente que metan la tijera en su ropa, sino está muy cierto que el sastre sabe bien cortarla y hacerla: ¿por qué osas tú prelado, poner al novicio que viene del mundo, en manos del monje más sobresalido: y que en el monasterio vive más exento? El que tiene casa vieja y llovediza, no busca maestro que le quiebre las tejas, sino quien le quite las goteras: en lo cual se nos da a entender, que tal y tan bueno ha de ser el monje que a los otros ha de doctrinar, que se tenga en poco, lo que les enseña con las palabras, a respecto de lo que los edifica con las obras.

Cuando el patriarca José llevó al santo Jacob su padre y a sus once hermanos a tierra de Egipto, como les preguntase el rey faraón, que qué oficio sabían, y ellos le respondiesen que no sabían sino guardar ganados y morar en los campos, dijo el rey a José: Si nosti ni eis viros industrios: constitue illos magistros pecorum meorum, y es como si más claro dijera: Yo tengo en mis dehesas muy grandes cabañas de vacas, y muchos rebaños de ovejas, y no pequeñas manadas de cabras: mira bien José si hay entre ellos tus hermanos

algunos dellos que sean industriosos y asenderados en guardar ganados, querría que les encomendases la guarda de los míos. Mucho es aquí de notar, y no poco de ponderar, que no mandó el rey faraón al santo José, que fiase a sus ganados de cualesquiera de sus hermanos, sino solamente de los que sabían que eran pastores expertos: del cual ejemplo podemos inferir, que el oficio de criar mancebos, en la religión: no se ha de encomendar sino a los que de su natural son honestos: y que en la religión son ancianos. No quiere el rey faraón encomendar sus ovejas y cabras, sino a pastores que sean sabios y laboriosos: ¿y osas tú prelado fiar la crianza de tus novicios, a los que en el monasterio son menos ancianos: y por ventura más atrevidos? No vaca tampoco de misterio, que el rey faraón no les encomendó la guarda de sus ganados, porque eran hijos de Jacob, ni porque eran hermanos de José su gran servidor y amigo: sino porque tenían para aquel oficio muy grande humildad, y aun gran habilidad: en lo cual se puede tomar ejemplo, que el buen prelado no debe poner por maestro de mancebos al monje que es más su devoto, sino al que viere en su monasterio ser más recogido y honesto. El no dar a personas dignas los oficios del monasterio, no negamos que es pecado: mas junto con esto decimos y afirmamos, que elegir al que es indigno en prelado o en maestro, que no sólo es pecado, mas aun sacrilegio: porque los otros oficiales del monasterio, no tienen más cargo de guardar llaves y puertas, mas el oficio del prelado y del maestro es de regir ánimas.

En el segundo capítulo del Daniel se cuenta muy por extenso, de cómo el rey faraón soñó una noche un sueño muy terrible: el cual ninguno supo interpretar ni entender, sino fue el profeta Daniel: y en remuneración de aquel tan gran servicio, constituyóle el rey por gobernador de todas las provincias, y por maestro de todos los sabios. Es aquí mucho de notar, que la gracia que el señor dio al profeta Daniel fue, porque criándose él en el palacio real, acontecíale muchas veces, que al tiempo que los otros pajes comían gallinas y capones, comía él acelgas y lentejas: y cuando los otros bebían vino, bebía él agua: de manera, que por ser más abstigente que todos, vino a ser maestro de los maestros. Deste tan notable ejemplo deben tomar todos los prelados ejemplo, para que no den cargo de criar novicios en el monasterio, si no fuere al que en su congregación es hombre de buena vida: y aun alabado de particular abstinencia.

El glorioso San Basilio en su antigua regla decía estas palabras: A los discípulos de los discípulos de Cristo oímos decir, que tal y tan bueno debe ser el monje que ha de criar y doctrinar a los que de nuevo vienen a tomar el hábito monacal, que en saliendo de abad le elijan por maestro: y al que fuere maestro elijan en abad. Hablando en este mismo caso dice en el libro de la vida solitaria, estas palabras: Entonces diremos que está el monasterio bien ordenado, cuando eligen en él por abad al monje más cuerdo, y en maestro de

mancebos al más recogido: y para la puerta al más manso, y para salir fuera al más honesto, y para servir a los enfermos al más caritativo. El abad Juan Quimaco dice, que en las congregaciones de los monjes de Egipto, al más principal monje hacían maestro de novicios, y al segundo después de él hacían abad de los monjes, y al tercero ponían a la puerta del monasterio, y al que era más honesto encomendaban los negocios del siglo.

El glorioso San Jerónimo, escribiendo a un monje llamado rústico le dice así: Si quieres saber quién fue maestro mío, y de los otros monjes que estábamos en el yermo, sabe que fue el abad Rogerio: varón por cierto, que en la condición era manso, en aconsejar sabio, en edad anciano, en el comer sobrio, en el dormir desvelado, en el hablar callado, en la oración devoto, en la disciplina riguroso, en la obediencia pronto, y en la caridad continuo. Conforme a los consejos destes santos, conviene mucho al maestro de los novicios, que sea hombre recogido y aun encogido: porque muy mal parecería reprehender él a su discípulo de disoluto, y por otra parte le viesen a él andar por el monasterio derramado. Las madres cuando enseñan a sus chiquitos a andar ni los pierden de los ojos, ni los sueltan de las manos: para darnos a entender, que es oficio de los buenos y solícitos maestros, hallarse siempre en todas las cosas con sus discípulos: así en las celdas cuando leen, como en los oficios cuando trabajan.

No inconsideradamente dijimos, que convenía fuese el maestro de los novicios, no sólo recogido, mas aun encogido, y contemplativo: porque siendo como es en la religión tan necesaria la devoción y oración, si el maestro es devoto criará a los discípulos devotos, mas si el tal es relajado, criarlos ha relajados. En el libro de la vida solitaria se lee, del santo abad Serapión: que en cuarenta y seis años, que tuvo cargo de doctrinar en la religión mancebos, nunca monje novicio fue a su celda, que no hallase al buen viejo, sino haciendo espuestas, o derramando de sus ojos lágrimas, o leyendo en las divinas letras. El monje que tal ejemplo como este viejo diese, y que en tales y con tan santos ejercicios se ocupase, no sólo era digno de enseñar a los novicios y mancebos, mas aun merecía ser maestro de todos los hombres santos: porque perseverar tan largo tiempo en darse a la lección, y continuar la oración, y no relajarse en el trabajo: no podía proceder, sino de corazón muy heroico, y de varón muy aprobado.

De las cosas que los maestros han de enseñar a sus discípulos: lo cual se prueba con figuras muy notables.

Conviene también que el maestro de los mancebos sea hombre reposado, y religioso muy callado: porque en los estudios y academias de Atenas, enseñaban los filósofos a sus discípulos a bien hablar, y a sutilmente disputar: mas en las escuelas y monasterios de Cristo, no los han de enseñar a disputar,

sino a bien obrar: ni aun a hablar, sino a callar. El primer maestro, y los primeros discípulos que hubo en la religión cristiana, fueron Cristo y sus apóstoles: del cual buen maestro se dice, que primero comenzó a obrar que no a enseñar: porque los corazones flacos y humanos, mucho más se persuaden con las buenas obras que ven: que no con las dulces palabras que oyen. El religioso que en la religión dice uno y hace otro, no es predicador, sino prevaricador: no enseña, sino que descamina: no ejemplifica, sino escandaliza: no planta, sino que descepa: ni aun edifica, sino que derrueca. Como la ociosidad sea la mayor enemiga que tiene el ánima, y la que entre religiosos no había de tener ninguna cabida: de creer es que de muy mala gana se aplicará ningún mancebo al trabajo, viendo a su maestro andarse por el monasterio holgando: mayormente, que de nuestros preceptores más somos obligados a imitar lo que hacen, que a desprender lo que dicen.

Debe también el maestro de novicios ser cuidadoso, de hacerles proveer de las cosas necesarias: es a saber, haciéndolos vestir si están desnudos, y dar de comer si están desmayados: y sobre todo, curarlos si están enfermos: porque pedirlo ellos sería gran deshonestidad, y el no dárselo muy gran crueldad.

El devoto San Buenaventura dice en el libro del enseñamiento de los novicios, que se debe haber el su maestro con ellos como padre en criarlos, como madre en regalarlos, como hermano en esforzarlos, como maestro en enseñarlos, como rector en corregirlos, como adalid en guiarlos, y como ayo en ampararlos. En el libro de doctrina de religiosos se dice y afirma, ser obligado el maestro del monasterio a enseñar a su discípulo, que en el coro esté atento, en el altar devoto, en el oratorio contemplativo, en el refitorio honesto, entre los compañeros callado, en los trabajos el primero, en la celda ocupado, con los enfermos caritativo, y por casa mortificado. En la vida de los padres se lee, que como el abad Arsenio diese cargo a un monje de un novicio, y el monje le preguntase, qué mandaba que hiciese de él: respondió el santo viejo: El cuidado que tiene el capitán de su ejército, y el piloto de su nao, y el ayo de su pupilo, y el adalid de enseñar el camino, ése has de tener tú deste mozo, que viene ahora del mundo, mostrándole las ceremonias, consolándole en los trabajos, esforzándole en las tentaciones, corrigiéndole de los excesos, y sobre todo que mire a lo que se obliga y no haga cuenta de lo que deja. Oh cuán bienaventurado sería el maestro, que pudiese decir con el profeta, *particeps sum omnium timentium te*: es a saber, tengo señor parte en todos los que en la religión te hice servir, y en todos los que por mi doctrina te quieren seguir: lo cual será así verdad, si él hizo en ellos todo lo que debía hacer, y ellos salieron cuales debían salir. Lo contrario de todo esto acontecerá al maestro, que por su descuido, o por su mal ejemplo se salió algún novicio del monasterio, o que también le crió para la orden absoluto, o disoluto: de la perdición del cual dará él a Dios muy estrecha cuenta, en día que nos tomaren a todos cuenta. No

basta que los maestros de mancebos tengan con ellos gravedad, sino que también tengan con sus monasterios muy grande fidelidad: es a saber, declarando a sus prelados la condición, e inclinación que siente en sus novicios: para que conforme a su parecer y voto, determine entre sí, si será lícito admitirlos, o si les conviene expelirlos. Avisamos y mucho avisamos a los tales maestros, que al tiempo de examinar sus discípulos, no se muestren apasionados, ni sientan dellos estar afeccionados: sino que poniendo a Dios delante los ojos, digan lo que siente según buena razón, y no lo que ellos querrían según su opinión.

Desalmado y alevoso y aun traidor, pueden llamar al maestro de los novicios, que por algún nuevo amor que al mancebo ha tomado, o por alguna desgracia que con él ha tenido, le acusa de disoluto siendo recogido, o le alaba de virtuoso, no viendo en él ningún buen respecto. Ve qui dicitis bonum malum: et malum bonum, decía Dios por Isaías: y es como si dijera: Ay de vosotros los maestros y religiosos que aprobáis lo malo por bueno, y condenáis lo bueno por malo: dando como dais vuestros votos, no ado la razón os convida, sino ado la afección o pasión os lleva.

Lo que decimos a los maestros, avisamos también a todos los otros religiosos, para que con mucho acuerdo, y sobre muy maduro consejo, den o quiten al novicio el voto: porque si el tal es malo, cometen traición a la orden en recibirle: y si por ventura es bueno, cometen gran pecado en echarle. Novicio y muy mal novicio era el malvado de Judas, que no había aún hecho profesión en el monasterio, y colegio de Cristo, mas el sumo criador y dulce redentor, poco a poco le fue tolerando, y de día en día le iba esperando, por ver si mudara la condición, y mereciera la profesión: mas el triste y malaventurado de él, sin que nadie le alanzase apostató, y sin que nadie le enojase se desesperó. En el primer año del reinado y noviciado del rey Saúl, como el profeta Samuel llorase por él a causa que era su amigo, y le había él en rey ungido, díjole el señor casi medio enojado: Usquequo tu luges saul: cum ego proieceri meum, ne regnet supra Israel: y es como si dijera. ¿Por qué tú Samuel lloras, y plañes tanto, el mandar yo quitar el hábito, y echar de mi monasterio a tu discípulo Saúl: pues él no ha querido hacer lo que yo le mandaba, ni creer los consejos que tú le dabas? Ahora tienes tú por saber, oh Samuel, que no hay cosa sana sino la que yo curo, ni hay cosa escogida sino la que yo señalo, ni hay cosa justa sino la que yo apruebo, ni hay cosa perpetua sino en la que yo pongo la mano: Si tú quieres llorar por tu discípulo Saúl: no llores el ver que yo le despido, sino saber que ello merece: porque en las desgracias que acontecen a los hombres, no se ha de llorar el bien que pierden, sino la culpa porque le pierden.

Lo contrario de todo esto aconteció en la conversión, y elección del apóstol San Pablo: y fue el caso, en que como mandase el señor al discípulo Ananías,

que fuese a dar el hábito de cristiano a Saulo, que después se llamó Paulo, respondió él al señor: Domine audivi a multis de viro hoc, quanta mala fecerit sanctis tuis in Hierusalem, y es como si dijera: Señor Dios de Israel, entiende bien lo que provees, y mira con atención lo que mandas: pues me mandas que reciba a Saulo en novicio, y que le dé el hábito de cristiano: porque te hago saber, que ha sacado provisiones reales de la corte de Jerusalén, para prender y maltratar a todos los que invocan el nombre de cristiano, y vienen a tomar el santo bautismo: a cuya causa andan muchos discípulos huidos, y aun son en las sinagogas muy castigados. A esta respuesta de Ananías le respondió el señor: Vade quia vas electionis est mihi, y es como si dijera: Ni porque sea hebreo, ni porque tú le tengas por enemigo, has de quitar al novicio Paulo el voto para que sea cristiano, y resida en el monasterio apostólico: mayormente, que entre todos mis electos él es el vaso más escogido, ado yo tengo de confiar todos los secretos del cielo. He aquí pues hermanos míos muy amados, dos muy notables ejemplos: de los cuales se deben siempre acordar, todos los buenos religiosos, al tiempo que examinan en sus congregaciones los novicios: para que rueguen al señor los quiera alumbrar y encaminar, a que no defiendan a Saúl con Samuel, ni alancen a San Pablo con Ananías. No dejaremos de decir la culpa que tienen los monasterios, y aun los maestros en las órdenes monacales: los cuales así se afeccionan, o apasionan con el novicio que les dan a cargo: que si no les cae en gracia, luego mueren por echarle, y si le toman afección se desvelan por sustentarle: de manera, que no es más bueno, o malo el novicio, de cuanto le quiere bien o mal su maestro. No menos son de culpar en este caso los prelados que encomiendan la crianza de los mancebos, a otros monjes mancebos como ellos: los cuales así se ríen y burlan con sus novicios, como si fuesen niños chiquitos: y aun lo que es peor de todo, que no los enseñan como maestros, sino que se sirven dellos como de criados. Sea pues la conclusión de todo, que al religioso maestro no le han de ver reír sino llorar, no holgar sino trabajar, no hablar sino callar, no vagamundo sino recogido, no brioso sino manso, no voraz sino abstigente, no mordaz sino caritativo, ni relajado sino devoto.

### **Capítulo VIII**

De cuán gran ánimo han menester los que quieren al señor servir, y pruébase muy bien esto con una figura del levítico.

Homo qui offert vitulum coram domino, sacerdotes effundant sanguine iuxta altare: et detracta pele artus in frustra concidant.

Estas palabras son palabras de Dios, y dichas al santo Moisés en el monte Rafin, y escritas en el principio del levítico, y es como si dijera: Si algún hombre israelítico quisiere ofrecer algún becerro o ternera al señor, degollarle han los sacerdotes a la puerta del templo, y derramarán la sangre cabe el altar, y desollarle han todo el cuero, y harán muchos pedazos la carne, y puestos sobre un haz de lana, quemarla han allí toda. Si bien queremos mirar el misterio, muchas cosas mandaba Dios que se hiciesen en el sacrificio, para que el sacrificio le fuese acepto: es a saber, que fuese buen becerro, que fuese sano, que no fuese manchado, que fuese degollado, y a la fin que fuese todo quemado.

Ante todas cosas es aquí de saber, que se tenía por gran locura, si navegase el piloto sin saber para qué puerto, si hiciese el capitán ejército sin saber contra quién, si peregrinase el romero sin saber adónde, y si mudase uno estado, y tomase otro el hábito sin saber para qué deja el mundo, y se mete religioso: porque el mérito, o demérito de nuestra vida, no está en las obras que hacemos: sino en el fin para que las guiamos. No en vano dice David, *utinam dirigantur vie*: y no sin misterio nos aconseja Isaías, que no vamos por nuestros caminos: pues es imposible que en ellos no nos perdamos, y que al fin no nos condenemos: pues tantos cuantos son los vicios, tantos y no menos son los caminos. Séneca en una epístola dice: No te fíes no te fíes amigo mío Lucilo del mundo: el cual es tan mal acondicionado, que si nos deja dormir un sueño con lo que tenemos allegado, nos despierta con otro nuevo cuidado, dando lo que nos ha dado a otro nuevo dueño.

Como el emperador Trajano preguntase a su gran maestro y filósofo Plutarco, qué era la causa por la que había más malos que buenos en el mundo, respondióle: Has de saber serenísimo príncipe, que allende que nuestra natural inclinación, es más pronta para seguir el mal que el bien, todo el daño desto está: en que se va gente tras gente, y no razón en pos de razón. ¿Oh tú que vienes del mundo, oh tú que vienes al monasterio, para qué quieres mudar el hábito, si no sabes qué cosa es ser religioso? Si no sabes lo que tomas, ¿para qué lo tomas? Y si sabes lo que dejas, ¿para qué lo dejas? ¿Piensas que la perfección de la religión consiste, en que como traigas de antes sayo, traigas ahora el hábito? ¿En que como te llamaban de antes hombre, te llamen ahora monje? Y en que como morabas en una casa, mores ahora en el monasterio: y en que como allá llamabas al que servías señor, llames al que acá en la religión te manda abad, o prior: Muy fuera vas de camino, si vienes a la orden con ese pensamiento: porque el bien de su salvación consiste, no en el nombre que mudas, ni en las ropas viejas que dejas, sino en las nuevas costumbres que tomas. El llamarte religioso, el encerrarte en el monasterio, el traer hábito negro, o blanco, y el no salir ya por el mundo, quitarte han las ocasiones de ser malo: mas no son suficientes para hacerte santo y perfecto: porque si junto con

esto no tienes humildad con el prójimo, obediencia al prelado, paciencia en el trabajo, disciplina en el cuerpo, recogimiento en el monasterio, devoción en el oratorio, y caridad con tu hermano: dime yo te ruego ¿para qué viniste acá del mundo? Oh tú que vienes a la religión, has de pensar hermano mío que viniste a ofrecer, y a sacrificar al señor: no sólo la hacienda mas aun el ánima, no sólo el ánima mas aun el cuerpo, no sólo el cuerpo mas aun la vida, y no sólo la vida mas aun la honra: de manera, que digas con el apóstol, vivo yo mas ya no yo: vive en mí aquel que murió por mí. Allá en el mundo el mayor sacrificio que hacíamos a nuestro Dios era irnos a la iglesia, santiguarnos en entrando, hincar luego las rodillas, tomar un poco de agua bendita, y dar una blanca en limosna: mas acá en la religión, has de ofrecer hermano mío a tu Dios las manos para trabajar, los ojos para llorar, el cuerpo para ayunar, la boca para rezar, y el corazón para le amar. Allá en el mundo ofrecías a Dios los diezmos, las primicias, y las obladas, y otras semejantes ofrendas: mas acá en la religión ofreces a ti mismo, que vale más que todas ellas: porque no puede el hombre hacer a Dios otro mayor sacrificio, que sacrificarle a su corazón propio.

Viniendo pues al caso, manda Dios en la figura arriba tocada, que el animal que le hubiesen de sacrificar fuese becerro y no becerra, y el que le sacrificase fuese hombre y no niño, y el tal animal que fuese sano y no manco: en lo cual se nos da a entender que no ha menester la religión hombres enfeminados ni regalados que entren en ella: sino varones que sean hombres para soportar los trabajos del monasterio, y tengan esfuerzo para sufrir las tentaciones del demonio. Si para doctrinar eligen al mejor maestro, y para navegar al mejor piloto, y para pelear al más esforzado caballero, y para caminar al más ligero correo: ¿por qué han de querer para el monasterio al más inhábil y manco? Para alcanzar la alteza de la perfección, y para tolerar los trabajos de la religión, hay gran necesidad, de tener el cuerpo muy fornido, y el corazón muy esforzado: de lo cual podemos inferir, que aunque todos los del mundo tienen habilidad para ser cristianos, muy poquitos son los que la tienen para ser religiosos. Si bien lo queremos entender, no es otra cosa mandar Dios que le ofrezcamos animal recio y grande, sino que el novicio que hubiere de entrar en la religión sea ya del todo hombre: porque de otra manera, si el tal es niño, o muy muchacho, el tiempo que había de gastar su maestro en doctrinarle, habrá de expender en criarle.

Guardar los ayunos, levantarse a maitines, madrugar a prima, barrer la casa, hacer la cocina, servir en la enfermería, y cumplir con la obediencia: ¿por ventura son estos trabajos para niños, y mozuelos, y no para monjes recios y muy sanos? Lo contrario desto que aquí decimos, suelen hacer en algunos monasterios no bien disciplinados: en los cuales reciben y admiten a unos que son niños, a otros que son viejos, y a otros que son flacos: de lo cual suele suceder, que después de recibidos, todo lo más del tiempo gastan en criar a los

muchachos, y en curar a los enfermos, y en regalar a los viejos. Los monjes que en la orden se envejecieron, y los religiosos que en la religión enfermaron, justa y justísima cosa es, que sean los unos curados, y los otros sobrellevados: mas pues destos hay más que tierra en los monasterios, para qué quieren los prelados encargarse de mozuelos que críen, y de hombres flacos que soporten.

Cristo nuestro Dios y señor, cuyas pisadas hemos de seguir, y cuyas obras hemos de imitar, no tomó para poblar su monasterio y colegio sacro, a mozuelos pequeños, ni a hombres viejos y flacos: sino a los que tenían fuerzas para andar descalzos, y tenían estómago para comer espigas por los campos: de lo cual podemos colegir, que de tal edad ha de entrar el monje o monja en la religión, que sepa muy bien lo que deja, y tenga fuerza para guardar lo que toma. Entonces se ofrece a Dios animal grande y sano, cuando el que viene a la religión es hombre y no mozo, y es recio y no flaco: porque de otra manera, mucho más los tales estorbarían, que ayudarían: pues con los mozuelos, no haríamos sino burlar, y con los enfermos todo el día hablar. El [falta texto] dice, que los monjes de Egipto, que recibían en sus monasterios, que por lo menos abajase de veinte años abajo, y a lo más subiese de los cuarenta arriba: porque les parecía a ellos, que en aquellas dos edades, ni podía el mozo allegar ignorancia, ni podía el viejo eximirse por flaqueza. En recibir niños o niñas en la orden, hay otro inconveniente muy grande y es, que en la hora que los toman sus maestros, o maestras a cargo, trabajan mucho de los regalar, y aun de los trabajos del monasterio los exentar: y lo que es peor de todo, que piden de comer para ellos, como para hombres: y por otra parte quieren que estén exentos como niños. Hay otro inconveniente en recibir mozuelos en la orden: y es que si por caso hacen algún descuido en el coro, o intentan alguna golosina en el refitorio, o dicen alguna descortesía al que es viejo, o inventan alguna travesura en el monasterio: si por caso les quiere poner la mano, y castigar el prelado, a la hora le resiste y torna por el su maestro diciendo, que todo aquesto es niñería, y que la edad tierna lo demanda. Hay otro inconveniente en este caso y es, que muchas veces, como son tan tiernos para sufrir los trabajos del monasterio, es necesario que los despida el prelado, o se tornen ellos al mundo: y tornados allá, cuentan a sus deudos y padres, no las muchas bondades que vieron en los buenos, sino algunas flaquezas si notaron en los flacos.

También hay otro descuido en este caso y es, que tienen ya por estilo en algunos monasterios, de recibir algunas mozuelas, o mozuelos depositados: y esto no para que sean allí religiosos, sino para que estén allí guardados, y sean criados: de lo cual se sigue, que como los vienen a visitar muchas veces sus parientes y padres, disuélvense mucho los monasterios con las pláticas de los padres, y con las burlas y niñerías de los hijos. El prelado que por interés de dinero, o por amistad de algún amigo permite que con los tales mozuelos sea

profanada la religión: tan justamente merece ser alzado del monasterio, como lo fueron por Cristo los que vendían y compraban en el templo; porque mucho más peca el que ahora peca contra la Iglesia, que no el que pecaba entonces contra la sinagoga. Lo segundo que mandaba Dios en su ley era, que el animal que le hubiesen de ofrecer fuese, no sólo másculo y sano, mas aun fuese de una color todo, y la causa desto era: porque los egipcios como eran idólatras, adoraban por su Dios único a un buey, que llamaban Isis criado en las riberas del Nilo, y que era de varios colores todo. Querer Dios que le ofrezcan animal, que no tenga más de una color: es darnos a entender, que no ha de entrar nadie en el monasterio, si no fuere con un solo propósito: y este ha de ser con todas sus fuerzas al señor servir, y su ánima salvar: porque si viene a ella con otros siniestros propósitos, o él se saldrá en breve del monasterio, o la religión le echará de sí como cuerpo muerto. Entonces es el monje de una color sola, cuando no tiene más de una fe, no cree más de en una Iglesia, no guarda más de una ley, no tiene más de un buen propósito, no quiere más de a sólo Cristo, y no tiene cuenta sino con su prelado. Dime yo te ruego, sino vienes por sólo servir a Cristo: ¿por qué dejaste al mundo, y te encerraste en el monasterio? Los que entran en la religión diciendo que quieren hacer penitencia, y ellos no vienen sino por tener la vida más segura, y por escapar de la infame pobreza, discípulos son los tales del demonio: el cual fue a buscar a Cristo al desierto, no para le servir, sino para le tentar. Entonces es el sacrificio a nuestro señor acepto, cuando todos los religiosos se visten de un paño, comen en un refitorio, se asosiegan en un monasterio, obedecen a un prelado, concurren todos al coro, se juntan en el oratorio, y son de un parecer en capítulo.

Según lo que leemos, y según lo que ahora vemos, ya se pasó el tiempo santo, ya se acabó la edad dorada: en la cual todos los heroicos religiosos, y todos los varones aprobados, no tenían más de un ser, un querer, un deseo, un propósito, una caridad, y una conformidad: por manera, que nadie de los que quería tanto a sí mismo, quanto procuraba la consolación de su prójimo. Oh cuán pocos animales se ofrecen hoy al señor que sean de una color sola: es a saber, que muy pocos son los monasterios ado siguen lo que manda Cristo, y hacen lo que quiere su prelado: sino que hay entre ellos más variedad de pareceres, y más disonancia de voluntades: que en las plumas de los jergueritos hay colores. De varias y diversas colores es el animal del sacrificio, cuando en un mismo monasterio andan unos bien vestidos y otros rotos, unos no salen fuera y otros no entran en casa, unos están exentos y otros hacen los oficios, unos son regalados y otros aun no curados: finalmente digo, que unos obedecen al prelado, y otros no quieren aun mirarle al rostro. De muchas colores es el animal del sacrificio, cuando los monjes debaten entre sí, sobre quién será mayor abad, quién llevará el principal priorazgo, con quién quedará el más rico monasterio, sobre a quién se dará la mejor celda, y sobre quién se asentará

en el mejor asiento de la mesa. Dejar el mundo y venir a la religión, a desear estas dignidades, y mandos, y a procurar estas liviandades: ¿no te parece hermano que es con sobra de desvergüenza, y por falta de consciencia? Preguntado el abad Arquimio, que cuál era el mayor trabajo que padecía el monje, respondió: El mayor trabajo que los monjes tenemos es, no la soledad que poseemos, no el yermo adonde estamos, no el hambre que padecemos, no las disciplinas que hacemos, ni aun las tentaciones que sufrimos: sino los muchos apetitos que tenemos, y la poca resistencia que les hacemos: por cuya ocasión, no sólo somos a la religión penosos, mas aun de nosotros mismos andamos descontentos. Unam petii a domino: et hanc requiram: decía el profeta David, y es como si dijera: Sola una cosa señor te pido, y por sola una te ruego, y no más de una te demando, y es: que me tengas con tu gracia para que no pueda caer, y si cayere me des tu bendita mano para me levantar: porque ya sabes tú oh buen Jesús, que no sé tenerme si a ti no me arrimo, ni puedo levantarme, si no me das tú la mano.

## Capítulo IX

De cómo el siervo del señor debe negar su propia voluntad: y para esto probar, se prosigue la figura arriba tocada.

Lo tercero que mandaba Dios en la ley era, que al tal animal, no se le sacrificasen si primero no le degollasen: en lo cual nos daba a entender, que el mancebo que deja el mundo y viene al monasterio a tomar el hábito, lo primero que ha de hacer es, del su propio querer y parecer, se desangrar: y por Cristo, y con Cristo se morir. No querer Dios que le ofrezcan sacrificio que vaya vivo, sino que esté degollado: es darnos a entender, que si queremos ser buenos cristianos y perfectos religiosos, nos conviene ante todas cosas, romper nuestras propias entrañas, y abrirnos todas las venas: ofreciendo al señor, no la sangre con que vivimos, sino la propia voluntad que tenemos. Oh tú que viniste a la religión a buscar la perfección, lo primero que en ti ha de hacer el prelado es, degollarte sin ninguna piedad: sacándote la sangre de los ojos, para que ya no veas cosas vanas: la sangre de los pies, para que no andes en cosas livianas: la sangre de la lengua, para que no hables cosas viciosas: y la sangre del corazón, para que no ames cosas deshonestas. Y tú no sabes que de la hora que pusiste los pies en el monasterio, y renunciaste las liviandades del mundo, el corazón ofreciste a Cristo, y el cuerpo entregaste al prelado: Pues diste el tu querer a Cristo, y te dejaste en manos de tu prelado: ¿porqué procuras demorarlo quier, y porqué tienes lo que a ti te place, y porqué haces lo que a ti se te antoja? ¿No sabes que estás degollado, no sabes que eres ya muerto, no sabes

que no eres ya tuyo, ni tienes que ver contigo? Al monje que no hace sino lo que quiere en el monasterio, muy justamente le pueden llamar ladrón corsario: pues hurta el corazón que había ofrecido de su grado a Cristo, y se alza con la propia voluntad que había ya dado al prelado: Manus habent et non palperunt, pedes habent et non ambulabunt, non clamabunt in gutture suo: et ideo speret Israel in domino: decía el santo rey David, y es como si dijera: En la casa y monasterio, adonde los monjes y monjas tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen, tienen pies y no andan, tienen lengua y no hablan, tienen manos y no dañan, y tiene corazón y no le desmandan: seguramente pueden creer, que es perfecta su religión, y van camino de salvación.

Mucho y muy mucho es de ponderar, que primero dijo el profeta, que no tenían pies ni manos, que no que los monjes eran buenos y perfectos: en lo cual nos dio a entender, que el cegar los ojos, el cortar los pies, el atar las manos, el cerrar la boca, el encarcelar el cuerpo, el irnos a la mano, y el no esperar en otro que en Cristo: nos hace ser religiosos, y nos da esperanza de ser salvos.

El cirujano, médico del cuerpo, si en el enfermo siente que está la sangre dañada, luego le manda sangrar a la hora, y lo mismo debe hacer el prelado con su súbdito: en que si siente del que es algo temeroso, y voluntarioso, le vaya mucho a la mano, y no le deje salir del monasterio: porque a nadie hace tanto daño la sangre podrida, cuanto hace en la religión la voluntad propia. Creedme padres y no dudéis, que si os queréis salvar, y por el camino de la perfección ir, que os han de atar, que os han de sangrar, y que os han de degollar: lo cual se cumplirá, cuando os dejásteis enterrar en una celda estrecha, y os consintiereis a mortajar con una regla áspera. Mortui enim estis, et vita vestra abscondita est cum Cristo, decía el apóstol, y es como si dijera. No os contristéis hermanos míos: porque si os parece que estáis muertos al mundo, sabed que vuestra vida os la tiene guardada Cristo: de manera, que cuando no catareis, a los mundanos se les acabará la vida, y les vendrá la muerte: y a vosotros cuando no pensareis, se os acabará la muerte, y os tornarán la vida. Si eres verdadero cristiano, no te ha de espantar tanto el decirte el apóstol que eres muerto, cuanto te ha de alegrar, el certificarte que tu vida te tiene guardada Cristo: porque fielmente puedes confiar del buen Jesús tu vida, pues él por ella puso la suya.

Conforme a lo que dice el santo profeta real David, si el señor no guardase el homenaje de nuestra alma, ¿dime que sería della? Si el señor no nos mitigase la carne, y no nos apartase del mundo, y no nos defendiese del demonio: los cuales andan rabiosos por nos engañar, y solícitos por nos matar: no habría ya días que nuestra vida fuese acabada, y nuestra ánima condenada: A ti hermano que vienes a la religión aconsejo y amonesto, que a la hora que te degollare tu prelado quitándote el tu querer propio, secrestes y abscondas tu vida en el

regazo de Cristo: porque muy mejor está ella en él secrestada, que estaba en ti empleada.

Dime yo te ruego, si el día que entraste en la religión, renunciaste en manos de tu prelado, y echaste en el regazo de Cristo todo lo que sabías, todo lo que podías, todo lo que valías, todo lo que tenías, y todo lo que querías: ¿qué puedes de todo esto perder, pues al doble te lo ha él de tornar? Mira que no dice el apóstol, que nuestra vida nos la tiene Cristo robada, ni tomada, ni saqueada, sino que está en él abscondida, y depositada: y si está depositada, por ventura no nos la tornará cuando le fuere pedida: Prosiguiendo pues nuestro primer intento, no querer el buen señor que le ofrezcan animal vivo sino degollado: es decirnos, que el perfecto religioso se debería tener por muerto, y hacer cuenta que está ya sepultado: lo cual él hará cuando no tuviese réplica a lo que el abad le quisiere mandar, ni mostrare resistencia a lo que de él quisiere hacer. El monje que con su prelado se pone en altercar, sobre si es lícito o no es lícito lo que por él le es mandado: el tal no sólo no está muerto, mas aun ni bien degollado: y en tal caso, no sería malo que le pusiesen a la garganta otra vez el cuchillo, y le sangrasen de la vena del corazón un poco: dándole con la disciplina a entender, que en la religión bien ordenada: no hay necesidad de hombres que disputen, sino de monjes que obedezcan. Vivo ego, jam non ego, decía el apóstol, como si más claro dijera: Vivo yo, mas ya no yo: porque las adversidades que padezco de los enemigos, y las tentaciones que sufro de los demonios, unas sufro como cristiano, y otras disimulo como discreto. Vivo yo cuando mis miembros mando, vive en mí Cristo cuando los empleo en su servicio: vivo yo cuando pecco, y vive en mí Cristo cuando le sirvo: vivo yo si soy rebelde, y vive en mí Cristo cuando obedezco: vivo yo cuando me amo, y vive en mí Cristo si me aborrezco: por manera, que entonces tengo más segura la vida, cuando no tengo ninguna parte en ella. Oh cuán bienaventurado será el que con el apóstol dijere, vivo yo mas ya no yo: es a saber, vivo yo cuando he hambre, no vivo yo pues ayuno: vivo yo cuando he sueño, no vivo yo pues velo: vivo yo cuando he frío, no vivo yo pues ando descalzo: vivo yo cuando voy al mundo, no vivo yo cuando estoy encerrado: finalmente digo, que vivo yo cuando hago lo que quiero, vive otro en mí cuando me van a la mano.

En el mundo al resollar llaman vivir, y al no resollar llaman morir: no es por cierto así entre los siervos de Dios: los cuales tienen por cierto, que no vive el que bien no vive, y ni llaman vivir sino al bien vivir: de manera, que no hemos de llorar por los que acaban su vida bien, sino por los que emplean su vida mal. Déjate pues hermano mío degollar, deja a la voluntad del prelado todo tu querer: porque siendo como es teniente de Cristo, si eres remiso, él te despertará: si eres flaco, él te esforzará: si eres avieso, él te corregirá: y aun si eres bueno, él te honrará. Otras y otras mil veces te aconsejo amigo mío, te

consientas degollar, y te dejes al ajeno parecer y querer: porque el día del juicio, al prelado pedirán cuenta, si supo mandar: y a ti pedirán cuenta si le quisiste obedecer. ¿Por ventura en aquella postrera hora no holgarás tú, que de aquella estrecha cuenta, de por ti otro cuenta? Es también aquí de notar, que la sangre que sacaban del animal, no la podían echar a los perros, ni llevarla a su casa, ni aun derramarla en la plaza pública, sino que la guardaban y ofrecían en el templo de la sinagoga: por manera, que si los sacerdotes llevaban la carne para sí, se quedaba la sangre para Dios. Dásenos en este misterio a entender, que no hay cosa a Dios tan acepta, como es nuestra voluntad propia: lo cual podemos muy bien creer, en que si le era grata la sangre que sacaban al animal de las venas, mucho más le será acepta la que sale de nuestras propias entrañas.

¿Qué igual presente puedo yo presentar al que es Dios de mis entrañas, si no son mis propias entrañas? Dime yo te ruego, ¿qué sería de nosotros míseros, si el señor no hiciese cuenta de nuestras voluntades, sino que nos pidiese siempre buenas obras? Ellas por cierto son tan pocas en número, y tan sin tomo en mérito: que no sólo no las querría aceptar, mas aun ni mirar: porque si nos acordamos de él en alguna hora del día, le estamos ofendiendo toda nuestra vida. Dime cristiano, dime religioso, ¿qué le ofreces, si tu voluntad no le ofreces? Si le ofreces el cuerpo, no es tuyo sino de los gusanos: si la honra, tampoco es tuya sino de los mundanos: si la hacienda, ésta es de tus deudos: si la vida, ésta la muerte te la quitará hoy o mañana: no tienes pues qué darle, sino son algunos pocos servicios, envueltos en algunos santos deseos.

Factus est sudor eius, sicut gutte sanguinis decurrentis in terram, dice San Lucas de Cristo, y es como si dijera: Estando el bendito Jesús postrado en el huerto, fue tan inmensa la caridad con que al padre oraba, y tan grande el temor que a la muerte su humanidad tenía, que sudaba sangre por los poros, y salían arroyos de agua por los ojos. ¿Qué es esto oh buen Jesús, qué es esto, oh amores de mi alma: antes que los hebreos pongan pleito delante Pilato a tu sangre, sudas tú en el huerto sangre? Guárdala oh buen Jesús, guárdala, que según la poca que tienen tus carnes delicadas, y según las muchas heridas que han de dar en ellas: mucha más has menester, si con todos has de cumplir. En aquella triste hora, muy grande fue tu agonía, oh redentor de mi alma: pues tus ojos lloraban lágrimas, tu cuerpo sudaba sangre, tu corazón se entristecía, tus discípulos se dormían, Judas espiaba, la gente ya se allegaba: y todo por culpa mía, que no cierto por la tuya. Bien dice el apóstol, en decir que fuimos comprados con gran precio: pues el tesoro de su sangre, le formó el espíritu santo, le crió la virgen, le sudó el cuerpo, nos le dio su corazón, le acusó la sinagoga, le condenó Pilato, le derramaron los gentiles, y le cogieron y

guardaron para sí los cristianos. Querer primero Cristo sudar, y ofrecer al padre la sangre de su corazón en el huerto, antes que la de sus venas en la cruz: es darnos a entender, que el verdadero y perfecto monje, primero debe echar de su corazón la propia voluntad que trae del mundo, que no tomar el hábito monacal en el monasterio: porque la perfección que él viene a buscar, no consiste en el hábito que se viste, sino en la voluntad de que se despoja. Oh cuánto es bienaventurado, el que la sangre de su voluntad y apetito pone en las manos de su prelado: porque no hay en el hombre otro mayor sacrificio, que sacrificarle a Dios a sí mismo.

Mandaba también Dios en la ley, que el animal que le hubiesen de ofrecer en el templo, no sólo fuese degollado, sino que fuese también desollado: y esto sin que le quedase en el cuerpo ninguna señal del cuero o pellejo. En las divinas letras, algunas veces se toma el cuero, o la piel, por la vida que tenemos, o por la salud que deseamos: y a este propósito dijo el demonio a Dios hablándole del santo Job: *Cuncta per pelle dabit homo*, y es como si más claro dijera: Yo he saqueado la casa de tu amigo Job, en que hice quemar sus ovejas, prender sus bueyes, capturar sus pastores, robar sus camellos, y matar a sus hijos: mas como no me has dado licencia para que le toque en el cuero de su carne: es a saber, en la vida y salud de su persona, no tiene a mí ni a todas las otras tentaciones en nada. Otras veces se toma el cuero, o piel por los bienes y riquezas desta vida: así como cuando Adán y Eva pecaron, que luego a la hora tomó el señor unas pellejas de animales, con que les albergó las carnes, y cubrió sus verguenzas; de lo cual podemos colegir, que no es otra cosa tener necesidad de los bienes temporales, sino una general penitencia por ser pecadores. Ora se tome por la vida que vivimos, ora se tome por los bienes que tenemos, téngase por dicho el que viene del siglo al monasterio, que ante todas cosas te han de degollar y le han de desollar: es a saber, vistiéndole de un hábito viejo, y desapropiándole de lo que traía del mundo. El bendito Jesús, sudado el corazón, abiertos los poros, molidos los huesos, rompidas las venas, desolladas las carnes, y despojadas las ropas, subió al ara de la cruz: para darnos a entender, que antes que entremos en la cruz de la religión, nos conviene ir sin pellejos de dineros, y sin carga de pecados. Al que viene del mundo a la orden, no basta que le degüellen y saquen la voluntad propia, sino que también es necesario, le desuellen, y quiten la hacienda que traía: porque repugna al estado de perfección, pensar el monje poder al señor servir, si primero no se quiere desapropiar.

*Non potestis servire deo et mamone*, decía Cristo; y es como si dijera: Como los bienes temporales sean amorosos para tener, sabrosos para gustar, dificultosos para dejar, y enojosos para repartir: no puede el corazón del varón perfecto cumplir con lo que Dios le manda, y con lo que las riquezas quieren. Dime yo te ruego, siendo como eres bursario y propietario: cómo tienes cara

para pedir alguna cosa a Cristo. Cuándo te pones a orar delante un crucifijo, si estás tú vestido: ¿qué pides al que está allí desnudo? Estando tú libre y exento, ¿qué pides al que está allí enclavado? Tú que estás sano y gordo, ¿qué quieres del que ves allí despedazado? Estando tú harto y contento, ¿qué pides al hambriento, y qué de pura sed dice sitio? Teniendo hábito y túnica y bolsa: ¿qué le pides al que no tiene sobre sus carnes, ni sólo un hilo de ropa? En el mundo el que es rico, hace limosna al pobre: ¿y quieres tú en la religión, que el pobre crucificado haga limosna a ti que eres rico? Déjate pues hermano mío despojar, déjate desapropiar, déjate desollar, y déjate de lo que tienes desnudar: porque siendo como es el camino de la religión tan áspero, y el camino del cielo tan estrecho: si quieres ir por ellos cargado, sey cierto, que ni por el uno podrás andar, ni por el otro tampoco caber. Si te quieres salvar, y quisieres perfecto monje ser, has de seguir desollado al desollado, pobre al pobre, desnudo al desnudo, y crucificado al crucificado: porque si en la vieja ley no aceptaba Dios los animales que no iban desollados, menos le será acepto el monje que está cargado de apetitos. Mandar Dios en su ley, que desollasen el animal de pies a cabeza: es avisarnos, que nadie se encone en tener alguna niñería o bujería: porque es el demonio tan sutil y malicioso, que muchas veces hace al religioso poner más afección en un cuchillo, o en un libro: que ponía en el mundo en traer una cadena de oro. Debe pues el maestro de mancebos desollar de pies a cabeza a sus novicios y discipulos: es a saber, que no sólo no les consienta tener cosas que sean superfluas, mas aun les cercene algo de las que son necesarias: porque el monje que pretende ser perfecto, no basta que se abstenga de lo que no puede tener, sino que ha de quitar de lo que ha menester. Entonces está el monje desollado, y va camino de ser perfecto: cuando no tuviere en su celda cosa superflua, ni en sus arcas cosa escondida, ni sobre su persona cosa curiosa: porque en el mundo alabase el mundano de lo que le sobra: mas el religioso en la religión, hase de preciar de lo que le falta.

## Capítulo X

De cómo los varones más perfectos son a más cosas de virtuosos obligados, pruébase esto con figuras y autoridades.

Vir sine mulier, qui voverint se domino consecrare: a vino et omni quodinebriari potest, se abstinebunt. Palabras son estas divinas, y dichas por boca divina, al santo profeta Moisés: y están escritas en el libro de los números, en el sexto capítulo: en los cuales quiso Dios tanto decir como si dijera: El hombre y la mujer israelitas que quisieren apartarse del mundo, y

ofrecer a sí y a lo que tienen en el templo, has los de avisar y decir, que no han de comer allí más de lo que yo les mandare, y que se han de abstener de todo lo que yo les vedare: porque si pretenden de alcanzar este nombre de nazarenos santos, haies de costar muchos y diversos trabajos. Y díjole más Dios: No han de beber vino, no han de gustar vinagre, no han de probar uvas, no han de comer pasas, no han de tocar al agraz: y finalmente les prohibo todo aquello que les puede embriagar y perturbar el juicio, y estragar y acedar el estómago. Para entender esta figura, es aquí de saber, que a los que ahora llamamos religiosos en la religión cristiana, solían llamar santos nazareos en la sinagoga: los cuales por evitar los trabajos domésticos de su casa, y los grandes bullicios de la república, se apartaban a hacer una vida monástica: asaz ejemplar y religiosa. A ser nazareno o religioso, nadie en la vieja ley era convidado, ni menos forzado: mas después que tomaba aquella tan santa manera de vivir, quisiese, o no quisiese la hacían guardar. Es ahora aquí de ponderar, que allende de los preceptos comunes que daba Dios a la gente común, daba también otros particulares preceptos, a sus particulares amigos: en lo cual se nos da a entender, que el cristiano y siervo de Dios, que quisiere algún don singular del señor recaudar, sepa que particular y singularmente le ha de servir.

Generalmente mandaba Dios a los israelitas que no fuesen voraces, ni comiesen cosas inmundas: mas a los que se llamaban nazareos, y se tenían por religiosos, no sólo les vedaron las cosas inmundas, mas aun les prohibían las que eran delicadas: dándonos en esto a entender, que el varón santo y virtuoso no debe pensar que está la perfección en traer la ropa corta, sino en hacer la vida estrecha. A más humildad, y a más caridad, y a más honestidad eran obligados los nazarenos consagrados, que no todos los otros de plebeyos: y vedar a ellos solos el vino, y todo aquello con que uno se torna borracho: es darnos a entender, que muchas cosas hay que son lícitas y honestas, a los que llamamos mundanos: la cuales son entredichas a nosotros los religiosos. Mihi licent multa, sed non expediunt omnia, decía el apóstol; y es como si dijera: Muchas cosas podría yo hacer, como uno de los del pueblo israelítico: las cuales no me convienen hacer en cuanto soy varón apostólico: porque a la vida apostólica pertenece, no sólo cumplir los mandamientos de Cristo: mas aun guardar los consejos del santo evangelio. En cuanto hombre, bien me podría hartar, mas de que me veo apostólico, no oso sino ayunar. En cuanto hombre podría descansar y holgar, mas de que me veo apóstol, ocúpome en orar y predicar. En cuanto hombre podría responder a los que me injurian, mas de que me veo apóstol aun no oso resistir a los que me azotan. Por ser hombre podría estarme en un lugar quieto, mas de que me veo apóstol, ando por todo el mundo bautizando. Finalmente digo, que si no mirase más de que soy hombre, yo podría comer, y beber, y holgar: mas de que me veo apóstol, no oso aun lo muy necesario para el cuerpo tomar: porque no se puede llamar

vida apostólica, sino la vida que es muy estrecha. Destas tan altas palabras del apóstol podemos colegir, cuánta diferencia ya de la vida del que está en el monasterio, a la que hacen los que están en el siglo: pues en ellos no es imperfección si algo les sobra, mas en nosotros los religiosos, es necesario que siempre nos falte. Nisi abundaverit iustitia vestra: plus quam scribarum et phariseorum non intrabitis in regnum celorum, decía Cristo a los monjes de su colegio apostólico, y es como si les dijese: Pues estáis en hábito de religión, y pretendéis alcanzar la perfección; tenéos por dicho amigos míos, que si vuestra vida, vuestra obediencia, y vuestra abstinencia no fuere más cogolmada, que no la de los mundanos, que viven en la república: ni acá os llamarán religiosos, ni allá entraréis en los reinos de los cielos.

Decir Cristo que la justicia del varón apostólico, ha de ser mayor que no la del que se quedó allá en el siglo: es avisarnos y amonestarnos, que no hemos de ser buenos a respecto de los que allá son malos, sino que hemos de ser aún mejores, que no los que en el mundo tienen por buenos: porque en caso de perfección, si el monje no lo pudiere ser, a lo menos es obligado a lo parecer. Dime yo te ruego, si no pensabas ser mejor que todos los que eran mejores en el mundo: ¿para qué tomabas trabajo de encerrarte en el monasterio? Si para guardar simplemente los mandamientos de Dios, y para creer los artículos de la fe, venías a ser religioso, ahora sabes tú que podías excusar ese trabajo: pues los guardan y los creen allá en el mundo muchos de los mundanos, como acá los religiosos: ¿Y tú no sabes, que el vivir de acá es muy diferente del vivir de allá: pues para ser tú buen monje, ni has de saber de ti, ni tener parte en ti, ni aun mirar por ti: sino que haga de ti el prelado, lo que suelen hacer de un muerto? ¿Y tú no sabes que Cristo nuestro Dios, a los del su sacro colegio les reveló cosas más altas, les mandó cosas más ásperas, les dio reprehensiones más duras, y les permitió tentaciones más espesas, que no a todos los otros plebeyos: en señal que eran más perfectos que no ellos? En los tiempos que el hijo de Dios predicaba, los más sabios eran los escribanos, y los más honestos eran los fariseos, y con todo esto dice Cristo, que ha de ser muy mejor nuestra vida, que no fue la suya: en lo cual nos da a entender, que tal y tan buena ha de ser nuestra vida, que todos la loen, y algunos la imiten. Entonces es mayor mi justicia, que no la del fariseo, cuando yo fuere más justo y honesto que no lo es él del mundo: mas ay dolor, que ya los fariseos son tornados religiosos, y los religiosos son tornados fariseos: pues hay muchos seglares en el mundo, la buena vida de los cuales, confunde a los que están en los monasterios.

Sapientiam loquimur inter perfectos, decía el apóstol San Pablo, y es como si dijese: La sabiduría divina que es alta de entender, y la contemplación celestial que es dificultosa de alcanzar, y la caridad santísima, que es mentirosa de obrar, y la abstinencia perfecta de que pocos suelen usar, no las solemos predicar, ni menos encomendar: sino a varones muy perfectos, y a religiosos

muy escogidos. Oh cuán bien decía el apóstol, en decir que los misterios divinos no los comunicaba sino a hombres muy heroicos: porque siendo como son las consolaciones divinas, un principio de paga de las obras meritorias; no las merecen gozar, los que no quieren trabajar.

Los misterios altos, y los gustos que da Dios a los sus regalados: no sólo no quiere el apóstol comunicarlos, mas aun ni hablarlos con los que no son santos y perfectos: de lo cual podemos colegir, que muchas cosas pasan entre Dios y sus escogidos la menor de las cuales, no alcanzan los que son imperfectos. No vaca de misterio, el quererse mostrar el apóstol tan zahareño, y tan escaso de palabras altas, con las personas que son bajas e imperfectas: porque hablar al que es apóstata del mérito de la obediencia, y al que es voraz del bien de la abstinencia, y al que es furioso del bien de la paciencia, y al que es disoluto del fruto del recogimiento: es para burlar de lo que le dicen, y para mofar del que se lo dice. Cristo nuestro Dios y todo nuestro bien, en lo más profundo de la mar mandó a San Pedro que echase las redes para pescar, y a Moisés en el monte más alto le mandó subir para le hablar, y su ley le comunicar: en lo cual nos dio a entender, que si queremos pescar la salvación, y subir a la cumbre de la perfección, hemos de extrañarnos de las cosas del mundo, y hemos de entrar a somorgujo, por lo que toca a su servicio. Aquél pesca con San Pedro en el mar más hondo, y sube con Moisés en el monte más alto: que no ama sino a Dios, ni quiere sino a Dios, ni busca sino a Dios, ni aun se contenta sino con Dios: y para tan gran señor servir, ni los halagos del mundo le engañan, ni los trabajos de la religión le espantan.

## Capítulo XI

Ado se comienza a tratar de la virtud de la abstinencia, y para mostrar su grandeza se traen grandes figuras de la escritura sacra.

Hablando más en particular, uno de los más seguros fundamentos que podemos echar, y uno de los más derechos caminos que podemos tomar, para llegar a la perfección, y conservarnos en la religión es, abezar al cuerpo a que trabaje mucho: y acostumar el estómago, a que coma poco. Cinerem, tanquam panem manducabam, et poculum meum cumfletu miscebam, decía el santo rey David: y es como si dijera. Nunca comí manjar que no le polvorizase con ceniza, ni nunca bebí gota, en que no cayese alguna lágrima. Aquel con verdad amasa el pan con ceniza, y agua el vino con lágrimas, que acordándose que es pecador, y por amor de su redentor, se va a la mano en lo que podría hacer, y se abstiene de lo que podía comer; porque no hay género de más alta

abstinencia, que refrenar la gula en una opulenta comida. Entonces el monje come pan con ceniza, cuando ruega a Dios por los bienhechores que están ya hechos ceniza: los cuales fundaron y dotaron el monasterio adó él es religioso: y en tal caso y por tal cargo, no sólo es obligado por ellos rogar, mas aun llorar y se disciplinar. Aquél come pan ceniciento, y bebe el vino que ha llorado, que no contento de afligirse por su mala vida, se aflige también por los malos de su república: lo cual sino hace, es obligado a hacer: porque por eso nos dan el pan de sus sudores, para que con él comamos la ceniza de sus pecados. Aquél come pan con ceniza, y no bebe más de lo que llora: que los manjares que come son poco costosos, y de gusto mal sabrosos, y en cantidad muy pocos, y en el aderezo mal sazonados, y en el servicio mal ministrados. Aquél come pan con ceniza, y no bebe gota sino la que llora: que da muchas gracias al señor cuando el manjar le sobra, y no murmura del prelado cuando algo le falta: porque el monje bien disciplinado, no come más de para vivir: mas el que es glotón, no vive sino para comer. Aquél come pan con ceniza, que el manjar que ha de comer, no pone mucho estudio en lo buscar, ni gran solicitud en lo aderezar, ni aun mucha prisa en lo tragar: porque el verdadero siervo de Dios ha de comer de burla, y orar de veras. Aquél come pan con ceniza, que deja de la ropa por haber frío, que se levanta de la cama con sueño, que sale del refitorio con hambre, y que se alza de la mesa con sed: porque el verdadero siervo del señor, ha de pensar que no le falta cosa, si tiene caridad para servir, y paciencia para sufrir.

Si lo que el rey David dice, y que yo te aconsejo, te parece áspero: dime yo te ruego, pues nacimos de ceniza, somos ceniza, y nos hemos de tornar ceniza: ¿es mucho que comamos ceniza? Pues nacemos llorando, nos criamos llorando, vivimos llorando, y morimos llorando: ¿es mucho que comamos y bebamos llorando? Si por caso no pudieras comer ceniza, ni fuere en tu mano de llorar alguna lágrima, no queremos más de ti, sino que refrenes un poco la gula, y te avezes a hacer abstinencia: porque es de tal calidad el calor de nuestro estómago, que si te pide mucho cuando estás comiendo, después se huelga de haber comido poco. Es tan antigua, es tan honrada, y es tan estimada la virtud de la abstinencia, que sola ella y no otra con ella, fue en el primer estado de gracia dada, y en el paraíso terrenal canonizada: porque a nuestros primeros padres, si les dieron árboles de que comiesen, también se les vedó uno de que no gustasen. Oh tristes de nosotros, pues fue tan triste su fortuna, y fue tan mala nuestra dicha, que no leemos haber ellos gustado de la fruta que les fue concedida, sino que solamente comieron de una que les fue vedada: por manera, que si guardaran el precepto de la abstinencia, ni ellos osarán gustar la fruta, ni durará en nosotros hasta hoy la dentera. El buen varón de Moisés, no sólo salió de Egipto, pasó el mar bermejo, atravesó el desierto, se apartó del pueblo, y se subió al monte santo: mas aun allí ayunó un ayuno que fue meritorio y prolijo, derramando lágrimas de sus ojos, y rompiendo los cielos

con suspiros. Deste tan notable ejemplo podemos colegir, que no por más, de por haber dado Moisés a su cuerpo ley de abstinencia, mereció que por sus manos diese Dios su ley a la gran sinagoga.

En el treceno capítulo del libro de los jueces se lee, en cómo el ángel del señor apareció a un hebreo llamado Manuel, y a su mujer también: a los cuales mandó de parte del señor, que si no bebiesen vino, ni probasen sidra, ni comiesen cosa sucia, ni prohibida, les nacería un hijo santificado en el ánima, y fortísimo en el cuerpo, que tuviese nombre Sansón: por cuyas manos fuese el pueblo hebreo librado, y todo su linaje honrado. En el mismo libro se lee, que habiendo sido vencidos todos los once tribus, de sólo el tribu de Benjamín: acordaron los capitanes que tenían, de irse a orar al tabernáculo, y darse todos al ayuno santo: lo cual ellos hicieron en tan buen punto, y en tan buena hora, que las dos batallas que de antes habían perdido con las armas, recuperaron después con las lágrimas. En el cuarto capítulo del libro de Judith se lee, que teniendo Holofernes cercada a la ciudad de Getulia, como fuese mayor su potencia que no las fuerzas de la sinagoga: acordaron todos los del pueblo, de irse al templo, vestirse de sacos, echarse en oración, cubrirse de ceniza, darse al ayuno, y abstenerse de beber vino: por méritos de la cual penitencia y abstinencia, alcanzaron del señor, no sólo que su ciudad fuese descercada: mas aun que al superbo Holofernes cortase la cabeza. Cuando la buena reina Esther hubo de hablar y aplacar a su marido el rey Asuero, de la ira que tenía contra el pueblo israelítico, por consejo de Amán su privado: mandó a todos los de la ciudad de Susis, que en tres días continuos no comiesen pan, ni bebiesen vino, ni se acostasen en cama, ni se levantasen del suelo: y así fue, que antes que la abstinencia fuese acabada, fue la buena reina oída, y fue la ira del rey aplacada: y aun fue el malsín de Amán puesto en una horca. Después que la reina Jezabel mandó a apedrear al inocente Naboth, por tomarle una viña para hacer una real huerta: como vio el rey Achab el pecado que su mujer había cometido, y las amenazas que Dios le había hecho: vistióse de un cilicio, cubrióse de polvo, abstúvose de comer, y comenzó fuertemente a llorar: mediante la cual abstinencia y penitencia, mereció luego alcanzar perdón de su culpa, y sobre leerle la sentencia que contra él estaba dada.

Jeremías en el capítulo XXXV cuenta la gran observancia y abstinencia de unos hebreos, que llamaban los recaritas: los cuales no bebían vino, no edificaban casas, no plantaban viñas, no labraban tierras, no tomaban dineros, ni comían manjares delicados: de cuya vida y honestidad se enamoró el señor tanto, que les prometió y dio su divina palabra, que jamás en su sangre y casa faltaría una santa persona. El santo profeta Ezequiel, no comió en trescientos noventa días, sino trescientos noventa panes a secas; los cuales eran no de trigo y centeno, sino de habas y lentejas y millo: y porque fuesen más desaborados a la garganta, cocíanselos sobre la ceniza, y su beber eran solas

seis onzas de agua al día: en méritos de la cual abstinencia, mereció alcanzar todo el discurso de la sinagoga, y grandes secretos de la Iglesia. Del gran san Juan Bautista leemos, que desde muy niño se fue al desierto, andaba en él solitario, vestíase con pellejos de camellos, comía langostas silvestres, bebía agua salobre, dormía en los zarzales, y acompañábase de animales salvajes: mediante la cual abstinencia, mereció ver a Cristo con sus ojos, mostrarle con sus dedos, y bautizarle con sus manos. Del mismo hijo de Dios se lee también, que a la hora que tomó el bautismo, y apareció sobre él el espíritu santo, luego se subió en un monte muy apartado, no a más de a orar, y ayunar, y penitencia por nuestros pecados hacer: de manera, que así como el primero Adán plantó la sinagoga sobre la gula, así el segundo Adán fundó su Iglesia sobre abstinencia. He aquí pues declarado, cuán loada, cuán estimada, y cuán celebrada es la bendita abstinencia en toda la escritura sacra: la morada de la cual es, en los corazones santos que se guardan de pecar, y en los cuerpos virtuosos que se abstienen de comer. Refrenar el corazón de que no ame los vicios, y abstener el cuerpo de manjares delicados, aunque a todos los del mundo sea cosa necesaria, mucho más lo es a los de la vida monástica: porque no es otra cosa la vida religiosa, sino una penitencia continua, y una abstinencia voluntaria.

Los que están sobre algún castillo fuerte, o ponen cerco a una ciudad muy murada: ante todas cosas trabajan de quebrar los caños por donde les viene el agua, y atajarles los pasos por donde les vienen los mantenimientos: porque a los enemigos que están dentro revelados y protervos, la falta de la vitualla, los constriña a dar la obediencia. No hay cosa en esta vida que nos dé tantos trabajos, ni que nos pida tantos regalos, como es nuestra propia carne: con la cual es imposible del todo cumplir, ni menos a su apetitos satisfacer: porque para contentarla es muy antojadiza, y para servirla es muy ingrata. Jamás cesa de importunar, jamás se harta de pedir, ni aun jamás se cansa de se quejar esta nuestra carne: lo cual parece claro, en que por beneficios que le hacemos, ni por flaquezas que le sufrimos, más sañuda está, por sólo un apetito que le negamos: que contenta por cuántos vicios le consentimos. Como la carne y el demonio, está contra nosotros amotinados, y para nuestro mal confederados, muchas veces nos persuaden, a que nos demos una hartazgo de vicios, con decir que luego nos tornaremos a ser virtuosos: en lo cual ellos mienten y notoriamente nos engañan: porque es de tan mal viduño la planta de nuestra carne, que si hoy le consentimos un vicio, luego otro día se quiere tornar al regosto. No sabes hermano, que si a la carne das una buena comida: que no te perdonará la cena: Ahora sabes, que ni porque duermas ocho horas de noche: que también quiere ella reposar una hora de día: Ahora tienes por saber, que si la consientes avezarte a adulterar: primero serás tú muerto, que pierda ella el apetito: ¿Y tú no sabes, que muchas veces importuna por manjares tan exquisitos, y por apetitos tan extraños: que ni la hacienda lo sufre, ni aun el

estómago lo quiere? De tal enemigo no es de fiar, contra tal enemigo razón es de pelear, con tal enemigo no es de conservar, y aun tal enemigo razón es de castigar: que pues ella nos descamina del camino del cielo, justa cosa es que le vamos nosotros siempre a la mano.

En esta opinión, y deste parecer era el apóstol cuando decía: Castigo corpus meum: et in servitute redigo, y es como si dijera: De tal manera me he yo con mi cuerpo, que no le consiento comer sino ayunar, no dormir sino velar, no holgar sino sudar: y si por caso en alguna cosa se me demanda, luego es con él la disciplina: por manera, que le trato como a esclavo, y él a mí como a señor.

Como hay en el mundo pocos apóstoles, y muchos apóstatas, no saben los hombres ya otra cosa: sino cargar a la triste alma de pecados, y bañar al cuerpo con regalos. Oh no una ni dos, sino mil y diez mil veces bienaventurado, el que a su corazón tiene limpio, y a su cuerpo amedrentado: porque jamás el espíritu se verá en libertad, si primero el cuerpo no está en sujeción. ¿Cómo dirás con el apóstol, castigo corpus meum: pues en habiendo hambre le das de comer, y en habiendo sed le das de beber, y en habiendo frío le calzas, y en habiendo sueño te acuestas? ¿Cómo dirá con el apóstol, castigo corpus meum: el que jamás consiente que su cuerpo se canse, ni permite que se le moje, ni aun sufre que se le enlode? ¿Cómo castiga a su cuerpo, el que se pone a murmurar: porque no le dan a comer manjares costosos, y no le dan a beber vinos preciosos? No diremos por cierto del tal que a su cuerpo castiga, sino que le cría, no que le disciplina, sino que le regala, no que le torna siervo, sino que le hace señor: pues por consentirle lo que quiere, y darle lo que le pide: padece su hacienda necesidades, y su cuerpo enfermedades.

Si el apóstol San Pablo siendo trono de sabiduría, y que estaba confirmado ya en gracia, no había empacho de llorar, de a su cuerpo castigar: qué será de tí y de mí que no estamos en gracia, sino en desgracia: y qué delante de la justicia divina está corriendo sangre nuestra culpa. Mucho es de ponderar, que no dice el buen apóstol castigo en el cuerpo de mi vecino, sino solamente dice, que castiga su propio cuerpo: en lo cual nos da a entender, que hartos vicios y pecados hay que castigemos en nosotros sin que nos encarguemos de castigar pecados ajenos.

Oh con cuanta facilidad se suelen encargar muchos hombres, de castigar y corregir culpas ajenas, y aun a vueltas dellas meten la mano en sus propias honras: los cuales si considerasen cuánto son mayores los males que a ellos disimulan, que no las culpas que a los otros acusan: soy cierto que para juzgar a sus prójimos serían piadosos, y para contra sí mismos muy crueles verdugos. No vaca tampoco de misterio, que no dice el apóstol, que trata a su cuerpo como a hijo, ni como a hermano, ni como a amigo, ni aun como a vecino: sino

como a siervo y aun siervo muy azotado: para darnos a entender, que si queremos ahorrar muchos enojos, y ser de nuestro cuerpo bien servidos, ni le consintamos vicio que tuviere, ni le perdonemos culpa que cometiere. Deus qui culpa offenderis: penitentia placaris, dice San Gregorio en una oración hablando con Dios, y es como si dijese: Oh sumo y eterno Dios, cuya es tan grande la clemencia, y tan inmensa la bondad, que tan fácilmente te aplacas con la penitencia, como te ofendiste con la culpa: humildemente te rogamos, y con muchas lágrimas te pedimos, tengas señor por bien, que nuestra flaca abstinencia temple tu recia ira.

El glorioso San Ambrosio dice también en el prefacio: Qui corporali jejunio vicia comprimis, mentes elevas, virtutem largiris et premia: per Christum nostrum, y es como si más claro dijese: Eres tú mi Dios tan bueno, y conténtaste con tan poco servicio, que en remuneración de un simple ayuno que te ayunamos: nos debilitas los vicios, nos levantas los corazones, nos enriqueces de virtudes, y nos prometes grandes mercedes. Si en la corporal abstinencia, y en el refrenamiento de la gula, no hubiese mucho mérito, y no esperásemos por ello gran premio: ¿osaría por ventura la Iglesia tanto loarla, y los santos tan de corazón abrazarla? La lengua que pone lengua, y la boca que se desmanda a decir mal de la santa abstinencia, a piedra lodo había de ser cerrada, y la lengua a raíz cortada; porque de virtud tan necesaria, y que de tan santos está aprobada, nadie puede decir mal della, sino fuere el que es poco disciplinado, y muy mucho regalado. Dime yo te ruego, pues en esta vida mortal no tiene el hombre a otro peor enemigo que esa su mismo cuerpo: ¿no sería por ventura loco y muy loco, el que a este enemigo regalase: y contra sí mismo armas le diese? Dejar a mis ojos que vean lo que desean, y que mis orejas oigan lo que les aplaze, y que mi lengua parle lo que se le antoja, y que mi corazón piense en lo que se deleita, y que mi cuerpo tenga con que se regale: ¿por ventura no salen estas armas de mí mismo, para contra mí mismo: y no para contra otro alguno? El santo rey David cuando hizo campo con el gigante Goliat, como le derrocasse de una pedrada, y no de cuchillada: fue el caso, que con el mismo cuchillo que llevaba el gigante en la cinta, le cortó David la cabeza. Es aquí pues ahora de notar, que si el triste de Goliat viniera a pelear a pedradas y no a cuchilladas, como vino, escapara él descalabrado, mas no quedara allí muerto: de lo cual podemos inferir, que el mundo y la carne, y el demonio pueden con sus tentaciones lastimarnos: mas sino les damos armas no pueden derrocarnos. Tantas armas damos al demonio con que nos combata, cuantos manjares consentimos al cuerpo que coma: porque esta nuestra carne mortal y bestial, después que se ve harta, y se siente contenta: dime yo te ruego, ¿no tiene por ventura más habilidad para bocezar, que no para rezar?

El glorioso San Bernardo en un sermón que predicó a sus monjes dice:

Abstenéos mucho hermanos míos de comer, y templaos en el beber: pues sabéis, y sabemos, que el cuerpo después que está hartado, no quiere sino dormir, no sabe sino bocezar, no descansa sino en se esperezar, y no se querría aun mover: las cuales cosas todas son en los del mundo pecado, y en los religiosos sacrilegio.

Inpinguatus, ingrassatus recalcitravit dilectus: Deuteronomio, cap. XXXII. Y es como si dijese: No pensando lo que hacía, ni el mal que a mí me venía, permití a mi cuerpo que engordase, y dile lugar a que se regalase, y ahora en pago de aquellos regalos, ni le puedo contentar, y mucho menos domeñar. La queja que da aquí contra su prelado el santo profeta, muchos la podrían dar de sí mismos hoy día: los cuales ni se acuestan a la noche, ni se levantan a la mañana, sino con decir qué es lo que comerán y beberán aquel día. El que se obliga a regalar su cuerpo, se obliga a un gran trabajo, y echa sobre sí un terrible censo: porque después que le tenga cenado, y le haya mucho regalado, si le manda algo dirá que no quiere, y si se lo ruega responderá que no puede. La licencia que tiene el profeta a reprehender al hombre que es graso, lucio y gordo, y regalado, tenemos también nosotros de alabar al que es flaco, abstinente y amarillo: porque entre otros este bien tiene la moderada abstinencia, que para el alma es muy meritoria, y para el cuerpo muy gran medicina. ¿Qué otra cosa es decirnos el profeta, que el cuerpo regalado y vicioso tira coces: sino que el pago que nos da es darnos de coces? Entonces nos trae nuestro cuerpo sobre los pies acoceados, cuando todo lo que ganamos es para le servir, y todo lo que sudamos es para le sustentar: y de aquí es que hay muchos hombres tan dados a la gula, y tan enemigos de la abstinencia; que no tienen cosa por bien gastada, si no es la que se come a su mesa, y se desperdicia en su casa. Hablando más en particular, dado caso que en todos los estados sea vituperada la gula, mucho más lo es en los religiosos que profesaron vida monástica: a los cuales pertenece en igual grado tener enemistad con los regalos, como la tienen con los demonios: porque hasta hoy por ver tengo a ningún monje, que fuese muy amigo del refitorio: que no fuese enemigo del oratorio.

Créeme hermano y no dudes, que la gula y la abstinencia, el velar y el dormir, el holgar y el trabajar, y el comer y el orar, si en toda parte son enemigos, mucho más lo son en los monasterios: porque en las casas de los siervos de Dios jamás por jamás vicio se admite, ni virtud se despide. El que de nuevo viene a ser religioso, y que pretende ser perfecto: ante todas cosas se debe guardar de la gula, y avezarse a hacer abstinencia: porque se han de tener por dicho, que con los manjares que engorda el cuerpo, se enflaquece el espíritu: y con los que engorda el espíritu, se enflaquece el cuerpo. ¡Oh tú que viniste del siglo al monasterio, si vienes con intención de salvarte, y no de regalarte, debes te de acostumbrar a comer poco, a beber poco, a dormir poco, y a

trabajar mucho: porque si desde el año de tu noviciazgo, no empones a tu cuerpo, a se abstener, y aun a se disciplinar: andarás toda tu vida desesperado, y no será mucho que al fin apostates del monasterio. Mira tú también por tí y no te engañe el demonio, en decir que estás sano, y recio, y gordo, podrás mejor llevar los trabajos del monasterio, y hacer lo que te mandare el prelado: la cual tentación no debes admitir, ni en ella consentir: porque el verdadero hijo de Dios habiendo de hacer armas con el demonio, no tomó otras ningunas armas, sino fue el ayuno de cuarenta días. ¿No quiere Cristo lidiar con el demonio sino ayuno, y osas tú esperarle estando harto? Las aves que tienen poca pluma y gruesa carne, vuelan poco: y las que tienen mucha pluma y poca carne vuelan mucho: de lo cual podemos colegir, que los buenos religiosos más necesidad tienen de tener a sus carnes bien disciplinadas, que no muy gruesas y muy regaladas: porque en los grados de perfección, nadie llegó a ser contemplativo: si no fue por el camino de la abstinencia y ayuno.

## Capítulo XII

De cómo el siervo del señor tiene más obligación de ser muy bueno, que no todos los mundanos que quedara allá en el mundo.

Separavi vos a ceteris gentibus: separate et vos mundum ab immundo. Dijo Dios a los hijos de Israel en el cap. XX del Levítico, y es como si dijera: Pues yo os escogí de entre los gentiles, para que fueseis hebreos, y os saqué de Egipto para que moraseis en el desierto, y os aparté del error de los ídolos para que adoraseis un dios sólo, y aun os saqué de cautiverio, y os puse en libertad: razón será que también vosotros apartéis de lo que es inmundo y malo, y que no hagáis cosa en mí de servicio. Si profundamente queremos entender estas palabras, hallaremos por verdad, que a los religiosos más que no a otros son dirigidas: a las cuales como Dios por su misericordia los haya sacado del mundo y de sus peligros, quiere que vivan muy limpios y perfectos en sus monasterios.

Por muy gran merced cuenta Dios, el haber sacado a los hebreos de Egipto: mas por muy mayor ha de tener el monje, el haberle sacado el señor del mundo: porque mucho más se salvan de los que guardan su profesión, que no de los que entraron en la tierra de permisión. En recompensa pues de tan alto beneficio, solamente nos pide el señor que apartemos lo limpio de lo no limpio: es a saber, lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo profano de lo santo, lo aprobado de lo condenado, lo corregido de lo disoluto, y lo virtuoso de lo vicioso. Entonces el monje aparta lo mundo de lo inmundo, cuando deja

en el mundo la soberbia, y trae consigo la humildad, deja la ira y trae la paciencia, deja la gula y trae la abstinencia, deja la envidia y trae la caridad, deja la avaricia y trae la pobreza: de manera, que no posee del mundo cosa que le perjudique, ni tiene en el monasterio cosa que le dañe.

Cum Gedeon purgaret frumenta in torculari, ait ei angelus: dominus tecum virorum fortissime, dice la sagrada escritura en el capítulo sexto del libro de los jueces, y es como si dijera: Estando ahechando un poco de trigo dentro de un lagar el famoso capitán Gedeón: díjole el ángel del señor. Oh más fuerte que todos los varones fuertes del pueblo: alégrate, que el señor es contigo. No vaca de alto misterio, que no apareció el ángel a Gedeón estando comiendo, ni durmiendo, ni holgando, ni negociando, sino ahechando: para darnos a entender, que si primero no apartamos de nuestras consciencias el polvo, y la paja de la culpa, nunca el señor nos visitará con la su santa gracia. Conviene hermano mío purgar y ahechar de tu consciencia el polvo de la avaricia, la neguilla de la lascivia, las piedras de la soberbia, y las pajas de la vanagloria: porque si tu no quieres comer sino de trigo ahechado, tampoco quiere el señor conversar sino con corazón muy limpio. Entonces el monje purga y ahecha su consciencia, cuando cada noche hace cuenta con su persona, del estado en que está su vida, y lo que en sí halla sospechoso evítalo, lo que halla malo enmiéndalo, lo que halla flaco esfuérsalo, y lo que halla bueno confírmalo. No se contentó el salmista con decir, declina a malo: sino que también dijo, fac bonum: para darnos a entender, que no cumple el varón perfecto y religioso, con no hallar en sí alguna notable culpa: sino que también es obligado a hacer alguna obra meritoria: porque en el camino de perfección, al no aprovechar, llaman desaprovechar. Debes también advertir, en que va mucho del ahechar al acribar: porque en el harnero cae el polvo y queda el grano, y en la criba cae el grano y queda la paja: quiero por lo dicho decir, que entonces el monje se pone a cribar y no a ahechar su consciencia: cuando procura para sí lo que es apacible y deleitoso, y carga sobre otros los trabajos del monasterio.

Simon ecce sathanas expetivit vos: ut cribaret sicut triticum, dijo Cristo a San Pedro en la noche de la pasión, y es como si dijera: Despierta Pedro despierta: porque Satanás ha pedido a mi padre facultad y licencia, para a ti y a tus compañeros cribaros en una criba. Sobre estas palabras dice Crisóstomo: El oficio de Dios es ahechar, y el oficio del demonio es cribar: es a saber, ayudarnos a retener la paja de los vicios, y sacudirnos para que echemos de nosotros el trigo de las virtudes: por manera, que en la vida que hace cada uno se conocerá, si le ahechó Cristo, o si le cribó el demonio. ¡Oh tú que viniste al monasterio a ser religioso, mira que no te aprovecha cosa alguna, el haber renunciado al mundo, si junto con esto no ahechas a tí mismo: echando de tu corazón la paja de tu parecer propio: porque la vida monástica y religiosa, no consiste tanto en dejar lo que tenemos: cuanto en no hacer lo que queremos.

Como un monje dijese al glorioso abad Arsenio, que quería irse a espaciar un poco por el campo, respondióle el santo varón: Descomulgada palabra es en la boca del monje, el osar decir quiero, o no quiero: pláceme, o no me place: porque el religioso que osa hacer lo que quiere, tarde o nunca hace lo que debe. Mutatus est in virum alterum, el rey Saúl, después que le llamó Dios a ser rey: del cual ejemplo podemos colegir, que desde la hora que entráremos en el monasterio, hemos de ser otros, parecer otros, y no vivir como vivíamos: porque no consiste la religión, en dejar las ropas que en el mundo traigamos, sino en olvidar las costumbres que allá teníamos.

Mucho va de la manera que vivíamos en el mundo, a la que hemos de tener en el monasterio: porque allá valen más los ricos y acá los pobres, allá los generosos y acá los virtuosos, allá los elocuentes y acá los callados, y allá los agudos y acá los recogidos: de manera, que lo que en el siglo tenían por envés, tenemos acá por revés. A los hijos de Israel, no los dejó Dios vivir en el desierto, como de primero vivían en Egipto: porque salidos de allí, luego les dio otra ley que guardasen, otros sacrificios que ofreciesen, otros sacerdotes a quien creyesen, otras ceremonias que tuviesen: y aun otros capitanes a quien siguiesen. Bien pudiera Cristo morir vestido y calzado, y no quiso sino morir descalzo y desnudo: en lo cual nos dio a entender, que antes de entrar en la cruz de la religión, nos conviene dejar, no sólo las seculares ropas, mas aun las voluntades propias: porque el monje verdadero, no ha de saber más de sí en el monasterio, que sabe de sí el que está muerto en el sepulcro. Así como es uso y costumbre, que todos en la guerra sigan al capitán, y en el camino al que guía, y en la mar al piloto, y en la escuela al maestro: así es necesario que en la orden sigan todos a su prelado: porque el estado de la religión es muy áspero de sufrir, y aun muy dificultoso de entender. Por haber estado en la orden diez años ni veinte, no piense nadie que por eso se puede ya regir por su seso, y fiarse de su parecer propio: porque es de tal calidad la religión, que nadie podrá en ella mejorarse, ni mucho menos salvarse: sino se deja al parecer ajeno, y de su seso propio no viviere recatado. Oh cuán malaventurado es, al que como al ciego de Jericó dice Cristo, quid vis ut faciam tibi: y oh cuán bienaventurado es, el que con San Pablo dice a Cristo, domine quid me vis facere: porque el juego de nuestra salvación está, no en que nos diga Dios ¿qué queréis?, sino en que digamos nosotros a Dios, ¿señor qué es lo que mandáis?

Cuando al enfermo dejan comer de todo lo que se le antoja, señal es que le han desafianzado la vida: quiero decir, que no hay más cierta señal que hemos del todo perdidos, que cuando el señor nos deja hacer todo lo que queremos: porque a todos sus amigos y escogidos no sólo los tiene él de su mano, mas aun les va a la mano. A este propósito el glorioso Augustino en sus Confesiones dice: ¡Oh buen Jesús, oh descanso de mi alma! no sé de cuál te

haga primero gracias: es a saber, por los grandes beneficios que me has hecho, o por los muchos males de que me has guardado: porque tanto te debo, oh buen Jesús, por no me haber dejado caer: como por me haber ayudado a levantar. La petición de fiat voluntas tua, imposible es que nadie la cumpla, si primero no niega a su voluntad, propia: porque no hay tanto trecho del cielo a la tierra, cuanta diferencia hay de lo que Dios nos manda, a lo que nuestra sensualidad querría. Cuando el bendito señor daba las reglas de perfección a sus discípulos, primero sé que dijo, la palabra del abneget semetipsum, que no la otra de sequatur me, para darnos a entender, que del abnegamiento de mi sensualidad, depende el cumplir yo su voluntad. El siervo del señor que no hace su voluntad propia, aquel y no otro puede decir, el fiat voluntas tua: porque de otra manera, ni le aprovecharía al tal el pater noster que él rezase, ni aun el credo que cantase.

En las vidas de los padres dijo un monje al abad Serapio. ¿Qué haré padre bendito, que cuando voy a orar me siento tibio, y cuando quiero trabajar me hallo cansado? A esto le respondió el viejo. No dejes de trabajar aunque estés flaco: porque has de saber hijo, que no mira Dios qué tales somos, sino qué tales deseamos ser: ni mira lo que hacemos, sino las entrañas con que lo hacemos: de manera, que tenemos Dios y señor que también se contenta con buenos deseos, como se contentan otros con muchos dineros. La sagrada escritura dice, que en el campo del rey David igualmente ganaban sueldo los que daban a guardar los bastimentos, como los que iban a pelear con los enemigos: quiero decir, que igualmente merecen los flacos que hacen todo lo que pueden, como los recios que hacen lo que deben: porque mucho más mira el señor la fuerza que hacemos a nuestros apetitos, que cuantos trabajos padecemos en los monasterios.

Nihil ardet in inferno, nisi propria voluntas, dice San Bernardo, y es como si dijese: No arden en el infierno los vicios que se cometieron, sino la voluntad con que se cometieron. ¡Oh cuán gran verdad dice este santo: porque si cristianamente lo queremos mirar, la culpa porque penan los dañados en el infierno, no está en el cuerpo que la comete: sino en la voluntad con que se comete. Si con estar Cristo orando y llorando en el huerto de Getsemaní dice, non mea sed tua voluntas: ¿cuál es el monje que osa hacer lo que quiere en el monasterio, ni osa tener réplica a lo que le manda su prelado?

En el libro de la vida solitaria se dice así: El monje que mora adonde él quiere, y tiene lo que quiere, y no hace nada de lo que debe, no diremos de él tal que ora con Cristo en el huerto, sino que ora en el infierno con el demonio: porque Cristo quiere que hagamos lo que debemos, y el demonio todo lo que queremos. Descenderunt in infernum cum armis suis, dijo Cristo por Ezequiel en el capítulo treinta y dos, y es como si dijera: Assur y Moab, Gebal, y Amón, que intentaron de asolar las fuerzas de mis repúblicas, yo los enviaré al

infierno con sus propias armas. A tomar armas nos incita el apóstol diciendo: induite vos, armatura dei: y en otra dice, assumentes scuntum fidei: y en otra parte dice: arma militie nostre, non carnalia, sed spiritualia: de manera, que pues tantas veces el divino apóstol nos toca al arma, señal es que debemos estar metidos en alguna peligrosa guerra. Muy peligrosa, y aun muy prolija guerra tenemos: pues con la carne, y con el mundo, y con el demonio, cada día peleamos y nos asimos: y lo que más de espantar es, que nadie es bastante para poner entre nosotros paz, o siquiera tregua: si no es la muerte y sepultura. Las armas pues que hemos de tomar son, la humildad contra la soberbia, la caridad contra la envidia, la paciencia contra la ira, la abstinencia contra la gula: de manera, que tantas son las armas, cuantas son las virtudes: y tantos son los enemigos, cuantos son los vicios. Como Cristo tiene armas para los que le sirven, también tiene el demonio armas para los que le siguen: y éstas son, la soberbia, con que arma a los ambiciosos, la envidia con que arma a los maliciosos, la gula con que arma a los golosos, y la blasfemia con que arma a los deslenguados: de manera, que muy bien nos conocerán en las armas que traemos, debajo de qué capitán andamos.

Cuando el Ezequiel dice, descenderunt in infernum cum armis suis: destas inicuas armas habla, y por la gente vana y mundana lo dice: los cuales todos conforme a las armas que de acá llevan, es el galardón que allá reciben. Hablando más en particular, no ha de pensar el siervo del señor que sus principales armas son el hábito, y la cuerda, y la cogulla: sino la humildad, y la caridad, y la paciencia: con las cuales ha de pelear, y en su religión se sustentar. Tú no sabes hermano mío, que el hábito, y la cuerda, y la cogulla no te acompañan más de hasta la sepultura: mas la humildad, y la caridad, y la paciencia, no te dejarán hasta ponerte en la gloria: De los monjes mal disciplinados y ambiciosos, y voluntariosos, y propietarios, destes dice el profeta, que descenderunt in infernum cum armis suis: porque no puede ser en esta vida cosa más justa, y aun justísima, que los que acá se armaron con armas de culpa, sean allá aposentados en la casa de la pena. En la casa de la pena será aposentado, el que al mandamiento de su prelado responde no quiero, o no puedo: porque el verdadero siervo del señor, si lo que le mandan no puede hacer, débelo a lo menos probar. San Bernardo a este propósito dice: El abad Ignacio mi maestro me dijo una vez siendo yo novicio, que si yo respondía al demonio cuando me tentaba, nolo: y respondía al prelado: cuando algo me mandaba, volo: y tenía siempre en mi memoria, el discedite a me: y cumplía el dicho de Cristo de venite post me: que el señor me daría su gracia para vivir en la orden como religioso, y me alumbraría en la muerte a morir como cristiano. Visitabo omnes qui induiti fuerint veste peregrina: dijo Dios por el profeta Sofonías en el primer capítulo: y es como si dijese: Yo castigaré a todos los que en mi pueblo introdujeren alguna costumbre nueva, o se vistieren alguna vestidura peregrina.

Aquel que en la Iglesia de Dios se viste de vestidura peregrina, que introduce en ella alguna maldita secta, o alguna descomulgada herejía: y lo que dice el señor, que al tal ha de visitar, es decir que le ha de castigar y asolar: porque jamás hubo hereje, ni herejía, del cual no dé fin la Iglesia católica. Entonces el monje se viste de vestidura peregrina, cuando hace en el monasterio su voluntad propia: porque en el siervo del señor, por cosa monstruosa y peregrina se ha de tener, el hacer su querer: y por cosa propia y natural el obedecer.

También se viste el monje de vestidura peregrina, cuando se viste de ropa más fina, y tiene la celda muy curiosa, y procura libertad de andar siempre fuera, y que siempre tiene la mesa muy abastada, y que en ninguna cosa quiere sufrir pobreza: de manera, que es entre todos los monjes bien conocido, no por la penitencia que hace, sino en la vida relajada que tiene. En las vidas de los padres dijo un monje al abad Sisoy: Dime padre bendito, de tres enemigos que tenemos: es a saber, la carne, y el demonio, y el mundo, cuál destos tres tendré por mayor enemigo: A esto le respondió el viejo. Hágote saber hijo, que la más peligrosa guerra que tiene el siervo del señor es, no la carne, no el mundo, no el demonio, sino él mismo consigo mismo: porque la razón convídanos a trabajar, y la sensualidad no quiere sino holgar, de manera, que nadie le hace tanto daño, como él se hace: ni de nadie debe vivir tan recatado, como de sí mismo. Hugo de arranime dice: Bien sabes tú hermano, que la carne no empece si la castigan, y el demonio a nadie engaña sino le cree, y el mundo a nadie pierde sino le sigue: sola la traidora de la nuestra propia voluntad es, la que nos quebranta el cuerpo con trabajos, y nos martiriza el corazón con cuidados. Séneca escribiendo a Lucilo dice: Séte decir amigo mío Lucilo, que en este año quinto de Claudio, he tenido en Roma muchas contradicciones, y he perdido en Capua muchas de mis huertas: mas al fin, aunque es cosa trabajosa perder hombre lo que tiene, mucho mayor trabajo es, no hacer hombre lo que quiere. Resumiendo pues todo lo dicho decimos, que mucho da, el que a sí mismo da, y mucho sacrifica, el que a sí mismo sacrifica: porque es tan generoso el corazón del hombre, que a nadie querría tener sujeción, ni que le hiciese contradicción.

### Capítulo XIII

De cuatro muy notables figuras de la escritura sacra: con las cuales se prueba el peligro de la inobediencia, y del provecho de la obediencia.

Nunquid vult dominus holocausta aut victimas: et non potius, ut obediant ei?

Palabras son estas del santo profeta Samuel, dichas al desdichado del rey Saúl, cuando en el reino de Amalech mató los ganados sarnosos y flacos, y guardó para sacrificar los gruesos y hermosos: y quísole Samuel tanto decir. ¿Piensas tú, oh rey Saúl, que tiene el señor necesidad de holocaustos odoríferos, o de sacrificios abundosos? porque le sirvamos con ellos cuando está aplacado: ¿o para aplacarle con ellos si está enojado? No es de esos el Dios de Israel, no es de esos: porque has de saber, oh gran rey y señor, que lo que más a él place, y de lo que más él se sirve es: que como a señor le acaten reverencia, y como a gobernador le tengan obediencia. No vaca de misterio, que no se lee de Saúl haber caído en soberbia, ni en ira, ni en lujuria, ni en gula, ni aun en ninguna otra tiranía, sino que no quiso a los moabitas matar, y guardó los ganados gruesos para sacrificar: y a hacer esto le movió más la clemencia que no la codicia, y con todo esto Dios se enojó, y gravemente le castigó. Débenos este ejemplo espantar, y débenos mover a obedecer: pues siendo como fue Saúl el rey de Israel primero, y que fue de la mano de Dios escogido, y junto con esto que era esforzado, era animoso, y era piadoso: no por más de por el pecado de la inobediencia le quitó Dios la gobernación de su república. Pensaba el rey Saúl, que delante la divina majestad valía más la clemencia que no la obediencia: queriendo el señor a él avisar, y a nosotros desengañar dijo: *Melior est obediencia quam sacrificia*, y es como si dijera: No me pesa a mí que los hombres sean clementes, empero más quiero yo que me sean obedientes: ni me pesa que sean devotos y me ofrezcan sacrificios, empero mucho más quiero yo que obedezcan y guarden mis preceptos: porque en el sacrificio ofrecen animales muertos, mas en la obediencia ofrecen sus corazones propios. Sobre esta palabra de *melior est la obediencia* dice la glosa de Aimón. Bien huelga el señor de ser servido, y ser temido, ser honrado, y ser sacrificado, empero sobre todo quiere ser obedecido: y de aquí es, que en todas las divinas letras, apenas se hallará lugar adonde se queje el señor de que no le ofrecen sacrificios: y quéjase a cada paso de que no le son obedientes.

Por más que sea uno devoto, piadoso, limosnero, abstinento, y continente, no se debe del gremio de la Iglesia apartar, ni contra su prelado amotinar: porque por esta sentencia de *melior est obediencia quam sacrificia*, está determinado y concluso, que ninguna obra será delante de Dios meritoria, si no fuere con la obediencia acompañada. *Vir Dei qui inobediens fuit ori domini: tradidit eum dominus leoni*: dice la santa escritura en el tercer libro de los reyes, en el capítulo XIII, y es como si dijese: Mandó el señor a un profeta y varón santo, que fuese a profetizar a Jerusalén el nacimiento del rey Josías, y la muerte del rey Jeroboam: y que esto hecho se tornase a su casa por otro camino, sin que en la corte del rey hubiese dormido sueño, ni comido bocado: y la causa porque esto le vedaba, sólo aquel que lo mandó lo alcanzó. Fue pues el caso, que habiendo ya profetizado, y tornándose por otro camino, salió a el otro profeta amigo suyo, y engañóle a que tornase a Jerusalén a comer, y a su casa

a dormir: lo cual hecho y cumplido, en pena de su descuido, le despedazó un león en el camino. No menos es este ejemplo de notar, y aun para espantar, que el del rey Saúl pues dice la escritura que este era profeta verdadero, y que era varón santo, y que profetizó todo lo que le fue mandado, que no comió en Jerusalén bocado, y que se tornaba a su casa por otro camino: sino que por más mereció ser del león muerto, de porque condescendió al ruego de su amigo, y no hizo lo que Dios por su obediencia le había mandado. Dime yo te ruego, ¿qué le aprovechó a este buen hombre su santidad, ni su abstinencia, ni su profecía: pues su inobediencia le quitó la vida? ¿Crees tú que el varón de Dios muriera, ni que el león le despedazara, si como se aprovechó de la profecía, se aprovechara de la obediencia? Balaam y Saúl, y Caifás, aunque tuvieron el espíritu de profecía: porque carecieron de la virtud de la obediencia, tenemos por más cierta su damnación que su salvación: de lo cual podemos inferir, que vale más el obedecer, que no el profetizar. Razón también es de advertir, en que habiendo el varón de Dios escapado de las manos del rey Jeroboam contra quien había profetizado, y de la ira del pueblo israelítico que se había alterado, vino a morir no por industria de algún su enemigo, sino por el consejo de un profeta su amigo: de manera, que la amistad muy estrecha, es algunas veces muy perniciosa.

Como ambos eran profetas, ambos eran amigos, y aun eran muy conocidos, rogóle mucho el profeta que estaba en Jerusalén, se tornase a reposar a su casa, y a ver a su mujer y familia: a lo cual el varón de Dios condescendió, y para ello se convenció, atreviéndose más a su consciencia propia: que no a quebrantar la amistad antigua.

San Hilario dice a este propósito: Tener el hombre amigo, y hacer obras de amigo, no lo prohíbe el derecho divino, ni aun lo veda el humano: mas junto con esto digo, que no se debe conservar ninguna amistad, que nos acarrea alguna fealdad: porque no se puede llamar amistad, la que sobre bondad no está fundada.

Filiusqui contempserit imperium patris, ad portam civitatis lapidibus obratur: dijo Dios a Moisés en el capítulo XXI del Deuteronomio, y es como si dijera: Yo te mando Moisés, que si algún padre quisiere castigar a su hijo, por ser travieso y protervo, y el hijo no se dejare castigar, ni se quisiere enmendar: quiero que al tal le saquen fuera del pueblo, y que allí muera apedreado: porque sea a él castigo, y en él tomen otros mancebos ejemplo. Mucho es aquí de ponderar, que en la vieja ley podía un padre perdonar a su hijo, aunque fuese ladrón, y goloso, y tahúr, y revoltoso, mas no le podía perdonar si era superbo y desacatado: porque en tal caso, aunque el padre lo quisiese disimular, era obligado el pueblo a lo apedrear. La escritura sacra no pudo más encarecer la maldad de la inobediencia, que fue, mandar al padre que por sola ella quitase a su hijo la vida: de lo cual podemos inferir, que debe este delito

encerrar en sí alguna muy gran culpa, pues se mandaba castigar con tan gravísima pena. Cosa parece nueva, y aun parece cosa inhumana, mandar la ley vieja, que el mismo padre propio fuese verdugo de su mismo hijo: mas como toda ley divina tenga más de piedad que de rigurosidad, hemos fielmente de creer, que según es aborrecible a Dios el pecado de la inobediencia, debe aun ser poca la pena, de quitar el padre a su hijo la vida. Dime yo te ruego, ¿no merece por ventura más Dios nuestro señor: que de no nada me cría, que no mi padre que de otra materia me engendra? pues si merece pena de muerte, el que a su padre desobedece, ¿qué merecerá el que contra su criador se alza? Tantas veces contra Dios te alzas, cuantas veces contra él pecas: y tantas veces contra él pecas, cuantas sus mandamientos no guardas: de lo cual se sigue, que si no fueres aquí apedreado como hebreo, serás en el otro mundo condenado como malo. Deste ejemplo deben tomar ejemplo los padres con sus hijos, y los maestros con sus discípulos, de los criar muy obedientes, y de les no consentir ser incorregibles: porque si los mozos no son desde niños domados, tienen gran trabajo después sus padres con ellos.

Cuando Jonatbas como del panal de la miel contra el mandamiento de su padre Saúl, luego allí le quiso el padre cortar la cabeza, sino le fueran a la mano todos los de la sinagoga: porque si por una parte había el mandamiento del padre quebrantado, por otra había por su lanza al pueblo librado. Prevalverunt sermones jonadab, qui precepit filiis suis, ut non hiberent vinum, nec edificarent domos.

Carent domos: dijo Dios por el profeta Jeremías en el capítulo XXXV, y es como si dijera: Has de saber Jeremías, que el viejo de Jonadab, mandó a sus hijos y sucesores; que no plantasen viñas, ni bebiesen vino, ni sembrasen tierras, ni edificasen casas, ni residiesen dentro de las repúblicas, sino que morasen fuera en unos tendejones o cuevas: como hombres que hacían poca cuenta de sus vidas, y se burlaban de las riquezas. Muy grandes tiempos ha que Jonadab dio a los de su linaje este precepto, y jamás hasta hoy ninguno dellos lo ha quebrantado: y de lo que yo me quejo a ti Jeremías es, que tiene en tu pueblo más fuerza lo que Jonadab por su testamento encomienda, que no lo que vuestro Dios en su ley vos manda. Y dijo más Dios a Jeremías: Pues en Israel tienen más reverencia a Jonadab, que no a mí temor ni amor: yo enviaré sobre los inobedientes israelitas a sus enemigos que los castiguen, y haré con sus amigos que no los socorran; pues saben ellos que los llamé y no me quisieron oír: y los hablé, y no me quisieron creer: en lo cual yo mostré clemencia, y ellos declararon su pertinacia. Lo contrario desto acontecerá a los hijos de Jonadab: a los cuales por haber tenido a su padre obediencia, y no haber traspasado de lo que les mandó ni una palabra; no vendrán en manos de sus enemigos, ni les faltarán en sus trabajos sus amigos: y más y allende desto, no permitiré que su linaje perezca, y siempre los conservaré a que estén en mi gracia.

Estas palabras que Dios a Jeremías dijo, y estas promesas que a los hijos de Jonadab Dios hizo, muy gran espanto deben poner a los rebeldes, y muy gran consolación deben acarrear a los obedientes: pues a los buenos toma de nuevo por amigos, y a los inobedientes declara por sus enemigos. Con los hijos de Israel será maldito, el que fuere desobediente a su prelado, y con los hijos de Jonadab será bendito, el que permaneciere en la obediencia de su monasterio: porque Dios nuestro señor dio por particular privilegio: a los que guardan la obediencia, que no caigan jamás de su gracia. Gran confusión es para los cristianos, y mucho más para los religiosos: la obediencia que los hijos de Jonadab tuvieron, y la vida áspera que hicieron: es a saber, vivir siempre como peregrinos, y carecer de hacienda y dineros: y lo que más de espantar es, que esto no se lo había Dios mandado, ni el evangelio aconsejado, sino que sólo su padre se lo había prohibido. Aun si hubiera precedido aquella palabra de *beati pauperes, spum, quam ipsorum est regnum celorum*: parece que no era tan meritoria tu obediencia, ni era de tener en tanto su pobreza: pues a trueque della les daba Dios su bienaventuranza: mas dejar con tanta liberalidad los hijos la hacienda, sin prometerles el padre remuneración por ella, ni aun darles razón porque se la quitaba: cosa es tan alta que la loarán muchos, y la imitarán muy pocos. Mira la alteza de la escritura, y como va también ordenada, Jonadab tomó cargo de mandar, y los hijos se ofrecieron a obedecer, y Dios se encarga de los pagar: y la paga que les promete es, darles su gracia, y que no carecerán de su vista. Oh quién fuera hijo de Jonadab, oh quién se hallara en su pobreza, y oh quién cumpliera su obediencia: porque a hacer lo que ellos hicieron, y cumplir lo que ellos cumplieron, me recibiera Dios en su casa, y me dotara de su gracia bendita. Esfuézate pues oh hermano mío, a siempre obedecer, y la voluntad de tus mayores seguir: porque ya ves en cómo Dios lo promete, y Jeremías lo afirma, y en los hijos de Jonadab se experimenta que adonde quiera que estuviere la virtud de la obediencia allí se halla Dios con su gracia.

## Capítulo XIV

De cómo el siervo del señor todas las cosas ha de posponer por obedecer: lo cual se prueba con excelentes figuras de la escritura.

Non obedio precepto regis, sed legis: dijo uno de los siete hermanos macabeos que mandó matar el rey Antíoco, porque no querían comer carne de puerco, y es como si dijera: Piensas tú, oh rey Antíoco, que tengo yo de comer del puerco que tiene nuestro Dios vedado, no por más de por tu mandamiento: será cierto que me dejare antes matar, que no contra la ley de Moisés ir:

porque entre los buenos hebreos más fuerza tiene la ley, que no el mandamiento del rey. Para más esclarecernos la sagrada escritura esta tan heroica obra, y esta tan alta obediencia, dice que el macabeo con quien el rey Antíoco esto pasaba, era entre los siete hermanos el más mozo en edad, y el más flaco en fuerzas: lo cual hizo de mucha industria el tirano: teniendo para sí creído, que por ser como era el más muchacho, sería más ayna convencido. Mucho es aquí de ponderar, que si mandara el rey Antíoco a aquel mozo, ofrecer en ciento, ir al templo cada año, pagar muy bien el diezmo, y no dar ni tomar con hombre extraño, aun parece que tenía ocasión de cualquier trabajo sufrir, antes que en tantos trabajos se poner, mas no mandarle sino que comiese de un pernil de tocino un torezno, el cual es manjar muy apetitoso: cosa es para espantar, dejarse por tal cosa morir.

No se dejó aquel muchacho matar y despedazar: porque el tocino le hacía daño ni porque no holgara el comer del pernil un buen torezno: sino que como él era tan virtuoso, y de su ley tan celoso, quiso el glorioso mozo antes perder la vida, que no quebrantar la obediencia.

Gran ejemplo es este para animar a los mozos obedientes, y para confundir a los viejos rebeldes e indómitos: porque a un viejo, la edad que por él ha pasado, y la experiencia que tiene ya de los engaños del mundo: le fuerza a estar ya quedo, y que no se amotine contra su prelado: mas el mozo que es bullicioso, y que les es a par de muerte estar recogido, a este tal es de agradecer, el irse a la mano: y querer guardar lo que tiene a Dios prometido. No vaca de alto misterio, que el precepto de comer, o no comer tocino, no era ninguno de los diez preceptos del catálogo, sino que era un precepto legal, y aun pared y medio del ceremonial: y esto no obstante, quisieron ellos antes morir que de aquel tocino comer: de lo cual podemos inferir, que el verdadero siervo del señor igualmente guarda lo que Dios le da por consejo: como lo que le pone por precepto. De creer es, que así como los de ninive se levantaron en el juicio postrero contra los que no hicieron penitencia, así se levantaron los macabeos contra los que quebrantaron la obediencia: y aún más estrecha cuenta será pedida a los rebeldes, que no a los impenitentes: porque de dos pecados, menos mal es no ser penitente, que ser inobediente. No hablamos aquí de la final penitencia, sin la cual nadie puede salvar su ánima: sino de la penitencia ordinaria que más o menos hace cada persona: y desta tal más se sufre el aflojar en la penitencia, que no el menospreciar la obediencia. No es por cierto de creer, que osará cometer un fornicio, hacer un hurto, levantar un falso testimonio, ni perpetrar algún homicidio, el que no osó comer de un torrezno: porque según dice San Gregorio, privilegio de buenas consciencias es, tener escrúpulo aun de lo en que no hay peligro. Oh cuán menos mal era para el hebreo el comer tocino, que no es para el cristiano el quebrantar el evangelio: mas ay de él, y ay de mí, que el muchacho macabeo fue muerto

porque quebrantase su ley, y no la quebrantó: y yo soy amenazado si quebranto el evangelio, y luego le quebranto: de manera, que tampoco obra en mí el amor de Cristo, como obró en el macabeo el temor del tirano. Oh cuántos hay en el mundo, que aun por menos de un torrezno traspasan el evangelio, y quebrantan lo que a Dios han prometido: lo cual parece claro, en que a cada paso juran falso: engañan al prójimo: mienten en público, murmuran de lo bueno, tiénense a un bando, revuelven a todo un pueblo: y lo que es peor de todo, que pecan sin ser de nadie convidados, ni del rey Antíoco atormentados.

Cuando mandó Dios al viejo Abraham que degollase a su hijo, y mandó también al viejo de San Pedro que dejase las redes y el barco, no hubo menester rogárselo, ni aun dos veces mandárselo: sino que a la hora que se lo mandaron, luego a la hora lo cumplieron, aunque era cosa asaz penosísima, lo que les mandaba la obediencia: es a saber, que el uno degollase a su hijo, y el otro dejase su patrimonio. No es nada mandarle Dios a Abraham que degollase a su hijo, sino las condiciones que concurrían en el mozo: es a saber, que era hijo e hijo primogénito, e hijo unigénito, e hijo muy querido, y aun hijo muy deseado, y que a poder de lágrimas en la vejez le había habido: y esto no obstante, a la hora que llegó a sus orejas el mandato de la obediencia, puso al mozo el cuchillo a la garganta. Mandar Dios a Abraham que degollase a su hijo, era mandarle degollar a su corazón propio, y mandar a San Pedro que dejase sus redes y barco, era quitarle cuanto bien tenía en este mundo: de manera, que probó Dios la obediencia de aquellos dos santos viejos, en desarraigarlos del amor de los hijos, y en quitarles la codicia de los dineros. Entonces nos manda el prelado que dejemos las redes y el barco, cuando nos va a la mano a que no nos enredemos en negocios del mundo: porque muy peores son las redes con que el mundo caza, que no las redes con que San Pedro pesca: pues en las unas caza peces, y en las otras se enmallan hombres. Entonces con Abraham degollamos al hijo muy querido, cuando forzamos nuestro corazón a que no se rija por su querer propio: que para decir verdad, si fue mucho degollar Abraham a su querido hijo, no es menos consentir el monje, que le vaya su prelado a la mano. El viejo de Abraham de sola una vez pasó el triste trago de degollar a su hijo: mas el buen monje tantas veces degüella a su corazón propio, cuantas el prelado no condesciende a lo que quiere su apetito: y de aquí es lo que dice San Bernardo, que cada día se sacrifica, el que simplemente hace lo que su prelado le manda.

Mandó Rebeca a su hijo Jacob, que de presto tomase la ballesta, y fuese a matar alguna caza: lo cual como él hiciese, y con brevedad cumpliese, mereció por la obediencia que tuvo a la madre, alcanzar la bendición del padre.

El apóstol San Pablo al punto que del caballo le derrocaron en tierra, luego allí hizo a Dios voto de obediencia, diciendo: domine quid me vis facere: es a

saber, haz de mí señor lo que fueres servido, que yo me ofrezco a ti por súbdito verdadero, para siempre te temer, y nunca te desobedecer. Fili hominis ad gentes apostatrices mittote: quia precaveritate sunt pactum meum, dijo Dios al profeta Ezequiel en el II cap. Y es como si dijera: Yo te envío a predicar, oh Ezequiel, a unas gentes indómitas, y apóstatas: las cuales han quebrantado lo que conmigo capitularon, y no han guardado lo que me prometieron. Es aquí ahora de ponderar, que en la sinagoga llamaban apóstata, al que se apartaba de la ley, y en la Iglesia llaman apóstata al que se aparta del evangelio, y en la religión llaman apóstata al que desampara su monasterio: de manera, que no es otra cosa este nombre de apóstata, y de apostasía, sino apartarse de lo que la Iglesia le manda, o ir contra lo que la consciencia le dicta. La sinagoga tenía por apóstatas a los fariseos hipócritas, la Iglesia tiene por apóstatas a los herejes malditos, en la religión tienen por apóstatas a los monjes inobedientes: y de aquí es, que el idolatrar, y el hereticar, y el inobedecer, todo ello es apostatar.

San Bernardo escribiendo a un monje que contra su voluntad se iba a otro monasterio dice: Para quedarte aquí tu clarabal conmigo, ni han aprovechado los ruegos que te he hecho, ni los inconvenientes que te he puesto, ni aun las lágrimas que contigo he llorado: lo cual todo yo he hecho más por caridad, que no por necesidad: porque conozco de tu corazón y complexión, que si el demonio y no Cristo te lleva al yermo es, no para más orar, sino para menos trabajar. Bien me acuerdo que me dijiste cuando te partiste, que ibas con buena consciencia, pues ibas con licencia: a lo cual te respondiendo digo, que si te la di fue por tu importunidad, y no por mi voluntad: y en tal caso, no solemos a la tal llamar la licencia sino violencia. Género es de apostasía, sacar del prelado alguna licencia por fuerza: porque no está la perfección de la obediencia en lo que el prelado quiere, sino en lo que él quería si le valiese. Muchos monjes hay que no osan apostatar de vergüenza, y por otra parte apostatan en la consciencia: la cual apostasía engendra en la orden la pereza: sacando al monje del coro, apartándole del oratorio, resistiendo al prelado, vagueando por el monasterio, y parlando con los que están en casa, y aun murmurando de los que andan fuera. Dime yo te ruego cuál es peor apóstata, el que salta las paredes del monasterio, o el que tiene no mas del cuerpo en el coro: y por otra parte tiene el corazón en el mundo: Apóstata es el que salta las paredes de noche, mas muy peor apóstata es el que aborrece las virtudes de día: porque a estar encerrado no me obliga sino el voto, mas a ser buen cristiano obligame el Evangelio.

Cuando el santo rey David decía a Dios II regum LXX Capítulo: Invenit cor suum servus tuus: es a saber, hallado ha su corazón este tu siervo, señal es que andaba de antes apóstata y perdido: pues le da inmensas gracias por le haber hallado. El traidor y descomulgado de Judás, aunque habia cometido traición

contra su señor y maestro, nunca por eso se salió de su casa, ni se ausentó de su mesa, ni se apartó de su presencia, ni aun huyó de su compañía: mas esto no obstante, ¿quién no le condenará por apóstata y descomulgado: pues dio el corazón al demonio, y a Cristo no más del cuerpo? Creeme hermano y no dudes, que si en el corazón de Judas el demonio primero no entrara, nunca Judas a su señor y maestro vendiera: de lo cual podemos inferir, que más peligrosa apostasía es, dejar en el corazón al demonio, que no salirse el monje del monasterio. No está la perfección del monje, en tener el cuerpo cercado de paredes, sino en tener el ánima acompañada de virtudes: porque si la perfección estuviese, no más de en el encerramiento, y no estuviese como está en el contentamiento, mucho más merecerían los que están en las cárceles encerrados, que no los monjes que están en sus monasterios reclusos. Entre los hijos de Israel no había hombres que trajesen hábitos, ni había monasterios encerrados, ni había religiosos profesos: mas esto no obstante los llama Dios por el Ezequiel gentes apóstatas, gentes desconcertadas, y gentes descomulgadas: porque residían en la sinagoga, y suspiraban por Babilonia. Oh cuántos religiosos se precian, en decir que ellos no se han salido del monasterio, ni han dejado el hábito, sino que siempre han dado en la religión buen ejemplo: y por otra parte son en su comer voraces, son en su sentir curiosos, son en su hablar maliciosos, y aun en sus opiniones apasionados: y de los tales podríamos decir, que es menos mal haber una vez apostatado, que estar siempre apasionados.

## Capítulo XV

Adonde se comienza a hablar de la dignidad de la prelación: y cuán apartado ha de estar de las cosas del mundo, el que quiere ser prelado. Tócase aquí la prelación de San Pedro, y del rey Saúl.

Diligis me Simon plus bis. Estas palabras dijo el hijo de Dios al apóstol San Pedro: Johannis XXI Capítulo. Y es como si le dijera: Ya sabes Pedro hermano cómo yo fui muerto, y cómo he resucitado, y cómo estoy de camino para el cielo, y aun cómo queda este mi colegio sin prelado: ¿y porque querría privarte en este oficio de mi vicario, querría saber de ti, que pues has de ser pastor de todos, si me amas más que todos? Esta pregunta de Cristo es muy misteriosa, y la respuesta de San Pedro es a maravilla muy alta: porque Cristo habla como hombre que no sabe si le aman, y San Pedro respóndele como a Dios que sabe muy bien de quién es amado: de manera, que San Pedro conoció de Cristo lo que le amaba, y Cristo conoció de San Pedro la fe que de él tenía. Preguntar Cristo a San Pedro, si le amaba más que todos, era

preguntarle si creía en él más que los otros: de lo cual podemos colegir, que ante todas cosas debe ser examinado el prelado, si cree fielmente la santa fe católica, y si tiene por justos los preceptos de la Iglesia: porque a sentir del que no es macizo cristiano, han de huir de él como del demonio. Decir San Pedro a Cristo, tú señor sabes si te amo o no te amo, fue respuesta de muy gran cristiano, y de muy verdadero enamorado: porque así como muy más entero y más perfecto soy yo en Dios que no en mí, así por semejante sabe Dios muy mejor lo que yo amo que yo mismo que lo amo. El amor que yo tengo en mi corazón propio, remitir a que lo diga el corazón ajeno, no se puede en el mundo hacer del amor mayor prueba, ni tomar del que ama más alta experiencia: porque en caso de amor, a las veces es más cierto lo que el corazón del amado sospecha, que no lo que la lengua del que ama le dice. Otra vez tornamos a decir, que fue respuesta muy católica, y palabra muy enamorada, fiar San Pedro más del corazón de Cristo, que no de su corazón propio: porque caso que sepa y conozca uno al que ama, no puede saber ni atinar, que tanto es lo que ama. Es también aquí de ponderar, que antes que Cristo hiciese a San Pedro vicario, le preguntó de la fe, le examinó de la vida, y le probó de paciencia: de manera, que como le había de encomendar gobernación de ánimas, quísole primero probar en cosas muy recias. Probó Cristo a San Pedro en el menosprecio del mundo pues le mandó salir de la mar, probóle en el amor de las riquezas pues le mandó dejar las redes, probóle en el negar su voluntad pues le mandó seguirle, probóle en la paciencia pues le dijo vade retro sathana, probóle en la oración pues le mandó orar, probóle en la flaqueza pues le dejó caer, y probóle en la contricción pues le vio llorar: de manera, que como a hombre muy experto, le eligió por su vicario. Conforme a lo que Dionisio dice, cuanto en las divinas letras es una cosa más encarecida, tanto es mucho más misteriosa: y argúyese de aquí, que debe ser muy grande el oficio de la prelación, pues Cristo a San Pedro con tanto examen se la encomienda. Desde que Cristo trajo a su colegio a San Pedro, puso los ojos en él para hacerle su vicario: y porque no pareciese que la tal elección era de hecho, sino conforme a derecho, poníale en mayores trabajos, encomendábale más cosas, y hacíale más altas preguntas: para que conociesen todos a la clara, cuán bien merecía aquella prelación.

San Agustín a este propósito dice: No sacó Cristo a San Pedro de la mar para que en la tierra holgase, sino para que más trabajase: porque si le quitó de ser pescador, curtióle para pastor. ¿Qué otra cosa es sacar Cristo a San Pedro del mar tempestuoso antes que le haga su vicario, sino que no debe tener ningún resabio de cosas del mundo, el que quisiere ser prelado? ¿Para qué quiere ser prelado en monasterio retraído, el que está notado de mundano, y no está aun descargado de los bullicios del mundo? Hasta que Abraham salió de los confines de su tierra, nunca le prometió Dios el señorío de la tierra santa: y al gran sacerdote Aarón nunca le encomendó la sinagoga, hasta que salió de la

tierra egipcia: ni al glorioso San Pedro hizo prelado de su Iglesia, hasta que le sacó de la mar tempestuosa: en lo cual se nos da a entender, que no sin gran escrúpulo procura ser prelado, el que nunca visita su obispado, y el que nunca está quedado en su monasterio.

San Bernardo, escribiendo al papa Eugenio dice: Aunque no hicieses más bien, harías harto bien, si residieses siempre en Roma, y te estuvieses quedado en tu cátedra: porque es tan delicado el oficio de la prelación, que entre todos los oficios del mundo es el en que más diligencia se requiere, y el en que menos ausencia se sufre. A la hora que el santo Moisés se subió al monte a orar, luego comenzaron sus súbditos a idolatrar: de manera, que nunca la sinagoga idolatrara, si su prelado no se ausentara. Cuando el súbdito viere a su prelado ser bullicioso, y en las cosas mundanas andar entremetido, debe al tal por una parte obedecerle, y por otra guardarse de imitarle: porque muy gran indicio es de dar al través el navío, cuando el piloto no tiene en sus manos el remo. Lo de suso es de Bernardo.

Mandó Cristo también a San Pedro, que no sólo saliese del mar en que estaba, mas aun que dejase las redes y el barco que tenía: acerca de lo cual es de creer, que quien andaba con tanto peligro a pescar peces en la mar, no debería tener muchas viñas y casas en la tierra: de manera, que en dejar las redes y el barco, dejaba todo cuanto tenía en el mundo. No es otra cosa mandar Cristo a San Pedro, que primero dejase las redes que no se encargase de la gobernación de las ánimas, sino que nadie debe osar ser en la Iglesia de Dios prelado, sino se aparta primero de las codicias y avaricias del mundo: porque no puede ser cosa más escandalosa, ni aun vergonzosa, que tener las arcas llenas, y las ovejas que anden flacas. Mandar Cristo a San Pedro, deje las redes con que pescaba en el mar tempestuoso, es mandarle dejar los negocios y trasagos que tenía allá en el mundo: y de aquí es, que el prelado que se encarga de más negocios de los que tocan a su obispado, o tocan a la abadía de su monasterio: no diremos del tal que es pastor que guarda su grey, sino prevaricador que quebranta su ley. Su ley traspasa, y su juramento quebranta, el que con la mujer de Loth vuelve atrás la cara, y que en negocios no lícitos se enreda: porque por muy pequeña que sea la Iglesia de que es pastor, y por muy pobre que sea el monasterio de que es administrador, tendrá tanto que hacer en sus negocios propios, que no le quede una hora para entender en los ajenos. Mucho y muy mucho tiene en que entender, el que en la guardia de sus ovejas se quiere ocupar: mas hay dolor que muchos hoy en la Iglesia de Dios, toman cargo de guardar ovejas ajenas, y encomiendan a mercenarios las suyas propias: de manera, que pecan en encargarse de lo que se habían de descargar, y pecan en descargarse de lo que se habían de encargar.

Dime yo te ruego hermano, cuando Cristo mandaba a San Pedro que dejase las redes suyas propias, ¿crees tú que le daba licencia para encargarse de otras

redes ajenas?

San Crisóstomo a este propósito dice: Mandar Cristo a San Pedro que deje las redes propias, es mandarle dejar sus negocios propios, porque libremente entienda en la gobernación de sus súbditos: porque entonces tiene el prelado verdadero cuidado de mí, cuando él no tuviere ningún cuidado de sí. San Jerónimo dice: No quiere Cristo que tenga el prelado barco con que a sus súbditos engolfe, ni tenga mar adonde los ahogue, ni tenga redes con que los enrede: es a saber, que no tenga negocios con que los olvide: porque sobre la gobernación de prelado bullicioso mal podría el súbdito vivir asesegado. También es de ponderar que no se contentó Cristo con que San Pedro saliese del barco, dejase las redes, y se apartase de la mar, sino que también le mandó se fuese en pos de él a le seguir, y a tomar otra manera de vivir: de lo cual podemos inferir, que en la casa del señor, si nos manda mudar la complexión, mándanos que dejemos la condición.

Saul cum regnare cepisset, mutatus est in virum alterum, dice la sagrada escritura, en el primer libro de los reyes, y es como si más claramente dijese: Desde la hora que fue el rey Saúl en rey del reino electo pareció otro, y se mudó en otro: de manera, que después de rey, ni hacía lo que solía hacer, ni parecía el que solía ser. Gran mudanza fue la del rey Saúl, pues de labrador se tornó señor, de saber arar aprendió a pelear, de cobarde se hizo animoso, de cruel se volvió piadoso, de rústico se tornó agudo, y de impaciente se hizo muy sufrido: porque dice allí del el texto, que las injurias que le decían, no sólo no las castigaba, mas aun fingía que no las oía. Hec mutatio dextere excelsi est: porque no vengar uno su injuria es cosa santa, y perdonarla es cosa angélica, mas no responder a ella parece cosa divina: porque según dice el divino Platón, muy mayor trabajo pasa el corazón en refrenar la lengua, que no en enmendar la vida. Ejemplo por cierto es este para los prelados asaz digno de saber, y muy provechoso de imitar: para que después de tomados los oficios, parezcan otros de los que eran, y sean otros de los que parecían: porque el súbdito cumple con guardar los mandamientos, mas el prelado debe guardar los mandamientos, y esforzarse a los consejos. Mutatus est in virum alterum el prelado, cuando él anda roto y los otros vestidos él anda hambriento y los otros hartos, él anda descalzo y los otros calzados, él desvelado y los otros satisfechos, él pensativo y los otros descuidados: porque oficio de buen prelado es, tener el cuerpo quebrantado de trabajos, y tener el corazón cargado de cuidados. Mutatus est in virum alterum el prelado, cuando no le hallaren sino en el coro cantando, o en el oratorio orando, o en la enfermería visitando, o en la celda leyendo, o en la portería negociando, o con algún monje tentado le consolando: porque el que es verdadero padre y pastor, muy mayor cuidado ha de tener de sólo un monje que esté tentado, que de todas las necesidades que se padecen en el monasterio. Mutatus est in virum alterum el prelado,

cuando no se ocupa en otra cosa, sino en consolar a los novicios, corregir a los mancebos, visitar a los oficiales, apiadarse de los flacos, y aconsejarse con los viejos: porque ningún daño igual puede venir a un monasterio, como osarle regir el prelado por su parecer propio. Ojalá, y pluguiese al señor, estas palabras se averiguasen del que es prelado bueno, y se averiguasen también del prelado que es malo: el cual entonces *mutatus est in virum alterum*: cuando de humilde se torna soberbio, de caritativo malicioso, de paciente furioso, de abstigente goloso, de casto disoluto, y de callado parlero.

A este propósito dice San Bernardo, escribiendo al abad Rogerio: Lo que dice Platón, *quod potentatus ostendit virum*: bien se averigua en ti padre abad Rogerio, pues haces cosas que no solías, y eres otro del que parecías: porque parecías cuerdo, y has salido vano, parecías recogido, y has salido profano, parecías devoto, y has salido remiso, parecías sufrido y has salido furioso: de manera, que no duró en ti más la bondad, de cuanto llegaste a ser abad. Antes que fueses en abad elegido, y antes que de mí fueses confirmado, según las apariencias de bondad que tenías, y según las virtudes que de fuera mostrabas, nadie hubiera que no se engañara de ti, ni cosa ardua hubiera que de ti no se fiara: mas después ya que te conozco, y sé lo que me sé de tu monasterio, no dejaré de tenerte como a prójimo, mas nunca te daré voto para prelado. Como no haya mal de que el bueno no saque para sí algún bien: será el caso, que desta tu infame prelacía, el monasterio quedará libertado, el superior quedará avisado, yo quedaré desengañado, y tú quedarás conocido. Conforme a lo que dice este santo, muchos recogidos hay hoy en el mundo: los cuales hasta alcanzar un obispado, o tener una abadía, o ganar un priorato, fingen ser devotos, visitan santuarios, esfuérganse a ser castos, presumen de celosos, y muéstranse ser limosneros: los cuales después que alcanzaron la prelacía que anhelaban, tórnanse a la mala inclinación que tenían. *Vir unius anni erat Saul cum regnare cepisset*: es a saber, que el rey Saúl, cuando fue en rey elegido, y por señor de Israel nombrado, era de tanta simplicidad e inocencia, como lo es un niño cuando los pechos de su madre mama: mas junto con esto, se escribe también de él, que en el primer año que comenzó a reinar, se comenzó a empeorar, y a los consejos de Samuel desobedecer. Lo contrario desto aconteció en el apóstol San Pablo, el cual antes que fuese al apostolado llamado, era caudillo de los perseguidores, y después que fue prelado, fue príncipe de los defensores, y fieles: de manera, que el rey Saúl se empeoró con el reinado, y el apóstol Paulo se mejoró con el apostolado.

San Hilario sobre este paso dice: Más discípulos tiene hoy Saulo, que no tiene Paulo, habiendo de tener más Paulo que no Saulo: porque de cien prelados que hoy en la Iglesia de Dios se nombran, si en los diez acertamos, en los noventa nos engañamos. *Mutatus est in virum alterum* el prelado, cuando piensa que no consiste la prelacía sino en que le llamen señoría, como de antes le llamaban

merced, o en que le llamen paternidad como de antes le llamaban reverencia, o en que tenga aposento apartado como lo tenía en el dormitorio, o en que se asiente arriba como se asentaba de antes abajo, o en que le pidan licencia como de antes él la pedía: las cuales cosas todas son más ceremonias de buena crianza, que perfecciones de prelación. San Gregorio en el pastoral dice: Mire pues el prelado lo que hace, y mire muy bien a lo que se obliga: porque si no hace lo que debe, o a lo menos lo que puede: de tantos infiernos es digno, de cuantas negligencias fuere acusado. San Jerónimo sobre aquella palabra del Ezequiel, *ve pastoribus Israel* dice: En las divinas letras pocas veces amenaza Dios a los súbditos con este adverbio, *ve*, y muchas veces amenaza a los prelados malos, como parece en los profetas: para darnos a entender, que los más males que hacen los súbditos, suelen proceder del descuido de los prelados.

## Capítulo XVI

Que el oficio del prelado es muy penoso y muy peligroso: y de cómo con muy recatadas palabras hizo Dios prelados, a Moisés en la sinagoga, y a San Pedro en la iglesia.

*Ego dispono vobis regnum: sicut disposuit mihi pater. Luce. XXII Capitulum.* Dijo Cristo a sus discípulos en el postrero día, en la postrera hora, y en la postrera cena que hizo, y es como si dijera: Vosotros altercáis sobre quién me ha de suceder en la prelación, y sobre quién ha de mandar más en mi Iglesia: a lo cual yo os respondiendo digo, que por el peso y medida que mi padre me dio a mí el mayorazgo de las eternidades, por aquel y no por otro quiero yo daros el reino de los cielos: en que así como yo lo compré con inmensos tormentos, así vosotros le habéis de adquirir con grandes trabajos. Muy alta palabra, y muy profunda sentencia es esta de Cristo: en la cual muy a la clara dice a los pastores de su Iglesia lo que les ha de costar el oficio de la prelación: el cual han de comprar, no con ruegos y dineros, sino con méritos y trabajos: porque los oficios y dignidades en la Iglesia de Dios, no se han de dar a los que pueden más, sino a los que merecen más. Decir Cristo a sus discípulos, *ego dispono vobis regnum*: es decirles, que pues su padre le dio a él el principado y señorío sobre todos por ser bueno, que no le puede él dar la prelación al que fuere malo: porque entre todos los oficios de la Iglesia, éste es en que él más se remira, y aun del que más estrecha cuenta toma.

San Crisóstomo sobre este paso dice: Decir Cristo *ego dispono vobis regnum* es decir, que pues a él le dio su padre la prelación a trueque de buena vida, no

ha de presumir el que no fuere bueno y virtuoso que ha de ser en su Iglesia prelado: porque así como la pureza del ojo no sufre en sí ninguna paja, así el oficio de prelación no sufre en sí a hombre de mala vida. San Gregorio en el pastoral dice: Muchos años antes dijo Cristo a San Pedro sequere me, que no que le dijese pasce oves meas: en lo cual nos dio a entender, que a nadie deben cometer la guarda de las ovejas, que no haya primero seguido a Cristo en sus pisadas: porque el oficio de prelación no se ha de dar al que piensan que será bueno, sino al que por bueno está ya aprobado. Oh cuántos hay hoy en la Iglesia de Dios que procuran de oír primero de Cristo: el pasce oves meas, que no el sequere me: es a saber, que primero quieren ser hechos prelados, que no ser aprobados ni tenidos por buenos: lo cual es gran vanidad pensarlo, y muy gran temeridad aceptarlo: porque son tan pocos los que saben gozar de la libertad, ni que tienen respecto a su dignidad: que de buenos se nos toman malos, cuanto más que de malos acierten ser buenos.

Decir Cristo a San Pedro sequere me, era decirle, sé manso, sé humilde, sé casto, sé paciente, sé abstinento, y sé obediente como ves que yo soy: pues será excusado pensar, que a nadie tengo yo de encomendar mis ovejas: sino fuere al que sigue mis pisadas. Mucho es de ponderar, que la primera palabra que a San Pedro dijo Cristo fue, sequere me, y la postrera que en la vida le dijo fue, pasce oves meas: y desde que le dijo la una hasta que le dijo la otra, hizo Cristo en San Pedro muchas experiencias: y San Pedro pasó con Cristo muy grandes trabajos: de lo cual podemos inferir, que de buena razón a nadie deberían en la Iglesia de Dios hacer prelado, si primero en actos muy heroicos no fuese experto. San Jerónimo sobre San Mateo dice: Muchos son los que procuran suceder en la silla a Pedro, mas muy pocos son los que siguen con él a Cristo: y la causa desto es: porque el oficio de prelación toman, no para en él trabajar, sino para mejor se holgar. San Bernardo escribiendo al papa Eugenio dice: Créeme y no dudes santo padre Eugenio, que si a los sucesores de Pedro no les diesen su silla, sino con condición que imitasen su vida: y en caso que no imitasen la vida les quitasen la silla, yo juro a mi pecado, que hubiese más hombres en el mundo para labradores, que habría en la Iglesia para pastores. Viade et prece de populum ut possideat terram, quam jurabi patribus eorum, dijo Dios al santo Moisés en el décimo capítulo del Deuteronomio, y es como si dijese: Yo capitulé en Egipto con los hijos de Israel, que yo les daría la tierra de Israel por suya, y que ellos se llamarían siempre míos: y pues yo te he señalado por su caudillo, y ellos te han elegido por su prelado, conviene a mi servicio, y a la condición de tu oficio, que vayas tú siempre delante dellos, y que ellos siempre te sigan a ti: para que les asegures los pasos más peligrosos, y para que topen primero en ti sus enemigos.

Orígenes sobre este paso dice: Entre seiscientos mil hombres que estaban en el desierto, de creer es que había allí otros mayores en fuerzas, más ricos en

hacienda, y más expertos en guerra que no era Moisés: y mandan a él, y no lo mandan a otro que vaya siempre delante el pueblo: en lo cual se nos da a entender, que es propio oficio de los buenos prelados, hallarse los primeros en los trabajos y peligros. Al tiempo que el hijo de Dios quiso en el huerto comenzar su pasión, y dar fin a nuestra redención, no sólo no mandó a sus discípulos que peleasen, mas aun ni les consintió que desenvainasen: antes como buen prelado y pastor quiso que se pusiesen ellos en salvo, y ofrecerse él solo al peligro. De Alcibiades el griego cuenta Plutarco, que en cuantas guerras emprendió, y en cuantos peligros se vio, nunca dijo id sino vamos, ni dijo pelead sino peleemos, ni dijo haced sino hagamos: a cuya causa fue el príncipe más amado de todos los suyos, y más temido de los extraños que hubo en la Grecia. Conviene pues el buen prelado ir delante de sus súbditos cuando oran, o rezan, o trabajan, o velan, o ayunan, o se disciplinan: porque mucho más se mueve el corazón humano por lo que su prelado hace, que no por todo cuanto cada día le dice. Sobre aquellas palabras que dijo Cristo venite post me, dice el glorioso Anselmo: No vaca de misterio, mandar Dios a Moisés que vaya delante, y mandar a San Pedro que vaya detrás: en lo cual se nos da a entender, que el buen pastor y padre, de tal manera ha de ir delante de sus ovejas para las guiar, que no deje de ir en pos de Cristo para no errar: de manera, que camino del cielo, el súbdito ha de tener los ojos en el prelado, y el prelado sólo en Cristo.

Más prelados hay hoy que imiten a Moisés en ir delante, que no a San Pedro en quedarse atrás: y la delantera que toman es, en entrar primero por las puertas, en beber los mejores vinos, y en comer los más delicados manjares, en vestirse más curiosos, en frecuentar más los hospicios, y en vivir muy más exentos: de manera, que en los regalos son los primeros, y en los trabajos los postreros.

Simón dormis dijo Cristo a solo San Pedro, y es como si dijera: Si quieres ser prelado en mi colegio, y quieres tener cargo de mi grey, has de orar cuando los otros reposan, sudar cuando los otros descansan, trabajar cuando los otros huelgan, y velar cuando los otros duermen: pues debajo de pastor descuidado no puede estar el ganado seguro. No vaca de misterio que los otros apóstoles también estaban echados y descuidados, y dormidos como San Pedro, y no reprehende Cristo a ellos, sino sólo a él: en lo cual se nos da a entender, a cuantos más trabajos son obligados los prelados, que son los súbditos: porque el súbdito no es obligado a morir más de por confesar su ley, mas el buen pastor no sólo es obligado a padecer por su ley, mas aun a morir por su grey.

Oh a cuántos prelados podría decir hoy Cristo, Simon dormis: los cuales no tienen más cuenta con sus súbditos, de cuanto ven que le son provechosos: y lo que es peor de todo, que en cuanto en el súbdito halla algún servicio, no halla en él el prelado algún pecado. Simon dormis podremos decir al prelado

que ve a su súbdito ser quebrantador de la paz, ambicioso de la honra, propietario de pecunia, notado de lascivia, amigo de andar fuera, y no muy cortés en su lengua: los cuales defectos todos le sufre y aun encubre el prelado, ora porque es su familiar amigo, ora porque le tiene por pechero. Simon dormis podremos decir al prelado que no tiene cuidado de sus ovejas de visitarlas, sino de trasquilarlas: no de apacentarlas, sino de ordeñarlas: no de curarlas, sino de desollarlas: no de untarles la roña, sino de robarles la lana: no de defenderlas del lobo, sino de robarles el oro: de manera, que toda su ansia es, no cómo se salvarán las ánimas, sino cómo se pujarán más sus rentas. Si hablamos del sueño temporal, tanta necesidad tenía San Pedro de dormir, como tenían los otros sus compañeros: pues estaba tan cansado y aun tan desvelado, como estaban ellos: mas quiso Cristo a él solo reprehender, para todos los prelados después de él avisar, a que velen mucho sobre su ganado, pues se desvela el demonio para comérselo todo.

El gran Basilio dice en su regla: Gran confusión es decirlo, mas muy mayor es hacerlo: es a saber, que muchos monjes en el monasterio, y muchos seglares en el mundo, que ni tienen ciencia, ni consciencia, ni vergüenza, ni experiencia: tan sin empacho procuran en la Iglesia de Dios ser prelados, como si en todas las asperezas del yermo estuviesen expertos. Si fueses elegido como Saúl, ungido como David, señalado como Moisés, consagrado como Aarón, aprobado como San Pedro: deberías aun temiendo y temblando, tomar el oficio de prelación, cuanto más si tú fuiste en solicitarla y procurarla: El oficio de la prelación no es para desear, sino para olvidar: no es para procurar, sino para menospreciar: no es para aceptar, sino para desechar: ni aun es para cargar, sino para descargar: porque si el prelado es hombre recto, no le han de faltar en su casa émulos, y si es malo no le han de faltar en la conciencia escrúpulos. ¿Qué procura, el que oficio de prelación procura? Lo que procura el tal es, envidia para sus vecinos inquisición para sus deudos, peligro para su honra, trabajo para su persona, escrúpulo para su consciencia, espuelas para sus enemigos, visitas de sus súbditos, y castigos de sus prelados. Si en los tiempos pasados fue penosa la prelación, mucho más lo es hoy día: porque ya la caridad de los que gobiernan es acabada, la obediencia de los súbditos es perdida, y la devoción de los del siglo es resfriada: de manera, que no es otra cosa ser en estos tiempos prelado, sino sufrir un género de martirio prolijo.

San Crisóstomo de laudibus pauli dice: Deja hermano mío con San Pedro el mar del mundo, deja el barco de las ocasiones, deja las redes de las trampas, y vete en pos de Cristo y sus pisadas: y si después te dijere Cristo, pasce oves meas bien podrás apacentarlas, mas guárdate de procurarlas: porque es tan

escrupuloso el oficio de la prelación, que a la hora que uno lo procura, luego para con Dios se inhabilita. San Agustín en su regla dice: Gran peligro es vivir con el monje que desea ser prelado: a causa que nunca tendrá paz en el monasterio: porque el tal será en la prelación ambicioso, y será siendo súbdito bullicioso. Gregorio Nozzeno sobre aquella palabra de Simon Johannis diligis me plus his, dice así: No vaca de alto misterio, que no preguntó Cristo a San Pedro al tiempo que le quiso hacer su vicario, si era manso, o si era piadoso, o si era casto, o si era sobrio: sino si era de él muy amado, y que su amor sobrepujaba al amor que le tenían los de su colegio: dándole en esto a entender, que no había de fiar la prelación de su Iglesia, sino del discípulo que más que todos le ama.

Si Cristo no dijera más de Simon diligis me, y no añadiera la otra palabra de plus his, pareciera contentarse con el amor ordinario, con que él suele de su criado ser amado: mas en decir el plus his, obligó a San Pedro entonces y a todos los prelados después de él, a que amen al hijo de Dios más que a todos, y le hagan muy mayores servicios: porque de otra manera, no sería prelado sino tirano, el que no fuese mejor que su súbdito. Plus his conviene que sea el prelado: es a saber, más humilde y más manso que todos: porque jamás el siervo del señor acertará a hacer como debe el oficio de prelado, si piensa que por los sus méritos le fue dado aquel tan alto oficio. Plus his conviene al prelado que sea: es a saber, más piadoso y más caritativo que todos: porque no se puede preciar de ninguna bondad, el prelado en quien falta la caridad. Plus his conviene al prelado que sea: es a saber, más paciente en los trabajos, y más sufrido en los enojos que todos: porque habiendo él de ser el yunque adonde todos labren, y el terrero adonde todos tiren, si el tal no sabe las flaquezas de sus monjes llevar, y las injurias que le dijeren disimular, él andará siempre acosado, y aun habrá poca paz en el monasterio. Plus his conviene al prelado que sea: es a saber, más sobrio en el vivir, y más templado en el comer que todos: porque no puede ser mayor escándalo en un monasterio, como ver al prelado que ande regoldando de ahito, y ver a los súbditos voceando de hambrientos. Plus his conviene al prelado que sea: es a saber, más atinando en lo que dice, y más cuerdo en lo que hiciere que todos: porque de la boca del buen prelado, no sólo no ha de salir palabra maliciosa, mas aun ni ociosa. Plus his conviene al prelado que sea: es a saber, más recto en la conversación, y más tierno en la condición que todos: porque tan gran crédito ha de tener cobrado con sus súbditos que ni los virtuosos teman manifestarle sus necesidades, ni los mal disciplinados le osen pedir cosas inhonestas. He aquí el plus his del amor que Cristo buscaba en San Pedro, y aun el plus his de virtudes que se requieren en el prelado: de lo cual todo podemos inferir, que al tiempo de dar a uno la prelación, se ha de tener respecto, no a lo en que él se tiene, sino a lo que su vida merece.

## Capítulo XVII

Del peligro que tienen los que procuran prelacías: y de cómo también pecan los que no quieren aceptarlas teniendo habilidad para ellas: pruébase todo esto con notables figuras.

Tu pasces populum meum Israel: et dux eius eris: dijo Dios al rey David, en el segundo libro de los reyes, en el capítulo quinto, y es como si dijera: Bien sabes tú David, que entre doce tribus elegí el tu tribu para que fuese tribu real, y entre siete hermanos elegí a ti solo, para que fueses rey en Israel: y para lo que yo te elegí en señor, y te señalé por pastor de mis ovejas es para que me las guardes, no me las coman los lobos. Lo que muchos en muchos escritos escribieron, y lo que muchos en muchas palabras pusieron, pone aquí en dos palabras la escritura sacra: es a saber, que el oficio del buen prelado y pastor es, administrar a sus ovejas lo necesario para vivir, y apartarlas de los lugares adonde puedan peligrar. Ante todas cosas es aquí de saber, que para ser uno buen prelado y pastor, le conviene tener buenas yerbas para las apacentar, saber bien el camino para las guiar, conocer muy bien los lobos para las guardar, tener muy buenas fuerzas para las defender: y aun tener muy grande aviso para cuando han de venir. El que en alguna destas cosas se hallare ser defectuoso, mire y no se engañe del pastoral oficio: pues sería gran liviandad obligarse a lo que no puede, y aun sería gran temeridad encomendarlo al que no sabe. Mucho es de ponderar, que no dijo Dios a Moisés, tu pasces te ipsum: sino que le dijo tu pasces populum meum: en lo cual se nos da a entender, cuán gran cuidado ha de tener el prelado de su familia, y cuán no ninguno de su persona: porque siendo como es el oficio del prelado oficio tan público, menos el que los otros ha de tener parte en sí mismo. San Bernardo escribiendo a un abad regalado dice: Conjuuro te padre abad Mauro, pues te encargaste de mí, no tengas tanto cargo de ti: porque yo siendo súbdito, no soy sino sólo tuyo, mas tú por ser prelado, eres de todo el convento. Sobre aquella palabra, Simon diligis me dice San Crisóstomo: No dijo Cristo a San Pedro, si deseaba el mejor obispado, o si procuraba la mejor abadía, o si solicitaba el más rico priorato: sino si le amaba más que todos, pues había de ser prelado de todos: porque Dios nunca da prelación de su mano al que más presume, sino al que mejor vive.

El glorioso San Bernardo, hablando a la larga sobre aquella palabra de pasce oves meas dice: ¿Cómo, creeré yo que pascit oves Christi, el que no quiere ser obispo sino de generoso obispado, y no quiere ser abad sino de algún monasterio rico, y no quiere residir sino en lugar muy populoso: y aun no quiere por prelado, sino al que es su familiar amigo? ¿Quién creerá que pascit

oves Christi: el que no quiere aceptar ninguna prelación, si no hay en el monasterio dineros que expender, provisiones que gastar, buenas bestias en que andar, ricos huertos en que pasear, mucho trigo que comer, y buenos vinos que beber? ¿Quién podrá creer que pascit oves Christi, el que no quiere la prelación para más trabajar, sino para más se holgar: ni la quiere para ayudar a que los otros se salven, sino para buscar adonde mejor se recree? ¿Quien podrá creer, que pascit oves Christi, el que de los bienes de los pobres, hace el costo sus convites: y el que a costa del monasterio cobra para sí amigos en el mundo: y el que quita a los monjes su ordinario para sustentar en honra algún sobrino? A semejantes bestias que estas, no quiere Cristo que encomienden sus ovejas: porque el fin del pastor y prelado ha de ser, tener ocasión para salvar más su ánima, y de ayudar a salvar a los que están en su república. Lo de suso es de Bernardo. El glorioso San Bernardo sobre aquella palabra del apóstol, que escribe a Tito en el quinto capítulo: es a saber, qui episcopus patum desiderat, bonum opus desiderat: dice así. Palabra es para aquellos tiempos y no para estos, decir el apóstol, que buen trabajo desea, el que prelación desea: porque en la primitiva Iglesia, el que se asentaba en el lugar primero, iba primero al martirio: de manera, que el que deseaba ser entonces prelado, deseaba ser martirizado.

Desde que Cristo murió hasta que el gran Constantino imperó, pasaron sobre más de trescientos veinte años: en los cuales no hubo pontífice en la Iglesia de Dios, que no fuese de algún malo perseguido, o que con corona de martirio no fuese muerto: de manera, que la más cierta renta que tenía el prelado era saber, que había de morir a cuchillo. Como en la primitiva Iglesia no tenían los prelados otras haciendas que granjear, sino eran sus ovejas de apacentar, ocupábanse en doctrinarlas, y morían por defenderlas: mas ¡ay dolor! que desde la hora que Constantino comenzó a enriquecer a los prelados, luego se acabaron los mártires, y cesaron los martirios. Bonum opus desiderat, qui episcopatum desiderat: es a saber, cuando toma la prelación para trabajar, y no para se libertar: mas si la toma para se libertar y no para trabajar, él por cierto vive muy engañado, pues vive más esclavo, que todos los esclavos del mundo: porque muy mayor cautiverio es tener el corazón cargado de cuidados, que no los pies llenos de hierros. Opus en latín quiere decir trabajo en romance: y decir el apóstol que bonum opus desea, el que prelación desea: es darnos a entender, que toma sobre sí muy gran carga, el que de gobernar ánimas se encarga: porque de tantas muertes es el prelado digno, de cuantos pecados cometieren por su mal ejemplo. Por esta palabra de bonum opus desea el que prelación desea, obliga el apóstol al que quiere ser prelado, de continuamente trabajar, y no le da licencia para descansar: porque algunas recreaciones se permiten en los súbditos, que sería grande escándalo si las tomasen los prelados. Así como el santo Moisés, y el gran sacerdote Aarón no salían jamás fuera del tabernáculo, así el buen prelado ha de salir tarde o nunca de su

monasterio: porque si lo quiere él bien entender, el día que entra en la casa de la prelacía, es como quien entra en una cárcel religiosa y honesta.

En la Iglesia de Dios dos maneras hallo yo de prelados, unos que saben serlo y pueden serlo, mas no quieren serlo: de los cuales podemos decir, que si lo dejan por humildad, en ello merecen, y si lo dejan por sola pereza también pecan: porque en la viña del señor, como sean todos obligados a trabajar, no cumple con trabajar una hora el que tiene fuerzas para trabajar todo el día. Aquel a quien dio el señor fuerzas para trabajar, y talento para gobernar, no menos peca si le hacen prelado y no lo acepta, que si siendo inhábil para ello lo procura: porque así como en el cuerpo humano no se sufre que los ojos sirvan de pies, ni que los pies sirvan de ojos, así en la Iglesia de Cristo no se sufre, que al que es para súbdito le hagan prelado, ni al que es para prelado le consientan ser súbdito. Ejemplo teníamos de todo esto en el cuarto capítulo del Éxodo, adonde se cuenta muy por extenso, en cómo Moisés se excusaba de la prelacía que Dios le daba sobre la sinagoga diciendo, que era inhábil y tartamudo, y que ni sabría, ni podría hacerlo: mas después de muchas altercaciones, como Dios vio en Moisés habilidad, y Moisés conoció de Dios que era su voluntad, como se lo mandó lo aceptó. San Gregorio en el pastoral dice: Aquel a quien el señor dio que fuese humilde de corazón, penitente en el cuerpo, paciente en los trabajos, sobrio en los manjares, cauto en los peligros, piadoso con los flacos, y severo con los indómitos: y que con todas estas gracias no quiere aceptar prelacía, por tener la vida holgada: tan culpado será en el divino juicio, como el que tiene mucho trigo, y deja morir de hambre a los de su pueblo. Y dice más este doctor. Decir Cristo a San Pedro, si diligis me pasce oves meas, era como si le dijera: Dar yo gracia a uno que me tenga singular amor, es obligarle a que sea mi vicario y pastor: y el que lo puede hacer, y dello no se quiere encargar, señal es que no me ama: pues holgando y no trabajando come el fruto de mi viña.

En el XXV capítulo del Deuteronomio mandó Dios por su ley, que si un hermano quisiese casarse con la mujer de su hermano que quedó sin hijos y viuda, que en tal caso le descalzasen un zapato, y llamasen a su casa, la casa del descalzo.

Bien acertaríamos en decir, que Cristo es el nuestro hermano, y que la viuda es la madre santa Iglesia: con la cual somos obligados a nos casar, y de su gobernación nos encargar: y el que del tal trabajo se excusa, no por escrúpulo de consciencia, sino porque no le dan otra mayor prelacía, o por tener la vida más descansada: justamente trae el tal no más de un zapato calzado, pues no vive más de para sí solo. El pie izquierdo trae calzado, el que no tiene cuidado más de sí mismo: y el pie derecho trae calzado, el que procura la salvación de su prójimo: y por eso el apóstol manda a los de Efeso, que traigan ambos los pies calzados: para que procuremos la salvación de nuestros prójimos, como

procuramos la de nosotros mismos. Otro género de hombres para prelados hay, que llegados a probar, ni pueden serlo, ni saben serlo, mas querrían serlo: el cual apetito les viene de ser muy locos, o sobradamente ambiciosos: pues emprenden con lo que no pueden salir, y toman a costas carga que no pueden llevar. Que desee uno de pobre tornarse rico, de abatido verse honrado, y de labrador subir a ser caballero aun pasa, mas procurar de ser prelado, el que no tiene habilidad para ello: ni basta paciencia que lo sufra, ni aun lengua que lo calle: pues de buena razón, todas las veces que se hubiese de elegir prelado, habían de elegir al mejor hombre del mundo. Otra y otra vez tornamos a decir, que el que han de elegir en prelado, conviene que sea el mejor de los mejores del mundo: porque siendo como somos todos un cuerpo místico de Cristo, nadie representa más de un miembro deste cuerpo, excepto el prelado, que representa a todo Cristo. A todo Cristo representa el prelado: pues que predica su ley, defiende su fe, manda en su nombre, y se asienta en su cátedra: de lo cual podremos inferir, que pues el prelado es el alcaide, y teniente de Dios, no se debería fiar aquel oficio sino del mayor amigo de Dios. Ego sum pastor bonus: et bonus pastor animam suam ponit pro omnibus suis, decía Cristo, y es como si dijera: Yo soy pastor, y soy buen pastor, y hago obras de buen pastor: y las obras que hago a mis ovejas son, que no hay oveja en el mundo tan sarnosa, por quien no ponga yo mi vida.

San Crisóstomo sobre estas palabras dice: No dijo Cristo, yo soy príncipe que mando, yo soy capitán que peleo, yo soy caballero que valgo, yo soy escudero que sirvo, yo soy oficial que labro, sino solamente dijo yo soy pastor que guardo ganado: para darnos a entender, que de todos los estados de la Iglesia de Dios debe ser este estado el más alto: pues de él y no de otro echó Cristo la mano.

Si Cristo no nos obligara a más de ser pastores pasara, mas como nos obligó a conocer las ovejas, y a ser conocidos dellas, y a pacentarlas, y a poner las vidas por ellas: verdaderamente él es oficio más para poner espanto, que no para tomar del deseo. San Bernardo en una epístola dice: Oh a cuánto se obliga, el que a ser buen pastor se obliga: pues pone en condición su honra, pone en peligro su vida, pone en condición su ánima, y aun pone a riesgo su hacienda: de manera, que el día que acepta uno una prelacía, pone en condición cuanto tiene en esta vida. Pone el tal en condición su honra, pues han de él de murmurar: pone en peligro su vida, pues la ha por sus súbditos de perder: pone a riesgo su hacienda, pues ha a los pobres de sustentar, y pone en condición su ánima, pues si es malo se ha de condenar: de manera, que si el tal supiese bien lo que procura, aun dándoselo no lo recibiría. San Gregorio en el pastoral dice así: Entonces el pastor pone por sus ovejas el alma, cuando las ama como a su alma, las defiende como a su vida, las trata como a su persona, y que nunca las pierde de su vista. San Agustín sobre San Juan dice: Por sus

ovejas pone con Cristo el ánima, el que en los peligros es el primero, el que en los enojos es medianero, el que de lisonjas no hace caso, el que de los pobres tiene cuidado, el que de los buenos es un escudo, y el que de los malos es un flagelo. Hugo de claustro monachorum dice: Por sus ovejas pone el ánima el prelado, que esfuerza los tímidos, sobrelleva a los flacos, soporta a los furiosos, disimula con los elatos, ayuda a los laboriosos, trabaja por los enfermos, corrige a los indómitos: y es humano con sus súbditos.

### Capítulo XVIII

De cuánta obligación tiene el prelado de mirar lo que se hace en su monasterio: y de corregir con caridad los defectos de sus súbditos.

Ecce constitui te super regnum: ut evelas, destruas, edifies, et plantes: dijo al profeta Jeremías en el II Capítulo. Y es como si le dijera: Tú Jeremías eres profeta de doce reinos que hay en Israel, y eres predicador del gran pueblo de Jerusalén: y el fin porque te di este oficio, y te encargué este tan gran cargo fue, para que de raíz arranques y destruyas todo lo que es malo, y en su lugar edifiques y plantes todo lo que es bueno. Muy a la clara dice aquí Dios al prelado el fin para que le hizo prelado, y que tales son las condiciones del pastor al oficio: y el pastor de Cristo que esto quisiere entender y rumiar, ni tiene más que saber, ni a nadie que preguntar: pues en estas palabras verá a la clara: qué es lo que ha de hacer, y qué es de lo que se ha de guardar.

Mucho es de ponderar, que enviando Dios a Jeremías por arrancador, por destructor, por disipador, y por derramador, no le dice qué es lo que ha de arrancar, destruir, disipar, y derramar: de manera, que sin señalarle huerta, le manda ser hortelano. Danos Dios en este mandato a entender, que nacen cada día en este mundo tantos hombres malos, y se levantan en la república tantos delitos, que apenas se pueden contar, cuanto más remediar: a cuya causa los deja al albedrío de los prelados, a que como fueren naciendo y creciendo, los vayan ellos arrancando y disipando. Hoc mare magnum et spaciosum, reptilia quorum non est numerus, decía el salmista en sus salmos, y es como si dijera: Poniéndome a considerar las cosas desta vida, vi que es más peligrosa la tierra que no la mar: y que se pierden más de los que por ella andan, que no de los que por los golfos navegan: y vi que en las aves del cielo había cuenta, y las que rastreaban por la tierra no tenían número. Por las aves del cielo son significados los justos, y por los animales de la tierra los pecadores: y decir el profeta que vio más animales que no aves, es decirnos, que sin comparación son muchos más, los malos que por las cosas terrenales andan por el suelo, que

no los buenos que en el servicio del señor andan volando. Durante la Iglesia militante no se excusa de estar el salvado con la harina, y el oro que se tome del orín, que la rosa esté cercada de las espinas, y que la caña esté encarcelada en el hueso, y que el vino esté dentro del hollego, y que el hombre malo y perverso esté junto cabe el bueno y virtuoso. No para más de para remediar estos daños, hizo Dios en su Iglesia prelados: es a saber, para que en el horno del castigo aparten el orín del oro, y para que con las disciplinas aparten la rosa de las espinas, y para que con su pastoral cuchillo saquen la caña del hueso, y para que con el cedazo de su buena vida aparten el salvado de la harina. El que en el remedio destes daños no se ocupa, para que el tal se encarga de la prelacía: Al que hace Dios hortelano, y él se torna mundano, y al que manda arrancar ortigas y él se ocupa en cosas profanas, y al que manda enterir su huerta y él no cura sino de desfructarla, y al que manda que le guarde mucho su huerta y él no la ve más de cuanto coge su renta: ¿no llamaremos antes a este ladrón corsario, que no pastor verdadero?

No vaca tampoco de misterio, que no manda Dios a Jeremías simplemente, que arranque y disipe, y asuele lo que es malo: sino que de tal manera lo arranque, que no quede rastro ni señal dello: de manera, que de aquellas yerbas malas no quede raíz para crecer, ni queden semillas para sembrar. Deste tan notable aviso pueden tomar aviso los prelados: para que tan de veras castiguen los grandes delitos, y tan de raíz extirpen los enormes excesos: que todos los que los cometieren queden hostigados, y todos los que lo vieren vayan avisados, y todos los que lo oyeren queden espantados. Cuando los delitos son muchos, y que por personas calificadas son cometidos, si de veras no se pueden castigar y muy de raíz arrancar, más vale por entonces disimularlos, que no castigarlos: porque si del castigo no se espera sacar fruto, no es justo que se levante escándalo. No es pastor sino prevaricador el prelado que gasta sin hacienda, y arrisca su persona, no por remediar sus súbditos, sino por vengarse de sus enemigos: y lo que es peor de todo, que todas las injurias de Dios disimula, y ninguna de las suyas perdona. Lo contrario desto nos enseñó el hijo de Dios: el cual con sus propias manos azotó a los que en el templo a su padre ofendían, y rogó en la cruz por los que le crucificaban: por el cual hecho tan heroico, obligó a los prelados a que vengasen sus injurias: y atóles también las manos, a que no hagan caso de las suyas propias.

Como no sea otra cosa el oficio del prelado, sino el fiel que iguala el peso, y la regla que hace ir derecho el edificio, mucho sería el tal digno de culpar, y no menos de castigar, si sus súbditos conociesen en él alguna sobrada pasión, o alguna desordenada afección: porque no hay cosa con que más aina merezca ser un prelado de su prelacía depuesto, que por ser en su convento banderizo. En el santo colegio de Cristo, los sus más familiares y amigos eran su discípulo San Pedro, y su primo San Juan: mas al fin como el uno le pidiese lo

que no debía, y el otro le dijese lo que no convenía, a San Juan llamó necio, diciéndole nescitis quid petatis: y a San Pedro llamó demonio, diciéndole vade retro sathana. Tomen pues aquí ejemplo todos los prelados, de cómo se han de haber con los sus más familiares amigos: es a saber, que en caso de osar hacer a Dios una ofensa, o atreverse a quebrantar la regla, no han de guardar con ellos ninguna amistad: sino que se han de tener por dicho, que a aquel han de tener por mayor amigo, que fuere más virtuoso en todo el monasterio.

Conforme pues a lo que mandó Dios a Jeremías, debe el prelado arrancar de su corazón toda afección y toda pasión: porque para decir la verdad, y aun hablar con libertad, con más razón le llamaran tirano que no prelado, al que quisiese ser de todos sus súbditos obedecido: y de solos tres, o cuatro ser amado. Como ninguno pueda ser buen prelado, si de pasiones y afecciones no está libertado: ha de tener el tal por dicho, que a la hora que toma a uno por su familiar amigo, se hace del mancipio y esclavo: porque sin comparación es muy más recio, el yugo que el amor nos hecha, que no el yugo que la obediencia nos carga. Ya que el prelado tiene su corazón corregido, y que de toda afección y pasión está libertado, debe muy de veras entender en la corrección de su monasterio: es a saber, si guardan sus súbditos el evangelio que en el bautismo juraron, y si quebrantan la regla que en la profesión prometieron: porque en estas dos cosas ningún delito deben disimular, ni dejar de castigar. Otra vez tornamos a decir, que de veras inquiran los delitos, y muy de raíz arranquen los pecados: porque si lo supiesen y no lo remediasen, a la hora dirían todos que los aprobaba, pues no los castigaba. Así como con poca levadura se corrompe mucha masa, y con una gota de aceite se mancha toda una ropa, y con una pequeña centella se enciende toda una casa: así con una costumbre remisa, o con una culpa solapada, se echa a perder toda una familia. San Ambrosio sobre los salmos dice: En mucho ha de tener el prelado lo que allá en el mundo tienen los mundanos en poco: es a saber, el perdimiento del tiempo, el hablar sin licencia, el comer demasiado, el vestir curioso, y el andar disoluto: porque todas estas cosas tan necesarias son al siervo del señor para ser perfecto, como son los mandamientos para que sea uno cristiano.

En la vida solitaria están escritas estas palabras: Debe el buen pastor arrancar de su compañía toda costumbre nueva, toda pasión antigua, todo vicio envejecido, y a todo monje incorregible: porque cualquiera destas cosas abastan a asolar toda una orden junta, cuanto más a un monasterio solo. In pectore Aaron erat rationale: et nomina duodecim tribuum scripta in eo: dice la sagrada escritura en el Éxodo XXXVIII. Capítulo. Y es como si dijese: Nunca el gran sacerdote Aarón osaba entrar en el tabernáculo a ofrecer sacrificios, sin que llevase el racional sobre sus pechos, y los nombres de los doce patriarcas allí escritos. San Gregorio en el Pastoral sobre estas palabras dice: Entonces el prelado pone el racional sobre su corazón, cuando todo lo que hace lo hace

conforme a razón: y entonces tiene los nombres de los doce tribus escritos sobre sus pechos, cuando no se guía sino por reglas de sus antepasados: lo cual él haciendo así, ni se ahogará navegando, ni se perderá caminando.

El gran filósofo Licurgo so graves penas prohibió a los lacedemonios, a no sólo que no admitiesen costumbres peregrinas, mas aun que ellos no osasen peregrinar por tierras extrañas: diciendo, que nunca en las repúblicas se levantaban disensiones, sino por los que intentaban en ellas de introducir algunas novedades. Ni porque sea uno en la sangre generoso, ni porque sea otro en edad anciano, los debe consentir el prelado que se extremen en el vivir, o se singularicen en el vestir: de manera, que pretendiendo libertad, se eximan de la comunidad: porque el generoso debe se contentar con ser honrado, y el viejo sobrellevado. Guárdese pues el prelado, de dar poca ni mucha audiencia, al que quiere poner alguna costumbre nueva en su familia: porque las tales novedades nunca las inventan, sino el ambicioso por subir, el apasionado por se vengar, el bullicioso por más valer, o el necio por más no saber. Séneca en una epístola a Lucilo dice: No seas amigo de hombres bulliciosos, porque te levantarán: ni te aficiones a novedades, porque te alterarán: que para decirte la verdad, nunca vi novedad en nuestra república que no engendrarse escándalo, o que no la inventase algún loco. Cuando uno viene a tomar el hábito a la orden, no dice que viene a reformar el monasterio, sino a reformarse a sí mismo: ni cuando hace en la orden profesión no promete la regla que él ha de hacer, sino la que en la orden halla hecha: de manera, que si el tal intenta de hacer después alguna novedad, no puede la tal proceder sino de mucha liviandad, o de sobra de necesidad. Cumque minasset Moyses grege ad interiora deserti, apparvit ei dominus: exodi III Capitulus. Dice la sagrada escritura, y es como si dijese: Andando el santo Moisés apacentando el ganado de su suegro Jetro, como amenazase las ovejas, a que entrasen a pacer a lo más secreto del desierto aparecióle allí el señor en un zarzal ardiendo: y como de antes era pastor aun no de mil ovejas, hízole pastor de seiscientas mil almas.

Pues no hay en la escritura sacra ninguna palabra escrita, que no sea provechosa y misteriosa, mucha razón será, de ejemplo tan glorioso saquemos algún provecho.

Mucho es de notar, que no apareció el señor a Moisés, sino cuando andaba solo, y cuando estaba en el desierto, y cuando apacentaba su ganado: que no se comunica el señor con los que están acompañados de vicios, ni con los que se andan vagamundos, ni con los que no apacientan a sus prójimos: porque Dios nunca comunica su gracia, sino al ánimo que con él y no con otro tiene cuenta. El prelado que no apacienta su ganado, y que se anda todo el día ocioso, y que se está zahondando en el mundo: nunca al tal aparecerá el señor desde la zarza, ni le hará pastor de su Iglesia: lo cual parece claro, en que al santo viejo Moisés, nunca le fió la gobernación de su pueblo, hasta que le halló solo, y

apartado, y ocupado. Guardando ovejas estaba David, cuando le ungieron en rey de Israel: apacentando ovejas estaba Moisés, cuando le hicieron príncipe de la sinagoga: velando ovejas estaban los pastores, cuando les apareció el ángel: repasatando estaba ovejas el buen Amos, cuando le hizo Dios profeta: de lo cual podemos inferir, que a hombres ociosos y vagamundos, no quiere Dios que en su Iglesia se los hagan prelados. También es mucho de ponderar, que no apareció el señor a Moisés en la zarza, ni le hizo prelado de su sinagoga al tiempo que del desierto sacaba el ganado, sino cuando a lo muy interior lo metía: de lo cual podemos inferir, en que así como el labrador no fía del pastor que es dormilón y es perezoso sus ovejas que tampoco se deben de él que es flojo y remiso confiar las ánimas. No es la intención de Cristo que le saquen a sus ovejas del desierto, sino que se las apacienten en lo más secreto y guardado: queremos por lo dicho decir, que el oficio del buen pastor y prelado es, celar y guardar a sus súbditos en el monasterio, y no enviarlos a vagar y a perderse por el mundo: porque según el mundo es halagüeño, y el demonio es malicioso, y la carne es apetitosa, mucho más pierde el siervo del señor en un día que sale al mundo, que gana en diez que está encerrado.

Hugo de clauastro anime sobre estas palabras dice así: A lo interior del desierto guía el prelado a su ganado, cuando ocupa más tiempo en las consolaciones del espíritu, que no en las recreaciones del cuerpo: y que trabaja con sus súbditos más de aprovecharlos, que no de contentarlos: porque los pastos secretos del ánima, cuanto son sabrosos de gustar, son muy más dificultosos de alcanzar. A lo interior del desierto guía el prelado a su ganado, cuando trabaja de tener a su convento muy recogido, y a su monasterio bien concertado: porque los siervos del señor no menos son obligados a relucir delante los hombres con buena fama, que a parecer delante de Dios con buena consciencia. A lo interior del desierto guía el prelado a su ganado, cuando a sus súbditos no los mete en cosa de hacienda, ni les manda cosa contra consciencia, ni los pone en ocasión de pecar, ni aun los consiente por el mundo vagar: porque tanto más será el siervo del señor más estimado, cuanto de menos mundanos fuere conocido. A lo interior del desierto guía el prelado a su ganado, cuando enseña a sus súbditos cómo han de tener humildad en los oficios, paciencia en los trabajos, abstinencia en los manjares, resistencia en las tentaciones, y constancia en las virtudes: sin las cuales cosas todas, no se podrá el siervo del señor con sus hermanos sustentar, ni con el demonio apoderar. Oh cuántos prelados hay hoy en la Iglesia de Dios: los cuales tienen harto ganado, mas no tienen cuidado de apacentarlo en lo secreto del desierto: y si algún cuidado tienen es, de cómo les ordeñarán la leche, y de cómo les trasquilarán la lana, y aun de cómo les desollarán el cuero: de manera, que a la oveja que no les renta queso y lana, no la cuentan por su de su Iglesia. Todo lo sobredicho es de Hugo.

## Capítulo XIX

Ado se comienza a hablar de los grandes males que hace la lengua: lo cual se prueba con muy grandes ejemplos de la escritura sacra.

A domine nescio loqui dijo el profeta Jeremías en el capítulo primero, hablando con Dios, y es como si dijera: Oh señor y gran Dios de Israel, tú en el vientre de mi madre me santificaste, para que no pudiese pecar, y después que nací me hiciste profeta para que hubiese de predicar: mas hágote saber señor, que tengo la lengua tan impedida, que no puedo predicar, ni puedo palabra hablar. Habiendo Dios con Moisés hablado, y sus secretos comunicado, cuando le apareció en la zarza, como le mandase ir al rey faraón, para que le dejase su pueblo que le tenía cautivo: respondióle Moisés a Dios que era tartamudo, y no tenía lengua para ejercitar tal oficio: por eso que lo encomendase a otro que tuviese más osadía, y mejor elocuencia. No vaca de muy alto misterio, que en haciendo Dios a Jeremías su profeta, perdió la habla, y en hablando Moisés con Dios no supo hablar más palabra: de lo cual podemos inferir, cuánto va de tratar con Dios a tratar con los hombres: pues con ellos no hacemos sino hablar, y con Dios no aprendemos sino a callar. Muy diferente es el lenguaje de Dios, del lenguaje del mundo: pues en ninguna cosa mostró Jeremías estar santificado, sino fue en hacerse luego mudo: y Moisés en ninguna cosa mostró el haber con Dios hablado, sino fue en tornarse luego tartamudo: y los santos apóstoles en ninguna cosa tanto se les conoció haber recibido el espíritu santo, como en no hablar de la manera que hablaban primero.

Por estos ejemplos nos enseña muy a la clara la sagrada escritura, cuánta necesidad tiene el que quiere enmendar su vida, reformar primero su lengua: porque jamás se compadecieron en una persona mala lengua, y buena conciencia.

Mors et vita in manibus lingue, dice Salomón en el capítulo XVIII de los proverbios, y es como si dijese: De lo deseado, no hay cosa más deseada que es la vida, y de lo terrible no hay cosa más terrible que es la muerte: pues con el vivir todo se remedia, y con el morir todo se acaba. En decir Cristo transeat a me calix iste, mostró aborrecer la muerte, y en decir el apóstol nolumus expoliari, mostró cuánto amaba la vida: de lo cual podemos colegir, que no es mucho amar y aborrecer los pecadores, lo que amaron y aborrecieron los justos.

Decir pues Salomón, que la muerte que tanto tememos, y la vida que tanto amamos, depende de la lengua con que hablamos, es por cierto gran dolor para

sentir, y muy gran lástima para oír: porque cosa en que tanto nos va, en mejores manos había de estar depositada. Sobre estas palabras dice el Chot: El oficio que tiene la puerta en casa, tiene la lengua en la boca: y decir el sabio, mors et vita est in manibus lingue: es decir que cada hora está a la puerta la vida para se nos ir, y está la muerte a la puerta llamando al aldana para entrar. En ninguna parte del cuerpo podíamos tener en más peligro la muerte y la vida, que es en la boca y en la lengua: pues por ellas se nos puede salir la vida sin hablar, y se puede entrar la muerte sin llamar.

Habemus thesaurum in vasis fictilibus: decia el divino Paulo, como hombre muy lastimado, y es como si dijera: Muy gran trabajo tenemos los cristianos, en tener nuestros tesoros en vasos tan flacos y vidriados: conviene a saber, la fe en el entendimiento, la caridad en la voluntad, el conocimiento en los ojos, el oír en las orejas, la piedad en las manos, la abstinencia en la garganta, la castidad en el cuerpo, el amor en el corazón, y la vida en la lengua.

Riquezas tan deseadas, y virtudes tan abonadas como son estas, quisiéramos tener ado mejor las guardar, o si quiera depositar, que no en estos vasos corruptibles, y en estos miembros podridos: porque son muy peligrosos para tratar, y muy ligeros de quebrar. En muy gran peligro está nuestra vida, en estar como está depositada en nuestra lengua: la cual como carezca de hueso adonde se tenga, y de nervio que la sostenga, ni sabe decir lo que le mandamos, ni aun guardar lo que le confiamos. San Gregorio a este propósito dice: Decir el sabio, mors et vita est in manibus lingue: es decir, que a unos fue ocasión de salvarle las vidas la buena lengua, y a otros fue ocasión de muerte alguna palabra fea: lo cual es bien fácil de creer: pues a un corazón generoso y valeroso más le lastima una palabra lastimosa, que no a un rústico una fiera cuchillada. Como preguntase Dios a Caín, que por qué había muerto a su buen hermano: en tal de se arrepentir de lo hecho, y pedir perdón de lo pasado dijo que no debiera. Mayor es señor mi culpa, que no lo es tu misericordia. San Agustín sobre estas palabras dice: Mientes traidor de Caín, mientes, que sin comparación es muy mayor su misericordia, que no lo ha sido tu culpa: pues el perdonar es a Dios cosa propia, y el vengarse es cosa a él muy extraña. A la clara parece aquí, cuánto más pecó el triste de Caín en lo que dijo, que no en lo que hizo: pues con la lanza quitó a su hermano la vida, y con la lengua quitó a sí mismo la vida.

Pecar cosa es muy fea, mas desesperar de la misericordia de Dios, es cosa muy diabólica: porque más ofendemos al señor, en infamarle de riguroso, que no en cometer contra él algún pecado. Un evangelista dice, que crucificaron a Cristo a la hora de tercia, y otro dice que no sino a la hora de sexta: y el secreto desto es, que a hora de tercia dijeron a Pilato, crucifícale, y a la hora de sexta de hecho le crucificaron: de manera, que a la tercia le crucificaron con las lenguas, y la sexta con los clavos. Muy gran pecado debe ser el pecado de la

lengua: pues se echa tanta culpa a los que con las lenguas le crucificaron, como a los que en la cruz le pusieron: y aun según San Agustín dice, sobre el salmo exaudi deus orationem meam, rei enim magis fuerunt crucifitores linguam, quam crucifixores clavorum. Decir este santo que fueron más culpables los que pusieron en Cristo las lenguas, que no los que pusieron en él las manos, parece muy claro: en que rogó por los sayones a causa que no sabían lo que hacían, mas no rogó por los hebreos que sabían bien lo que pedían. El rey Senaquerib, sin haber talado la tierra de Israel, ni muerto a ninguna persona della, perdió la hueste, perdió la hacienda, perdió la honra y aun perdió la vida: no por lo que hizo, sino por lo que dijo. Muchos príncipes antes del rey Senaquerib habían hecho más daños que hizo él, y no fueron tan castigados como lo fue él: y la razón dello fue, porque si peleaban con las armas, tenían quedas las lenguas: de manera, que él como más desbocado, fue más castigado. Deste ejemplo pueden tomar ejemplo, a que los reyes en sus reinos, y los prelados en sus monasterios, de cuanto es justo que sean justicieros, es cosa inhonesta que sean deslenguados: porque muchas veces se quejan más los súbditos de las lástimas que les dicen, que no de las disciplinas que les dan. Nicias capitán griego decía, que era propiedad de buen caballero, ser temido por su espada, y ser loado por su lengua.

Pater Abraham miserere mei: dijo el rico avariento al patriarca Abraham que estaba en el limbo. Oh padre mío Abraham, ha ahora piedad de mí, y manda a Lázaro tu querido amigo, que moje el dedo meñique en un poco de agua fría, y me refresque esta lengua: la cual tengo abrasada en esta llama. De notar es aquí cuán poco pedía, y con cuán poco se contentaba aquel rico triste: es a saber, que con sola una gota de agua le refrescasen aquella lengua que le ardía: mas la recta justicia de Dios, ni lo quiso oír, ni a su ruego condescender: porque habiendo él negado al pobre las migajas de su mesa, justa cosa era, le negasen a él el agua que pedía. No vaca de misterio que aquel malaventurado rico de ninguna cosa tanto se quejaba, ni en ningún miembro tanto dolor sentía, como era la lengua: y la causa desto fue, porque eran muchos más los pecados que había cometido hablando, que no obrando. Mucho nos ha de espantar, el ver que no se queja el rico avariento de los ojos con que miró, ni de las orejas con que oyó, ni de la garganta con que comió, ni de las manos con que jugó, sino solamente de lo que con la lengua pecho: de lo cual podemos colegir, cuánto nos hemos de guardar y apartar deste pecado, pues Dios le castiga tan cruelmente en el otro mundo. Costumbre es ya muy antigua, después que los hombres han comido y bebido, ponerse a jugar, y burlar, y aun a reír y mofar: enterrando a los vivos con testimonios, y desenterrando a los muertos con infamias: de manera, que a las veces no son tres los manjares que comen, y son más de seis las personas que allí infaman. De la cofradía de aquel rico avariento son muchos ricos hoy en el mundo: es a saber, comedores, bebedores, parleros, y testimonieros: al cual seguirá allá, pues le imitaron acá:

porque muy consono es a razón, que todos aquellos que fueron compañeros en la culpa, lo sean también en el recibir de la pena.

San Agustín hablando de la caída de Lucifer dice: Porque dijiste, oh Lucifer, que subirías en lo más alto del cielo empíreo, y que pondrías allí tu trono, y serías semejante al altísimo: fue cosa muy justa que cayeses de lo que eras, pues quisiste ser lo que no eras. Y dice más San Agustín: De notar se debe, que no cayó Lucifer del cielo por goloso, ni por avaro, ni por perezoso, sino por ambicioso y parlero: de manera, que si de ángel se tornó demonio fue, no tanto por lo que hizo, cuanto por lo que dijo. Los idólatras de Babilonia dijeron que querían hacer una torre muy alta: la cual llegase hasta el cielo, adonde se defendiesen de otro diluvio: teniendo por cierto, que en sus manos era el poder huir la muerte, y no era en la de Dios el poderles quitar la vida. Es aquí de notar, que no quiso el señor castigarlos en las personas, ni tomarles las haciendas, ni asolarles las tierras, ni quitarles las vidas, sino que solamente les castigó en las lenguas: de lo cual podemos colegir, que no se enojó tanto el señor de la torre que edificaron, cuanto de las palabras soberbias que dijeron.

Antes que aquellos locos de Babilonia osasen fabricar lo que fabricaron, ni decir lo que dijeron, todos tenían una lengua, y todos hablaban de una manera: mas a la hora que comenzaron ellos a pecar, les quitó Dios la manera del hablar.

A los de la torre de Babilonia, bien pudiera Dios ahogarlos, como a los egipcios, o cegarlos como a los sodomitas, mas no quiso ni le plugo, sino que pues con las lenguas le habían desacatado: en ellas más que en otra cosa quiso mostrar su castigo. Oh si plugiese a Dios, que a los que parlan mucho, y murmuran mucho, los castigase Dios en la lengua como castigo a los de la torre de Babilonia: yo juro a mi pecador, que más de tres se refrenasen de pecar, y que no osasen tanto hablar. Al mancebo amalechita que trajo las nuevas de la muerte del rey Saúl, y de la destrucción de su campo, dijo el buen rey David: Sanguis tuus sit super caputtum: os enim tuum locutum est contra te: dicens ego interfeci christum domini, y es como si dijera: Yo protesto a mi Dios, que no me demande la vida que te mandó quitar, pues tu boca dio contra ti la sentencia: diciendo, yo maté al cristo del señor: al cual tú no habías de tocar en la ropa, cuanto más osar le quitar la vida. Es ahora de notar, que si el buen rey David mandó matar, a este mancebo amalechita, no fue tanto por el homicidio que cometió, cuanto porque de haberlo hecho se alabó: de manera, que aquel pobre mozo si mató al rey Saúl con la lanza, también mató a sí mismo con la lengua.

Epilogando pues todo lo dicho decimos, que si el insidioso Caín, y el superbo Lucifer, y el vanidoso de Senaquerib, y los de la torre de Babilonia, y el mancebo amalechita, se contentaran con sus malas obras, sin que añadiesen

también a ellas malas palabras: pudiera ser, que ni acá perdieran las vidas, ni allá dañaran las ánimas.

## Capítulo XX

De cómo son muy peores las lenguas malas que hay en el mundo, que no la plaga de ranas que envió Dios a Egipto: y de lo que los autores dijeron en este caso.

Ego percutiam omnes terminos Egypti, dijo Dios a Moisés, en el capítulo VIII del Éxodo, y es como si dijera: Pues el rey faraón se burla de mi mandato, y no quiere dejar libre a mi pueblo, yo haré que todas las ranas que están en los charcos y en los ríos, todas se vayan a sus casas y pueblos: de manera, que hallen llenas de ranas las mesas, cuando quisieren comer: y llenas las camas, cuando se fueren a dormir. No vaca de alto misterio, que pues las ranas no tienen ponzoña con que dañar, ni dientes con que morder, ni uñas con que arañar, ni cuernos con que matar: porque Dios las envió por plaga principal a los egipcios, pues no podían ser ellos dellas damnificados: A esto respondiendo decimos, que si las ranas no tenían armas con que dañarlos, tenían lenguas con que fatigarlos: porque siendo ellas como son tan parleras, y tan gritadoras, allende que las casas y las camas estaban llenas dellas, teníanles las cabezas a poder de hoces tan atormentadas: que ni se podían los egipcios oír aunque se llamaban, ni entender aunque se hablaban.

No creo desacertaríamos mucho en decir, que la plaga de las ranas de Egipto, es la plaga de las malas lenguas que hay hoy en el mundo: la cual no es tan pequeña, que no es muy mayor que no era aquella suya: porque más fácil cosa es tolerar las voces de las ranas, que no las infamias de las malas lenguas. La condición de la rana es la condición de la mala lengua, en que así como la rana no se cría en agua limpia, ni canta sino en laguna sucia: así el hombre de mala lengua, calla lo bueno que ve, y no dice sino lo malo que sabe. Ya pluguiese a Dios que solamente lo dijese, y no como rana a voces lo pregonase: mas ay dolor, que el hombre deslenguado ni lo que él hace sabe callar, ni lo que ve en sus amigos disimular. Propiedad también es de rana, vocear de noche como vocea de día, no durmiendo ella, ni dejando a los otros dormir: la cual condición y aun maldición conviene a la mala lengua: la cual nunca para de hablar, ni se cansa de murmurar. Séneca escribiendo a Lucilo dice: En llegándose la noche descansan los pájaros en sus nidos, y se meten los animales en sus cuevas, y se retraen los hombres cuerdos a sus casas, sólo el hombre de mala lengua es el que nunca para ni descansa: el cual muchas veces

se adormece parlando, y se desayuna murmurando. Y dice más Séneca: Con Aldibio amigo tuyo y vecino mío me aconteció un donaire, y fue que como yo le viesse muchas veces dejar de comer por hablar, e irse acostar muy tarde por murmurar, y sobre este caso yo le riñese, y aun se lo afease: respondió él. Calla tú Séneca por mí, que yo hablaré por ti: pues no sabe qué cosa es un rato de buen placer, el que no sabe qué cosa es murmurar.

El gran Plutarco loa mucho a Pitágoras el griego, y a Heracleto el tebano, y a Silaro el escita, y a Sertorio el romano, y a Licurgo el lacedemonio: los cuales fueron tan amigos de brevedad, y tan enemigos de prolijidad, que dijeron y enseñaron muy mayores cosas por señas, que no otros por palabras.

San Jerónimo sobre Amos profeta dice: Si miras bien en ello, no por más puso Dios a la lengua en lugar tan alto, sino porque le daba muy alto oficio: y púsola debajo del cerebro adonde está el entendimiento, y púsola encima del corazón adonde está el dictamen de la razón: para que no hablase sino lo que el entendimiento le dijese, y no dijese sino lo que la razón le mandase. También es de advertir, en qué naturaleza dio al hombre dos pies, dos orejas, dos ojos, dos manos, y no más de una lengua: de lo cual podemos inferir, que tenemos licencia para ver mucho, para oír mucho, para obrar mucho, y para hablar muy poco. Sobre los ojos, sobre las orejas, sobre las manos, y sobre los pies, no puso naturaleza ninguna guarda: mas a la triste de la lengua cercóla de quijadas, de encías, de labios, de dientes, y de muelas: como cosa que tiene que estar muy encerrada, como lo suele estar una cosa muy loca. De los hombres muy cuerdos es, primero pensar, que no hablar: y de hombres locos es primero hablar, que no pensar: y por eso decía Macrobio, que cuando a la habla no precedía el pensamiento, le sucedía el arrepentimiento. Lo de suso es de Jerónimo.

Los antiguos lacedemonios, cuyas virtudes vencieron todos los reinos, y cuya memoria se celebrará por todos los siglos, aunque ellos era de Grecia, no quisieron recibir el arte de la retórica: diciendo, que no se perderían las repúblicas por falta de bien hablar, sino por falta de bien obrar.

Como al filósofo Licurgo le dijese un griego, que quería a los de su república leer alguna sutil retórica, a causa que hablaban en ella muy rústica habla, respondióle él: Vete hermano a Licaonia, adonde son todos amigos de hablar con arte compuesta, que yo y los de mi república: más amamos la prudencia rústica, que no la elocuencia vana. Respuesta fue esta digna por cierto de tal varón: porque siendo como es tan vecino del engaño, lo que se hace por artificio, deben las palabras de los buenos varones ser simplemente dichas, y no con alguna arte compuestas. El gran retórico Sofistes fue públicamente desterrado de Atenas: porque le fue acusado, y aun de su acusación convencido, que nunca en su academia dijo a sus discípulos, cómo habían de

bien vivir, sino cómo habían de elocuentemente hablar. Si aquella ley de los griegos llegara hasta estos nuestros tiempos, bien podríamos creer, que serían hartos lectores desterrados: en cuyos estudios y academias tienen más cuidado, de enseñar cómo se defenderá un pleito dudoso, que no cómo se guardará la ley de Cristo. Como un embajador de los abderitas, hiciese un razonamiento muy prolijo al buen rey Agidis el griego, y después le pidiese respuesta de su gran embajada, respondióle el rey: Dirás de mi parte a los de tu república: que no por haber tú acabado de hablar, no he tenido yo tiempo de responder.

Como al filósofo Aristóteles dijese uno ciertas cosas que a su parecer eran cosas altas y delicadas, y quisiese saber de Aristóteles si las tenía en mucho o en poco, respondióle él: No nos maravillamos deso que dices, de lo que nos maravillamos es, cómo hombre que tiene pies para huir, osa tus largas pláticas esperar. En una cena muy solemne que daba el senado de Atenas a los embajadores de Licaonia, como todos con el regocijo hablasen, y sólo el filósofo Zenón callase: dijéronle los embajadores: Di Zenón, ¿qué diremos a vuestro rey de ti, si nos presgunta por ti? Respondióles él. Diréis a vuestro rey que vistes a un viejo en un convite regocijado, rodeado de jarros y no beber, y acompañado de parleros y no hablar. Quinto Curcio cuenta, que como un capitán del rey Darío murmurase del Magno Alejandro, no lo pudiendo sufrir Menón, privado que era del mismo rey Darío, hiriéndole con la lanza le dijo: Calla Mesipo calla, que yo no te doy sueldo para que de Alejandro murmures, sino para que con él pelees.

Platón en una comedia dice, que como en un solemne convite parlase mucho un cocinero, díjole el señor que le había allí traído: Por tu vida firmo que nos dejes aquí hablar, y te vayas a cocinar: pues no te alquilamos la lengua para que hablastes sino las manos para que cocinases. Muchas veces dicen que decía Epaminondas el griego: Entre los inútiles, no hay en el mundo hombre más inútil, que el que se aprovecha de la lengua, al tiempo que son menester las manos: porque de hombres cuerdos es, tomar en la paz el consejo, y buscar en el peligro el remedio. Séneca en los libros de ira dice: De mi consejo nadie debería atreverse a enojar con la lengua al que no es poderoso de resistirle con la lanza; porque de corazones muy apocados es, osar nadie emprender, con lo que sabe que no ha de salir. Como al capitán Alcibíades le diesen unos un consejo, y por el contrario le diesen otros otro: y las cosas de la guerra estuviesen a la sazón en muy gran peligro, díjoles él. Si la victoria que deseamos consiste en el hablar y no en el pelear, no desesperemos, sino antes nos esforcemos: pues hay aquí muchos capitanes que aconsejen, y pocos hombres que peleen: mas si el hecho de la guerra consiste en las armas y no en las palabras, comenzad de pelear, y dejad de aconsejar.

Plutarco dice de Tulio, que con ser tan gran orador y retórico como era, los amigos suyos que loaban su elocuencia, no osaban confiar de su lengua

ninguna cosa de gran importancia: diciendo, que donde hay sobra de elocuencia, suele haber falta de prudencia y constancia: Dice Platón que todos los hombres que eran determinados en lo que hacían, y de mucha retórica en lo que decían, nacían por mucho bien de sus tierras, o por mucho mal de sus repúblicas: lo cual parece bien claro en Alcibíades, y en Temístocles, y en Catilina, y en Dionisio, y en César, y en Alejandro: unos de los cuales fueron tan malos, que no debieran nacer, y otros tan buenos, que no se hubieran de morir. Decía Salomón en los proverbios, que el sabio tenía la lengua en el corazón: y que el loco tenía el corazón en la lengua: en lo cual se nos da a entender, que entonces tiene uno el corazón en la lengua, cuando no sabe lo que dice: y entonces tiene la lengua en el corazón, cuando sabe lo que habla. San Agustín dice, que no hay en el mundo veneno tan ponzoñoso, que no haya hallado contra ello algún remedio: excepto contra la lengua mumuradora, contra la cual nadie ha podido hasta hoy hallarle traza. San Bernardo también dice a este propósito, muchas provincias hay que no saben qué cosa es veneno, mas de malas lenguas no hay rincón, de que no esté lleno todo el mundo. San Isidoro en sus Etimologías dice: Ningún animal que tenga ponzoña muerde a otro animal que sea ponzoñoso, excepto el hombre parlero y malicioso: el cual huelga antes de perder a un amigo, que no un dicho. Brias el filósofo decía, que todos los hombres viciosos gozaban de sus vicios, excepto los que eran maldicientes y parleros: de los cuales como de pestilencia huyen todos: porque queriendo ellos saber todas las cosas: nadie dellos confía ninguna. Como el rey Lisímaco amase mucho al poeta Filípides, y le dijese que le pidiese alguna merced que él se la otorgaría, respondióle él: No te pido otra merced en pago de mis servicios, sino que no me descubras ninguno de tus secretos: porque en casa del príncipe nadie corre más peligro, que el que sabe sus secretos. Muy alabado fue lo que Sócrates dijo a un mancebo muy hermoso: al cual como se lo trajesen delante para que por la fisonomía del rostro conociese a lo que se inclinaba su ingenio le dijo: Habla porque te conozca: dando en esto a entender, que más se conoce el hombre en el habla que no en la cara.

## **Capítulo XXI**

De cómo es muy gran peligro tratar con hombres parleros y maliciosos, y que es cosa muy segura no entender con ellos.

Ipsi de mundo sunt, et ideo de mundo loquuntur, decía Cristo a sus discípulos en el capítulo XXIV de San Juan, y es como si dijera: No os maravilléis que los del mundo hablen cosas del mundo, ni que los de Dios hablen cosas de Dios: porque la bondad o malicia del ánima, en ninguna cosa se conoce más

que en la lengua. Muy soberano aviso es este que nos da aquí Cristo, pues nos dice en qué conoceremos a un bueno y a un malo: es a saber en las palabras que dice, y no en las vestiduras que trae: porque así como las ropas son las que cubren el cuerpo, así las palabras son las que descubren el corazón. Decir Cristo, qui de mundo sunt de mundo loquuntur: es decir que el soberbio no puede hablar sino de ambiciones, y el envidioso de malicias, y el iracundo de venganzas, y el goloso de glotonías: de manera, que en lo que más cada uno ama, en aquello más que en otra cosa habla. Como no haga otra cosa la lengua sino lo que el corazón le manda, indicio es de mucha cordura el poco hablar, e indicio es de mucha locura el mucho hablar.

Plutarco dice del gran Catón Censorino, que por más peso y medida daba en él las palabras, que daban en las tiendas de Roma las mercaderías: y lo que más es, que ni por corto dejaban de entender lo que proponía, ni por largo era pesado en lo que decía. Por mucho que sea un hombre animoso, dadivoso, casto y limosnero, si junto con esto es boquirroto y deslenguado: mas es por solo aquel ocio infamado, que por todas las otras virtudes loado: porque es tan perjudicial el vicio de la lengua, que a todas virtudes escurece y asombra. Preguntado el filósofo Pítaco, que qué le parecía de la lengua respondió: La lengua me parece tener la hechura de hierro de lanza: mas muy más peligrosa es, que no esa misma lanza: porque aquella arma no toca más de en la carne, mas la maldita lengua rompe el corazón.

Bien me parece lo que este filósofo dijo: pues no hay nadie en esta vida, que no tenga por menos mal, se cebe en sus carnes la espada, que no en su fama la lengua: porque al fin al fin, tarde o temprano una herida o se cierra o se sana; mas la mácula de la infamia, ni tarde, ni temprano no se suelda. Bien es que se guarde el hombre de llegar al fuego por no se quemar, y de entrar en la batalla por no morir: mas muy mejor es se guarde de la mala lengua que no le haya de infamar: porque el hombre vergonzoso y el corazón generoso más caudal ha de hacer de una picadura de una mosca que le toque en la honra, que de una cruel lanzada que le quite la vida. Desta opinión fue el gran Judas Macabeo: al cual como aconsejasen sus capitanes que huyese de la batalla que le daba Alquimo, capitán de Demetrio; dijo: Si venit tempus nostrum moriamur, me imponamus crimen glorie nostre, y es como si dijera: Nunca Dios quiera que yo huya, ni que me retraiga, sino que si es llegado el tiempo en que hemos de morir, muramos y peleemos como capitanes valerosos: porque menos mal es perder la vida, que no poner crimen en nuestra fama.

Fornio el filósofo preguntado que por qué huía de los hombres, y se andaba por las montañas con las bestias fieras, respondió: Las bestias fieras no me ofenden más de con los dientes, o cuernos, mas los hombrs con todos sus miembros: es a saber, con los ojos me mofan, con los pies me acocean, con las manos me lastiman, con el corazón me aborrecen, y con la lengua me infaman:

de manera, que yo me hallo más seguro entre los animales brutos, que no entre los hombres maliciosos. No hay en esta vida vecindad tan peligrosa, como tener por vecina una mala lengua: porque si la conserváis, ha os de enseñar a murmurar, y si della os extrañáis ha os luego de infamar.

San Gregorio en los morales dice: No tengo por hombre de buena consciencia al hombre de mala lengua: porque si Cristo dice, que hemos de dar cuenta de toda palabra ociosa, ¿no la daremos por ventura más estrecha de la palabra maliciosa?

Como decía David: cum sancto sanctus eris: dime yo te ruego, si con el santo serás santo, ¿no serás también parlero con el parlero, y malicioso con el malicioso? Cuando tú te pones muy despacio a oír a un maldiciente y malicioso, ¿cuál de vosotros peca más tú que oyes lo que dice, y crees lo que dice, y apruebas lo que dice, y defiendes lo que dice, o el que solamente lo dice? Si quieres pues vivir bien, huye del que habla mal: porque muy fácilmente se corrompe la buena vida, con la amistad de una lengua mala. Lo de suso es de Gregorio.

Ley fue entre los lidos muy guardada y muy usada, que al hombre malicioso y parlero, le mandasen en la mar remar, o le mandasen en el pueblo por algún tiempo callar: y dice Plutarco, que muchos dellos elegían antes remar tres años en una galera, que no callar un año en su república. Conforme a esta ley mandó Tiberio el emperador a un senador muy parlero, que no hablase sino por señas todo un año: y dice allí la historia que es verdad que no hablaba con la lengua, mas junto con esto hacía más mal él sólo por señas, que todos los otros con palabras. Destos dos ejemplos se puede colegir, que pues a los hombres parleros y boquirrotos no abasta mandarles callar, ni aun echarlos a remar, sería bueno ir a la mano a sus malicias, y no dar crédito a sus palabras: porque el día que un malsín o parlero está acreditado, aquel día se pone a fuego y a sangre del pueblo. El hombre sobrio no tiene pendencias sino con quien se le iguala, y el envidioso con el que tiene más, y el iracundo con el que le enoja, y el avariento con el que le gasta: mas el parlero y bullicioso a todos acusa, de todos se queja, y con todos se toma: de manera, que no ha echado chica jornada, el que se ve libre de su mala lengua. El prelado en su cabildo, el rector en su colegio, y el abad en su monasterio, podrían sufrir a sus súbditos alguna flaqueza, excepto al hombre de mala lengua: al cual no deben perdonar ni una palabra sola: porque muy justa cosa es, que pues él tiene cuenta con todas las vidas ajenas, que todos la tengan con él de sus culpas propias. Demóstenes el filósofo tenía gran gravedad en las costumbres, y gran eficacia en las palabras: mas junto con esto, como era tan osado en lo que quería, y tan determinado en lo que decía, dióle el senado de Atenas cierto salario de la república: diciéndole, que no se lo daban porque leyese, sino porque callase y los dejase.

El famoso Cicerón fue diestro en la guerra, fue amigo de la república, y fue príncipe de la lengua latina: mas al fin de sus días, le mandó matar Marco Antonio su amigo, no por lo que hizo, sino por lo que dijo. Plutarco dice que entre los lidos no menos mataban al que robaba a otro la fama, que al que quitaba a su vecino la vida: teniendo por igual culpa el infamar, que el matar.

San Ambrosio escribiendo al emperador Teodosio dice: Oh cuán gran bien harías serenísimo príncipe, si como haces pragmáticas para quitar las armas, hicieses también leyes para cortar las lenguas: pues en la corte y palacio, más pasiones se engendran por las palabras feas que se dicen, que no por las obras malas que se hacen. En un bueno no hay igual maldad, que ser en la condición bullicioso, y en la habla malicioso: y de aquí es que como él dice mal de todos, todos también dicen mal de él. No sólo debes pues hermano guardarte de decir mal de otro, mas aun de ser en tu habla largo y prolijo: porque a los hombres muy hablados, siempre los tienen por desacreditados. Del gran príncipe Pitias dice Plinio en una epístola, que habiendo sido muy cuerdo en gobernar repúblicas, y muy virtuoso en dar batallas, todas sus esclarecidas victorias fueron escurecidas con sus muchas palabras. Los hombres locuaces y parleros de nadie son creídos, y menos acatados: porque todo el tiempo que están ellos hablando, están los otros dellos burlando. Burlando están todos del hombre parlero y chocarrero, pues por detrás de él, unos a otros se guiñan los ojos, tuercen las bocas, y les rebaten las palabras, no por cierto para se las alabar, sino para de él y dellas mofar. Justamente burlan y mofan del hombre parlero y chocarrero, pues nadie delante de él osa hablar en materia tan peregrina y extraña, que no diga él su voto y parecer en ella, y para en prueba de aquello, cuenta luego un ejemplo, que ha visto y leído, el cual fingió él allí para decir, o por mejor decir para mentir.

Preguntado el filósofo Acatico: que por qué no hablaba en los convites y ayuntamientos, respondió: Más tiempo he gastado en saber a qué tiempo y hora he de hablar, que no en aprender a bien hablar: porque el hablar en alto estilo es oficio de retórico, mas el hablar a su tiempo y lugar, no lo sabe sino el sabio.

Así como en el acero se ha de guardar el temple, y en el jarabe se ha de guardar con mucho tiento el punto: así el que propone una cosa, ha de guardar sazón y tiempo para proponerla; porque todo aquello que no se negocia con oportunidad, tienen por importunidad. Como los rodos importunasen mucho al pintor Epiménides, que les dijese algo de lo que por mar y por tierra había visto y leído: les respondió. Por la mar anduve dos años por me avezar a pescar, y en Asia estuve otros seis por aprender a pintar, y en Atenas residí ocho por me enseñar a callar: y pues con el callar he ahorrado más enojos, que con el pintar he ganado dineros: por vida vuestra rodos no vengáis a mi oficina a preguntarme nuevas, sino a comprarme pinturas. En años tan prolijos, y en

reinos tan extraños, no es menos sino que Epiménides había visto cosas dignas de contar, y dulces de oír, mas él como hombre cuerdo, ni las quiso relatar, ni menos representar: por no perder su crédito, y porque no pusiesen en lo que les dijese escrúpulo. Deste ejemplo tan notable, deben tomar ejemplo todos los que han ido a tierras extrañas, de no contar dellas muchas cosas peregrinas: porque pensará el que aquellas cosas cuenta, que cuenta cosas muy nuevas, y ellos tenerse las han por novellas. Debe pues el hombre cuerdo ser resolutivo en lo que propone, y muy breve en lo que dice: porque si el tal tiene mala gracia en el hablar, con la brevedad lo remedia, y si la tiene buena, déjales el sabor en la boca: para que le oigan de buena gana otro día. Condiciones de hombres hay que si toman entre manos una plática, ni saben proseguirla, ni quieren acabarla, hasta que los oyentes se duermen de cansados, o se van de aborridos. Por discurso de tiempo vemos en un hombre que todas las cosas se le envejecen, excepto el corazón y la lengua, que cada día más y más se le reverdecen: y lo que es peor de todo, que cuanto mal el corazón piensa: a la hora la lengua lo pregona. Preguntado el filósofo Pitágoras, que por qué en su academia por espacio de dos años guardaban sus discípulos silencio, respondió: No inmérito les avezo yo a mis discípulos a hablar, y les enseño a callar: porque no hay en el mundo tan alta filosofía, como saber el hombre refrenar su lengua. No sólo sabe filosofía, mas aun muy alta teología, el que sabe refrenar su lengua: pues vemos por experiencia, que los más trabajos que suceden a los hombres es, no por lo que oyen ni ven, sino por lo que hablan.

## Capítulo XXII

De muchas maneras que llama Dios a sus siervos, y de cómo el demonio también llama a los suyos: y en qué se conocerán los unos y los otros.

Non enim vocavit nos deus in immundiciam: sed in justificationem: dice el apóstol escribiendo a la Iglesia de Tesalónica, en el IV Capítulo como si dijese: Hágoos saber los de Thesalónica, que no os llamó el señor a su Iglesia, para que fuesedes malos, sino para que fuésedes buenos: porque debajo de la ley de Cristo, aunque algunos males se disimulan, no por eso se aprueban. Como quiera que estas palabras apostólicas se dirijan a todos los fieles cristianos, empero más particularmente hablan con los varones recogidos y perfectos: los cuales no se han de contentar, con no hacer cosas inmundas y escandalosas, sino que también han de resplandecer por obras muy heroicas y perfectas. San Bernardo en una epístola dice: Los que están en el mundo, cumplen con guardar los mandamientos y llamarse cristianos: mas los que estamos en el monasterio, no sólo hemos de guardar los mandamientos, mas

aun también los consejos, para que seamos buenos religiosos: porque no se puede llamar religión, adonde no hay perfección. No vaca de alto misterio, que no para el apóstol en decir que somos de Dios llamados, sino que pasa adelante y dice también para qué somos llamados: es a saber, para que seamos limpios, mansos, justos, y perfectos, como suelen ser los que de la mano de Dios son escogidos. Casiano en las colaciones de los padres dice: De tres maneras son llamados los varones perfectos: es a saber, que los llama Dios a solas, con santas inspiraciones, o los llaman los hombres con sus consejos, o son constreñidos a ser monjes por algunos desastrados casos: de manera, que la perfección evangélica es una, y los medios para venir a ella son muchos. La primera vocación es totalmente divina: y esta es cuando el señor toca al corazón del hombre, a que deje lo que hace, y haga lo que debe: y desta manera llamó Cristo a San Pedro que estaba pescando, y a San Pablo cuando iba caminando. La segunda vocación es humana: y esta es cuando se torna a Dios algún hombre malo, por consejo de algún varón santo: así como se tornó a la fe el glorioso San Hipólito, por consejo de San Lorenzo. La tercera vocación se llama forzosa: y esta es cuando por algún caso desastrado, se mete alguno religioso: así como el santo abad Moisés, que por ocasión de haber muerto a un hombre en el siglo, se entró monje en un monasterio.

Destas tres vocaciones se puede colegir, que para más o menos servir al señor, ni la primera aprovecha, ni la segunda estorba, ni la tercera daña: porque muchos de los que vinieron de su voluntad se condenaron, y muchos de los que fueron traídos por fuerza se salvaron. Al maldito de Judas el bendito señor le escogió, y al apóstol San Pablo, la necesidad de verse caído del caballo le convirtió: de manera, que a Judas, el sublimarle le derrocó, y al buen apóstol, el abatirle le sublimó. San Agustín en un sermón a los ermitaños dice: No hagáis gran caso, ni tengáis en mucho, de llamaros Dios a la religión de su voluntad, o haber venido a ella por alguna necesidad: porque no ha de mirar el monje cómo Dios le llamó, sino para qué le llamó. Précianse muchos religiosos de haber venido a la religión siendo niños, otros de haber entrado en monasterios muy encerrados, y aun otros se precian de haber sido discípulos de varones muy santos. Otra manera de monjes hay que hacen gran caudal, de haber estado en la orden cuarenta o cincuenta años, motejando a los otros de novicios, y teniendo a sí solos por ancianos: y lo que no sin lágrimas se puede decir, que ponen su perfección en lo mucho que han estado en el monasterio, no haciendo cuenta de lo poco que allí han aprovechado. Entrar en la religión niño, o entrar ya hombre, o entrar ya viejo, no es caso para que dello se haga mucho caso: porque el siervo del señor no se ha de parar a contar los pocos, o muchos años que ha permanecido en el monasterio, sino lo poco o lo mucho que allí al señor ha servido. Tres años estuvo el triste de Judas en el colegio de Cristo, y tres horas no más estuvo el buen ladrón en la cruz con Cristo: y al fin de la jornada, tenemos por fe que aprovecharon más al ladrón solas tres horas

que creyó en Cristo, que no a Judas tres años de su apostolado. En la parábola de Cristo, no se mandó dar más dinero a los que cavaron la viña de sol a sol, que a los que fueron a trabajar cuando ya se ponía el sol: para darnos a entender, que nuestro mérito, o desmérito no consiste en los servicios que allí hacemos, sino en el hervor y caridad con que los hacemos.

San Crisóstomo in de laudibus pauli dice: A todos los apóstoles llamó Cristo antes que muriese, y a solo San Pablo llamó después que murió: mas junto con esto no le podemos negar, que si fue el postrero en la vocación, que no fuese el primero en la perfección: quia plus omnibus laboravit. Entrar en la religión siendo niño, y llevar el yugo de Cristo siendo mozo, no sólo es de aprobar, mas aun de loar: mas esto se entiende, no para que por ello le den la mejor ración en el refectorio, sino para que sea el más humilde en el monasterio: por manera, que se precie de ser el postrero en el comer, y el primero en el orar y rezar.

San Basilio en su primera regla dice: Guardaos mucho hermanos míos de las acechanzas del demonio: el cual en pago de los muchos años que en la religión habéis servido, y de las grandes tentaciones que allí habéis sufrido, os quiere hacer pago con la mejor celda del dormitorio, y con la primera hoz del capítulo: de lo cual debéis huir, y ningún caso dello hacer: porque entre lo siervos del señor cuanto uno tuviere menos de consolación, tendrá más de perfección. Tampoco debe el monje jactarse mucho, de haber tomado el hábito en monasterio recogido, o en monasterio derramado: teniendo a sí por observante, y llamando a los otros claustrales: porque la perfección monacal no consiste en el monasterio ado entramos, sino en la buena o mala vida que hacemos. Los hijos de Israel a sólo Dios estando en Egipto adoraban, y después que los llevó a tierra de promisión le desconocían: de lo cual podemos colegir, que ado quiera, y como quiera que el señor nos llamare, trabajemos que el monasterio se precie de habernos criado, y no nosotros de haber allí el hábito recibido. Morando José entre los egipcios, Abraham entre los caldeos, Daniel entre los babilonios, y Tobías entre los asirios, fueron santos y bienaventurados: para darnos a entender, que el varón perfecto y religioso, del mundo hace monasterio, y el que es malo y profano, del monasterio hace mundo.

San Bernardo escribiendo a un monje dice: El monje que procura mudanza de un lugar a otro, ora porque el prelado es desabrido, ora porque el monasterio no es muy recogido, más procede esto de tentación que no de perfección: porque no hay en el mundo lugar tan profano, en el cual no pueda cada uno servir a Cristo. Tampoco debe el siervo del señor hacer gran caudal, de haber tenido por maestro al monje que era santo, o al que era pecador: porque en tal caso, cosa sería muy vergonzosa para él, y aun no ejemplar para los otros, habersele olvidado lo que le enseñaron, y preciarse mucho del que se lo

enseñó. Oathan y Abiron fueron súbditos de Moisés, y el rey Achab tuvo por preceptor a Elías, y Ananías y Safirán al glorioso San Pedro, y el triste de Judas a Cristo: de los cuales todos aunque oyeron sus palabras, se aprovecharon muy poco de sus doctrinas. En las obras acá mecánicas, primero loamos la grandeza de la obra, que no el ingenio del maestro: queremos decir, que muy poco aprovecharía, si por una parte se preciase el discípulo, de haber tenido tan buen maestro, si por otra se quejase el maestro, de haber sacado en él un mal discípulo. Tampoco debe el siervo del señor alabarse, ni jactarse, de haberle llamado el señor a una religión más que a otra: porque después que es uno bautizado, y se arrea del nombre de Cristo, no hay estado en la Iglesia de Dios tan ocasionado: en el cual el bueno no se puede salvar, y el malo condenar. Muy poco hace al caso, tomar el hábito de benitos, de augustinos, de dominicos, de franciscanos, de trinitarios, o de mercenarios: pues todos son hábitos santos, y por varones santos constituidos: porque Dios nuestro señor mucho más mira al corazón con que le servimos, que no al hábito negro o blanco que traemos. Ante todas cosas esfuérate tú hermano mío a ser buen cristiano, y préciate de guardar el santo evangelio, y esto hecho, puedes entrar en la religión que quisieres, y tomar el hábito que mandares: porque el inclinarse los hombres más a una religión que a otra, más se ha de atribuir a devoción, que no a perfección.

No podemos negar, que no haya unas religiones más recogidas que otras, ado hay más ocasión para ser los unos buenos, y tienen menos libertad los otros para ser malos: mas junto con esto decimos, que la perfección o imperfección del monasterio, no consiste en el hábito que traen, sino en los monjes que lo traen.

Mucho huele a vanidad, y aun sabe a liviandad, el competir unos religiosos con otros sobre los hábitos que traen, y sobre los apellidos que tienen: como sea verdad, que su competencia había de ser, no sobre quién es de mejor religión, sino sobre cuál dellos guarda su profesión. Tonso capite: et mutata veste obtulerunt Joseph pharaoni, dice la escritura sacra, génesis XLI, como si dijera: Cuando sacaron al santo José de la cárcel en que estaba preso, trasquiláronle la cabeza, y mudáronle la vestidura, para llevarle a palacio, y para que el rey faraón le recibiese por suyo. Los que salen de la cárcel del mundo, y quieren servir al señor en su palacio que es el monasterio, conviéneles ante todas cosas, mudar las vestiduras que traen, y trasquilarse los cabellos que tienen: es a saber, que no sólo deben al mundo de hecho, que significa la ropa: mas de pensamiento que significan los cabellos. Ni muda la vestidura, ni se trasquila los cabellos, el monje que con las costumbres que tenía en el mundo, y con los pensamientos que trajo en el siglo, se está acá en el monasterio: y el tal deberíase de acordar, que al santo José ninguna de las que tenía cuando estaba encarcelado, le consintieron llevar ni tener en palacio.

En el libro de la vida solitaria dice así: Tengamos siempre en la memoria el trueque y cambio real que hicimos con el mundo, el día que nos recibieron en el monasterio: es a saber, soberbia por humildad, ira por paciencia, envidia por amor, gula por abstinencia, abundancia por penuria: libertar por recogimiento, crueldad por caridad, parlería por silencio, regalo por aspereza, e injurias por paciencia. San Jerónimo en su antigua regla dice: El monje que en la religión quiere ser pobre y paciente, seguramente puede tomar el hábito, y vivir en cualquier monasterio: mas el que quiere ser impaciente e incontinente, aconsejámosle que se quede en el mundo, y no cure de venir al yermo: porque la vida monástica es muy áspera para el regalado, es muy encerrada para el disoluto, es muy justiciera para el atrevido, es muy escrupulosa para el desalmado, y aun es muy callada para el parlero.

In de doctrina noniciorum dice San Buenaventura: Oh tú que vienes del siglo al monasterio, guárdate del mundo, pues va errado, mira no le sirvas pues es ingrato, guárdate no le creas pues es fementido, y mira no le ames pues es mentiroso: porque te hago saber hermano, que si ama es para engañar, y si engaña es para prender, y si prende es para no soltar. Y dice este santo más. Al verdadero siervo del señor muy más áspero se le hace de sufrir, un solo día del mundo, que un año entero de monasterio: y el que otra cosa desto siente, ni sabe lo que dejó, ni siente lo que toma.

San Agustín ad heremitas dice: Los tristes que no conocen al mundo aquellos solos aman al mundo, sirven al mundo, desean al mundo, y se pierden en el mundo: que los monjes avisados, y los religiosos hostigados, por no verle se esconden, y de solo oírle se santiguan.

Quia occidisti fratrem tuum abei, eris vaguus et profugus supra terram: dijo Dios a Caín en el Génesis: como si dijera: Púsete oh Caín en mi particular paraíso, y tú como malo mataste allí a Abel tu hermano: a cuya causa, andarás peregrinando, traerás la cabeza temblando, y vivirás siempre descontento.

Conforme a esta figura, para el hombre bien ordenado muy gran paraíso es, el buen monasterio, y para el monje desordenado es otro infierno verse allí sujeto: de manera, que la vida monástica es como la flor del campo: de la cual hace la abeja miel para comer, y hace la araña ponzoña para matar. Si Caín no cometiera contra su hermano tan gran traición, nunca Dios echara sobre él tan grave maldición: quiero decir, que no permitiera el señor, andar ningún religioso desasosegado, si el primero no hubiese cometido algún gran pecado en el monasterio. En las vidas de los padres dijo un monje al abad Sisoy. Qué haré padre que ando desconsolado, y no quepo en todo el monasterio. A esto le respondió el santo viejo: Confiésate hijo si tienes algún pecado, y reconcílate con tu prójimo si has con él reñido: porque en la vida monástica no puede haber tristeza, adonde hay buena consciencia.

San Jerónimo a rústico monje dice: Por alcanzar la gracia del señor venimos a la orden, y por estar en su desgracia andamos desgraciados en ella: y de aquí es, que los monjes recogidos siempre andan contentos: y los que son disolutos siempre andan alterados. Créeme hermano y no dudes, que si con Caín cometes algún pecado, que con Caín serás maldito: y la maldición que te echará el señor será, que seas a todos los monjes enojoso: y tú mismo de ti mismo vivas descontento. Sobre aquel cae la maldición de Caín que se anda por el monasterio, de claustro en claustro, de dormitorio en dormitorio, de celda en celda, y de monje en monje: buscando con quien hablar, o quien le ayude a murmurar. Sobre aquel monje cae la maldición de Caín, que cada capítulo muda lugares, cada año fabrica celdas, cada mes solicita otros monasterios, y que cada hora querría otros prelados: lo cual él hace, no para ser más virtuoso, sino para vivir más libertado: de manera, que no ve día bueno, sino el que se ve sin sujección de prelado. Sobre aquel monje cae la maldición de Caín, que por fuerza entra en el coro a rezar, en el oratorio a orar, en la librería a leer, y en la celda a se recoger: sino que como hombre arrepentido de lo que hizo, y descontento de lo que hace, se anda por los dormitorios suspirando, y a todos cuantos topa quejando. Sobre aquel monje cae la maldición de Caín, que ni puede aseogar en el monasterio, ni quiere tener paz con su prelado: buscando ocasiones para ir al siglo, y procurando negocios que negocie en el mundo: y si le niegan la licencia, pónese a murmurar, y si por caso se la dan, vase del todo a perder. En el libro de la vida solitaria dice así. La perfección de la vida monacal, no consiste tanto en tomar el hábito, salir del mundo, y encerrarse en el monasterio, cuanto en sufrir los trabajos, resistir los apetitos, y permanecer con tus hermanos: porque venir a la orden, es cosa muy fácil: mas el permanecer en ella es cosa muy difícil. Muchos vienen a la religión llamados de Dios, y también vienen otros llamados del demonio: y la diferencia que de los unos a los otros hay es, que los que son llamados de Dios, perseveran hasta el cabo: y los que llama el demonio, viven en mal en el monasterio, o tórnanse otra vez al mundo. No se espante nadie, en oír decir, que no todos los que vienen al monasterio, vienen guiados por la mano de Cristo: pues es cosa notoria a todos, que el espíritu santo llevó a Cristo al desierto, y el espíritu diabólico lo llevó también al templo: de manera, que el uno le llevó para que ayunase, y el otro para que se despeñase. Otros lugares habían en Jerusalén más altos que no ado el demonio llevó a Cristo, mas no quiso el demonio sino despeñarle del pináculo del templo: para darnos a entender, que más precia el demonio derrocar a uno de los que están consagrados a Cristo, que a ciento de los que quedaron allá en el mundo. No querer el demonio echar a rodar a Cristo desde el monte adonde ayunó, sino quererle despeñar de lo alto del pináculo, adonde le sublimó: es darnos a entender, que la caída que el monje da en el monasterio, es más peligrosa para el ánima, y es más escrupulosa para la consciencia: que todas

las caídas que se dan en la república. Dos hijos de Aarón fueron quemados y abrasados, por un pequeño delito que cometieron en una ceremonia del templo: para darnos a entender, que es nuestro estado de tan alta perfección, que lo que era en el mundo ceremonia, es en la religión perfección: y lo que allá era venial, es en nosotros mortal.

### **Capítulo XXIII**

Donde se comienza a hablar de las grandes excelencias de la abstinencia, y expónense muchas autoridades de la escritura.

Nabuzardam princeps cocorum destruxit muros Hierusalem, dice el profeta Jeremías, y es como si dijese: Muchos príncipes ilustres, y muchos reyes poderosos vinieron a Palestina, y se enseñorearon de toda la tierra de Asia: y al fin de todos, Nabuzardam príncipe de los cocineros asoló en Jerusalén todos los muros. La historia deste caso es, que Dios lo permitiendo, y los pecadores del pueblo lo mereciendo, vinieron los caldeos a conquistar a Jerusalén, y vino por capitán dellos Nabuzardam: el cual se dio tan buena maña, que llevó al rey preso, cautivo a todo el pueblo, robó el templo santo, asolóles la muralla, y metió a saco toda la tierra. A la sazón que esto pasó, estaba el gran profeta Jeremías preso en la cárcel pública, a causa que había públicamente profetizado la cautividad de aquel triste pueblo: y dado caso que los caldeos le mandaron soltar, y en su libertad poner, quedóse solo en la asolada Jerusalén: llorando los pecados de los hebreos, y la destrucción de los muros. Si profundamente se mira esta figura, hallaremos por verdad: que por Jerusalén se entiende nuestra ánima, por los muros que la guardan todas las virtudes que la defienden, por Nabuzardam príncipe de los cocineros, el vientre y el estómago adonde se deposita todo lo que comemos, y por Jeremías que nunca fue creído, aunque les profetizó todo aquel daño, es entendida el sindéresis y la razón, que jamás de nosotros son creídas, hasta que vemos a los enemigos entrar por las puertas. Habéis de saber hermanos míos, que todas las virtudes de nuestra ánima no son más que una congregación de gente que está en una república, y la muralla desta república es la abstinencia que la guarda: por manera, que así como destruídos los muros quedan a merced de los enemigos todos los vecinos, así si desechamos de nosotros la abstinencia, queda a merced de los vecinos nuestra ánima.

La experiencia nos enseña, que en mondando una fruta, luego se marchita, en descortezando un árbol luego se hiende, y en desmurando una ciudad luego pelagra: queremos por lo dicho decir, que a la hora que el siervo de Dios

apartase de su corazón la pureza, y de su ánima la abstinencia, la dé totalmente por arruinada y perdida: porque así como el sumo deleite para el cuerpo es el comer, así el sumo regalo para el ánima es el ayunar. Entonces Nabuzardam destruye los muros de la ciudad santa, cuando de nuestra carne apartamos la abstinencia: porque en la batalla espiritual ningún varón cristiano alcanza la palma de la victoria, si primero en su vientre no reformare la gula. El hueso duro conserva la caña tierna, la espina aguda cría la rosa fresca, la cáscara áspera defiende la nuez sabrosa, la concha fría guarda la perla preciosa: quiero decir, que con la abstinencia áspera, se regala el ánima pecadora. El traidor de Nabuzardam fue el más dañoso enemigo que tuvieron los hebreos: y por semejante manera, nuestro vientre, y estómago es el que nos pone en mayores trabajos: porque todos los otros vicios no nos tientan sino de cuando en cuando, excepto la gula que nos fatiga cada momento. Entonces Nabuzardam, príncipe de los cocineros, destruye a Jerusalén sus muros, cuando después de hartos y ebrios se agravan nuestros ojos, regüelda nuestro estómago, se acuesta nuestro cuerpo, se turba nuestra lengua, y aun se altera nuestro juicio: sin sentir lo que hacemos, ni saber cuáles estamos. Si queremos que Nabuzardam: es a saber, el traidor de nuestro vientre, no asuele nuestros muros, necesario es quitarle los bastimientos: porque es de tan mala condición nuestro cuerpo, que cuanto más le tuviéremos regalado, le tendremos por mayor enemigo. Si el enemigo que tenemos de las puertas adentro no es primero destruido: ¿cómo osaremos salir a pelear con los que están en el campo? ¿Con qué cara, ni con qué vergüenza osa dar a los otros vecinos la batalla, el que dentro de su casa se deja vencer de una golosina? ¿Qué esperanza tenemos de ti que hayas de derrocar la alteza de la soberbia, los ímpetus de la ira, los incentivos de la concupiscencia, los descuidos de la acidia, la carcoma de la avaricia, y el arca de la envidia: pues te vemos tan acoceado de la gula? Así como nadie puede llegar al puerto sin navegar, ni nadie puede alcanzar victoria sin pelear, ni nadie merece jornal sin trabajar: así es imposible que nadie suba a la vida contemplativa: ni aun se conserve en la vida monástica, sin que ante todas cosas no desarraigue de sí el vicio de la gula. En mi monasterio y orden conocí a muchos varones buenos predicar al pueblo, rezar en el coro, orar en el oratorio, leer en la sacra escritura, y militar sobre la obediencia: a los cuales vi después desamparar la vida monástica, no por más de por tener en poco la virtud de la abstinencia.

Todo lo sobredicho es de San Gregorio.

Declina a malo et fac bonum: inquire pacem, et persequere eam, dice el serenísimo rey David, y es como si dijese: Todo hombre que desea alcanzar paz para la vida, y desea reposo para la consciencia: debe apartarse de lo que es malo, antes que toque en lo que es bueno: porque de otra manera, al tiempo que las virtudes echasen flores, retorcerían en los vicios las raíces. Es el

corazón humano tan flaco, y es en sí tan pequeño, que no hay en él más de para morar un vicio, o depositar en él una virtud: a cuya causa dice el profeta, *declina a malo et fac bonum*: porque es en sí tan delicada el ánima, que a la hora que llega a sus puertas un vicio, se despiden della todas las virtudes. Decir el profeta, *declina a malo et fac bonum*: es decirnos que no podemos tener humildad, sino damos de mano a la soberbia: ni podemos tener caridad, sino dejamos la avaricia: ni aun podemos tener abstinencia, sino alcanzamos de nosotros la gula: porque de sus males y pecados no puede convalecer el ánima, si primero no se evacua el humor de la culpa. Debéis también de advertir, en que no nos aconseja el santo David, que oigamos el bien, o hablemos bien, sino que hagamos bien: pues no dice *audi bonum: sed fac bonum*: en las cuales palabras se nos da a entender, que en caso de virtudes no basta que las veamos con los ojos, ni hablemos dellas con las lenguas, ni las deseemos con el corazón, ni aun las toquemos con las manos, sino que es necesario buscarlas con grandes sudores: y pedir las al señor con muchas lágrimas.

También es aquí de ponderar, que no dice el profeta, no hagas mal, sino dice que te desvíes del mal, ponderando la palabra de *declina a malo*: en lo cual se nos da a entender, que es tan grande el mal, que no cumplimos con dejar de hacer males: sino que nos hemos de apartar de tener ocasión para hacerlos. Entonces *declina el cristiano a malo et facit bonum*, cuando se aparta de las malas compañías, y se allega a personas buenas y virtuosas: en compañía de las cuales siempre trabaja de se mejorar, y delante la cuales habría empacho de pecar. Todo esto decimos hermanos míos, para que si por dejar el mundo y venir al yermo cumplistes la palabra de *declina a malo*: mirad que es necesario que cumpláis también la otra de *fac bonum*: porque de otra manera, seríades como los homicidios y malhechores, que nunca entran en la Iglesia, sino por defenderse de la justicia. *Abstinete vos ut facilius vacetis orationi*, decía el apóstol escribiendo a la Iglesia de Corinto, y es como si dijera: Pues no podemos vivir sin hacer al señor plegarias, ni sin derramar delante de él muchas lágrimas: conviene que se abstengan los blasfemos de blasfemar, los incontinentes de adulterar, y los golosos de comer: porque no puede hacer devotas oraciones, el estómago que está repleto de muchos manjares. No inmérito dice el bienaventurado apóstol, que antes que oréis os abstengáis: pues el orar y regoldar, mal se pueden bien compadecer. Y pues estamos ahora en la santa cuadragésima, razón será hablemos un poco de la corporal abstinencia, aunque es verdad que me sería a mí más sano consejo, el ayunarla, que no el predicarla. Bien sabéis hermanos míos, que todo el discurso de nuestra vida es una prolija vigilia, de aquella gran fiesta que esperamos en la gloria: y pues es tan solemne la vigilia, no debe nadie excusarse de ayunar: pues cuanto más nos abstuviéremos de los manjares en esta vida: seremos más hartos y refocillados en la gloria. La madre de Dios y el hijo de Dios, no sólo guardaron la abstinencia, mas aun la encomendaron en

la santa escritura: diciendo la madre, esurientes implevit bonis: y diciendo también el hijo, beati qui esuriunt et sitiunt justitiam: y es como si más claro dijera: Si son bienaventurados los siervos de Dios que han hambre, no es por el hambre que padecen, sino por la refectión que esperan: y el manjar que les darán será tal y tan bueno, que a todos hartará y nunca se acabará.

Oh si supieses hermanos míos cuán gran don es la de la abstinencia, y cuánto es por todos los santos loada: en verdad os digo, que tuviéseis envidia a los que ayunan y compasión a los que comen: porque la suma verdad del hijo de Dios no hartó a los que en Jerusalén estaban hartos, sino a los que en el desierto estaban hambrientos. La santa abstinencia juntamente con el mundo fue criada, y como tesoro precioso en el paraíso depositada: por manera, que es la virtud primera que al hombre se dio, y aun la primera en que él erró: pues se abstuvo de lo que podía, y comió de lo que no debía. La abstinencia antes de la ley en Moisés se halló, después de la ley Elías la conservó, acabada la ley Cristo la ejercitó: en principio del evangelio los apóstoles la predicaron, y después acá todos los santos la guardaron: y pues así es conviene que los imitemos en el ayuno, si queremos tener parte de su gozo. Oh triste de ti Eva, oh triste de ti Esau: el uno de los cuales vendió a sí y a todo el mundo a trueque de una manzana, y el otro vendió su santo mayorazgo por una lenteja. Oh cuán buena, oh cuán santa es la abstinencia: pues por ella mereció Moisés ver a Dios cara a cara, por ella mereció Jerusalén de las manos de Senaquerip ser librada, por ella mereció Ninive ser su sentencia revocada, por ella mereció Josué que le alargase Dios el día, y que de sus enemigos alcanzase victoria: por manera, que es bienaventurado el que la abstinencia ama, y mucho más el que la frecuenta. Lo de suso es de San Agustín.

## Capítulo XXIV

Que entre todas las tentaciones es muy peligrosa la de la gula, y qué es lo que siente San Jerónimo della.

Et ne nos inducas in tentationem: sed libera nos a malo, dice la madre santa Iglesia en la oración dominical, y es como si dijese: Lo que en esta oración pedimos señor es: que nos dejes loar tu nombre, que no seamos indignos de tu reino, que nos encamines a hacer tu voluntad, que no nos niegues el pan ordinario, que nos perdones en lo que te ofendemos, que en la tentación iniqua no caigamos, y que de un tan grande mal nos libremos. La tentación de que deseamos ser librados es de la tentación de la gula, del quebrantamiento de la abstinencia, del regalo de la persona, y de la intemperancia ordinaria, y no

inmérito la llamó a la tentación de la gula tentación ordinaria: pues no sólo nos tienta cada día, mas aun nos acomete cada hora. Otras tentaciones hay mayores, y otras hay menores, que no la tentación de la gula: mas ninguna nos es tan pesada, ni nos es tan molesta, ni aun sentimos tan importuna como a ella, y por eso hace oración ordinaria contra ella la Iglesia, como contra una pestilencia pública. Mucho es de ponderar, que no pedimos a Dios ser libres de la tentación de la gula, sino que no permita el que caigamos en ella: porque en esta carne mortal no podemos excusar el comer: y después sobre mucho comer o poco comer, está el pecar, o no pecar. La causa porque pide la Iglesia ser amparada de la tentación, y no nombra qué tentaciones, en que así como en decir Dios se ha de entender Cristo, y en decir apóstol significa San Pablo, y en decir filósofo se entiende Aristóteles, así en decir tentación sola y sin otra palabra, se ha de entender la tentación de la gula: la cual por ser en cada reino, y en cada casa, y en cada persona tan doméstica, tiene el primado de las tentaciones ella sola.

Oh buen Jesús y si tu no nos libras de la tentación de la gula, ¿quién atinará a tener la moderación y temperancia que se requiere en ella? ¿Quién atinará a saber si come poco o come mucho, y si come de lo vedado o de lo concedido: de manera, que ni tu bondad sea ofendida, ni la salud corporal sea perjudicada?

Sobre el amparo y defensa de las tentaciones debe el hombre velar, mas sobre la de la gula debe velar, y aun se desvelar: porque allende de ser importuna y enojosa, es sutil en lo que emprende, y muy mañosa en lo que pide: de manera, que son muchos los que la sienten, mas muy pocos la que la entienden.

¿Quién podrá del todo entenderla, pues muchas veces nos pide algunas cosas para sustentarse, y no son sino para regalarse? ¿Qué fuerzas bastan para defender nadie desta tentación doméstica: pues no he mascado el bocado que tengo en la boca, y estoy hablando en lo que comeré otro día? ¿Qué haré a esta tentación maldita, y a este vientre tan voraz: pues del manjar que ayer tenía apetito, me dice que hoy está ya empalagado? Et ne nos inducas in tentationem, oh buen Jesús: pues todas las veces, que como mucho enfermo, y si como poco me desmayo, si bebo agua me opila, y si bebo vino me embriaga, si como manjar áspero luego lo aborrezco, y si delicado luego pido otro: de manera, que a esta importuna gula, ni a poder de regalos la puedo contentar, ni porque me baño en lágrimas la puedo desechar. Et ne nos inducas in tentationem, oh buen señor: pues este mi estómago antojadizo quiere aun que yo no quiera, que le dé una vez carne otra pescado, una vez legumbres otra fruta, y una vez pan de panizo y otra de millo, una vez rustido otra bullido, una vez tarde otra temprano: por manera, que para satisfacer a mi estómago no paso tanto trabajo en buscar lo que tengo de comer, cuanto en habérselo conforme a sus apetitos de aderezar. Et ne nos inducat in

tentationem, pues esta maldita tentación de la gula: no sólo es enojosa y penosa, mas aun es además muy prolija: pues no podemos trabajar sin comer, ni caminar sin comer, ni aun vivir sin comer: por manera, que nunca nos deja la tentación de la gula, hasta que de las entrañas se nos arranca el ánima. ¿Quién es el que osa amar esta vida, pues no puede sustentarse en ella, sino es con perjuicio de tercera persona? Dime yo te ruego, si del agua no sacasen los peces, si a la tierra no arrancasen el pan, si a los animales no tomasen los hijos, y si de los árboles no cogiesen la fruta: ¿cómo podrías tú vivir sobre la faz de la tierra? ¿Qué gusto puede nadie tomar en la vida: pues para que yo viva han de perder otros la vida? Si no pensase que lo quiere así la ordenación divina, y de esta manera sustentemos la vida, de mí digo y confieso, que jamás vería a ningún animal matar, que no me tomase de corazón a llorar.

Digamos pues al señor la oración de et ne nos inducas in tentationem: pues sino nos socorre él con su gracia, y si no nos tiene con su mano piadosa, tengo por dificultoso el sabernos abstener, y tengo por imposible el no haber de caer: según andamos desta tentación acosados, y aun desatinados. Decid hermanos míos decid con la Iglesia et ne nos inducas in tentationem: pues por cumplir con la gula estamos opilados, nos tornamos tísicos, nos volvemos itrópicios, andamos tras los médicos, amanecemos en las boticas, buscamos yerbas, y aun rompemos las venas con sangrías. La abstinencia no sólo es buena para alanzar los pecados del ánima, mas aun para no criar enfermedades en el cuerpo: porque los humores corruptos que en nosotros se engendran, no provienen de los trabajos que tomamos, sino de los manjares que comemos. En los monasterios de Palestina me crié, y en los desiertos de Egipto residí: en los cuales lugares vi a muchos monjes enfermar de mal reglados, y a nadie vi peligrar de los bien regidos. En aquellos tiempos vi también en Roma a muchos hombres ricos estar además muy gotosos: a los cuales ninguna cosa les aprovechó, los muchos dineros que gastaron, ni los grandes regalos que hicieron, hasta que vinieron a su miseria y pobreza: la cual les fue suma medicina para sanar su gota.

Oh temperanza sagrada y bendita, ¿qué puedo yo de ti decir, que no sea más lo que callare, que todo lo que dijere? La abstinencia quita la temeridad, espanta los demonios, remedia los peligros, consume la salud, purga los pecados, aviva el juicio, esfuerza la memoria, liberta la lengua, gobierna la familia, y aun aumenta la hacienda. Algunos loan la abstinencia de muchos años, otros la de muchos meses, y otros la de muchas semanas: mas yo para mí tengo creído, que no hay otra tan grande abstinencia, como la que se hace cada día: es a saber, mejorándonos siempre en las virtudes, y cercenándonos algo de los manjares. ¿Qué servicio haces al señor ayunando todo el día entero, si a la noche te tornas borracho? ¿Por qué causa esperas tu galardón por el ayuno: pues comes más aquel día en una comida, que los otros días en comida y

media? ¿Cómo ha de aceptar el señor tu abstinencia: pues no entiendes sino en buscar golosinas para aquel día, y no te acuerdas de derramar siquiera una lágrima? Testigo es el señor, que morando yo en los bravos desiertos de Egipto ado quemaba tanto el sol, y ardía tanto la arena: que parecíamos los que allí morábamos, no hombres blancos de Asia, sino esclavos negros de Etiopía: con toda esta sequedad de tierra, y aspereza de montaña, vi a los monjes enfermos que allí moraban, que les imputaban a culpa, beber el agua fría: y si comían cosa cocha, era como si cometieran lujuria. Ni rey, ni profeta, ni santo, ni pecador, hallarás en las divinas letras, que al tiempo de su ayuno no se retrajese al templo, no se vistiese de tilicio, no se encenizase la cabeza, no se abstudiese de comer, y que no se ocupase en llorar. Cuando el profeta Jonás predicó a los de Ninive, que dende en cuarenta días se habían de perder: no sólo el rey y todos ellos ayunaron, mas aun quitaron a los animales lo que habían de comer, y privaron a los niños de que no pudiesen mamar: el cual ayuno fue a Dios tan acepto, que no sólo merecieron ser perdonados, mas aun por ejemplo de hombres abstinentes de Cristo ser loados. Los que el día del ayuno quitaban la cebada a los caballos, y destetaban de la leche a los niños: ¿crees tú hermano que buscaban manjares delicados? Como naturalmente se tomen los niños a llorar en faltándoles el comer, quisieron los de Ninive presentar a Dios las lágrimas de los hijos, para que en mérito dellas fuesen perdonados los padres. Oh cómo sería bienaventurado el que imitase a los de Ninive en el ayuno, no quitando la leche a los niños inocentes, sino destetando a nuestros miembros de los vicios enormes: a los cuales tantas veces les damos de mamar, cuantas veces les dejamos pecar. Pues los de Ninive destetaron los niños, desteta tú hermano tus ojos que no se derramen, a tus pensamientos a que no se enloden, a tu lengua a que calle, a tu vientre que ayune, y a tu corazón que se asosiegue: porque desta manera, serás con los de Ninive perdonado, y con los cristianos justificado. Lo de suso es de Jerónimo.

## Capítulo XXV

Que poco aprovecha que ayune el estómago, si no se abstienen del pecado: y qué es lo que San Ambrosio siente en esto.

Hoc genus demoniorum no eiicitur: nisi in jejunio et oratione: decía Cristo a sus discípulos, y es como si les dijera: Son los demonios tan poderosos, y están de los hombres malos tan apoderados: que si no os postráis a orar, y no os dáis a ayunar, ni los podréis alanzar, ni dellos os apoderar.

Decir nuestro Cristo, que sin ayunar y orar, no quieren los demonios de los

cuerpos salir: es decirnos que poco aprovecharía abstenerse el cuerpo de los manjares que Dios crió, sino se abstuviese de los pecados que él vedó. El cristiano que hace gran caso de los ayunos, y no se acuerda de dejar los pecados, no es por cierto el tal amigo de Cristo, sino discípulo del demonio: el cual nunca deja de ayunar, ni cesa de pecar. ¿Qué aprovecha a adelgazar el cuerpo con abstinencia, si está el corazón lleno de malicia? ¿Que aprovecha abstenerse del vino que te puede emborrachar, sino te abstienes de la ira que te hace pecar? Si sólo el vientre pecó, sólo el vientre ayune: ¿mas si los otros miembros pecaron, por qué también ellos no ayunan? Ayunen las manos si algo hurtaron, ayunen los pies las ramerías que anduvieron, ayunen los ojos si algo desearon, ayune el corazón si algo pensó, y ayune la memoria si algo se le olvidó: porque de otra manera muy gran injusticia harían al estómago, si habiendo con él otros pecado, diesen a él solo el castigo. Tu aut cum jejunas unge caput tuum: et faciem tuam lava, decía Cristo cuando hablaba del ayuno, y es como si dijera: Cuando por tus pecados quisieres hacer alguna abstinencia, has de tener aviso, que no te untes sin ayunar, ni ayunes sin te untar: ni tampoco has de untar la cabeza, si primero no lavas la cara. Literalmente decía esto Cristo, para confundir a los fariseos hipócritas: los cuales en los días de ayuno andaban tristes, descalzos, cabizbajos, amarillos, rotos, callando, y llorando: lo cual hacían ellos, no por hacer más áspera penitencia, sino porque los tuviesen en reputación de santos los de la república. Es también de saber, que en el reino de Palestina: en el cual caía Judea, tenían en costumbre los palestinos, de vestirse buenas ropas, lavarse las caras, y untarse las cabezas en los días de grandes fiestas: de manera, que haciendo estas ceremonias celebraban la fiesta, y regocijaban su casa.

Queriendo pues Cristo desengañar a los que ayunaban, aunque no ayunasen por jactancia y vanagloria, sino solamente por hacer abstinencia y penitencia, mándales untar la cabeza y lavar la cara: lo cual en aquel tiempo era señal de mucha alegría. Dejada aparte la corteza de la letra, y tomando entre manos la médula del espíritu, el no se querer contentar Cristo con que ayunemos, ni con que nos untemos, sino que también nos lavemos: no vaca por cierto de mucha profundidad, ni aun de gran utilidad: pues en este misterio nos avisa Cristo de lo que hemos de hacer, y aun de lo que nos hemos de guardar. El que unta la cabeza pone algo en ella que antes no tenía, y el que se lava la cara, quita algo della: es a saber, la suciedad que primero tenía: y quiero por lo dicho decir, que muy poco, o no nada aprovecha el ayuno, a secas y sin gracia, si juntamente con él no untamos la cabeza, haciendo alguna buena obra: y si no nos lavamos la cara, enmendándonos de alguna notable culpa. Mucho es de ponderar, quien un día, en un lugar, en un sermón, y sobre una palabra mandó Cristo, que ayunasen, y se untasen, y se lavasen: en lo cual nos dio a entender, que juntamente nos hemos de apartar de los vicios, y aun nos hemos de dar a las virtudes: porque de otra manera, fatigaríamos de balde al estómago, y no

sacaríamos del ayuno ningún provecho. ¿Piensas tú hermano que está la perfección del ayuno en las carnes que dejas, y en las lentejas que comes? El ayuno verdadero es que unjas muy bien la cabeza, y te laves del todo la cara: es a saber, que te aveces a ser virtuoso, y dejes de ser vicioso: porque en la casa del verdadero abstinentes, a la hora que ha hambre en el cuerpo, se comienza a hartar el espíritu.

No nos mandó Cristo que unjamos los pies, ni las manos, ni el cuerpo, sino la cabeza: es decirnos y avisarnos, que cuando el señor nos diere alguna gracia, o se nos ofreciere de hacer alguna obra virtuosa, la fijemos en la memoria, y la pongamos sobre nuestra cabeza: para que si Cristo nos mandare algo lo hagamos, y si nos hiciere alguna merced no la olvidemos. Es también de advertir, que en la cabeza del hombre están las tres potencias del ánima, y los cinco sentidos del cuerpo: y entonces unguimos la cabeza, cuando el entendimiento no piensa sino en Dios, y la memoria no se acuerda sino de Dios, y la voluntad no ama sino a Dios.

Dime yo te ruego, ¿para qué te afliges con abstinencia: pues no está tu cabeza untada? No piensas sino en el mundo, no te acuerdas sino del mundo, no amas sino al mundo, ni sirves sino al mundo: ¿y piensas que con un día de ayuno mal ayunado, has de alcanzar lo que quisieres de Cristo? Si Cristo no nos aconsejara más de que ayunásemos, y no que juntamente con el ayuno nos lavásemos, y nos untásemos, hiciéramos gran hincapié en solo el ayuno: mas pues él nos mandó más, razón es que hagamos, y nos esforcemos a más: porque el mérito de nuestra abstinencia no está en los malvaviscos soncochados, ni en las lentejas desaceitadas que comemos, sino en las obras de piedad que aquel día hacemos. No vaca tampoco de alto misterio, el mandarnos Cristo lavar el rostro: en el cual están los ojos con que miramos, las narices con que olemos, la boca con que comemos, la lengua con que hablamos, y la vergüenza de que nos preciamos: de manera, que todo esto has de lavar, si quieres cristianamente ayunar. ¿Qué aprovecha abstenerse del pescado: y no apartarte del pecado? ¿Qué aprovecha a tu alma no comer sino yerbas crudas: si tu lengua no habla sino palabras maliciosas? ¿Qué hace al caso alanzar de ti en cuaresma las aromatas que huelen, si no despides de ti los pecados que hieden? ¿Has empacho de no lavarte cada día el rostro: y no has vergüenza de perserverar tanto tiempo en el pecado? Ándaste alabando que ayunas toda la santa cuadragésima: ¿y por otra parte no puedes contigo a que perdones una sola injuria? Lávate pues hermano mío, lávate, que el redentor del mundo y señor nuestro, primero le lavó San Juan en el río, que comenzase en el desierto el ayuno: en lo cual nos dio a entender, que la suma y verdadera abstinencia es, cuando primero dejamos de pecar, que dejemos de comer: lo cual no se hace así: pues ya se contentan los hombres con que cesen de comer, y no paren de pecar. Como las cosas malas se curan las más veces con curas

contrarias, sería yo de voto, que pues tú osaste cometer cosas ilícitas, que te abstuvieses de las lícitas: y que pues traspasaste las a ti fibidas, te refrenes ahora de las a ti concedidas: y que hagas penitencia aun de las cosas pequeñas, pues has sido transgresor de las cosas grandes. Este tan delicado consejo, no le damos a los hombres desalmados, sino a los varones muy perfectos: pues los malos tienen ya hechos callos de pecar en la consciencia, y los buenos no se sueltan aun a decir una palabra ociosa. Todo lo sobredicho es de Ambrosio.

## Capítulo XXVI

De una carta que escribió San Basilio a Juliano apóstata en favor de la abstinencia.

Serenísimo príncipe, y universal señor. Beatiqui persecutionem patiuntur propter iustitiam: quam ipsorum estregnum celorum, decía nuestro Cristo: y es como si más claro dijera: No tiene el mundo a hombres por más desdichados que a los que andan desterrados, y están desfavorecidos: y por el contrario, no hay hombres más bienaventurados, que los que son de los tiranos castigados, y de los malos perseguidos: con tal que su persecución sea por defender la justicia, y por no querer hacer alguna cosa mala. Muy grande bien tenemos los cristianos, en tener por Dios a Cristo: el cual muy por menudo mira lo que padecemos, y cómo lo padecemos, y por qué lo padecemos, y aun que tanto padecemos: porque veamos después en el día de la cuenta, que sin comparación es más un solo día que nos dará de gloria, que cuantos servicios le hacemos en toda nuestra vida. En cuanto la red no se llega a la ribera, y el trigo se está en la era, y la rosa no se coge de la espina, y en el lagar no se aparta el hollejo de la uva, y la oveja no se despega de la compañía de la cabra: buenos y malos todos andan revueltos, y mezclados: mas la señal con que se conocerán es, que a los malos almagra el demonio con regalos, y a los buenos señala Dios con trabajos.

Como nuestro Cristo no tuvo otra hacienda sino fue miseria y pobreza, excepto de trabajos que tuvo mucha abundancia: parte y reparte destos sus tesoros con los que él tiene por sus familiares y amigos: por manera, que el más azotado es el más regalado. Bien parece que no soy yo de los que él mucho ama, ni de los que él en su casa regala: pues es mucho lo que me disimula, y muy poco lo que me castiga: aunque es verdad, que ya parece quererme por suyo recibir, pues con los suyos me consiente atribular. Todo esto te digo universal señor, a causa que Amproniano, pretor de Capadocia, y questor mayor de Asia, me dio una letra tuya, y me explicó lo que querías por

ella: y como mi Cristo sabe y Amprosiano lo ve también, que no puedo dar lo que él me pide, ni cumplir lo que tú me mandas: y esto no obstante me mandó prender, y con hierros encarcelar. Mándasme serenísimo príncipe que te sirva con mil libras de oro de los réditos de mi obispado: y por cierto que de buena voluntad te las diera, si yo las tuviera: porque Cristo nuestro Dios no nos manda que a los príncipes cristianos alcemos la obediencia, ni aun que les neguemos la hacienda. La hacienda de mi obispado es, una tierra sola, diez olivos, diez colmenas, un molino, una casa, cuarenta ovejas, ocho palmas, tres higueras, y un pequeño huerto: de lo cual todo, no me tengo por señor absoluto, sino por dispensero apostólico: pues yo tengo cargo de granjearlo, y los pobres de comerlo.

Como nuestro Cristo nació pobre, vivió pobre, y murió pobre dejónos mandado, que todo lo que su Iglesia tuviese, y lo que a él se ofreciese, tuviésemos cargo sus ministros de repartirlo entre los huérfanos que lo han menester: y entre los pobres que no lo pueden ganar. Bien veo que no soy apóstol, mas también confieso que soy sucesor de los apóstoles, y que sino tengo el mérito, tengo sobre mí el cargo: a cuya causa soy obligado a usos estrechos, y a no tener tesoros: de lo cual está tu juliano bien seguro: pues no tengo licencia para tenerlos, ni aun tengo hacienda para allegarlos. Es tan estrecho este nuestro estado apostólico, en que si por caso alguno de nosotros los obispos se da a guardar, o se desmanda en gastar, en igual damnación está, el que mal lo gasta, como el que del altar lo hurta. Del altar lo hurtamos todo lo que a los pobres no damos: porque en nuestra ley cometería sacrilegio, y no sería siervo de Cristo, el que dos veces topase un desnudo, sin haberle dado la primera vez un sayo. Yo serenísimo príncipe de ser monje me precio, y no de ser obispo: y Dios perdone a quien me sacó del yermo y me tornó a los bullicios del mundo: porque siendo monje no tenía cargo sino de hacer espuestas, y ahora tengo cargo de gobernar ánimas. El tiempo que no puedo morar en el yermo, siempre traigo acá monjes santos conmigo: los cuales me ayudan con sus consejos a gobernar, y con sus oraciones a me salvar, y aun con sus manos a me mantener: pues los más que todos comemos es, de lo que todos trabajamos.

A mi Dios y a mi Cristo te juro alto príncipe, que ni en el estado monacal, ni en la dignidad episcopal jamás mis manos tocaron dineros, ni por mis puertas vi entrar oro: porque yo y todos los que conmigo están, en más tenemos una pila de lodo, para cerrar las celdas, que el oro de Nilo de que hacen las coronas. Si algo nos ofrecen de limosna, o algo se coge de nuestra hacienda, un santo monje tiene cargo de lo coger, y después entre los pobres y nosotros lo repartir: porque los ministros de nuestro Cristo no se osan asentar a la mesa, sin que primero hayan hecho alguna limosna. Si tú quieres algún panal de nuestras colmenas, o algunas aceitunas de nuestras olivas, o algunas cestillas

de nuestras manos hechas, o algunas raíces de las que para comer sacamos, podrémosle con algo desto servir, y a tus oficiales lo entregar: mas oro ni plata, aun no lo sabemos conocer. ¿Cómo te pueden dar oro ni plata los que no encienden lumbre sino es en domingo, no comen carne sino es la Pascua, ni beben agua dulce sino un día en la semana? ¿Cómo te pueden pagar tributos los que no se mantienen, sino con lo que cogen en los campos? ¿Cómo es posible darte mil libras de oro, los que por falta de un oratorio comulgan los sábados en el hueco de un castaño? ¿Qué tan grande piensas que es nuestra despensa y comida: pues nunca hubo cocinero en nuestra casa? Aparejos de cocina, aparadores de mesa, provisiones de despensa, vino de Alejandría, y todo lo demás que satisface a la gula: cosas son muy extrañas de la vida monástica, y no muy seguras para la consciencia pura: ¿Cómo piensas que andarán a descubrir minas de oro, los que tienen por sumo deleite comer verdolagas con vinagre acetoso? Ymos en este yermo por el agua dulce a cuatro millas, y por la salobre a tres: y hacemos consciencia de guardar agua de hoy para mañana: ¿y hácente en creyente que atesoramos oro o plata?

No nos pidas serenísimo príncipe, no nos pidas plata ni oro, pues las riquezas que tú querrías, mas nos preciamos mis monjes y yo de menospreciarlas, que no de atesorarlas: mayormente que en estos bravos y arenosos desiertos, ni consienten regalos aunque los quieran, ni se hallan tesoros aunque los busquen.

Estamos tan avezados a tener pobreza, y tenemos tanta enemistad al vicio de la avaricia, que aconteció a un monje mío hallar en un camino una pella de oro, y no la osar levantar del suelo: porque si se la hallaran después en la celda, le privaran de sepultura eclesiástica. Todo esto te escribo muy alto señor, para que veas cuán a sin razón me prendó Amproniano pretor tuyo, y fatigó a los monjes de mi monasterio: los cuales te envían en recompensa de mi rescate, las cogullas con que se cubren, y las espuertas que de sus manos tejen. Sé te decir Juliano, que en enviarte estas espuertas, te envían todo el sudor de sus caras, y para mantenerse a sí y a mí, se desvelan muchas horas: y porque me aflojes estos hierros, huelgan de quedar desnudos, y sufren de andar hambrientos. Recibe señor esas pocas de espuertas de los que te las envían con buenas entrañas: pues los dones que se dan, y los servicios que se hacen, no son ricos por el valor que tienen, sino por el amor con que se envían. Si miras las espuertas que enviamos, parecerte han poco, mas si consideras las lágrimas con que se tejieron, tenerlas han en mucho: porque el oficio de que más en estos desiertos usamos es, tejer palmas para los pobres, y llorar culpas de los pecadores. Sé te decir serenísimo príncipe, que Pilato tuvo preso a Cristo, Herodes a San Pedro, y Sexto a San Pablo, y ahora tiene Amproniano a mí: y si el señor no fuere servido que tú no quieras libertarme, ni quiera tampoco tu pretor soltarme, podría ser que de un monje y obispo malo, hiciéseis un mártir

bueno. Todo lo sobredicho es del gran Basilio.

## Capítulo XXVII

Que el siervo del señor debe huir de los convites mundanos: y que en los más convites del mundo se halló siempre el demonio.

Melius est ire ad domum luctus: quam ad domum convivii. Decía el sabio en el VII capítulo del libro Eclesiastes, y es como si dijera: Si vieres a unos llorar, y vieres a otros comer, antes elige de irte a la casa de los que lloran, que al convite de los que comen: porque con los tristes llorarás lo que has pecado, mas con los convidados añadirás más al pecar. De este santo consejo podemos colegir, cuán de mala gana nos hemos de dejar convidar: pues en el llorar nadie comete culpa, y del convite apenas sale nadie sin ella. Preguntado Chilo el filósofo, que qué haría uno si fuese de sus amigos convidado, respondió estas palabras: El que quisiere tener nombre de virtuoso, y renombre de filósofo, debe ir a los templos de buena voluntad, y debe ir a las guerras de pura necesidad: mas a las casas del convite ni ha de ir de voluntad, ni aun constreñido de necesidad.

Preguntado el buen emperador Augusto, por qué había prohibido los juegos, y quitado los convites de Roma, respondió: Quité los juegos porque blasfeman allí de los dioses, y quité los convites porque murmuran allí de los vecinos. El cónsul Marco Ancio que hizo la ley ancia, prohibió a los romanos so graves penas, que nadie convidase a otro sin licencia del censor romano: si no que si uno quisiese a otro hacer honra, le enviase la cena o comida a su casa.

En las vidas de los padres se lee, que como un noble de Alejandría se agraviase mucho, porque no quería ir a comer con el glorioso abad Arsenio, respondióle el buen viejo: Ni oso contigo comer, ni puedo dejarme de ti convidar: porque ninguno de los que moramos en estos yermos, puede comer a mesa ajena, sin que pierda mucho de su libertad, y ponga en aventura su gravedad. Y dijo más el santo Arsenio: No salgo yo del yermo y vengo a Alejandría, para haberme de recrear, sino para induciros a trabajar: ni vengo a que me convidéis a comer, sino a persuadiros a ayunar: de manera, que con nuestra abstinencia, desterramos de nuestras casas la gula. Los que curiosamente lo quisieren mirar y leer, hallarán por cierto y por verdad, que apenas se hizo convite, o banquete en el mundo: en el cual no se hallase

presente el demonio: y de hallarse allí el demonio, siempre aconteció algún desastrado caso. Y porque no parezca que hablamos de gracia, contaremos aquí algunos convites o banquetes de la sagrada escritura: en los cuales acontecieron, y de los cuales sucedieron tales y tan enormes cosas, que son dignas de notar, y no menos de llorar.

El primero que inventó convites en el mundo, fue el maldito del demonio cuando convidó a nuestros primeros padres, a comer del árbol vedado: y el fruto que de aquel convite se sacó fue, la triste de Eva ser engañada, el pobre de Adán perder su inocencia, y quedar todo el mundo obligado a la pena. Ya que el santo Isaac había cegado, que no podía ver, y de puro viejo había perdido el apetito que no podía comer: acordó la buena vieja de Rebeca su mujer, de convidarle a unos manjares silvestres, que eran muy sabrosos y muy poco costosos: el cual convite se hizo en tan buen punto para él un hijo, y en tan malo para el otro, que de allí resultó, perder el triste de Esau el mayorazgo, y quedar el segundo hijo por primogénito, y hallarse el pobre viejo de todo ello burlado. El hermoso infante Absalón, hijo muy querido que era del gran rey David, acordó de convidar y hacer un solemne banquete a todos los otros infantes sus hermanos en un gran heredamiento suyo, adonde a la sazón estaban sus pastores, esquilando el ganado: y lo que de aquel triste convite sucedió fue, quedar allí el infante Amón muerto, su hermana Thamar infamada, el mismo Absalón desterrado, su padre David lastimado, y todo el reino revuelto. El gran rey Assuero, señor que fue de ciento veinte provincias, queriendo mostrar la sobrada abundancia de su riqueza, y la grandeza de su potencia, acordó de hacer un superbo convite, en los huertos reales de su casa: para el cual convidó a todos los vecinos de la ciudad de Susis, adonde él residía, y a todos los caballeros, y cortesanos que en su corte traía. No menos infeliz y desdichado fue este convite que los otros convites: pues de lo que resultó de él fue, ser la reina Vasti descompuesta, los más de los nobles degollados, todos los hebreos a muerte condenados, el rey Assuero airado, el su muy privado Amán ahorcado, y todo el reino alterado. El hijo mayor y primogénito del santo Job, determinóse de convidar a comer a siete hermanos y a tres hermanas que tenía: y no obstante que su buen padre los bendecía cada mañana, y rogaba a Dios por ellos cada día: en lo que paró aquel convite fue, que en un día y en una hora, y en una casa, antes que se les acabase la vianda, y se levantasen de las mesas, perdieron todos catorce hermanos allí las vidas. El muy esforzado príncipe Baltasar, hijo que fue del gran rey Nabucodonosor, estando cercado de Cambises, rey de los persas, acordó de convidar a comer a todos los príncipes y capitanes de su ejército, y a todas las enamoradas de su palacio: y en lo que paró aquel infeliz convite fue, que en lo más sabroso de la cena, el rey fue muerto, las concubinas presas, los tesoros robados, el campo deshecho, y el reino perdido.

A todos estos que aquí hemos contado, y a otros infinitos que dejamos aquí de contar: ¿por ventura no les fuera más sano consejo, comer en sus casas solos, y seguros, que morir en los convites acompañados? Viniendo pues al propósito, el fin para que relatamos estos ejemplos es, para avisar y aun aconsejar al siervo del señor, no ose comer fuera de su monasterio, ni que fácilmente acepte los convites del mundo: pues tan sospechoso ha de estar de él, y de los que viven en él: que no sólo ha de osar en el comer, mas aun ni quererle oír mentar. Entre los hijos del siglo suelen tener costumbre después que han reñido unos con otros irse a comer todos juntos, para tomarse a ser amigos: de manera, que no valen nada las amistades que concertaron los vecinos, sino se confirman después entre los vasos y jarros. Habiendo tú renegado del mundo cuando te hicieron cristiano, y habiendo tú renunciado el mundo cuando entraste religioso: dime yo te ruego, ¿qué otra cosa es ir a comer con los que están en el siglo, sino que quieres tornar a hacer paces con el mundo de nuevo? Si la infeliz mujer de Lot de solo volviera mirar a los de Sodoma, fue tan agramente castigada y desecha: ¿qué será de ti pobre monje, que habiéndote el señor librado de los incendios y peligros del mundo, te tornas a comer y beber en él: como profano y fementido? Castigó Dios a los israelitas, no más de porque deseaban tornar a comer ajos y cebollas a Egipto: ¿y piensas que ha de perdonar a ti, que comes y bebes con los del mundo?

El monje que presume de buena consciencia, y que se precia de tener vergüenza, no es posible que con los del mundo tenga buena comida: porque si come poco nóntale de hipócrita, y si come mucho infámanle de voraz: y aun cuéntanle las veces que bebe, y nóntale las palabras que habla. Ora nos conviden de veras, ora nos conviden de burla, creedme hermanos y no dudéis, que por más amigos y deudos que sean nuestros, todavía huelgan más de vernos en nuestros monasterios ayunar: que no en sus casas y mesas comer. Por más que tu amigo te ruegue, o que tu pariente te importune, a que vayas a su casa, o que comas a su mesa: tente por dicho, que lo hace más por contigo cumplir, que no porque lo hayas de hacer: pues comúnmente todos los seglares nos quieren más, para que les ayudemos a llorar los pecados que han cometido, que no para que les vamos a comer los manjares que han allegado. No quiso Cristo dar licencia a un mancebo que le quería servir, para tornar a enterrar a su padre proprio: ¿y piensas que la daría a ti para que fueses a comer y holgar con los que están en el mundo?

Pecado por pecado, y culpa por culpa: ¿no era por ventura menos culpa y pecado, ir a enterrar los muertos, que no irse a comer y beber con los vinos? Quiso pues Cristo aquel enterramiento prohibir: para darnos en él a entender, que muchas cosas son lícitas a los que andan allá por el mundo: las cuales son prohibidas y entredichas a los que están en el monasterio. El monje que de su voluntad dejó los placeres del mundo, y se ofreció a ser cristiano, parece cosa

de gran poquedad, y aun aynda diría de gran liviandad, acevilarse a comer con alguna persona, no por más de por gozar de una buena comida: como sea verdad que aun entre los muy vanos y mundanos se tenga por caso de menos valer, el hacer cuenta del comer.

Caso que te vengan a rogar, y te envíen a importunar, mira no te dejes de nadie vencer: porque el verdadero siervo del señor, jamás sale por las puertas de su monasterio, sino fuere a cosas que le constriña la consciencia, o le manda la obediencia. Teme pues de ser convidado, teme de comer con los que están en el mundo: pues apenas hay convite mundano, adonde no se derrame la vista, adonde no se desmanden en la gula, adonde no se diga alguna palabra ociosa, o no se hable en perjuicio de alguna persona honrada. ¿Para qué quieres ser convidado, pues no puedes tornar a tu monasterio, sin traer contigo algún escrúpulo? ¿Y tú no sabes que a la hora que te asientas a mesa ajena, te pones en obligación, de loar todo lo que comes aunque sea malo: y de murmurar de todo lo que ellos murmuran aunque sea de alguno bueno? Si por caso me quisieres hermano decir y argüir, que no se quebrantan los mandamientos de Dios, ni los estatutos de la orden, en comer con los deudos y amigos: a esto te respondiéndome digo, que tú dices verdad que no es pecado, mas no me negarás tú, que no te pones en ocasión de pecar: pues debajo de los muchos regalos, vienen enmascarados los vicios. *Ab omni specie mala abstine te vos*, decía el apóstol escribiendo a los de Tesalónica, y es como si dijese: Háganos saber hermanos míos los de Tesalónica, que pues ya recibisteis el bautismo, y prometisteis de guardar el evangelio, que no sólo sois obligados a guardaros del pecado, mas aun de toda especie y ocasión de poder pecar: mayormente, que para caer somos ligeros, y para levantarnos muy pesados. Muy alta doctrina, y muy profunda palabra es esta del apóstol: pues no se contenta con que no pequemos, sino que hemos de huir de los lugares adonde nos pueden convidar a pecar: en lo cual tiene el apóstol muy gran razón, pues en los lugares ocasionados es, adonde peligran aun los muy virtuosos. El lugar es pecado, y el ir adonde juegan es especie de pecado: el adulterar es pecado, y el conversar con adúlteros es especie de pecado: el comer demasiado es pecado, y el convidarse con voraces es especie de pecado: y de aquí es, que los que toman el consejo del buen apóstol, por no venir a caer en los pecados, huyen de la conversación de los pecadores.

Los que están en el mundo conténtanse con no pecar, mas a los que están en la religión, no les basta no pecar, sino que también deben huir de las ocasiones del pecar: lo cual no hace el monje regalado, y goloso, pues él mismo se convida, aunque no le conviden los del mundo: lo cual parece claro, en que no anda pensando en otra cosa, sino adonde podrá haber una buena comida. Pues ningún siervo del señor debe dar paso que no sea por la obediencia, ni debe hablar palabra que no sea santa, ni debe tener pensamiento que no sea casto, ni

debe hacer obra que no sea meritoria: dime yo te ruego, ¿para qué vas al mundo a ser convidado: pues te pones en aventura, de yendo sobrio y virtuoso, vuelvas malicioso y aun goloso? Si con los que te convidaron quieres hablar cosas de Dios no te oirán, si les hablas cosas vanas escandalízase han, si les preguntas por nuevas tendrán te por curioso, y si no respondes a lo que te preguntan tendrán te por necio: de manera, que a la hora que te asientas en alguna mesa ajena, pones en examen a tu vida propia. Si de tu natural eres templado y comes poco, estáte en tu monasterio quedo, y si eres voraz y goloso tampoco te aconsejo que aceptes el convite de ninguno: pues una buena comida más es para acrecentar el apetito, que no para amatarte el deseo. Comiendo en tu monasterio, comes en compañía de santos, comes manjares benditos, comes a la hora congrua, comes vianda sana, comes en la regular disciplina, comes so el mérito de la obediencia, y aun comes con lección de la escritura sacra. Si comes en el mundo, has de comer tarde, has de comer de todo, has de comer hablando, has de comer con estrépito, has de estar regocijando, haste de reír si burlaren, has de responder a lo que te preguntaren: y aun has de disimular si te motejaren. Comida tan achacosa para el cuerpo, y tan sospechosa para el ánima, ni se había de aceptar, ni aun en ella oír hablar: pues vale más el pobre ordinario del monasterio, que todos los manjares que nos pueden dar en el mundo.

## Capítulo XXVIII

De la honestidad y crianza que ha de tener el religioso, cuando comiere fuera del monasterio.

Si movido de caridad, o vencido de humanidad, quieres ir a comer fuera, hazlo por la obediencia, y pide para ello licencia: porque si lo hicieses a excusas de la orden, y a hurtas del prelado, no sólo te sería imputado a culpa, mas aun a especie de apostasía. No te has de contentar, con que el prelado te dé licencia, sino que te dé compañía, y aun compañía que sea honesta y religiosa: porque el monje que osa andar solo pierde el crédito con los suyos, y da mal ejemplo a los otros. No inmérito decimos que elijas buena compañía, para llevar contigo a comer fuera: porque si el compañero que llevas es desmandado en el comer, y desordenado en el beber, darte ha mala comida, y echarte ha a cada bocado en vergüenza. El día del convite antes que vayas fuera, oye primero misa, reza hasta el cabo tus horas, y no olvides tus devociones: y no vayas tan temprano que te hagan esperar, ni vayas tan tarde que les hagas desesperar: sino que de tal manera te hayas en el ir y en el estar y volver, que conozcan de ti a la clara: que más vas allá por su devoción, que por tu recreación. Llegada

ya la hora, bendice ante todas cosas la mesa, y porfía de asentarte en la postrera silla: porque en lo uno mostrarás gravedad: y en lo otro humildad.

Avísote de una cosa hermano mío, y es que cuanto más fueres religioso recogido, te muestres con todos ser bien criado: pues jamás estorbó la buena crianza, de tener el monje buena consciencia. Asentado a la mesa, no comas hasta que todos coman, ni bebas hasta que todos beban, ni acabes el plato hasta que no quede nada, ni des grandes sorbos en el potaje o cocina, ni pidas a la mesa cosa señalada: porque dado caso que no quebrantes la regla, quebrantas las leyes de buena crianza. Está sobre aviso de no acabar la taza cuando bebieres, ni de derramarlo sobre ti cuando lo gustares: y ten cargo de aguar mucho el vino, y de no te andar con la taza rogando: porque notar al monje de voraz, no sería más de pecado: mas acusarle de ebrio, sería gran sacrilegio. No te limpies las manos a los manteles, no lamas los dedos con la boca, no te suenes las narices con el pañuelo, no te rasques el pescuezo a la mesa, no comas a dos carrillos como mona, no hagas almenas de sopas en la cocina, ni des golpes con los huesos por sacarles la caña: porque en todas estas cosas tomarás poco gusto, y darás allí mal ejemplo. Guárdate de levantar a la mesa pláticas, ni de preguntar allí por nuevas: y si los convidados te convidaren a hablar, no te extrañes de les responder: con tal que no seas largo en lo que dijeres, ni porfiado en lo que defendieres: porque el monje porfiado, es primo del loco, y hermano del necio.

Suelen en los convites humanos, después que los estómagos se comienzan a escalentar, y los convidados a se alegrar, hablar en vidas ajenas, y poner mácula en algunas personas: y en tal materia como ésta, guárdate de hablar, ni de tu parecer allí les decir: porque a hacer lo contrario desto, mucho más ponías tú de consciencia, que no ellos de vianda. Si a la mesa donde comes se asentaren dueñas, o comieren doncellas, guárdate de tomar con ellas mucha plática, ni de emplear en ellas la vista: porque allende del escrúpulo que se te puede recrecer, y del buen ejemplo que eres obligado a dar: créeme hermano y no dudes, que no tienes tú tanto cargo de comer, cuanto ellos tienen de pies a cabeza de te mirar. Ten también aviso, en que si el vino que dieren a la mesa fuere malo disimúlalo: y si fuere bueno, no cures de loarlo: pues a la hora que lo has loado y vituperado, das señal de ti, que lo bebiste puro: lo cual es muy mal caso, y muy mal ejemplo: porque entre los mundanos súfrese aguar el vino, más entre los religiosos no se permite sino envinar el agua. No te pongas a los pechos babadero como viejo, no eches el pañizuelo sobre el hombro como cortesano, no despedaces la carne con las manos como dispensero, no mordisquees el pan como muchacho, y ni comas muy aprisa como loco: porque según la gravedad que mostrares de fuera a la mesa, te juzgarán que es lo que tienes de dentro en el ánima. Si te pusieren delante muchos manjares, tienes licencia de probarlos, y tienes obligación de loarlos: porque de otra

manera, quedaría el que te convidó muy corrido, sino conociese de ti que de la comida ibas contento. Entrar con tres dedos en el plato, tiénese por villanía, no tomar la sal con cuchillo tiénese por grosería, y hablar con el bocado en la boca tiénese por mala crianza: y aun pedir el vino más puro, y el agua más fría, se tiene por muy gran desvergüenza. No te descuides de que en acabando de comer, alimpies las migajas de la mesa, doubles muy bien el pañizuelo, quites la grasa que tiene el cuchillo, sacudas los pechos y mangas del hábito, y recojas tus manos como buen religioso: porque para ser el convite bueno, tú has de loar en ellos la opulenta comida, y ellos en ti la religiosa crianza.

Si por caso estando comiendo, o después que hayas comido, vieres allí algún hombre o mujer que diga donaires, o te provocare a risas, guárdate de dar en la silla de placer grandes palmadas, ni aun con la boca grandes risadas: porque no hay donde ganen honra los que presumen de cuerdos, sino es entre las locuras que hacen los locos. Agua a manos después de comer no la pidas si no te la dan, ni aun la tomes si te la dieren: porque es ley y privilegio de crianza, que solamente se dé al más principal de la comida, y que se asentó a la cabecera de la mesa. Así como no conviene al siervo del señor asentarse a la mesa sin bendecir lo que ha de comer: así no conviene levantarse della sin dar al señor gracias de lo que has comido: pues a él más que a nadie se ha de agradecer todo lo que tenemos, y todo lo que comemos. Está muy sobre aviso a que en pago de los manjares que te dieren los convidados, no te ofrezcas a negociar por ellos algunos negocios mundanos: con los cuales andes después distraído, y tengas necesidad de molestar a su prelado: porque desta manera menos mal te sería la comida que te dieron escotarla, que no con tanto derramamiento pagarla.

Los parientes y amigos de los monjes no todas veces los visitan y frecuentan por hacerles placer, sino por pensar que los habrán menester: lo cual parece claro, en que a los religiosos muy recogidos y poco entendidos, jamás de seglares son importunados.

Después que hayas comido y de tus huéspedes despedido, no te desmandes a vagar y andar por el pueblo: pues en ley de religión, y en caso de perfección, no cabe que habiendo tú dado licencia al estómago y vientre para se holgar y comer, la des también a los ojos para mirar y a los pies para andar, y a la lengua para hablar. Será pues el caso, que una hora o dos después que hubieres comido, pide a los huéspedes licencia para tornar a tu monasterio: en el cual si hallares a tu estómago agraviado, de lo mucho que comió, y a tu consciencia encargada de sí en algo se derramó, no dejes luego de confesarte, y aun muy bien disciplinarte: porque la carne quede castigada, y la consciencia de todo limpia. Los monjes de poco espíritu que estas cosas oyeren o leyeren, pórnanse a dellas burlar, y del que las escribe a mofar: mas el que fuere virtuoso y recogido, tomarse ha a llorar: lo uno por verse de los del mundo tan

importunado, y lo otro por no ser en los convites tan recatado: porque nadie en esta vida puede vivir tan sobre aviso, que en uno que en otro no resbale a cada paso. No te espanten hermano todas estas reglas, ni el avisarte de tantas menudencias: pues eres obligado a guardarlas, no sólo por ser monje, mas aun por ser hombre: porque a todos los del mundo bien les aplace que seas humilde y llano, y mucho les desplace si te ven torpe y mal criado.

## Capítulo XXIX

Que el siervo del señor debe siempre ir a comer al refectorio, y huir del hospicio.

Que autem sunt a deo: ordinata sunt: decía el apóstol escribiendo a los romanos en el capítulo decimotercero, y es como si dijese: Habéis de saber vosotros los romanos, en cómo todo aquello que es de Dios, y está dedicado a Dios, todo va con su eterna sabiduría medido, y está con su infinita potencia enibelado: por manera, que adonde nuestro Dios pone la mano, y en todo aquello que él toma a su cargo, es imposible desenivelarse, y mucho menos desconcertarse. En el capítulo dieciocho del Éxodo, mandó Dios a Moisés, que en doce piedras muy preciosas y muy ricas pusiese los nombres de los doce hijos de Israel, y que los escribiese y esculpiese: no como a Moisés se le antojase, sino como Dios se lo mandase: es a saber, que a los primeros que primero habían nacido, los pusiese en el principio, y a los que a la postre habían nacido escribiese al cabo.

También se escribe en el XL capítulo del mismo libro, que acabado el tabernáculo y el candelero que había de alumbrar en el santuario, puso en él el santo Moisés todas las velas y candelas por su orden y concierto: es a saber, que todas las gruesas puso en lo más alto, y todas las más delgadas en lo más bajo: por manera, que en aquel candelero era más de mirar la orden que tenía, que no el precio que valía. En el tercer libro de los reyes se lee también, que la curiosa reina de Saba más se espantó del concierto y orden que tenía Salomón en el servicio de su mesa, que de cuanto oro y plata vio en su casa.

Destos tan notables ejemplos podemos padre mío colegir, cuán enemigo debe ser el señor de las cosas mal ordenadas, y cuán amigo de las que están concertadas: pues loa y aprueba la escritura sacra, no sólo las candelas que ardían en la sinagoga, mas aun la orden y concierto, que tenía Salomón en su despensa. ¿Qué otra cosa son las candelas puestas por orden en el tabernáculo, sino los monjes y religiosos que viven por concierto en su monasterio? ¿No quería el señor que hubiese desorden en el escribir de los nombres en la

antigua sinagoga, y ha de querer que haya desorden en el vivir de los religiosos en la Iglesia? Pues dice el santo apóstol, que todo lo que es de Dios tiene en sí muy grande orden y concierto: dime yo te ruego, cuyo por ventura será lo mal ordenado y desconcertado sino del demonio. Poniendo el santo Job la diferencia que hay entre los siervos del señor, y los siervos del demonio, y cuanto va de los que están en el cielo a los que están en el infierno dice: Ubi nullus ordo sed sempiternus horror in habitat, y es como si dijese: En la casa de Satanás, y en la familia de Barrabás todos viven desordenados, y todos andan descontentos: porque así como el señor quiere que todas sus ovejas pazcan juntas, así el demonio quiere que todas sus cabras anden derramadas. Así como Cristo es padre de la verdad, y el demonio padre de la mentira, así también Satanás es caudillo de la discordia, como lo es Dios de la concordia: y de aquí es, que todo lo bien ordenado se llama y es religión: y todo lo mal ordenado y desordenado, no es religión sino confusión. Por lo que el santo Job ha dicho aquí, y por lo que el santo apóstol ha dicho arriba, puede cada uno conocer de sí mismo, si es de la congregación del demonio, o si es de la sagrada familia de Cristo: pues Cristo a todos los que tiene por siervos, trae ordenados y hermanados: y el demonio a todos los que tiene por sus familiares amigos, trae desordenados y enemistados.

Los sagrados apóstoles en su colegio, y los santos discípulos en la primitiva Iglesia, juntamente comían, juntamente andaban, juntamente moraban, y juntamente oraban: y de aquí es, que el malaventurado de Judas, como una vez se extrañase de la compañía de los de su colegio, paró en negar y aun vender a su maestro Cristo. Deste ejemplo nos hemos de espantar, y en él nos conviene mucho avisar, para que nadie ose en la religión ausentarse del cuerpo de la comunidad, ni ose procurar para sí alguna singularidad: porque el demonio es muy cobarde para tomarse con muchos, y tiene muy grande ánimo para el que halla a solas. A nuestra madre Eva a solas la tomó en paraíso, al santo Job a solas le lastimó en el muladar, y al bendito Jesús a solas le tentó en el desierto, y al infeliz Judas a solas le engañó fuera de su colegio: en los cuales ejemplos se nos da a entender, que a la hora que el religioso se aparta de seguir con sus hermanos las comunidades, luego es con él el demonio y sus tentaciones.

*Adversarius vester diabolus tanquam leo rugiens circuit, querens quem devoret*, dice el apóstol, y es como si dijera: Velad y orad hermanos míos de noche y día: porque el demonio vuestro mortal enemigo hora ni momento no deja de seguir y acechar a alguno, por ver si le podrá hacer caer en algún pecado. Mucho es aquí de ponderar, que no dice el apóstol, *circuit querens quos devoret*, sino que en singular y en particular dice, *circuit querens quem devoret*: es a saber, que anda el demonio buscando, no a muchos que tiene, sino a uno que engañe. Muy bien dice en esto que dice aquí el apóstol, pues hemos firmemente de creer, que el demonio tarde o nunca entra en el coro

adonde todos cantan, ni hay forma en el oratorio adonde todos oran: y que por otra parte no se aparta del monje que anda comiendo por los rincones, y anda murmurando por los corredores. Cuando el profeta dice, ecce quam bonum et quam jocundum, sé que no lo alaba al andar, y el estar, y el comer el monje solo: sino que lo alaba y aprueba el ordenarse todos juntos en el convento: en lo cual se nos da a entender, cuán amigo es el señor de la comunidad, y cuán enemigo de toda singularidad.

Todo esto decimos padres míos para avisaros y amonestaros, que pues el señor os llamó a la perfección de la religión y compañía de tan santa congregación, no se extrañe nadie de ir al coro, ni se aparte nadie de dormir en el dormitorio, ni ose comer nadie fuera del refectorio: pues nadie se puede llamar entero religioso, sino el que sigue la vida común del monasterio. De comer por los rincones, y aun de convidarte en los hospicios, te debes esquivar, y mucho dello huir: porque allende que aquello todo sabe a irregularidad, y a singularidad, darás a tus prelados materia de se enojar, y a tus hermanos ocasión de murmurar.

Hablando más en particular, debe el siervo del señor, esforzarse de ir a comer y beber al refectorio todo el tiempo que se sintiere recio y sano: pues aquel lugar y no otro tiene dedicado la orden adonde todos comen, como tiene el oratorio adonde todos oran. Si es cosa monstruosa osar nadie fuera del altar celebrar, también es cosa escandalosa, el monje fuera del refectorio comer: porque si lo uno es en desacato de la sacra comunión, también es lo otro en detrimento de la sacra religión. Todo lo que los siervos del señor comen en el refectorio, ya sabemos que todo está de Cristo bendito, y que los prelados lo tienen para su consolación dedicado: de manera, que allí todo lo que se come se come sin vergüenza, y aun sin escrúpulo de consciencia. Ante todas cosas te aviso, que por más oficios que tengas en el monasterio, ni por más que te haya tenido tu prelado ocupado, no te asientes a comer en el refectorio, sin que aquel día hayas primero entrado en el coro, y que hayas rezado todo el oficio divino: porque el monje que va a la mesa sin rezar, es como el ladrón que come lo ajeno sin trabajar. Para cumplir el monje con lo que debe, poco es que rece lo que le manda su ordinario, sino que más y allende dello, ha de rezar por las ánimas de purgatorio: pues es obligado a condescender, no sólo a la devoción que tienen con su orden los vicios, mas aun a las memorias que dejaron en su monasterio los muertos. Ten también aviso, en que sino te tuviere ocupado el prelado, te vayas a comer con tiempo al refectorio: porque haciéndolo así, oirás la lección que leen, comerás más sazonado, darás a todos buen ejemplo, y no darás pesadumbre al cillerero, ni enojo al cocinero: los cuales nunca se acaban de quejar, de los que entran tarde a comer. Trabaja mucho por hallarte a la bendición de la mesa, cuando todo el convento la bendice: porque si has parado mientes en ello, primero dicen en la bendición

benedic domine nos, que no benedic domine dona tua: es a saber, que antes bendicen a los religiosos que quieren comer, que no a los manjares que han de comer: la cual bendición es de creer que la da el señor de buena gana, pues por tantos buenos le es allí pedida.

Prosigue el autor la materia, y habla contra la soberbia y ambición maldita.

Entrando pues en el refectorio asiéntate adonde te pusieren, y come de lo que te dieren: y ora sea poco, ora sea mucho, guárdate de mostrar algún descontentamiento dello: pues comes de lo que otros mejores que tú ganaron, y no de lo que tú a la orden trajiste. No tengas respecto a si te asientan más alto o más bajo que a otro monje del monasterio mostrándote agraviado, de que tomases tú el hábito primero que no el otro: porque no puede ser en el mundo igual vanidad, ni aun liviandad, que habiendo tú dejado toda tu reputación y honra por amor de Cristo, la vayas después a buscar en el refectorio. En los convites y regocijos del mundo, se suelen aun los muy vanos y mundanos rogarse y convidarse con las sillas y asientos: ¿y quieres tú siendo monje y retraído, sobre si te asentarás en el medio, o en el cabo de un banco, dar pena a tu prelado, y escandalizar a todo el monasterio? Los que en el mundo quieren ganar honra, gánanla trabajando, sudando, peleando, o navegando: y no como tú que la quieres ganar en el refectorio holgando y comiendo: la cual cosa es en sí tan mala, que aun de oírla parece cosa escandalosa: porque hasta hoy por leer y aun por oír está que algún hombre fuese muy honrado, no más de por tener algún horroroso asiento. Ya que quieras honra, mira que tú la has de llevar contigo, y no buscarla en el pozo del refectorio: porque el lugar se ha de preciar de ti, que no tu del lugar. Si te asientas bajo mereciendo estar en alto, lóante de humilde: y si te asientas alto mereciendo estar bajo, motéjante de soberbio: y de aquí es, que la honra es muy más seguro merecerla y no tenerla: que tenerla y no merecerla. Si procuras el mejor lugar del refectorio, por pensar que por eso te elegirán abad y prelado en el capítulo futuro, mucho vives engañado, y muy fuera vas de camino: pues que en las religiones bien ordenadas, y en los monasterios bien concertados, no eligen en su caudillo y prelado al monje que más presume, sino al que más merece: ni aun ponen los ojos en el que está más alto, sino en el que es más perfecto. No te aceviles en semejantes cenilidades, ni te apoques en semejantes poquedades: porque si presumes de hombre generoso, y de rostro vergonzoso, no se te dará más comer arriba entre los padres ancianos, que asentarse abajo entre los humildes novicios. *Amant enim primos accubitus in synagogis: et volunt ab oibus salutari in foro*, decía Cristo predicando contra los fariseos, y es como si dijese: Cuando hablares y tratares con los escribanos y fariseos, haced lo que os aconsejaren, y guardaos de imitar lo que hicieren: porque traen los hábitos de ovejas, y dentro tienen las condiciones de lobos: lo cual parece claro, en que se enojan y apasionan con todos, si en sus sinagogas

no les dan los mejores asientos, y en las plazas no les llaman reverendos maestros.

Conforme a lo que aquí Cristo dice, y a lo que los ambiciosos también reprehende, bien osaremos decir, que el religioso claustral, que procura ser a todos los del monasterio antepuesto, y que en todas las congregaciones quiere en el mejor lugar ser asentado, que el tal no es de la Iglesia sino de la sinagoga, ni es religioso sino fariseo, ni aun es de Cristo sino delante Cristo: pues toma el camino de la ambición, habiéndole el señor llamado al de la perfección.

Negarme has tú, que no vas por el camino de la ambición maldita: pues te asientas el primero en el refectorio, y entras el postrero en el oratorio: Dime yo te ruego pues no ven en ti los monjes ninguna particular abstinencia, ni ningún rigor en la disciplina: ¿porqué quieres que no te llamen, sin llamarte paternidad, o reverencia, y que tengan delante de ti la capilla quitada? Si eres ambicioso de honra, y si quieres que te tenga reverencia, entra primero en el coro, sal el postrero del oratorio, haz lo que te manda tu prelado, sal pocas veces del monasterio, sirve con caridad a los enfermos, ten paz con tus hermanos, hállate con todos en todos los trabajos: y desta manera serás de Dios amado, y de los hombres reverenciado. Ya puede ser que alcances en la orden algún oficio honroso y provechoso, ora con mañas que tengas, ora con dádivas que des: la cual honra y provecho podrás por algún Cristo entretener: mas es cierto que algún día tú y ello habéis de caer, y aun os habéis de perder: porque todo lo que en la religión no va fundado sobre verdad, sabe el señor disimularlo, mas no quiere sustentarlo.

En las divinas letras, y en el catálogo de los santos, no se da el mejor lugar al que es más anciano, sino al que es más virtuoso: lo cual parece claro en el gran patriarca Abraham, que es muy más antiguo que David: mas el santo evangelio no dice que Cristo es hijo de Abraham y de David, sino de David y de Abraham: de manera, que al más nuevo nombra primero, y al más viejo nombra al cabo. Sé que Ismael primero nació que no Isaac, y Esau primero nació que no Jacob, y Rubén primero nació que no Judas: mas en el registro de los santos, y en la preeminencia de los mayorazgos: los menores precedieron a los mayores, y fueron príncipes y señores dellos. Los gloriosos apóstoles Santiago y San Andrés primero fueron llevados al apostolado de Cristo, que no San Juan Evangelista: mas el evangelista San Lucas al Cristo de contar sus nombres, y darles en la Iglesia sus asientos puso al glorioso San Juan en el lugar segundo, aunque por su vocación no le cabía sino el cuarto. En aquella gran palabra de la viña, que Cristo predicó y aun declaró, por la divina boca fue determinado y sentido, que los jornaleros que fueron a trabajar ya que se quería poner el sol fuesen primero pagados, que no los que habían trabajado de sol a sol: y que en su Iglesia muchas veces harían de los postreros primeros, y

de los primeros postreros.

De todos estos ejemplos podemos colegir, que nadie en la religión se debe espantar, ni escandalizar, si los prelados que la gobiernan, dan más alto asiento al que tomó a la postre el hábito, y confían algún oficio del que es en la religión más nuevo, pues no es cosa nueva en la sagrada escritura, y para poder hacerlo les da Cristo licencia. Desde los primeros discípulos de Cristo, se comenzó sobre los asientos el pleito: entre los cuales se levantó no pequeño escándalo, sobre cuál dellos sería el prelado, y se asentaría en el lugar más honroso: sobre la cual contienda y porfía, dio Cristo por sentencia, que aquel sería acerca de Dios más quisto y más honrado, que con humildad sirviese, y no con soberbia se asentase. Como Cristo maldiga y descomulgue al que en la Iglesia levantara algún escándalo, ¿no te parece a ti hermano mío, que con justo título mereces ser descomulgado y maldito: pues por la poquedad de un oficio, y por la ambición de un asiento, tienes a todo el monasterio escandalizado? O tú hermano mío eres bueno, o tú eres ambicioso y malo: si te tienes por bueno y pacífico, y por otra parte pides algún oficio, o algún asiento honroso: ¿y tú no sabes que por sola esa ambición lo has ya desmerecido? Si por caso eres malo y derramado: porque quieres ocupar el lugar de un bueno: Y tú no sabes que desmientes a Cristo en procurar el lugar primero, aconsejando él en el evangelio, que nadie se asentase sino en el postrero: ¿No ves a la clara que el buen Jesús contra ningún vicio tanto predicó, ni ningún delito tanto reprehendió como fue el de la maldita presunción, y el de la descomulgada ambición y esto no obstante, apruebas tú lo que él condena, y condenas lo que él aprueba? Querer por una parte ser tenido por perfecto, y procurar por otra parte ser entre los hombres estimado y sublimado, no creas hermano que tales bestias como estas sufra Cristo en su colegio: Charitas non emulatur non agit perperam, non inflatur, et non est ambiciosa, dice el apóstol escribiendo a los de Corinto, y es como si dijese: El corazón cristiano y caritativo a nadie tiene envidia, a nadie hace daño, con ninguna cosa anda hinchado, ni de ninguna honra es ambicioso: por manera, que en la religión cristiana nadie tiene caridad, sino tiene humildad.

Mucho son de ponderar las dos palabras del apóstol, que dice, non inflatur, non est ambiciosa: es a saber, que el verdadero religioso, y aun el verdadero cristiano, donde quiera se halla, y con que quiera se contenta: mas el que es tocado de la vanagloria, y es muy ambicioso de la honra, no sólo es a todos penoso, mas aun él mismo de sí mismo anda descontento. ¿Piensas tú hermano, que no más de por que presumas mucho, hables mucho, reces mucho, te quejes mucho, y andes muy hinchado, y con el prelado muy amotinado, que por eso has de ser el mejor del monasterio: y ser entre todos el más libertado? Pues el prelado está en el lugar de Cristo, y es de creer que en la gobernación de la religión le alumbró el espíritu santo, debes hermano mío

dejarte a su parecer, y asentarte adonde te quisiere asentar: teniéndote por dicho y creído, que si no te sube a lugar más alto, que no debe haber en ti más merecimiento. Debes también considerar, que como los preladados son padres de todos, así tienen de cumplir con todos: a cuya causa y razón, miran a los que en sangre son ilustres, tienen respeto a los que en letras son preeminentes, y consideran a los que en oficios de la orden han sido más trabajadores: y aun a los viejos que de canas están más cargados: para que conforme a la calidad de cada uno, se señale en el capítulo y en el refectorio el asiento. El monje que anda alterado, y vive en el monasterio aburrido y descontento, no más de porque le quitaron algún oficio, o no le dan a su voluntad el asiento: no es menos, sino que le trae muy a su mano el demonio, y que le tiene por su muy familiar amigo y discípulo: porque así como la humildad es la llave que cierra en sí todas las virtudes, así la ambición es la puerta por donde entran al corazón todos los vicios.

A este propósito dice San Bernardo en una epístola. Así como de la raposa se ha de presumir toda ruindad, y de la oveja toda simplicidad, así del monje ambicioso se ha de sospechar toda maldad, y del monje humilde se ha de presumir toda bondad. También decía Basilio estas palabras: Al monje derramado recójale, al monje incontinente enciérrenle, al monje parlero refrénele, al monje voraz absténganle, al monje impaciente castíguenle, al monje perezoso ánimenle: mas al monje presuntuoso y ambicioso alancénle y despídanle: porque a un discípulo de los discípulos de Cristo oí yo decir, que ningún vicio abastaba a perder la religión, si no era el vicio de la ambición. En el libro de la vida solitaria están también escritas estas palabras: Cuando algún monje se desmesurase a pedir a su abad, que le deje morar en alguna particular celda, o le pidiera alguna particular cogulla, o le importunare para salir del monasterio, o sintiere de él que es ambicioso o codicioso: debe el tal monje apartarle luego del convento, y alanzarle del oratorio: pues el tal más está para llorar que no para orar. San Agustín escribiendo a los monjes ermitaños dice: Así como en la vieja ley no consentían en los reales y pueblos, que estuviesen hombres leprosos: así en los yermos y monasterios no han de consentir que moren monjes ambiciosos y superbos: porque sin comparación son más tolerables los que están heridos de lepra, que no los que son muy ambiciosos de honra. Conforme pues a los dichos de estos santos mucho nos hemos de guardar, y muy poco hemos de confiar del monje sedicioso, y del fraile ambicioso: porque del tal podemos, y aun piadosamente creer, que por salir con un pundonor de honra, posporna a Dios y a su consciencia.

### Capítulo XXX

Que el religioso no debe ser en su comer y vestir extremado, sino seguir la vida común del convento.

Quare jejunavimus et non aspexisti, humiliabimus alias nostras et nescisti? Quem in die jejunii utri invenitur voluntas vostra: decía Dios por Isaías, en el capítulo XLVIII y es como si dijese: Dinos buen Dios de Israel, ¿qué es la causa: porque siendo tú tan piadoso, y que te precias de ser clementísimo, ves que ayunamos muchos días y no nos lo agradeces: y afligimos nuestras aias y haces que no lo entiendes? A esta querella le respondió el señor: Por eso yo no quiero premiar vuestros ayunos, ni me son aceptas vuestras penitencias: porque las hacéis como queréis, y no como debéis, teniendo más respeto a lo que vuestra voluntad os inclina, que no a lo que mi ley os obliga. Mucho es de notar, y gran caudal es de hacer, de la querella que los hombres proponen, y de la respuesta que Dios les da: por la cual se nos da a entender, cuán injustamente de Dios nos quejamos, y cuán nada es lo que merecemos: pues ninguna obra destas es meritoria, si a Dios nuestro señor no les es acepta. De por sí y a solas cosa es a Dios muy grata, ofrecerle el cuerpo quebrantado, y el corazón humillado: *qrcor contritum et humiliatum deus non despicias*: mas como los hebreos se lo presentaban con fingida santidad, y no con verdadera humildad: no sólo no se lo quiso Dios aceptar, mas aun dice que de sus ojos no lo quiere ver.

Osar decir Dios que no vio cuando ayunaban, y que no supo cuando se humillaban, parece palabra sospechosa, y sentencia escrupulosa: siendo verdad que a él no se le esconde cosa alguna: lo cual se ha de entender en seso llano, y en entendimiento sano: esto es que en las divinas letras entonces se dice que Dios no sabe ni ve alguna obra cuando a él no es acepta, ni de su bondad aprobada. Pues obra tan santa como es el ayunar, y virtud tan heroica como es la humildad, no quiere Dios tomársela a los hebreos en cuenta, y aun por manera de escarnio dice, que aún no ha venido tal cosa a su noticia: muy a la clara se nos da a entender, que no mira Dios tanto lo que hacemos, como la intención y voluntad con que lo hacemos. Como los hebreos ayunan a los ayunos que querían, y no los que debían: y ayunaban no cuando la ley se lo manda, sino cuando a ellos se les antojaba: y más y allende desto si ayunaban, no era tanto por hacer abstinencia, quanto porque los tuviesen por hombres de santa vida: no sólo no nos muestra el señor ser de tal ayuno servido, mas aun se queja estar dellos ofendido. Viniendo pues al propósito, oh cuantos monjes y aun monjas serán con esta respuesta respondidos: es a saber, *in die jejunii uti invenit voluntas vra*: a los cuales no tomará el señor en cuenta las abstinencias que hicieron, ni las disciplinas que se dieron, y esto no por que la obra que hacían no era en sí santa, sino porque la hacían por jactancia y vanagloria. De aquellos religiosos se puede con verdad decir, *in die jejunii uti invenitur*

voluntas ulla, que huelgan más de la voluntad suya propia, que en el día del ayuno cumplen, que no del fruto que de allí esperan: y lo que es peor de todo, que el fin de sus abstinencias es, no tanto por hacer abstinencia de sus pecados, cuanto por cobrar renombre de muy virtuosos.

Decir Dios a los hebreos, *in die ieiunii vestri invenitur voluntas vestra*: es avisarnos y desengañarnos, que no hay al señor ayuno tan acepto, como dejarse el monje al querer de su prelado: porque no está la perfección del religioso en la abstinencia que hace, sino en la obediencia que tiene. En el Génesis dijo Dios a Noé en saliendo del arca: *Ecce dedi vobis omnem escam ad vescendum*: es a saber, yo os doy licencia para que podáis comer de todos los manjares que son de comer: lo cual siendo así verdad como es verdad, dime yo te ruego ¿no será por ventura muy mayor abstinencia, el no hacer lo que quieres hacer, que no dejar de comer lo que puedes comer? El abstenerse de los manjares es cosa fácil, mas el irte a la mano a los apetitos es cosa difícil: y de aquí es, que vale más tener el corazón hambriento y el cuerpo harto, que no tener el corazón harto, y el cuerpo hambriento: porque no eres tú tan apetitoso de manjares, como lo es el señor de sus voluntades.

Que se abstenga el monje de los manjares, y trate ásperamente sus carnes, y que se dé algunas recias disciplinas, y que haga algunas particulares abstinencias, no sólo no lo condenamos y reprobamos, sino que lo aprobamos y loamos: con tal condición que no haya en ello alguna mezcla de vanagloria, ni se atreva a hacerlo sin licencia: porque el siervo del señor mucho más merece en la licencia que pide, que no en la abstinencia que hace.

Por más áspera que sea la penitencia que quisieres hacer, y por más secreta que sea la abstinencia que quisieres emprender, da parte a tu prelado, o al monje que está en su lugar puesto: porque no hay en el mundo triaca que así desemponzoñe el veneno de la vanagloria, como hacer todo lo que hicieres por el mérito de la obediencia. *Singularis servus depastus est vineam tuam domine*, decía David.

El animal que anda solo y que es indómito, aquel señor es el que ha asolado tu viña: y el que en agraz ha comido la uva della. Mucho es aquí de ponderar, que no dice el profeta, que una cabaña de vacas, ni un atajo de carneros, ni una piara de puercos, ni una manada de cabras, asolaron las viñas, sino que sólo un animal fue el que rompió el seto, e hizo todo el daño: en lo cual se nos da a entender, que en la Iglesia sagrada, y en la religión consagrada, de nadie nos hemos tanto de guardar, como del que en su vivir hace extremidades, y en su doctrina inventa novedades. Cuando los ganados andan juntos en una dehesa, y comen juntos de una yerba, y beben juntos de una agua, y se acuestan juntos a una hora, puédelos el pastor fácilmente guardar, y aun del lobo los defender: quiero por lo dicho decir, que en ningún género de gente tiene el demonio

tanta parte, como es en los que so color de más perfección se eximen de la disciplina del prelado, y se rigen por su seso propio. Singularis ferus han sido todos los herejes pasados: los cuales por no querer creer lo que los otros creían, e ir por donde los otros iban, y sentir lo que los otros sentían, sino que en todo se confiaron de su parecer, y permanecieron en su querer, vinieron después a desviarse de la santa fe católica: y que por malditos herejes los condenase la Iglesia. No fueron por ventura singularis servus, los protervos de Ebión, Marción, Corinto, Nestorio, Sipontino, Maniqueo, Mahoma, Arrio, y el Lutero: los cuales no con celo de reformar la Iglesia, sino de afamar cada uno a su persona, entre los fieles sembraron infinita cizaña, y para sus aias procuraron damnación: Curiosamente lo hemos mirado, y muchos libros hemos revuelto, y al fin hemos hallado por verdad, que hasta hoy ningún hereje se levantó de la Iglesia de Dios, que no fuese por una de dos cosas: es a saber, de necio por poco saber, o de ambicioso por más valer. Lo que en los tiempos pasados aconteció en la Iglesia con los herejes protervos, acontece ahora a las religiones con algunos religiosos capitosos, y aun ambiciosos: los cuales por vengar algún enojo que se les ha hecho, o porque en la religión los tienen en poco, toman algunos extremos en el comer, e inventan algunas novedades en el vestir: con las cuales dan a su prelados mucha pena, y aun siembran en la religión mucha discordia.

Que un monasterio difiera de otro en el comer, y aun en la manera del vestir, súfrese: mas que de las puertas adentro alguno con sus hermanos no se conforme, esto condénase: porque ado todos son conformes en la manera del vivir, llámase comunidad: mas ado uno se extrema de los otros llámase liviandad. En las religiones bien ordenadas todos se visten de un color, todos comen a una hora, todos se acuestan a un tiempo, y aun todos obedecen a un prelado: porque si se hiciese de otra manera, ya no sería religión, sino confusión.

A este propósito hablando con el religioso extremado y mal disciplinado, dice el glorioso Bernardo, en el libro de los estados de los monjes: Por vida tuya monje que me digas, ¿qué es la causa que andando todos descalzos, osas tú andar calzado? Ado todos andan calzados: ¿porqué tú andas descalzo? Pues todos hacen cogullas de paño áspero y roto: ¿porqué tú te vistes de lo que es fino y más costoso? El día que todos en el monasterio ayunan, ¿porqué tú comes: y el día que todos comen, por qué tú ayunas? Di pues di hermano mío con el santo José, quero fratres meos: es a saber, qué buscas a tus hermanos, y te andas tras ellos: para que conforme a ellos te vistas, y al tiempo que ellos comen comas, y cuando ellos velaren que veles, y cuando ellos ayunaren que ayunes: porque desta manera, ni serás a la orden penoso, ni te dirán que eres loco extremado. Lo de suso es de Bernardo.

A este propósito dice San Basilio en su regla: Mandamos a los abades nuestros

sucesores, que veden y castiguen en sus monjes los extremos que suelen algunos dellos hacer en las abstinencias demasiadas, en las disciplinas desaforadas, y cogullas no usadas y en las ceremonias peregrinas: para que les vayan a la mano en lo que emprende, y no les dejen salir con lo que quieren. El monje que en semejantes extremos se extrema, sed ciertos, que o tiene ramo de locura, o está tentado de vanagloria. Así como el lobo pocas veces osa acometer al ganado cuando está junto, sino que solamente arremete y mata al animal, que anda desmandado: por semejante manera el demonio nuestro enemigo, no osa tentar a los monjes que viven todos en conformidad: sino al que anda fuera de comunidad. Oh cuánto peligro tiene el monje que con sus hermanos no vive, y no come, y no duerme: porque al tal tiene licencia el demonio de tentarle, y no tiene él fuerzas para resistirle. Son tantas las tentaciones del demonio, y son tantas las asperezas del yermo, y son tantas las miserias del cuerpo, y son tantos los peligros del mundo: que ha menester hallarse el monje no sólo acompañado de otros monjes, mas aun rodeado de muchos santos: para que si está en pie le ayuden a tenerse, y si está caído le ayuden a levantarse. Todo lo sobredicho es de San Basilio.

### **Capítulo XXXI**

Que el siervo del señor de tal manera se haya con su cuerpo que le castigue, mas no que le mate.

*Ignis domini consumpsit extremam partem castrorum:* dice la sacra escritura en el libro de los Jueces en el XI Capítulo. Y es como si dijera: Murmuraron los hijos de Israel en el desierto de Achor, a causa que les faltaban los manjares, y les fatigaban los calores: y como el señor desto se enojase, y airase, envió sobre ellos un fuego de súbito: el cual fuego no quemó, ni abrasó a los que estaban en medio de los reales sino a los que estaban en los extremos de los ejércitos.

Mucho es aquí de ponderar y altamente considerar, no querer el señor quemar a los que estaban en medio del campo, sino a los que estaban en el extremo del ejército: en lo cual se nos da claramente a entender, en cuánto el señor tiene a los que con sus hermanos viven y residen: y cómo hiere y castiga a los que de vivir con otros se extreman: y de aquí es, que Cristo nuestro Dios nunca se asentaba a comer, ni se ponía a platicar con sus discípulos al cabo del banco, sino en el asiento del medio. San Agustín en un sermón a los ermitaños dice: No debe el siervo del señor apartarse de la compañía de sus hermanos, ni vivir sino como vivieron los monjes antiguos: porque de otra manera, como es el

demonio tan sutil, so color de llevarle por el camino de perfección, le traerá a desesperación. Fratres objecto vos utex hibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, deo placentem: et rationabile sit obsequium vestrum, decía el apóstol escribiendo a los romanos en el capítulo XII. Y es como si dijera: Mucho os ruego hermanos míos romanos, que pues ya por la gracia de Cristo sois bautizados, y a la santa fe católica traídos, que tengáis vuestros corazones tan limpios, y a vuestros cuerpos tan guardados, que los ofrecáis con la hostia viva, digna de ser al señor presentada: y esto ha de ser, con que los trabajos y disciplinas que diéreis a vuestros cuerpos mortales los puedan buenamente llevar, y no con ellos en el suelo caer.

Mucho es aquí de ponderar, que hablando el apóstol de la manera que nos habemos de haber con nuestro cuerpo dice hostiam viventem: es a saber, que le ofrezcamos al señor vivo y no muerto: en la cual palabra se nos da a entender, que si por caso el triste de nuestro cuerpo es descomedido en lo que le rogamos, y es atrevido en lo que le mandamos, tenemos licencia de disciplinarle, mas no del todo matarle. Decir el apóstol, et rationale sit obsequium vestrum: y que nuestros sacrificios sean de hombres vivos, y no de cristianos muertos: es queremos avisar y amonestar, que todo lo que mandáremos hacer a nuestra carne flaca, y a nuestra humanidad mísera, sea conforme a razón y no guiada por opinión: porque las fuerzas corporales que el señor nos dio, ha de pensar el siervo del señor que no consiste su perfección en debilitarlas, sino en cuerdamente emplearlas. Hostiam viventem ofrece el religioso a Dios: cuando los deseos de su ánima, y las fuerzas de su cuerpo las emplea todas en ir al coro, servir a los enfermos, barrer la casa, hacer la cocina, y cumplir lo que le manda la obediencia: ninguna de las cuales cosas puede hacer, el que en abstinencias desaforadas se quiere andar.

San Jerónimo escribiendo a rústico monje dice: Si de tí fuese yo creído hermano mío rústico, ni andarías tan enfermo, ni aun serías a tu monasterio tan penoso: porque a un abad del yermo de Tebas oí decir, que el verdadero monje había de tener el cuerpo vivo y el corazón muerto: pues desta manera tendría fuerzas para trabajar, y no apetitos para se perder. Oh a cuántos monjes he yo conocido, así en Palestina como en Tebaida: los cuales por querer inhumanamente debilitar sus fuerzas, y por atreverse a hacer penitencias no acostumbradas, vinieron después a ser tan enfermos, y a tener necesidad de tantos regalos: que no sólo no podían ayunar los ayunos de su devoción, mas aun ni los de su profesión. Lo de suso es de Jerónimo.

Tornando pues a la autoridad del apóstol, entonces padres míos est rationabile obsequium vestrum, y entonces ofrecéis al señor hostiam vivam y no muerta: cuando de tal manera moderáis vuestros ayunos, y tan cuerdamente hacéis vuestras disciplinas, que todos los que lo ven dicen que lo hacéis conforme a razón, y aun a vuestra complexión. San Buenaventura en el libro de la doctrina

de los novicios dice: Ante todas cosas debe el buen religioso emplear sus fuerzas en los ayunos a que de regla es obligado: y después en los ayunos de que él es devoto: mayormente, que no podemos decir, que es fraile de poca abstinencia, el que ayuna bien lo que su regla le manda. Y dice más adelante: El demonio como es enemigo nuestro mortal, de que no osa a los varones perfectos tentarlos a que no ayunen, engaña los en la manera del ayunar: es a saber, a que tengan en más el menor ayuno de su devoción, que todos los obligatorios de su religión. No es por aventura engaño del demonio, que ose el religioso ayunar todo lo que a él se le antoja, y se atreva a quebrantar lo que su regla le manda: Parécete ora bien, que en el día que ayunas por tu devoción no osas hacer colación aun con una pera, y en el día que ayunas por tu regla haces colación romana: El monje a quien el señor diere más fuerzas para poder trabajar, y más espíritu para orar, debe detenerse un poco más en el oratorio, anticiparse en los mártires, madrugar con tiempo a prima, no dormir hasta hartar, ni comer hasta regoldar: por manera, que podamos del tal monje decir que ejercita la virtud sin perjuicio de la salud: y conserva la salud, sin perjuicio de la virtud.

A este propósito dice Hugo de Santo Victore: El monje que estando malo no se quiere acostar, y teniendo necesidad no se quiere vestir, y estando debilitado no quiere comer, y hablándole su hermano no le quiere responder, y viviendo todos juntos a nadie se quiere allegar: no osare yo decir del tal, que hace de su persona sacrificio racional sino bestial: pues condesciende a lo que le persuade su voluntad, y no a lo que demanda su necesidad. San Agustín en su regla dice: Bien es que los monjes se abstengan alguna vez de no beber vino, y de que no coman carne en todo tiempo, y de no salir muchas veces fuera del monasterio, y de no tener su cuerpo muy regalado: mas esto ha de ser con mucho moderamiento y cordura: de manera que le castiguen, mas no le maten. También dice San Jerónimo sobre Isaías: No hago caso que en poco tiempo, o en mucho tiempo te acabes de consumir, o de matar: porque te hago saber hermano mío en Jesucristo, que todo hombre que con demasiada abstinencia, y con inconsiderada penitencia, se vino a acabar, o debilitar, es como el ladrón y salteador, que ofrece a Dios algún particular sacrilegio, de lo que a otros ha hurtado.

Palabras son de mucho peso estas que dice aquí el glorioso Jerónimo: pues en ellas se nos da a entender, que esta nuestra mísera carne, si no es justo que la regalemos, tampoco es justo que la acabemos: porque todo monje que quita a su cuerpo lo necesario, ofrece sacrificio de lo que no es suyo.

Ni por esto que aquí decimos es nuestra intención de reprehender ni lastimar a los que en algún monasterio son más honestos, más recogidos, más devotos, y mejor ocupados: porque así como en la Iglesia habrá unas sillas más altas que otras, así acá en la Iglesia ha de haber unos varones más perfectos que otros. A

los que aquí reprehendemos, y contra los que nuestra pluma se encruelece son, los que en la religión son muy voraces en el comer, y muy destemplados en el beber, y contra los que son inconsiderados en el ayunar, y extremados en el vestir: de manera, que ni a los unos hay quien pueda imitar, ni a los otros hay quien pueda contentar. No obstante todo lo dicho, no deben los mancebos aflojar en sus ayunos, ni refrenarse de sus santos propósitos: pues aquí no hablamos de los penitentes cuerdos, sino de los abstinentes locos. Si en el monasterio hubiese algún monje que fuese además goloso, y en extremo regalado, y por el contrario hubiese otro monje que fuese además abstigente, y en extremo apartado: de manera, que el uno no comiese aun apenas yerbas cocidas, y el otro no viviese sino con golosinas, y delicadezas: todavía es más tolerable el que en la virtud se extrema, que no el que en los vicios se ensancha. En las colaciones de los padres dijo el abad Serapio: Así como el animal que anda recio muy presto se cansa, y el que está quedo muchas veces de holgarse manca: por semejante manera, el monje que mucho come se avicia, y el que poco come enflaquece: a cuya causa debe el siervo del señor de en ninguna cosa ser extremado, y de no confiarse de su propio seso: porque tanto cuanto más se aparta la virtud del medio, tanto más se allega a vicio.

## Capítulo XXXII

De cómo el siervo del señor se ha de haber después que está a la mesa, para que allí conserve la abstinencia y no pierda la crianza.

Asentado pues a la mesa, no tomes luego el pañizuelo, ni saques luego los cuchillos, ni asgas luego del pan, ni comiences tampoco a comer, hasta que el lector lea de la lección un poco, y haga señal para comer el prelado: porque el siervo del señor primero ha de recrear el ánima con la santa doctrina que oye, que no apacentar el cuerpo con los manjares que come. A este propósito dice San Basilio en su regla: Cuando nuestros monjes comieren en las fiestas juntos, de tal manera tengan las manos en lo que comen, que también tengan el corazón en la lección que oyen: porque los hermanos del señor juntamente han de comer, y juntamente han de merecer. Ya que quieras comenzar a comer, dobla ante todas cosas las mangas, descubre el pan que te han puesto, extiende en la mesa el pañizuelo, y corta el pan con el cuchillo: lo cual todo debes hacer, no deprisa como hombre hambriento, sino muy despacio como religioso cuerdo: porque el verdadero siervo del señor ha de ir al altar con prudencia, y asentarse a la mesa con gravedad. No se te olvide de aguar muy bien el vino: a causa que cuando quisieres beber, esté ya desabrumado y desbravado: porque de otra manera, ya podría ser, que queriéndolo tú enviar al estómago, se te

fuese a la cabeza. Para decirte la verdad, y aun para lo que conviene a tu sanidad, antes te aconsejaría que envinases el agua, que no que aguases el vino: porque la intemperancia en el comer, y la desorden en el beber, acarrea al cuerpo poca salud, y aun en el ánima poca virtud. Conviene mucho a la honestidad monacal, no echarse de codos sobre la mesa, no comer a dos carrillos juntos, no morder el pan con desaforados bocados, no dar en la cocina grandes sorbos, ni lamer los dedos cuando están untados: porque son cosas que no se suelen consentir a los niños, cuanto más a los religiosos perfectos.

A este propósito dice Hugo de Santo Victore estas palabras: A muchos de nuestros monjes y cenobitas hemos visto, echarse sobre los manjares como animales en pesebres: y usar de los dedos en lugar de cucharas, y mascar como monas a dos carrillos, y sin partir el pan comerlo todo a bocados, y aun sin gravedad alguna traer derramados los ojos: de manera, que parece que comen con todos los miembros, y que querrían tragar todo lo que tienen los otros. Y dice más adelante el mismo Hugo: Todas estas cosas excusado sería decir las, si los monjes tuviesen vergüenza de hacerlas: mas pues no tuvieron disciplina en las hacer, hayan ora vergüenza de de las oír.

En la mesa conventual no tienes licencia de hablar palabra, ni de traer por el refectorio derramada la vista: porque según te dice en el libro de la vida solitaria, conviene al novicio claustral tener allí el corazón con el señor ocupado, debe los ojos tener en el suelo, debe los oídos tener en la lección que se lee, y las manos en el manjar que allí come: por manera, que ni por tomar su refeción, no pierda cosa de la honestidad y religión. En las vidas de los padres se lee de un santo monje, que había nombre Mosin: al cual como le enviase el abad Serapio por unos antojos que se le habían quedado en su ración ado comía en el refectorio, le respondió el monje: Por cierto padre santo y bendito que ha más de treinta años que como en el refectorio, y que no sé el lugar ado tienes allí tu asiento: que como tú bien sabes, allí tenemos licencia para comer, mas no la tenemos para mirar. Oh cuántos de los que este dicho leyeren, y oyeren, loarán lo que aquel monje dijo, y cuán pocos imitarán lo que él hizo: porque en esta nuestra edad, o por mejor decir en esta nuestra tempestad, cuando oímos algún hecho heroico y virtuoso: cumplimos con loarle, y rehusamos de imitarle.

En este derramamiento de la vista, más monjes hay que reprehender, que no de loar: los cuales tan ahincadamente miran lo que al refectorio se trae, y lo que allí se reparte, que parecen tomar más enojo y pesar de lo que a sus hermanos traen, que no placer con lo que ellos allí comen. Recoge pues allí la vista, y no la traigas por el refectorio derramada: porque es el demonio tan astuto y tan malicioso, que por darte mala comida, y por ponerte algún escrúpulo de consciencia, te persuadirá, y te engañará, en que vale más lo que a la otra mesa dan, que todo cuanto ante ti ponen. Si guardas allí bien la vista, ni tendrás

envidia a lo que los otros comen, ni aun te pondrás a juzgar de la manera que comen: y si otra cosa haces, no es menos sino que si miras te mirarán, y si te quejas te castigarán. El pan que te pusieren en la mesa para comer, no te quejes si es negro y no blanco, si es partido o entero, si es duro y no blando, si es poco o mucho, y si es mal cocido y no hojaldrado: porque si comes sin gana aun de lo muy bueno ternás hastío, y si tienes hambre ningún pan ternás por malo.

San Bernardo escribiendo a Eugenio Papa, el cual había sido primero monje suyo, dice: Tanta razón hay santo padre Eugenio para tenerme tú a mí envidia, como para tenerte yo mancilla: pues me sabe a mí mejor el pan de millo que como las fiestas, y los mendrugos negros que me ponen entre semana, que cuanto pan mantecado y sobado comes tú en Roma. Los señores del siglo y los hombres muy ricos del mundo, no comen a la continua pan blanco y sazonado: ¿y quiéreslo tú comer cada día tierno en el monasterio? Oh cuántos en el mundo darían gracias al señor, por tener para comer el pan que a ti te sobra: ¿y murmuras tú de lo que te ponen a la mesa? Si como hombre mundano quieres comer manjares delicados y sabrosos, vete a comer con el rey Baltasar a Babilonia, y con el rey Asuero a la ciudad de Suso: mas si como siervo del señor quieres ser convidado del señor, sabe que no has de comer sino pan de cebada, como comieron los cinco mil que hartó en el desierto, o pan subcinericio como dio a comer a Elías en el yermo.

El siervo del señor ha de pensar, que cuando vino a la religión, y cuando hizo posesión, que no se obligó la orden a darle de comer lo que él pidiese, sino que él se obligó de comer lo que la orden le diese: y de aquí es, que todas las veces que muestra de lo que come algún descontentamiento, se hace transgresor de lo que tiene con Dios capitulado y jurado. Sea pues el caso, que si no te agradare el pan que te pusieren delante en el refectorio, que echas la culpa al trigo ser mojado, o al molino estar agudo, o al horno estar frío, y no la echas al monje que dello tiene cargo: pues has de tener por cierto, que si fuese más en su mano, él te lo daría aunque fuese de oro.

A este propósito se dicen en el libro de la vida solitaria estas palabras: El pan que os pusieren delante, guardaos hermanos no lo desperdiciéis, no lo desmigajéis, no lo descortezéis, ni tampoco lo engraséis: pues manda nuestro padre San Basilio en su regla, que no os pongan ningún pan entero, hasta que acabéis lo que dejásteis ayer empezado. El monje que ni ara, ni caba, sino que se va cada día a mesa puesta, y por otra parte se descontenta del pan que le dan, y murmura del manjar que le ponen: no es menos sino que el tal es falto de vergüenza, y pobre de consciencia. Si por caso vieres en el refectorio dar a otro monje alguna cosa más aventajada, o mejor aderezada, que no a ti, ya que te desmandes a lo mirar, no te atrevas a dello murmurar: imaginando entre ti, que pues lo consiente el prelado, debe ser, o porque el tal monje está enfermo,

o porque es flaco y necesitado, o porque en la orden es más anciano y viejo. Dime yo te ruego, si fueses más flaco, o más enfermo, o más quebrantado que los otros monjes tus hermanos: por ventura , no querrías que algo más te sobrellevasen: y aun algo más te regalasen. Quiere pues para tu hermano, lo que quieres para ti , y huelga de lo que dan a él, como holgarías si lo diesen a ti: porque entre los religiosos y siervos del señor, no consiste la hermandad y fraternidad, en que moréis en un monasterio juntos, sino en que os apiadéis unos a otros. Si por caso te tentare el demonio: diciendo, que ni por flaco ni por anciano, merece más que tú ser el otro monje sobrellevado y regalado: a esto le responde tú, que ni tú ni él sois jueces de este pleito, sino solamente el prelado que está en lugar de Cristo: porque a tomarlo de otra manera, mas pecarías tú en lo que murmurases, que no el otro en lo que comiese. Debes dar inmensas gracias al señor por haberte dado lo que no dio al otro monje tu hermano: es a saber, competentes fuerzas, y harta salud para poder de todo comer, y el rigor de la religión llevar: teniendo por cierto, que si te cupiera en fuerte la flaca complexión que cupo a él, fueras tú de peor condición que no es él.

A este propósito dice San Agustín escribiendo a los monjes del yermo: Sobre todo os guardad hermanos míos, de que el monje que ayuna no juzgue al que no ayuna, y el que está flaco no escarneza del enfermo, y el que es sano no burle del flaco, y el que es animoso no tenga en poco al que es tentado: porque así como David hizo iguales a los que quedaron a guardar la ropa, con los que descendieron a dar la batalla: así merecen a las veces tanto los enfermos y flacos con tener paciencia, como los sanos y recios con su abstinencia. Ya puede ser que un hombre flaco sirva al señor comiendo manjares delicados, que no uno que está sano comiéndolos ásperos y desabridos: lo cual suele acontecer cuando el que es delicado se asienta a comer no más de por se sustentar: y el que es recio y fuerte no come por se sustentar, sino por se recrear y regalar. Creedme hermanos míos y no dudéis, que el mérito o demérito del ayuno, no consiste en los pocos o muchos manjares que comemos: sino en la templanza o destemplanza con lo que comemos. ¿Osarás tú decir que fue más abstigente Esau en no comer sino unas lentejas desabridas: que no lo fue Cristo en comer peces asados? ¿Son por ventura más dignos de loar, los animales brutos, que no comen sino avena del campo, o heno del prado: que no es el hombre racional que ayuna con pan y vino?

Todo esto decimos para que si alguno de los que están en ese yermo, no puede comer las bellotas secas, ni las raíces crudas, si por caso le viéredes comer lechugas cocidas, o bellotas asadas, no se lo vedéis, ni aun se lo juzguéis: pues es de creer, que lo hace más de pura flaqueza, que no porque es vencido de gula. Todo lo sobredicho es de San Agustín. No tomes costumbre de entrar en el refectorio antes que los otros entren, ni aun de quedarte comiendo después

que los otros salgan: porque serás a los oficiales penoso, y por todo el convento de particular notado. Si para irte a comer con tiempo, o para quedarte en la mesa rezagado, te diere el prelado para ello alguna vez licencia, no la tomes tú después cada día: porque si por tu enfermedad, o por tu ancianidad alguna vez lo disimula, no por eso deja de recibir dello pena.

San Anselmo escribiendo a un monje de su orden dice: Cata hermano Rogerio que por eso la orden se llama orden: porque todas las cosas están en ella bien ordenadas y concertadas: lo cual es así verdad, cuando todos los monjes viven juntos, comen juntos, andan juntos, y duermen juntos: de manera, que pierde el nombre de religioso, el que con sus hermanos no se asienta y se levanta juntamente del refectorio. Y dice más el mismo doctor: Es cosa tan buena la orden y concierto, que aun los del mundo huyen de lo malo y desconcertado: lo cual parece claro, en que no quieren los despenseros de los señores dar de comer uno a uno, sino a todos juntos: negando la comida a los que de golosos la piden con tiempo, y a los que de perezosos vienen a comer tarde. Pues si en el comer y beber basta un despensero sólo, para que nadie ose desordenarse en palacio, ¿no será más justo que ponga el prelado orden en su monasterio? Al que es flaco, o es anciano, permítesele que coma tarde o temprano en el refectorio: mas el que en levantándose de la mesa se va por los hospicios, o se va a pasear por los huertos: ¿no sería mejor que estuviese oyendo la lección con sus hermanos? De los manjares que te pusieren delante, toma lo que has menester, y deja lo que te puede dañar: porque si comes poco no podrás trabajar, y si comes mucho luego querrás dormir. Los del mundo comen para se regalar, mas el siervo del señor no ha de comer sino para se sustentar: porque en las religiones bien ordenadas, permítese que el religioso mantenga el cuerpo: mas no se sufre que satisfaga al apetito. Ni del todo acabes la carne que te ponen, ni del todo agotes el vino que te dan: sino que siempre dejes algo en el vaso, y te sobre algo en el plato: y esto has de hacer, no por satisfacer a tu consciencia, sino por cumplir con la buena crianza. Has de saber hermano mío, que el comer aprisa es de loco, el acabar el plato es de voraz, el lamer los dedos es de goloso, el escurrir el vaso es de borracho, el mirar a todos es de inhonesto, el hablar allí mucho es de atrevido, y el pedir a la mesa algo es de desvergonzado. No pidas a la mesa ninguna cosa, si no fuere solamente pan, y agua: y si te dieren carne y vino, y fruta, inclina al que te lo diere un poco la cabeza: mas si desto no te dieren cosa, has de tener mucha paciencia: porque el verdadero siervo del señor mucho más merece en el sufrimiento que tiene, que no en la abstinencia que hace. San Bernardo en los documentos de los monjes dice: Si por caso os dieren pescado que esté salado, y la cocina que no tenga aceite, y el pan que no esté blando, y el vino que sea acedo: ni os quejéis a otros, ni murmuréis entre vosotros mismos: pues muchas veces nuestros abades nos querían dar más, y el monasterio no alcanza más. Y dice allí más el mismo doctor: El monje que tiene gusto en el paladar, no le

debe por cierto de tener en el orar: porque jamás vi a religioso que tuviese cuenta con el cocinero, que no fuese enemigo del oratorio. Al cabo de la comida debes poner aparte las vasijas, plegar el pañizuelo, alimpiar todas las migajas, desplegar las manos, y recoger los brazos: de manera, que todos los que te miraren, digan que más parece venir de celebrar, que no que acabas de comer.

### Capítulo XXXIII

Ado se comienza a tratar del oficio divino, y que el loar al señor es oficio de ángeles del cielo.

Cantate domino canticum novum: quia mirabilia fecit, decía el serenísimo rey David en el salmo XCVII. Y es como si dijese: Oh hijos de Israel, oh descendientes de Abraham, por el amor que os tengo, y por el deudo que os he, os aviso y amonesto, no echéis atrás en olvido, el haberos Dios sacado de Egipto, y el haberos sacado del mar Bermejo: en cuya remuneración y servicio, deberíais de levantar y cantar al señor algún cantar nuevo, que otro ninguno no le hubiese cantado. Mucho es aquí de ponderar, que cuando el rey David compuso este salmo, y dio al pueblo este consejo, ya en la sinagoga sabían cantar, y aun quienes supiesen cantares componer: lo cual parece claro en el cántico que compuso Moisés, y en el de Delbora, y en el de la buena Ana, y en el del rey Ezequías, y aun en los cantares de cantares que compuso Salomón: ninguno de los cuales quiere ahora Dios que le canten, sino que de nuevo otros cantares le busquen.

Gran turbación nos da, y en gran confusión nos pone, mandarnos el profeta que cantemos, y no señalarnos lo que hemos de cantar, sino que solamente dice, que lo que cantaremos sean cosas nuevas, y no viejas: pues son nuevas las mercedes que él siempre nos concede, y muy grandes las maravillas que nuestro Dios por nosotros hace. Oh cuánta razón nuestro señor Dios tiene, en querer que le inventemos algunos cantares nuevos, pues ha hecho por nosotros tantas novedades: lo cual parece claro: pues trocó al criador por la criatura, al hijo por el siervo, al justo por el condenado, al inocente por el culpado, y al redentor por el pecador. Dime yo te ruego, tantas maravillas, y tan ilustres mercedes como son éstas, ¿tú no ves que apenas hay lengua que las pueda contar, cuanto más servicios para poderse pagar? No vaca de alto misterio, mandarnos nuestro señor Dios que le loemos, y no nos señalar las palabras con que le hemos de alabar: porque el beneficio de que usó en querernos criar, y la largueza que mostró en venimos a redimir, y la providencia que tiene en

también nos gobernar, y la misericordia de que usa en querernos sustentar: obras son tan altas y tan heroicas, que trascienden la capacidad humana, y aunque sobrepujan a la natura angélica. Oh cómo fue obra muy nueva, y aun obra nunca oída, Dios tornarse hombre, la virgen ser virgen y madre, ser hijo y no tener padre, la sinagoga tornarse Iglesia, la circuncisión tornarse bautismo, a los profetas suceder apóstoles, los sacrificios tornarse en sacramentos, y las figuras parar en verdades: y por eso es mucha razón, que tan nuevos misterios no se engrandezcan sino con nuevos cantares.

Dejar Dios a nuestro libre albedrío lo que hemos de cantar, y cuándo lo hemos de cantar: es darnos a entender, que pues no somos bastantes para le loar y servir como debemos, a lo menos que hagamos por él lo que podemos: porque él es tan bueno, y de tan buen contentamiento, que nos toma también en cuenta el deseo que tenemos de servirle, como si de hecho le sirviésemos. Oh si supiésemos conocer cuán buen Dios tenemos, y cuán a buen señor servimos: por tantos bienes que cada día nos hace, y por tantos pecados que cada hora nos disimula, no nos manda peregrinar a la tierra santa, ni nos pide nuestra hacienda, ni nos toma nuestra honra, ni aun nos roba a nuestra vida: sino que solamente lo que de nosotros quiere es, que con el corazón le creamos como buenos cristianos, y con la lengua le alabemos como sus siervos. Lo que Dios por nosotros hizo, es cosa muy difícil, que fue querer morir: y lo que él a nosotros pide es cosa muy fácil, que es no más de que se lo hayamos de agradecer: y este agradecimiento no le pide él que sea de obras muy arduas, sino que le demos alabanzas muy continuas: el cual oficio es de poco trabajo, y de gran merecimiento. Muy gran razón tiene el profeta en decir, cantate domino canticum novum: es a saber, que cantemos al señor algunas alabanzas nuevas: pues por todo el bien que nos hace, y por las mercedes que nos concede, no nos pide y demanda que se lo paguemos, sino que se lo alabemos. Oh cuán buena vida debe ser, vivir con Dios, servir a Dios, y seguir a Dios: pues todos los que moran en su casa, y todos los que andan en su compañía, no los dejan llorar, sino que los avezan a cantar: que como dice San Juan en el Apocalipsis, los santos que vio ir de acá allá, luego les enjugaban las lágrimas de los ojos, y les enseñaban a cantar unos cantares nuevos.

Cantate dominum de terra dracones et omnes abyssi, ignis, grando, nix, glacies, et spiritus procellarum, decía el serenísimo rey David, y es como si más claro dijese: A todas las jerarquías celestiales cito, y a todas las criaturas mortales convido, se junten a loar al señor conmigo: es a saber a los dragones bravos, a los profundos abismos, al fuego que quema, al granizo que descalabra, a la nieve que se congela, al carámbano que enfría, a la mar que espanta, a las bestias que braman, a las serpientes que silban: y aun a las aves que vuelan.

Para mi creído tengo, que por eso comete el profeta las alabanzas de Dios a los

brutos animales, por motejar a los hombres de hombres bestiales: lo cual nosotros somos todas las veces que conforme a la razón no vivimos: porque hablando la verdad, y con libertad, si quitamos al hombre el conocimiento que tiene de lo bueno y de lo malo, nadie le juzgará, sino por un animal bruto. Oh cuán grande afrenta es a nuestra humanidad, y aun en gran perjuicio de nuestra libertad, ver que loan a su Dios y criador el dragón, y el león, y el granizo, y el hielo: y que por otra parte se queja el señor del hombre, que no sólo no es de él loado, sino que es de él injuriado y blasfemado: lo cual parece claro: pues apenas hace obra con que no le injurie, ni dice palabra con que no le blasfeme.

A este propósito dice el egregio Augustino en el libro de sus confesiones: De todas las criaturas que Dios crió en la tierra, y de todas las que él plasmó en el mundo, ninguna dellas tiene menos razón de le blasfemar, y más obligación de le loar que es el hombre: porque todas las otras criaturas deben a Dios la creación y la conservación, mas el hombre débele la creación y la conservación, y la redención. Oh buen Jesús, oh amores de mi alma, ¿qué tengo yo que tú no me hayas dado? ¿Qué sé yo que tú no me hayas enseñado? ¿Qué puedo yo si tú no estás a mi lado? ¿Qué valgo yo si de mí quitas lo que es tuyo? ¿Qué merezco yo si a ti no soy acepto? Alúmbrame señor si estoy engañado enséñame el camino si voy perdido, tórname a tu gracia si te he errado, perdóname los yerros que contra ti he hecho: pues me criaste sin que te lo rogase, y me redimiste sin que te lo mereciese. Mucho hiciste en criarme, y mucho hiciste en redimirme, y no harás menos en perdonarme: pues tu acérrima muerte que padeciste, y la mucha sangre que derramaste: no fue por los ángeles que te loan, sino por muy por los otros pecadores que te ofenden. Pues te he negado déjame reconocerte, pues te he perdido déjame buscarte, pues te he ofendido déjame servirte, y pues te he blasfemado déjame alabarte: pues es más muerte que vida, la vida que en tu servicio no está empleada. Todo lo sobredicho es de San Agustín.

Lauda anima mea dominum: laudabo dominum in vita mea, decía el serenísimo rey David, y es como si dijera: A vos, oh ánima mía conjuro, y a vos, oh cuerpo mío requiero y mando, que no dejéis de al señor loar, y ni paréis de a mi Dios servir: y esto no ha de ser cada día, sino cada hora, ni aun ha de ser cada hora sino cada momento: pues mi ser procede de su poder, y mi valer depende de su querer. Mucho es de notar, y aun a la memoria de encomendar, que siendo como era el santo profeta David rey de doce tribus, señor de muchos pueblos, caudillo de muchos ejércitos, y ocupado en grandes negocios, protesta de siempre a su Dios servir, y no pone excusa de no le poder loar: del cual documento podemos colegir, que todo cristiano que bien vive, siempre a su Dios alaba. Cuanto la araña come torna ponzoña, y cuanto la abeja gusta torna en miel: queremos por lo dicho decir, que el malo y el perverso cristiano, con todas sus obras de Dios blasfema, y el que es bueno y

virtuoso, con todos sus hechos le alaba: de manera, que lo que obramos en gracia es a Dios todo grato y gracioso: y lo que hacemos sin gracia, le es desgraciado y enojoso. Canodoro sobre los salmos dice: Todo lo que pensamos y todo lo que hablamos, y todo lo que obramos, si con caridad lo hacemos, y con humildad lo ofrecemos, con todo ello al señor loamos y alabamos: y por el contrario todo lo que en pecado cometemos, y todo lo que como malos inventamos, con todo ello del señor blasfemamos y de él regañamos: porque si es mala la blasfemia de la lengua, muy peor es la de la obra. San Jerónimo a este propósito sobre la epístola a los de Corinto dice: No en vano, y aun no sin alto misterio dice el apóstol, escribiendo a la Iglesia de Corinto, que todo lo que comiere, y todo lo que bebiere, sea más para al señor loar, que no para a sí mismos recrear: de las cuales palabras podemos colegir, que nunca cesa de a su Dios loar, el que nunca para de bien hacer. Dicitur cum bene, decía Dios por Isaías, y es como si dijese: Decid de mi parte al justo, que no esté triste ni alterado: pues todo lo que piensa es a mí grato, todo lo que hace es a mí acepto, todo lo que elige es conforme a mi gusto, y todo lo que quiere es como yo lo quiero: porque desde la hora que a un hombre recibo por mío, le tengo de mi mano para que no sea malo.

Oh qué palabra es esta tan consolativa para los buenos, y tan espantable para los malos: porque si el hombre es justo, en ninguna cosa puede errar, y si es injusto ninguna cosa puede acertar: la cual justificación y perfección, son muchos los que por ella suspiran, y muy poquitos los que del señor la alcanzan.

Acerca pues de alabar y loar al señor, hay hombres que siempre callan, otros que continuo blasfeman, otros que cada día lloran, otros que cada momento ríen, otros que como viejos cantan, otros que cantares muchos inventan, otros que cantan con el corazón, otros que no sino con la lengua, y otros que con la lengua y con el corazón. Si decimos de cada uno destes una palabra, por ella se conocerá cuánto va de una condición a otra: pues son entre sí las inclinaciones de los hombres tan diversas, y aun tan adversas, que nadie se inclina a lo que en otro ve, ni quiere hacer lo que otro hace. Los que siempre callan y nunca hablan podemos decir que son los paganos y gentiles, de quienes dice el salmo, et os habent et non loquentur: es a saber, que tienen boca y no saben hablar, y tienen pies y no saben andar, y tienen orejas y no saben oír: lo cual dice el profeta, porque no podemos decir que sabe hablar, el que a Dios no sabe loar, ni sabe andar el que a Dios no sabe buscar, ni sabe oír el que a Dios no quiere creer, ni aun sabe ver, el que a Dios no sabe conocer.

Hay otro género de hombres que no saben sino blasfemar, y estos tales son a los que la Iglesia llama herejes: los cuales tienen por oficio de hacer obras perniciosas, y de levantar doctrinas escandalosas: y esto no para más, de para afamar por todo el mundo a sus personas, y de destruir las doctrinas santas y

antiguas. Deste género de blasfemos decía Dios en el Levítico: Educ blasphemum extra castra: et lapidet eum omnis populus. Y es como si dijera: Al que hallaren ser hereje notorio, o ser blasfemo público, mando que le saquen luego de mi Iglesia, y que le apedreen todos los de la república: porque más justo es que perezca una oveja sarnosa, que no que con ella se inficione toda la cabaña. Hay otro género de hombres que siempre lloran, y nunca se ríen: y estos son los que de ninguna cosa que Dios hace se contentan, sino que siempre gruñen, y murmuran: por manera, que lo que ellos querrían es, que hiciese Dios nuestro señor todas las cosas que a ellos tocan, no como a él le place, sino como a ellos cumple.

Hay otro género de hombres que siempre ríen y que nunca lloran: y éstos son los que llamamos vanos, y tenemos por profanos, que no entienden sino en cómo se han de regalar, y no tienen otro oficio, sino reír y tomar placer: de los cuales podremos decir, que son hombres bestiales, más que criaturas racionales: pues viven no según lo que la razón les dicta, sino lo que la sensualidad les demanda. Hay otro género de hombres, que si cantan no cantan sino cantares viejos: y éstos son los que por espacio de largos tiempos están en sus pecados envejecidos y obstinados: y lo que es peor de todo, que no sólo no hacen enmienda de las culpas pasadas, sino que las cantan y cuentan como si fuesen hazañas famosas. Hay otro género de hombres que olvidados los cantares viejos, no cantan sino cantares nuevos: y éstos son los que en el tiempo de su juventud fueron grandes pecadores, y después a la vejez viven muy corregidos, y hacen gran enmienda de sus pecados: por manera, que habiendo dado al mundo la harina, dan ya siquiera los salvados a Dios. Hay otro género de hombres, los cuales no cantan con las lenguas de fuera, sino con el corazón de dentro: y éstos son los que sobre todas las cosas a su criador aman, y qu con todas sus fuerzas y voluntad le sirven: por manera, que con sólo su Dios y señor tienen cuenta, sin que de sí mismos hagan cuenta y memoria. Hay otro género de hombres que callan con el corazón de dentro, y solamente cantan con la lengua de fuera: y éstos son los hipócritas malditos y descomulgados: los cuales en las palabras que dicen parecer ser unos santos, y en las obras que hacen son unos demonios: por manera, que podremos a los tales comparar a las píldoras que están doradas: las cuales para mirar son muy alegres, y para gustar muy amargas. Hay otro género de hombres que juntamente con la lengua cantan, y con el corazón al señor loan: y éstos a la verdad son los buenos y santos religiosos, que residen en sus monasterios retraídos, y en los santos oficios ocupados: el oficio principal de los cuales es, andarse por los rincones contemplando, y estarse en los coros cantando. Oh oficio bienaventurado, oh oficio glorioso, oh oficio no humano sino angélico: es a saber, irse el monje al coro a cantar, y poderse retraer a su celda a contemplar: porque si profundamente quisieren mirar, no es otra cosa cantar salmos en la Iglesia, y meterse a contemplar en la celda, sino remedar e imitar

a los santos que están en la gloria.

El glorioso San Juan Evangelista vio en su Apocalipsis la pena que tenían los dañados, y la gloria que gozaban los bienaventurados: mas no vio allí arar, ni sembrar, ni tejer, ni labrar, ni gobernar, ni mandar, sino solamente cantar, y al señor todos a una loar: de lo cual podemos colegir, que todos los oficios que sabemos, y todos los ejercicios que tenemos, tendrán en la bienaventuranza fin, sino será el cantar y el contemplar, que durarán sin fin. Elegi abjectus ese in domo dei mei, decía el serenísimo rey David, y es como si dijera: Oh buen Dios de Israel, aunque me hiciste en naturaleza hombre, en condición libre, en linaje generoso, en oficio profeta, y en dignidad rey: en más tengo ser el menor de los que te loan en tu templo, que si me hicieras señor de todo el mundo. Decir el profeta que escogió ser abjecto y menospreciado en la casa del señor: es darnos a entender, que la mayor merced que Dios hace en esta vida a un cristiano es, ponerle adonde no se emplee sino en servirle, y no se ocupe sino en loarle: de manera, que al tal si por ser de carne y sangre le llamaren hombre, por el oficio que tiene de alabar al señor le llaman ángel. La diferencia que va de los infernales a los celestiales hombres es, que en el infierno no saben sino blasfemar de nuestro señor Dios y de su justicia, y en el cielo no saben sino loar al señor y a su gran misericordia: y de aquí es: que por el oficio de que usa cada uno en esta vida, podrá ver si se salvará, o se condenará en la otra.

### **Capítulo XXXIV**

De la antigüedad y excelencia de la oración: y que muy poco aprovecha el mucho orar, sin el bien obrar.

Facies mihi sanctuarium: et habitabo in medio eius: dijo nuestro Dios hablando con Moisés, y es como si dijera: En mitad de mi pueblo, y en el lugar más honroso, y en el sitio más público fabricarás para mí un santuario a manera de oratorio: adonde todos los que quisieren concurran a orar, y sus sacrificios ofrecer. No vaca de misterio que Dios nuestro señor en sacando a los hijos de Israel de Egipto, la primera cosa que les mandó hacer fue, una casa de oración: y la primera cosa que les avezó fue, la manera de orar, y sacrificios ofrecer: de manera, que en la oración le ofrecían la consciencia, y en los sacrificios la hacienda. Traían los hijos de Israel contienda con las aguas de Marath que no se dejaban beber, con las serpientes del desierto que los iban a morder, con los reyes de Moab que los querían matar, y con los príncipes de Seon, que los querían engañar: y para resistir estos pueblos, y para librarse de

tantos peligros, primeramente los enseñó Dios a orar, que no a pelear. Si curiosamente se mira hallaremos por verdad, que desde el primer hombre justo que fue Abel hasta Judas Macabeo que fue casi de los de la vieja ley el postrero hombre bueno, ninguno dellos hubo que no supiese orar, y muchos dellos hubo que no supieron pelear: de lo cual se puede inferir, que este nombre de bueno, y este nombre de santo, no se alcanza con las armas, sino con las lágrimas.

Osaría yo decir que aquél hace santuario en medio de su pueblo, que ofrece a su Dios lo más y mejor de su tiempo: porque en el día del juicio tanta cuenta daremos a Dios del tiempo que perdemos, como de las ofensas que hacemos. En medio de su pueblo hace santuario, el que en medio y en lo profundo de su corazón tiene a su Dios puesto: por cuyo amor y reverencia, antes perderá la vida, que cometer contra él una ofensa. No vaca de misterio, el no mandar Dios que al principio, o en el cabo, sino que en medio del pueblo le hiciesen su santuario: en lo cual se nos da a entender, cuanto nos conviene de las cosas extremadas huir: es a saber, que ni por mucho trabajar dejemos un poco de orar, ni por mucho orar dejemos algo de trabajar. Aquel hace en medio y no en el cabo del pueblo el santuario, que de tal manera mide y reparte su tiempo, que cumple con las cosas de su consciencia, y no se descuida de las que pertenecen a la vida humana: porque al fin, por más que el águila vuela y suba en alto, se ha de abatir cada día a comer y beber en el suelo. La suma verdad del hijo de Dios, apenas cosa tanto nos enseñó, ni encomendó, como fue el ejercicio de la oración: lo cual parece claro, en que todo el tiempo que le vacaba de predicar, y de los enfermos curar, expendía en la oración y contemplación: por manera, que el bendito Jesús de día curaba los enfermos, y de noche rogaba al padre por nuestros pecados. Muy particularmente nos enseñó Cristo no sólo que oremos, mas aun cómo oremos, y dónde oremos, y por qué fin oremos: y esto hizo él para que estuviésemos sobre aviso, cuánto nos va en ser devotos, y cuánto perdemos si somos tibios y remisos. Enséñanos y aun convídanos el señor a orar en el XI capítulo de San Lucas diciendo: Petite et accipietis: pulsate et aperietur vobis, y es como si dijera: Pedid y daros han, llamad y abriros han: porque si algo queréis, y de algo fallecéis: no es porque Dios no os lo quiere dar, sino porque vosotros no lo sabéis pedir.

Oh cuán buen Dios tenemos si le sabemos conocer, y a cuán buen señor servimos si le queremos seguir: pues nos convida a que le pidamos, y nos da licencia para que a sus puertas llamemos: la cual licencia y autoridad, no tienen por cierto los hijos deste siglo: pues creen y no les admiten, llaman y no les responden, piden y no les dan, y aun sirven y no les pagan. Si Cristo no dijera más de petite et pulsate: es a saber pedid y llamad, tuviéramos alguna duda si nos abriera la puerta, y si condescendiera a nuestra demanda: mas mira

la suma bondad de Dios, y es: que a la hora que convida a ti que le llames, se obliga él que te responderá, y a la hora que te dice que pidas, se obliga él a te dar lo que le pides: por manera, que en estas tan altas palabras, a ti convida, y a sí mismo obliga. Dado caso que Cristo se obligó a darnos lo que le pidiéremos, y de abrírnos cuando a sus puertas llamáremos, no se entiende que le hemos de pedir lo que él no tiene, ni aun que le hemos de buscar adó él no mora: porque por muy averiguado tenemos, que el hijo de Dios no tiene vicios ni regalos que dar, ni entre malos y viciosos le han de buscar. Pues el hijo de Dios arrodillado delante Pilato dijo y afirmó, que su reino no era deste mundo: dime tú mundano, ¿para qué le pides cosas del mundo? Pídele pues lo que él tiene que es abstinencia, es penitencia, es caridad, y es humildad: y búscale también adó él está, que es en el monte orando, en los hospitales curando, y en la cruz padeciendo: porque desta manera darte han lo que pidieres, y responderte ha de que llames. También se lee en San Mateo, que dejó Cristo las compañías, y se subió al monte a orar: y San Marcos dice, que madrugaba muy de mañana a orar: y San Juan dice que oraba muy prolijo, y aun San Lucas dice, que velaba y aun se desvelaba por mucho orar. Podemos desto que hemos dicho inferir, que lo más profundo de la noche, y lo más dulce de la mañana, y aun lo más alegre del día, y la mayor y mejor parte de la vida expendía y consumía el bendito Jesús, no por cierto en la recreación de su persona, sino en la oración y en la contemplación divina.

El verdadero siervo del señor debe darse mucho a la oración, y ocuparse algo en la contemplación: pues tanto Cristo nos la encomendó, y tanto con su persona la ejercitó: porque muy gran vergüenza es al discípulo, ser negligente y remiso, en lo que su maestro fue cuidadoso. Pues hemos dicho cuán bueno es orar, digamos ahora, qué es lo que hemos de orar, y al señor pedir: lo cual él nos enseña diciendo: *Primum querite regnum dei: et iustitiam eius*, y es como si dijese: Muchas cosas querrá vuestra voluntad, y de muchas tendréis cada día necesidad: empero ante todas y más que todas pediréis a Dios el reino de los cielos que os prometió, y la justicia original en que os crió. No sin alto misterio dice aquí nuestro señor Jesucristo, que no sólo busquemos el reino de los cielos, sino que busquemos también su justicia: en lo cual nos da a entender, que no basta al cristiano el orar, y pedir a Dios que nos dé el cielo, sino que es menester hagamos buenas obras para merecerlo: porque según dice San Bernardo, el reino de los cielos está lleno de buenas obras, y el infierno de buenos deseos. Oh cuántos son los que orando y rezando piden a Dios que les dé su gloria, mas no le piden con ella su justicia: es a saber, que no hacen obras para alcanzarla, ni se dan maña en merecerla: sino que quieren servir a Dios no más de con buenas palabras, y por otra parte servir al mundo con todas sus fuerzas. Aquél pide a Dios su reino, y no le pide su justicia, que cada día dice que será bueno, y nunca lo es, que cada día dice propone de se enmendar, y nunca se enmienda: del cual podemos decir, que es como la

higuera que maldijo Cristo: la cual cargaba cada año de mucha hoja, y nunca llevaba ninguna fruta. Dime yo te ruego, ¿qué quieres del que no sigues, y qué pides al que no sirves?

A este propósito dice San Anselmo: Si quieres que Dios te perdone ruégale, si quieres que te conozca síguele, si quieres que te dé algo sírvele, y si quieres que te ame ámale: porque el sol en la tierra y Dios en la ánima, cual es la disposición que hallan, tales son las operaciones que hacen. Cuando Cristo dice que le pidamos su gloria, y que le pidamos su justicia: es decirnos y amonestarnos, que juntamente oremos, y juntamente obremos: porque el verdadero siervo de Dios, aunque de rigor no es obligado a ser del todo perfecto, es a lo menos obligado a trabajar de serlo. San Agustín exponiendo estas palabras de *primum querite regnum dei, et iustitiam eius* dice: Aquél pide a Dios el reino de los cielos, y le pide su justicia, que nunca hizo a nadie injusticia, ni osa cometer cosa contra su consciencia: porque dado caso que cosa ninguna de las que Dios nos da merecemos, no quiere él tampoco que la desmerezcamos. A este propósito dice San Jerónimo: El critiano que no tiene caridad con los pobres, ni paciencia en los trabajos, ni resistencia en las tentaciones, ni humildad en las controversias: este tal pide a Dios que le dé su gloria, mas no quiere asentarse con ella a justicia: teniéndose por dicho, que como de balde le quiso criar, de balde también le ha de salvar. San Ambrosio exponiendo estas mismas palabras dice: Si Cristo no dijera más de buscad el reino de Dios, y no dijera también que buscásemos su justicia, pudiéramos imaginar y pensar que abastaba para nos salvar el orar sin que con el orar hubiésemos buenas obras de hacer: mas pues no dijo lo uno sin añadir lo otro, podemos dello colegir, que no basta pedir a Dios su gloria por palabra, si con la palabra no le ofrecemos alguna buena obra.

El siervo del señor que sin escrúpulo de pecado tiene su consciencia, y sin mácula notable conserva su vida, y sin daño de su prójimo vive en la república, y que en todo y por todo guarda los mandamientos de la santa madre Iglesia: este tal no sólo pide a Dios su gloria, mas aun se la pide por justicia: porque el siervo que hace que por su señor le es mandado, puédele pedir por justicia, lo que le ha prometido. *Cum anima obtulerit oblationem domino, fundat supeream oleum: et ponat thus*, dijo Dios en el segundo capítulo del levítico, y es como si dijera: Cuando alguno ofreciere en el templo algún sacrificio que sea de pan o harina, ponga en él encienso, y amáselo con olio. Según la glosa de Cirilo por el incienso se entiende la oración santa, y por el óleo se entiende la obra virtuosa: de manera, que entonces es acepto a Dios el encienso de nuestras oraciones, cuando mezclamos con el óleo de las obras buenas. Oh cuántos son los que ofrecen a Dios encienso sólo, y no llevan al templo óleo ninguno: es a saber, que piensan de se salvar con sólo orar, sin hacer caso del bien obrar: lo cual puede Dios muy bien hacer, mas

hasta ahora no se lee que lo haya hecho: porque dado caso que él nos dé su gloria de pura merced y gracia, no quiere ni le place que estemos en su desgracia. De aquél podemos decir que no está en su gracia, el cual nunca se esfuerza a hacer alguna obra buena y piadosa: sino con decir que en Dios hay mucha misericordia, y con rezar cada día alguna oración compuesta, se tiene por dicho y creído, que como el ladrón que fue con Cristo crucificado, se ha de ir él derecho al cielo. A ese ladrón que tú dices que Dios perdonó, no le perdonó tan a secas, que no vio en él muy altas obras: es a saber, que le acompañó cuando todos le dejaban, le defendió cuando todos le acusaban, le confesó cuando todos le negaban, y murió con él cuando todos le perseguían: de manera, que oró poco y obró mucho. En el décimo capítulo de los hechos de los apóstoles dijo el ángel a Cornelio, *audivit orationem tuam et vidit eleemosynam tuam*: es a saber, que había el señor oído sus oraciones, y visto sus limosnas: y que por eso le perdonaba sus pecados, y le ponía en el número de sus escogidos. No vaca de alto misterio, que no loa el ángel en Cornelio la limosna por sí, ni la oración por sí, sino que juntamente le loa el ser devoto, y le loa el ser limosnero: de manera, que conforme a la ley levítica, juntamente ofrecía el buen Cornelio el incienso con el óleo, y el óleo con el incienso.

### Capítulo XXXV

De cómo nos mandó Cristo orar, y del consejo que el apóstol nos da acerca de la oración: y para esto se exponen dos muy altas autoridades.

*Oportet semper orare: et non deficere*, decía Cristo por San Lucas en el XVIII capítulo: como si muy más claro dijera: Mirad mis discípulos no desmayéis en las oraciones que comenzaréis, ni aflojéis en las peticiones que a Dios hiciéseris: porque es él tal y tan bueno y tan bendito, en que así como de sus siervos quiere ser servido, así huelga de ser dellos importunado. En mucho hemos de tener tan buena palabra como Cristo nos dice, y muchas gracias le hemos de dar por tan alta licencia como nos da: es a saber, que siempre que le roguemos, siempre le importunemos, y siempre le pidamos: y esto sin por ello mostrar enojo, ni darse de nosotros por importunado. Tan gran facultad y privilegio nunca se dio en el mundo, ni jamás le alcanzó ningún mundano: porque allá en el mundo después de muchos servicios hechos, y después de muchos sudores pasados, sirven y no les pagan, ruegan y no los escuchan, llaman y no les responden, y aun padecen y no los creen. Dime yo te ruego: ¿qué es la causa porque no dijo Cristo que siempre diésemos limosna, siempre ayunásemos, siempre peregrinásemos, y siempre nos disciplinásemos: como dijo que siempre orásemos? ¿Por ventura el ayuno, la limosna, la

peregrinación, y las disciplinas, no son virtudes tales y tan buenas como lo es la oración: para que sean siempre amadas, y de los siervos del señor ejercitadas?

La causa pues porque el señor manda lo uno y no manda lo otro es: porque para ayunar alegarle hemos flaqueza, para dar limosna alegarle hemos pobreza, para ser peregrinos alegarle hemos que somos flacos, y para ser abstinentes alegaremos que somos enfermos: mas para no orar y contemplar, ninguna excusa podemos al señor poner. Para orar y contemplar no ha menester casa, ni ropa, ni zapatos, ni dineros, sino solamente altos y limpios pensamientos: los cuales en todo lugar, y en todo tiempo tú puedes tener, si de los bullicios y trasagos del mundo te quieres apartar. Gran indicio es que tenemos muchos enemigos, y que a cada paso somos dellos tentados, y de los vicios molestados: pues nos manda y amonesta Cristo, que siempre oremos, y que a cada paso y momento a él nos encomendemos. Dime hermano yo te ruego, de los engaños del mundo, de las malicias del demonio, de las miserias de la carne, de las importunidades de los amigos, y de las cavilaciones de los enemigos: ¿cómo será posible valernos, si de oraciones y lágrimas no somos amparados? Pues cada día y aun cada hora, qué cogitatione, qué delectatione, qué omissione, qué consensu, qué visu, qué auditu, qué verbo, y qué opere pecamos y delinquimos: ¿no es justo y muy justo, que cada día y cada hora oremos, y aun lloremos? Según somos para poco, y tenemos poco: ¿qué valemos, ni qué tenemos, ni aun qué podemos, si a la oración y devoción no nos damos? No se quejan tus miembros de cuánto pecan, ¿y quéjense de sola una hora que oran? Mucha lástima es de haber, y muy gran compasión es de tener a los hombres atribulados, y a los que de tentaciones son combatidos: los cuales toman por su principal remedio, el se quejar, y no el orar: como sea verdad, que a las veces las quejas sean causa de más a Dios indignar, que no de le aplacar. *Ad dominum cum tribularer clamavi et exaudivit me*, decía el santo David, y es como si dijese: En las guerras que tuve con los filisteos, y en las persecuciones que padecí de mis enemigos, como de nadie me quejé, ni de nadie me vengué: no sólo el señor me oyó, mas aun me remedió.

Cuando el profeta Isaías llevó las tribus nuevas al rey Ezequías, de que mandaba Dios que ordenase su ánima, porque en breve pasaría desta vida, no hizo más el buen rey de comenzar a llorar, y darse muy de corazón a orar: la cual oración fue tan en breve del señor oída, que aún no era el profeta salido de casa, cuando Dios tenía ya a Ezequías concedida la vida. Sobre la palabra que dijo Cristo: es a saber, que conviene a todos siempre orar, dice San Jerónimo. A nadie manda Dios peregrinar sino a los recios, ni manda ayunar sino a los sanos, ni manda dar limosna sino a los ricos: mas el orar y contemplar, generalmente lo manda a todos: y de aquí es, que nadie deja de orar por no poder, sino por no querer. Nadie puede ver si no tiene ojos, ni

puede andar si no tiene pies, ni hablar palabra si no tiene lengua: mas para no darse uno a la oración, y ocuparse en la contemplación, será la que diere excusa fingida, mas no razón verdadera. ¿No pueden por ventura orar ni contemplar los que están ciegos y cojos, como los que están recios y sanos de todos sus miembros? El santo profeta Jonás ¿no estaba en lo profundo de las mares, y en las entrañas de la ballena, adonde sin poder hablar, y apenas resollar, pidió perdón de su yerro, y fue del señor oído? El honrado y piadoso Tobías aunque le cegaron con su estiércol las golondrinas, ¿dejaba por eso Dios de oír sus oraciones, y compadecerse de sus lágrimas? Aunque el gran Moisés era balbuciente, y tartamudo, ¿dejaba por aquel defecto de orar y ser oído? Aunque era manco y cojo el santo patriarca Jacob, ¿dejaba por ventura de hacer a Dios sus peticiones, y serle aceptas sus oraciones? El hombre que estaba cabe Jericó ¿dejó de ser oído y alumbrado, porque era ciego? El ladrón que estaba cabe Cristo en la cruz ¿dejó de ser oído y perdonado, aunque estaba atado y enclavado? La santa mujer Lía ¿dejó de alcanzar de Dios lo que quería, aunque era enferma y lagañosa? El hombre que estaba enfermo cabe Cafarnaum ¿dejó por ventura de ser curado y alimpiado, aunque estaba sarnoso y leproso? He aquí pues hermano mío, en cómo igualmente oye Dios a los cojos, a los mancos, a los ciegos, a los sarnosos y leprosos, que oye a los que de todos sus miembros están enteros y sanos: de lo cual podemos colegir, cuán mayor cuenta tiene Dios con nuestros deseos, que no con nuestros miembros. Muy gran razón tiene el hijo de Dios en mandarnos orar a la continua, y que de oración a oración no hagamos pausa: pues sola la oración es con que los buenos más se consuelan, y con que los malos más se remedian.

El apóstol escribiendo a la Iglesia de Tesalónica en el quinto capítulo dice: Orate sine intermissione, y es como si dijese: Tenéos por dicho los tesalonicenses, que podéis poner entre ayuno y ayuno, y entre confesión y confesión, y entre comunión y comunión algún intervalo: excepto que a la oración y devoción os habéis de dar continuo: porque más fácilmente se sustentaría un cuerpo sin comer, que la gracia en el ánima sin orar. A los no instructos en la disciplina, parecerles ha muy recia esta palabra, mas a los de buena consciencia parecerles ha muy ligera y mansa: porque las obras virtuosas, más es el espanto que ponen, que no el trabajo que dan. No pienses tú hermano, que está toda la perfección del orar, en recoger tu persona, en ir a la Iglesia, en hincar las rodillas, en alzar las manos, en rezar tus devociones, y rogar por tus finados: porque esta manera de orar, bien es que lo hagas cada día, mas no eres obligado a hacerlo sino el día de fiesta. Sin intervalo ora, el que visita los hospitales, sirve a los enfermos, socorre a sus prójimos, guarda sus ayunos, y no quebranta los mandamientos: porque para decir verdad, no deja de orar, el que no deja de bien hacer. Entonces el siervo del señor ora sin intervalo, cuando ninguna hora ni momento le hallan ocioso: porque santamente ora, el que santa y honestamente trabaja. Sin poner intervalo ora,

el que por pereza o escasez no deja de hacer ninguna obra virtuosa: lo cual parece claro, en que dé hasta más no tener, y trabaja hasta más no poder: y en tal caso de creer es, que le recibe el señor en cuenta el bien que hace, y el que querría hacer: pues hace lo que puede, y da de lo que tiene. San Anselmo sobre estas palabras del apóstol dice: Aquél ora sin intervalo, que no se le pasa día sin hacer al señor algún notable servicio: y aquél hace cada día algún notable servicio, que vive en provecho de su prójimo, y sin ofensa del Evangelio. No deja por cierto de orar, el que no cesa de santos deseos tener, ni aun tampoco cesa de orar, que no deja de a su Dios amar: porque Dios nuestro señor mucha más cuenta hace del amor que le tenemos, que no de los servicios que le hacemos. Créeme y no dudes, que el que siempre ama siempre ora, y el que no cesa de amar, no cesa de orar: mas junto con esto, te hago saber, que muy poco le aprovecha lo que reza y ora, al que a Dios de todo su corazón no ama: porque no mira tanto el señor las palabras que en la oración le decimos, cuanto mira las entrañas con que se las ofrecemos.

No cesa continuamente de orar el que no cesa de a su Dios servir, y no cesa de inmensas gracias le dar: así por haberle redimido, como porque le tiene sustentado con su poderosa mano: porque más debemos al señor por irnos a la mano en el pecar, que no por perdonarnos lo que hemos pecado. Sin ningún intervalo ora, el que igualmente da gracias al señor en la prosperidad y en la adversidad, en sanidad que en la enfermedad, en la alegría que en la tristeza, y en la pobreza que en la riqueza: por manera, que siempre ora, el que siempre está conforme con la voluntad divina. Todo lo sobredicho es de Anselmo.

### **Capítulo XXXVI**

Que el siervo del señor no puede ser virtuoso ni devoto, si primero no deja de ser malo. Es capítulo muy notable.

Quis volens turrim edificare: prius sedens non computat sumptus necessarios ad preficiendam? Palabras son estas de nuestro redentor en el Capítulo XIV de San Lucas, que quiere tanto decir: ¿Cuál es el hombre que quiere edificar una torre muy alta, o una fortaleza muy superba, que primero no tantea su hacienda, y hace cuenta con su bolsa: para ver si podrá en perfección acabarla, y salir con tan gran empresa? El fin que tuvo Cristo en decir estas palabras fue, a que en todas las cosas que quisiéremos hacer, miremos primero mucho qué fin o salida les podemos dar: porque en los hechos inconsiderados, piérdese el trabajo, y aventúrase el crédito. El fin del que da batalla es vencer el campo, y el fin del que navega es llegar a buen puerto, y el fin del que comienza algún

negocio ha de ser por algún virtuoso respecto: porque todos los negocios que van a malos fines enderezados, aunque se empiecen bien, paran en el fin siempre mal.

Mucho es aquí de notar, que no dice Cristo, que solamente pensó, sino que se asentó despacio a pensar, el que quería la torre hacer, si la podría acabar, o no: en lo cual se nos da a entender, que en las cosas que tocan a la consciencia, y aun a la honra, las miremos y examinemos antes que pongamos en ellas las manos: porque el peligro de los negocios no está en no se osar comenzar, sino en que no se poder acabar.

En loar aquí Cristo al hombre que hace cuenta consigo mismo de lo que puede y de lo que tiene, antes que haga lo que quiere, es a contrario sensu reprehender y condenar, al que hace lo que quiere sin que primero mire lo que puede: y de aquí es, que muchos hombres cabezudos emprenden algunos negocios sin tomar primero consejo, y después para salir dellos, han menester consejo y aun remedio. Hase aquí también de notar, la diferencia que hay del edificio espiritual al temporal: porque para edificar yo mi casa, es me necesario allegar riquezas: y para edificar en mi ánima es me necesario derramarlas: de manera, que las cosas mundanas crecen allegándose, mas las espirituales no crecen sino repartiéndose.

*Dispersit, dedit pauperibus: iustitia eius manet in seculum seculi*, decía el santo rey David, hablando del hombre virtuoso y limosnero, y es como si dijera: Por eso permanecerá su justicia en los siglos de los siglos: porque repartió su hacienda entre pobres y mendigos. El que da algo en el mundo, quédase sin ello, mas el dar al mendigo, es darlo a logro: porque es de tan alto mérito la limosna, que aprovecha más al que la da, que no al que la recibe. No vaca de misterio, que no puso Cristo la comparación en pared, o en cámara, o en imprenta, que son cosas bajas y están cabe la tierra, sino en la torre y homenaje que es cosa muy alta: en lo cual nos dio a entender, que la ciencia y prudencia que Dios nos dio, no la empleemos en cosas rateras del mundo, sino en cosas altas que nos lleven al cielo. Si al glorioso augustino creemos, no es otra cosa la torre alta, de que Cristo aquí habla, sino la alteza de la oración, y la grandeza de la contemplación: mediante la cual virtud dejamos de ser humanos, y nos subimos sobre los coros angélicos.

En el XXI capítulo de San Mateo, el padre de las compañías plantó viña de que cogiese uva, e hizo lagar en que hiciese vendimia: y fabricó torre en que guardase su fruta. Muy bien acierta San Crisóstomo en decir, que la viña es la Iglesia que creemos, y el lagar es la consciencia que tenemos, y la torre es la oración en que nos ejercitamos: tras cuyas almenas nos defendemos de las acechanzas del demonio, y en cuyo homenaje depositamos todo nuestro tesoro. Toda la bienaventuranza, y todo el buen fin del siervo del señor

consiste, en la mucha limpieza del corazón, y en la gran constancia de la oración: porque la oración que es la torre por donde subimos al cielo, no se labra con piedras muertas, sino con lágrimas vivas. Nadie puede labrar en este tan alto edificio, sino procurare de tener mansedumbre en las costumbres, paciencia en los trabajos, templanza en la lengua, modestia en la vida, castigo en el cuerpo, y caridad con el prójimo: porque de tal manera están entre sí todas las virtudes hermanadas, que no se pueden poseer unas sin otras. De esta preeminencia y privilegio gozan solamente los hombres buenos, que no se extiende a los que son malos: porque para ser uno vicioso con solo un vicio lo puede ser, mas para ser virtuoso todas las virtudes ha menester. Si vis ad vitam ingredi, serva mandata, dijo nuestro señor Jesucristo a un mancebo, y es como si le dijera: Para que seas buen cristiano, y te precies de ser verdadero discípulo, no basta que guardes un mandamiento sólo, si con él no guardas los otros del decálogo: porque es de tanta perfección la vida evangélica, que no se compadece con ella ninguna culpa o mácula. En otra parte del Evangelio dijo Cristo: qui in uno offenderit, factus est omnium reus, y es como si dijese: El cristiano que quebrantare un sólo mandamiento, haga cuenta que no ha guardado ninguno: porque basta la transgresión de sólo uno, para ser de nuestro señor castigado: y entre los hombres infamado.

He aquí pues probado por estas dos razones de Cristo, cuán gran daño nos hace un solo vicio, y cuán poco nos aprovecha una sola virtud: porque el demonio nuestro adversario conténtase con tener en nuestra ánima una sola entrada: mas el bendito Jesús no se contenta sino con toda ella. También es necesario y aun muy necesario para que esta torre espiritual suba y crezca, algunas cosas viejas de nuestras ánimas desarraigar, y otras en su lugar injerir y sembrar: porque de otra manera sería comenzar el edificio por el tejado, y no hacer caso del cimiento. Aquél comienza el edificio por el tejado, que habiendo sido muchos años vicioso, quiere en breves días ser varón perfecto y contemplativo: lo cual no puede ser, ni en la vida espiritual se puede sufrir: porque así como en el mundo cuesta mucho todo lo que vale mucho, así en las cosas espirituales nadie puede subir a la cumbre de la perfección, si del todo no muda su condición. Así como el cirujano para que salga la carne nueva, corta primero la que está podrida, y también el hortelano para que crezcan las nuevas plantas, entresaca de ellas primero las ortigas: por semejante manera el que quiere ser varón perfecto debe ante todas las cosas desarraigarse y despojarse de las afecciones y pasiones que tenía en el mundo: porque hombre apasionado, o en extremo afeccionado, no puede ser contemplativo. El corazón en que reina afección, o le enseñoorea pasión, ya que el tal se ponga a pensar, o contemplar, no pensará ni contemplará, sino en cómo podrá holgarse con lo que ama, o cómo podrá vengar alguna injuria: y para decirte la verdad, más querría verte trabajando en hacer ladrillos, que en semejantes liviandades emplear tus pensamientos.

Perdam nomen babylonis: et reliquias eius: et germen et progeniem eius: et faciam eam paludes aquarum, dijo Dios nuestro señor por el profeta Isaías en el capítulo octavo, y es como si dijera: Días vendrán en que yo haré que no haya nombre de Babilonia, ni tenga nadie memoria de ella: porque destruiré sus reliquias, arrancaré sus raíces, asolaré su parentela, y haré de ella una laguna de agua. En las divinas letras este nombre de Babilonia, siempre es mal afamado, y en mala parte tomado: a cuya causa se significa por él, todo hombre desalmado, y todo corazón obstinado: al cual ruega el señor que se quiera convertir, y que donde no, sepa que le ha de castigar. Aquél retiene en sí el nombre de Babilonia, que no quiere enmendarse de la vida pasada, y que en todas las cosas hace y sigue su voluntad propia: y de este tal dice el señor por el mismo profeta: Curamos a Babilonia, y no consintió ser curada, dejémosla ya como cosa perdida. Oh de cuántos se podrá hoy decir esta palabra, y contra cuántos se podrá dar esta sentencia: los cuales tan sin asco y tan sin vergüenza osan pecar, como osan comer y dormir. Vecino es de Babilonia, y en Babilonia tiene su casa y morada, el indómito soberbio, el enconado envidioso, el impaciente iracundo, y el insaciable avaro: los cuales tienen ya tan raída la vergüenza, y hechos tantos callos en la consciencia, que ni sienten el crédito que con los hombres tienen perdido, ni temen el infierno que con todos los demonios les está aparejado. Oh buen Jesús, oh amores de mi ánima, y cuán bienaventurado yo sería, si destruyeses en mí el infame nombre de Babilonia: pues he venido a tal estado, que habiendo jurado de ser tuyo, ni soy tuyo, ni aun soy mío: sino que como de un muy perpetuo esclavo, se sirve de mí el mundo.

Hasta que yo vea quitada de mí toda la soberbia, desarraigada la envidia, apaciguada la ira, despegada la avaricia, y mitigada toda la lujuria, no pensaré que está destruido en mí el maldito nombre de Babilonia: porque todo el tiempo que fuere vez no de pueblo tan malo y descomulgado, andaré señor extraño de ti, y enajenado de mí. No me puedo yo de Babilonia desavecindar, si primero no me voy a la mano en el pecar: porque cuántas veces cometo contra Dios alguna culpa, tantas veces me hago vecino de Babilonia, y el privilegio de que más allí gozo es, hacer todo lo que quiero, y no nada de lo que debo. También jura el señor de destruir en Babilonia todas cuantas reliquias en ella hallare: es a saber, las costumbres malas, los gestos seculares, los ejercicios inútiles, las palabras livianas, y las conversaciones mundanas: las cuales cosas todas son reliquias que trajimos de Babilonia, y muy contrarias a la vida monástica. Reliquias tiene de Babilonia, el monje que en el hablar es malicioso, en el reír incauto, en el mirar liviano, en el comer voraz, en el vestir curioso, y en la conversación muy importuno. Reliquias trae consigo de Babilonia el que es impaciente en los trabajos, inobediente a los prelados, orgulloso con los hermanos, remiso en los trabajos, y amigo de livianos, y aun lo peor de todo, que es muy flaco en las tentaciones, y muy

tibio en las oraciones. Reliquias tiene de Babilonia, el monje que no asosiega en el monasterio, el que anda siempre ocioso, el que es enemigo del oficio divino, el que se da al mundo, el que no reza lo que es santo y honesto, y el que en la lección y oración no está ocupado. Reliquias tiene de Babilonia el que no tiene caridad con los enfermos, no tiene paz con sus hermanos, tiene todos los vestidos doblados, tiene para sí particulares dineros, no piensa sino en sus regalos, y no se ocupa sino en murmurar de sus prójimos. Reliquias tiene de Babilonia, el monje que quiere estar exento, quiere vivir regalado, quiere ser sobrellevado, quiere a todos ser preferido, y que por ningún delito, sufre aun ser reprehendido. Reliquias tiene de Babilonia, el monje que no es medido en sus palabras, no es humilde en sus costumbres, no es sobrio en sus manjares, no es paciente en lo que hace, no es casto en lo que dice, ni es constante en lo que promete: no teniendo en sí otra cosa de la vida monástica, sino es el traer hábito y cogulla.

Estas son pues hermanos míos las reliquias malditas de Babilonia, que manda el señor que destruyamos, y que de nuestros corazones desarraiguemos: porque de otra manera, ni aprovecharemos en la religión, ni aun hallaremos el camino de perfección. No está por ventura escrito, que a los hijos de Israel, no les fue dado a comer el mana del cielo, hasta que del todo se les acabó la harina de Egipto: Al profeta Daniel que estaba echado a los leones ¿envióle por ventura de comer el señor dende samaria, sino después que se le acabó el pan de Babilonia?

Por ventura a la viuda que vivía en Sarita de Sidonia, ¿fue el profeta a proveer a ella y a su familia, sino después que no había gota de aceite en su aceitera, ni polvo de harina en su casa? A los cinco mil hombres que hartó el señor en el desierto con cinco panes y cinco peces, ¿no dice el mismo señor, que por eso se lo daba: porque no tenían ya bocado de pan que comer, ni aun de dónde lo haber?

Desecha pues hermano mío todas las reliquias que sacaste de Babilonia, y toda la harina de conversación mundana: porque es tan delicada la consolación divina, que no se compadece con otra consolación ninguna. Dime yo te ruego, ¿qué es la causa porque muchas veces aunque rezas tus horas, lees en tus libros, obedeces a tus prelados, guardas tus ayunos, y tienes paz con tus prójimos: y con todos estos tan santos ejercicios vives siempre desconsolado, y no te parece que cabes en todo el monasterio? A esto te respondo hermano mío y digo, que como raigón de muela dañada, debes tener en el corazón alguna reliquia de Babilonia: es a saber, que aborreces el hábito que tomaste, o te pesa por lo que en el mundo dejaste: y si esto es así, créeme y no dudes, que hasta que del todo desarraigues de ti todo este deseo, siempre vivirás en la orden desconsolado, y tú mismo de ti mismo vivirás aburrado. En el libro de la vida solitaria están escritas estas palabras: Para que el siervo del señor suba a

la alteza de la contemplación, y acierte el camino de la perfección, conviene desechar de sí no sólo el vano deseo, mas todo el liviano pensamiento, de las cosas que dejó en el mundo: porque no es posible menos, sino que alguna vez ha el corazón de desear, aquello en que se huelga él de pensar. El abad Juan Climaco dice: Cuando yo era novicio en el yermo de Tebaida, me aconsejaba el muy santo abad Macario, que si quería ser devoto, y sustentarme en el monasterio, desarraigase de mí todas las burlas y risas, y juegos, y todos los juveniles pasatiempos que los mozos solemos tomar, y en ellos mucho tiempo expender: porque las cosas que tocan al alma, no se sufren tratarse de burla. San Bernardo en el libro de consideración dice: El que quiere ser contemplativo, ante todas cosas le conviene desarraigarse de las cosas del siglo: pues murmurar y contemplar, gravedad y liviandad, envidia y caridad, largueza y avaricia, pasión y devoción, son entre sí tan contrarias e incompatibles, que si fuere en mano de uno por algún tiempo fingirlas, no podrá a lo menos mucho tiempo conservarlas. San Anselmo en sus meditaciones dice: Como no sea otra cosa la contemplación divina, sino un heroico enajenamiento del ánima, necesario le es enajenarse de sí, el monje que quiere subir sobre sí: porque cuanto más el siervo del señor se extraña de lo que es, se halla subido a lo que no es. Palabras son éstas muy delicadas, y que de solos los perfectos serán entendidas: porque yo y otros tibios como yo, cosas tan altas como éstas, sabémoslas blasonar, mas no las merecemos gustar.

### **Capítulo XXXVII**

De cuatro diferencias de oraciones que pone el apóstol, y expónese la autoridad del apóstol, y aléganse otras notables figuras.

Obsecro autem primo omnium fieri obsecrationes, orationes, postulationes et gratiarum actiones: decía el apóstol escribiendo a su discípulo Timoteo, en el capítulo segundo, y es como si dijera: Ruégote hermano mío Timoteo, que ante todas cosas hagas cada día al señor algunas obsecraciones y algunas oraciones, y algunas postulaciones, y algún hacimiento de gracias: porque te hago saber, que si en el orar guardas esta orden y regla, no dejará tu oración de ser oída. No vaca de alto misterio, avisarnos aquí el apóstol, que todas las cosas comenzemos, y mediemos, y acabemos, orando, y rezando y contemplando: de la cual doctrina podemos inferir, que ninguna cosa puede tener buena salida, si en el nombre del señor no fuere comenzada. Alumbrada por el espíritu santo la madre santa Iglesia, dice en el principio de todas las horas que reza y canta. Deus in adjutorum meum intende: domininc ad adjuvandum me sestina, y es como si dijese: Ayúdame señor a lo que quiero

hacer, y está señor atento a lo que te quiero decir: y más y allende de esto te suplico y ruego, que te des prisa en me ayudar, pues la dan mis enemigos en me perseguir. No sólo los santos de nuestra Iglesia, mas aun los padres de la antigua sinagoga, oraban y se postraban por tierra en tiempo de pestilencia, o antes de dar alguna batalla: de manera, que la alteza y perfección de la oración, se comenzó en la sinagoga, y la continúa ahora la Iglesia. Dime yo te ruego, el mareante cuando se ve en la tormenta, y el capitán al punto de dar la batalla, y el enfermo desasiniado en la cama, y aun el ladrón al pie de la horca: ¿por ventura no ruega a Dios que le socorra de su mano, antes que piense ningún otro remedio? El hombre perseguido y el corazón atribulado, ¿qué otra cosa más ayna hace que es llorar, ni de que echa más ayna mano que es del orar, y a Dios se encomendar?

Muchas veces dicen que decía el santo Abad Arsenio: El cristiano que en la prosperidad no ora, y que en la adversidad luego a Dios no se encomienda, no puede pasar la vida sin trabajo, ni esperar la muerte sin peligro: porque sin llamar el nombre del señor, no sólo no habíamos de osar hablar, mas aun ni resollar. La santa mujer Judith oró al señor antes que saliese de Gerhulia, y lo mismo hizo antes que a Holofernes cortase la cabeza: y así es, que primero que echase mano a la espada, oró a su criador puesta de rodillas en tierra. El santo Rey David nunca guerra comenzó, sin que primero no orase, ni nunca batalla venció que gracias al señor por ella no diese: y como peleaba más con oraciones que no con armas, nunca pudieron los filisteos vencerle, ni pudo el rey Saúl acabar de prenderle. Del gran Judas Macabeo también se lee de él, que nunca derramó sangre de sus enemigos, que primero no orase y derramase lágrimas de sus ojos: y dos veces que se descuidó de hacer oración: es a saber, yendo contra el rey Antíoco, y otra contra el capitán Alquimo: en la una batalla fue vencido, y en la otra quedó allí muerto. Josafat rey de Judá, como viniese contra él inmenso número de bárbaros, acordó el buen rey de aprovecharse más de oraciones y lágrimas, que no de escudos y lanzas: el cual hecho le sucedió también, que las armas que traían contra él sus enemigos, se convirtieron en matarse unos a otros. La suma bondad del hijo de Dios, cuyas pisadas seguimos, y so cuya doctrina militamos: ¿no es por ventura a todos notorio, que la noche antes que eligiese los apóstoles en apóstoles, oró solo en el monte: y después en la muerte, con él in manus tuas dio el ánima en la cruz?

De creer es, que si la virtud de la oración no fuese tan necesaria, que no nos mandara el apóstol ante todas las cosas orar, ni aun Cristo comenzara la Iglesia, y acabara la vida orando: y dado caso que aunque no le faltó virtud que no obrase, y por palabras, no nos la enseñase, la alteza de la oración es la de que él más continuo usó, y la que más nos encomendó.

Dime yo te ruego, ¿por qué el apóstol no manda a su discípulo Timoteo, que comience la vía de su perfección, en hacer limosna, o en ayunar continuo, o en

peregrinar mucho, o en disciplinar su cuerpo: sino que solamente le manda, que ante todas cosas haga plegarias, y no cese de hacer oraciones continuas?

Respondiéndote a esto digo, que muchos hombres pueden ser buenos sin ayunar, y sin peregrinar, y sin se disciplinar: mas no lo pueden ser sin alguna oración vocal, o mental hacer: porque la perfecta oración es, confesar a Dios padre por único señor, y a su bendito hijo por universal redentor. Decirnos el apóstol, que ante todas cosas hagamos oraciones, y postulaciones, es decirnos, que con el per signum crucis en la frente, y con encomiéndome a Dios en la boca, nos acostemos y levantemos, comamos y ayunemos, durmamos y velemos, y aun callemos y trabajemos: porque tantas veces al día oramos, cuantas del señor nos acordamos, y a él nos encomendamos. Es también aquí ahora de saber, porqué el apóstol pone tantas maneras de oraciones: es a saber, obsecraciones, oraciones, postulaciones, y gratiarum acciones: mayormente, que tenemos por se, que no hay en las divinas letras una letra superflua, ni una tilde demasiada: A esto respondiendo decimos: que dado caso que el que ora es uno y a quien se ora también es uno, no por eso la oración es toda una: porque cual es el estado en que oramos, tales son las oraciones que hacemos. Sé que de una manera ora el justo, y de otra el pecador, de una el triste y de otra el alegre, de una el sano y de otra el enfermo, y aun de una el próspero y de otra el atribulado: y por eso el divino Paulo, como hay varias condiciones, pone varias oraciones.

Diremos pues de cada palabra una sola palabra: y por ella se verá que fue el intento del apóstol, en darnos para orar esta regla: la cual creemos que es de muchos leída, y de muy pocos entendida. Entonces hacemos a Dios obsecraciones, cuando le pedimos perdón de nuestros pecados: y conviénenos el perdón ante todas cosas pedir, y trabajar, y orar mucho por le alcanzar: porque si no estamos con el señor reconciliados, tarde o nunca seremos de él oídos. Oraciones propiamente hacemos, cuando al señor alguna cosa le prometemos y con voto juramos: el cual voto y promesa, cuán justo es hacerla, tan injusto sería no cumplirla: porque habiéndonos él dado todo cuanto en este mundo tenemos, si algo le damos, cierto es que de lo propio suyo se lo damos.

San Agustín dice, dime yo te ruego, ¿qué tienes que él no te lo haya dado: y qué das que de su propia mano no lo hayas recibido? Da pues te dieron, ofrece pues te dotaron, y no seas corto con el que fue contigo largo: pues hay harto en lo que el señor te da para que guardes para ti, y aun para que des a él. Lo de suso es de San Agustín.

Postulaciones propiamente son, cuando rogamos al señor por amigos y enemigos, por parientes y por propincuos, por grandes y por pequeños, por vivos y por finados: a fin que perdone a los pecadores que le ofenden, y confirme en su gracia a los justos que le sirven. De esta manera de orar, se

aprovechaba el apóstol Paulo con los romanos, con los corintios, con los efesios, y con los tesalónicos: por los cuales salvar, y a conocimiento de la fe traer, inmensas oraciones al señor hacía, y muchas lágrimas por ellos derramaba. Gratiarum acciones propiamente son, cuando el siervo del señor hace al su Dios inmensas gracias, y de hecho le hace algunos servicios, por haberle criado, por haberle redimido, y por haberle en su amor y gracia reconciliado: el menor de los cuales beneficios es tan grande, que si tenemos lengua para blasonarle, no alcanzan nuestras fuerzas de todo agradecerle. No sin alto misterio puso el apóstol estas cuatro maneras de orar y contemplar: pues de obsecración nace la contricción, de la oración nace la promesa, de la postulación nace la caridad, y del gratiarum acciones nace el agradecimiento: con el cual nos ofrecemos a Dios por sus obligados, ya que no le podemos pagar todo lo que le debemos. Mucho nos conviene guardar, no sólo estas cuatro maneras de oraciones, mas aun no errar en el estilo y orden de ellas: porque el divino apóstol Paulo, como el oficio de orar aprendió en la escuela divina, quísonos dar y dejar esta tan santa regla.

### **Capítulo XXXVIII**

De muy notables dichos que muchos santos dijeron, y de muy altos gustos que en la oración alcanzaron.

El abad Casiano cuenta del glorioso abad Antonio, que tanto de noche velaba, y tanto en la oración se desvelaba, que cuando veía la luz de la mañana, quejábase en grande manera del sol y decía: Oh sol, oh sol, ¿por qué me haces tan mala obra en aparecer en el mundo tan de mañana: pues con tu lumbre pequeña me quitas de la lumbre, y me privas de la dulcedumbre de que yo gustaba? ¿Y tú no sabes, oh sol, que muy mayor es la luz de la oración, con que se alumbra el entendimiento, que no los rayos solares con que tú ilustras al mundo? Déjame pues, oh sol, déjame orar, déjame contemplar, y déjame con mi Dios regalar: pues ve mucho más mi ánima cuando a la sombra contempla, que no ven mis ojos cuando con tus rayos miran.

Preguntado el mismo abad Antonio de un monje santo y viejo, que qué era lo que sentía cuando oraba y contemplaba: pues tanto en la oración tardaba, y tan de veras con el sol reñía, respondióle él: Pues tal cosa me preguntas, y en tal caso dudas, reliquias debes aun tener del mundo: y muy poco debes haber aun aprovechado en este yermo: porque te hago hermano mío saber, si no lo sabes, que no se puede preciar de perfecto orador, ni se puede llamar oración perfecta, en la cual no siente el monje todo lo que ora. ¿Y tú no sabes que

aquellos divinos gustos, y aquellos celestiales arrobamientos no merecen alcanzarlos, ni alcanzan a gustarlos: sino son los varones muy perfectos, y que de sí mismos estan enajenados? ¿Ahora tienes tú por saber, que orar en perfección, y tomar gusto en la contemplación, es un gusto tan excesivo, y es un oficio tan extraño, que nadie merece subir allí, sino es el corazón que no tiene parte en sí? Sé te decir hermano mío, que nunca supe qué cosa era ser contemplativo, hasta que de mí no tuve ningún cuidado: y a la hora que a mí mismo despedí de mí mismo, luego comencé a tomar en la oración gusto. En mi natural juicio estoy yo cuando voy a orar, y comienzo a contemplar, mas después que entro en la oración, y me arrobo en la contemplación, son tan altos los misterios que allí el ánima alcanza, y son tan inestables las consolaciones que allí recibe, que si se dejan gustar, no se pueden contar. El apóstol San Pablo cuando vio los secretos divinos, y los misterios al mundo incógnitos, él mismo confiesa y jura, que no sabe si estaba en sí, o extraño de sí: y si fue arrebatado en espíritu sólo, o si los vio en alma y cuerpo junto. Si me ves que yo riño con el sol porque madruga tan de mañana, la causa de esto es, que como la aspereza del yermo, la privación de la luz, el sosiego de la gente, y el silencio de la noche, no nos dejen derramar, sino que antes convidan a contemplar, pésame mucho con la luz del día: porque me es forzado de dejar el contemplar, y ocuparme en negociar. Lo de suso es del glorioso Antonio.

En las vidas de los Padres dijo un monje al abad Panucio: ¿Qué haré dime padre bendito, que no puedo cuando oro estar en la oración atento? A esto le respondió el viejo. Has de saber hijo, que todo lo que nuestro corazón concibiere antes que entremos en el oratorio, todo nos lo ha de representar allí el demonio: a fin que no hallemos lo que queremos, ni alcanzemos lo que buscamos: y por eso cual te quisieres hallar orando, tal te apareja antes que comiences a orar. Si entrases en la oración con soberbia, pensarás en cómo has de subir, si entrases con ira, pensarás cómo te has de vengar, si entrases con gula pensarás en lo que has de comer, si entrases con lujuria pensarás en cómo te has de holgar, si entrases con envidia pensarás en cómo a lo otro has de abatir: por manera, que si fueres al oratorio cargado de negocios, no estarás allí pensando sino en el despacho de ellos. Muy poco hace al caso orar de noche que de día, ni orar en pie o de rodillas, ni orar en casa, u orar fuera: lo que hace al caso es, orar con humildad, y tener el corazón en libertad: porque si el corazón está de alguna vanidad prendado, ser le ha gran tormento entrar en el oratorio. La suma bondad del hijo de Dios primero se despojó de sus vestiduras, y se bautizó en las jordanas aguas, que no subiese en el monte a orar, ni comenzase con el demonio a pelear: en lo cual nos dio a entender, que para subir a la cumbre de la perfección, y gustar algo de la contemplación, nos conviene primero despojarnos de nuestra libertad, y lavarnos de toda maldad.

El glorioso San Agustín en un sermón que escribió a los monjes del yermo dice: Para que al señor la oración sea aceptada, ha de proceder de corazón limpio, y no malicioso, ha de ser grande para que aproveche a todo el mundo, ha de ser constante para que la lleve hasta el cabo, ha de ser herviente para que sea meritoria, y aun ha de ser discreta para que sepa lo que ora: porque todo aquello que injustamente se pide, justamente se niega. El glorioso San Jerónimo sobre San Mateo dice: Aunque te canses en la oración, mira no la dejes: y sino fueres luego oído, mira no te quejes: pues la cananea no fue oída hasta que derramó muchas lágrimas, ni aun el profeta Daniel hasta los veintiún días: porque Dios nuestro señor no quiere que seamos cortos en las oraciones que le hacemos, pues él es largo en las mercedes que nos hace. Sobre aquella palabra del salmo adó dice, que el justo siempre es piadoso y dadivoso, dice allí la glosa: Siempre tiene que dar, el que no cesa de orar; porque no hay en el mundo tan alto género de limosna, como es rogar a Dios por la salvación de alguna criatura. Y dijo más. Sin comparación merece más, y aun le debo yo más al que me ayuda con sus oraciones a salvarme, que no al que me ayuda con sus dineros a mantenerme. El glorioso San Gregorio, sobre aquella palabra del salmo, *intret oratio mea in conspectu tuo*, dice así: Mucho es de ponderar, que no pide el profeta, que le reciba Dios lo que ayuna, sino solamente la oración que ora: y la causa de esto es, porque la oración es más firme que la tierra, es más ligera que el aire, es más herviente que el fuego, es más resplandeciente que el sol, es más provechosa que el oro, y aun es más alta que el cielo: pues sobrepuja a los entendimientos humanos, y vuela sobre los coros angélicos. El glorioso San Basilio dice en su regla: La virtud de la oración no sólo es al ánima cosa provechosa, mas aun es para el cuerpo cosa muy honrosa: porque si a muchas personas nobles y generosas les es afrenta el arar y cavar, no les es por cierto afrenta el orar y contemplar. Preguntado el abad Isaac qué diferencia había entre la oración y la limosna, y el ayuno, respondió: El dar limosna es cosa buena, el ejercicio del ayuno es cosa santa, mas el darse a la oración, es cosa muy buena, santa, y bendita. Digo que es cosa buena, pues nos abona: es santa, pues nos santifica: y es bendita pues nos justifica.

Dime yo te ruego, si primero no es tu alma por la oración abonada, y no es con las lágrimas santificada, y no es con la contemplación justificada: ¿cómo puede mejorar la vida, ni cómo espera gozar de la gloria? La limosna no trata uno con lo que está acerca de nosotros, que son los pobres, el ayuno no trata sino con nosotros que es con nuestros cuerpos: mas la oración trata con lo que está sobre nosotros que es nuestro soberano Dios: a cuya presencia allegan todas las oraciones que hacemos, y todas las lágrimas que derramamos. Lo de suso es del abad Isaac. Orígenes sobre el libro de los números dice así: No se espante nadie de que venciese Israel cuando tenía las manos alzadas, ni de que venciese Amalech cuando las tenía caídas: porque más puede un solo santo orando, que no todo un ejército peleando. Y dice allí más Orígenes: ¿Porqué

tienes en mucho que la oración del justo venza a muchos enemigos: pues es poderosa para traspasar todos los cielos? El glorioso San Ambrosio a este propósito dice: ¿Qué virtud hay más virtuosa que la oración: pues vale en todo tiempo, aprovecha en todo lugar, puede ejercitar cada uno, y tiene sazón en todo estado? ¿Quién te quita que no ores en el invierno como en el verano, en tiempo sereno y en tiempo mojado, estando sano y estando enfermo, siendo mozo y siendo viejo, yendo caminando y estando quedo? Dice más adelante: En mucho debe el cristiano tener este tan alto oficio, pues no tiene embargo para ejercitarlo: y si por caso se le hiciera de mal, por menos mal tendré decir que no quiere, que no excusarse con que no puede.

### Capítulo XXXXIX

De la gran excelencia de la obediencia: y de cómo por autoridades y figuras se prueba ser ella la virtud más antigua.

Ex omni ligno paradisi comedite: de ligno autem scientie boni et mali ne comedas, dijo Dios a nuestro padre Adán, en el II cap. del Génesis, y es como si dijera: De todos los árboles que yo he criado, y de todas las frutas que hay en el paraíso, podrás libremente comer, y a tu voluntad de ellas gozar: excepto de un árbol solo, que tengo yo para mí plato vedado: porque en la misma hora que te atrevieras de aquel árbol comer, comenzarás a saber qué cosa es morir. Si Dios agravió tanto en Adán aquel delito fue, porque el precepto que le había dado era muy pequeño: y para con Dios y aun para con los hombres, tanto más merece de ser castigado, cuanto menos ocasión tuvo de cometer algún delito. Si como Dios le dio licencia para comer de todos, y no le vedó más de uno, le mandará comer de uno, y le vedará todos los otros, parece que tuviera más ocasión, aunque no ninguna razón para hacer lo que hizo: mas pues Dios le dio tanto de que comiese, y tan poco de que se abstuviese: muy poca fue la pena, a respecto de la que él merecía. Es aquí ahora de ponderar, que la primera palabra que Dios con el hombre habló, y el primer precepto que de Dios recibió fue, que no llegase al árbol que estaba acotado, y que no comiese del fruto que estaba vedado: de lo cual podemos inferir, cuán alto precepto es el de la obediencia, y cómo él es el más antiguo de la sinagoga. En remuneración que había Dios criado al mundo para el hombre, y al hombre para sí mismo, no le pidió otra cosa sino que le diese la obediencia, y le reconociese el vasallaje: y de aquí es, que entró Dios en el mundo mandando, y del hombre se enseñoreando: porque no hay para Dios igual injuria, que mostrar contra él alguna desobediencia.

San Agustín sobre el Génesis dice: El daño de aquella fruta que Dios vedó, no estaba en ser gusanienta, ni ser podrida, ni ser agreste, ni aun ser añublada: sino que antes era muy hermosa para ver, y muy sabrosa para gustar: sino solamente era ella mala, no por más de porque estaba prohibida. Las obras que Dios hace, y los mandamientos que él nos da, tenemos obligación de guardarlos, mas no licencia de examinarlos: pues ninguna cosa se ha de tener por mala, sino la que él condena, ni aun por buena, sino la que él aprueba. La prueba de esto puede cada uno ver, en que a la hora que Dios crió al hombre, luego le bendijo: y al punto que pecó, luego le maldijo: por manera, que con la bendición le habilitó para ser bienaventurado siendo bueno, y con la maldición le condenó al infierno siendo malo. Mucho nos es necesario a sólo Dios adorar, a él solo servir, y con él solo cuenta tener: pues todo nuestro bien está en alcanzarnos su bendición, y todo nuestro malestar en cabernos parte de su maldición. Como Dios había dado al hombre el libre albedrío, para que hiciese lo que quisiese, y le había dotado de razón natural para que entre bueno y malo discerniese: quísole luego probar con el precepto de la obediencia: para ver si sabría emplear en bien la libertad que le había dado, y si sabría con el don de la razón elegir lo que fuese bueno. Bien parece que el primer padre fue formado de tierra seca, y su mujer Eva fue hecha de naturaleza flaca: pues en el punto que fueron probados, fueron quebrados, y aun reprobados: para que más en el paraíso no estuviesen, y para que después con grandes trabajos a él tornasen. Así como errar el camino en el principio, es más peligroso, que no errarle en el cabo: así el triste del hombre como en el principio del mundo comenzó a Dios desobedecer, y el precepto de la obediencia a quebrantar, nunca después acá a derechas ha caminado, ni aun con el camino de la ignorancia topado. No vaca de alto misterio, que no probó Dios al hombre en la humildad, ni en la castidad, ni en la paciencia, ni en la abstinencia, sino solamente en la obediencia: de lo cual podemos colegir, que al siervo del señor que viéremos firme y sinceramente obedecer: no curemos de en otra ninguna virtud le probar.

En el capítulo décimo octavo del Deuteronomio, dijo Dios a Moisés: Todos los que fueren a mis mandamientos obedientes, bendeciré a sus personas, a sus casas, a sus familias, a sus heredades, y a sus viñas: y más y allende de esto, los libraré de las manos de sus enemigos, y no permitiré que sean de nadie molestados. Acabados de bendecir los obedientes luego allí comienza Dios a maldecir a los inobedientes: diciendo, que malditos sean ellos, y sus campos, y sus hijos, y sus graneros, y sus ganados, y aun que morirían a manos de sus enemigos: y que nunca acertarían en cosa que pusiesen las manos. En todas las divinas letras no se hallará que con tan terribles maldiciones haya sido maldita la envidia, ni la ira, ni la avaricia, ni la lujuria, ni la gula, sino solamente la desobediencia: a cuya causa debe el siervo del señor vivir muy avisado, y recatado, para que debajo de tan áspera maldición no sea comprendido.

A este propósito dice Orígenes en su Pentateuco: No os echo del paraíso la soberbia, no la ira, no la acidia, no la lujuria, ni aun la gula, sino solamente la desobediencia: mediante la cual fuimos entonces a muerte condenados: y andamos hasta hoy corridos y desterrados. La desobediencia hizo al primer padre caer en ignorancia, la ignorancia en flaqueza, y la flaqueza en la gula, y la gula en la culpa, y la culpa en la pena, y la pena en tener mala vida: por manera, que los ángeles cayeron por quererse con Dios igualar, y los hombres se perdieron por no le querer obedecer. Dime yo te ruego, ¿qué galardón esperas tú de tu desobediencia: pues ves que el ángel se tornó demonio por sola la soberbia? La desobediencia hizo al hombre sentir las pasiones de hombres: es a saber, que experimentase qué cosa era enfermedad, que sufriese frío, que sintiese calor, que padeciese tristeza, que supiese qué trabajo era el hambre, y gustase a qué sabía la muerte. La desobediencia hizo que comiese el hombre del árbol que le fue vedado, y no gustase del fruto que le fue concedido: por cuya causa fue del paraíso alanzado, y a gravísimas penas como malhechor condenado: y lo que no sin muchas lágrimas puedo decir es, que el primer padre comió la fruta, y en sus tristes hijos dura hasta hoy la dentera. Sea pues la conclusión, que así como un contrario se cura con otro contrario, así la desobediencia se ha de remediar con la obediencia: y por esto tengo para mí creído, que todo cristiano que rehusare de obedecer: será imposible que se pueda salvar. Lo de suso es de Orígenes.

Scalam vidit Jacob cuius cacumen celum tangebatur, dice la sagrada escritura en el vigésimo octavo capítulo del Génesis, y es como si dijera: Vio entre sueños el santo Jacob una tan altísima escalera, que fija los pies en el suelo, tocaba en lo más alto del cielo: y vio muchedumbre de ángeles que por la escalera subían, y que de grandísimo resplandor la henchían: y lo que más le espantó fue: que el señor estaba arrimado a la escalera: para que no se trastornase a una parte ni a otra. Admirable cosa es la profecía, mas muy más admirables son los misterios de ella: pues no hay en ella palabra, que no sea misteriosa, y de quien no se saque alguna notable doctrina. La escalera que los pies tenía en el suelo, y con la cabeza tocaba en el cielo, ¿qué otra cosa es sino la obediencia santa y bendita: cuyas obras aunque las obramos como hombres, nos encumbran encima de los ángeles? Entre las virtudes no hay virtud más segura para elegir, ni hay consejo más sano para tomar, ni hay camino más seguro para ir, ni hay escalera más derecha para subir a la bienaventuranza, que es el mérito de la obediencia: el privilegio de la cual es, que estando nosotros descuidados, negocia ella con Dios nuestros hechos. Dime yo te ruego, el verdadero siervo del señor, ¿en qué no merece, si siempre obedece? Si negamos nuestra voluntad, y nos damos a obedecer, estando solos y acompañados, tristes y alegres, hablando y callando, sanos y enfermos, y aun prósperos y abatidos, negocia con Dios la obediencia, y suple si hay en nosotros alguna falta: porque no hay cosa que no sea meritoria, a la hora que

entreviene en ella la obediencia. Oh cuán santa, oh cuán bendita, y oh cuán gloriosa es la virtud de la obediencia: pues por muy pequeña que sea la obra que se hace en fe de ella, vale para un escalón de la escala por donde subimos a la gloria: de manera, que cuantas buenas obras hago, tantos escalones en mi salvación pongo. Oh buen Jesús, oh amores de mi ánima, ¿y qué será de mí cuando me viere delante de ti: a dar cuenta de mi vida, y a esperar tu terrible sentencia? Lo que a mí me duele, y lo que a mí espanta señor es, que el día de mi triste muerte, si me faltare escalera para al cielo subir, habrá sido mía la culpa de no la haber querido yo hacer: habiéndome dado tú señor licencia, para que con alguna escala escalase y subiese a tu gloria.

San Bernardo en el libro de Escala paradisi dice: Si eres buen obediente, no te doy licencia que andes triste, sino que vivas muy alegre, y come, y duerme, y vela, y habla, y calla, y trabaja, y descansa: con tal que todo esto hagas por sola la obediencia: pues jamás dejarás de merecer, sino cesas de obedecer. Has también de notar, en que así como no se puede llamar escalera la que no tiene más de un escalón, así no se puede llamar cumplida obediencia, la que no se extiende a más de a una cosa: porque el siervo del señor no puede en todo merecer, sino quiere en todo obedecer. No vaca de alto misterio, que no vio el santo Jacob subir por aquella escalera hombres, sino a sólo los ángeles: de lo cual se puede colegir, que el siervo del señor que renuncia lo que tiene, y no hace cosa que quiere, y más y allende de esto, obedecer a sus mayores en todo lo que debe, y persevera en la obediencia hasta que muere: injuria le hacen en llamarle hombre terrenal, sino ángel celestial. ¿No te parece que merece nombre de ángel, y aun de ángel muy seráfico, el que a cada paso niega su inclinación propia: y se deja a lo que la santa obediencia le manda? Obedecer en algunas cosas y aun en muchas, pertenece a los hombres, mas obedecer a todos en todas, pertenece a oficio de ángeles: y entonces se puede llamar ángel la humana criatura, cuando el señor la dota de su bendita gracia. Ángel te has de tornar, si por la escala de Jacob quieres al cielo subir: lo cual veremos que haces, cuando a tus mayores obedecieres.

Dice también más adelante la figura, que aunque era noche oscura estaba llena de resplandor la escalera: para darnos a entender, que a la hora que el cristiano su voluntad propia niega, y que se deja a lo que la obediencia le manda, no puede el camino del cielo errar, ni en cosa fea estropezar: porque todos los que se esfuerzan a subir por la escalera de la obediencia, los alumbró el señor con su gracia. ¿Qué quiere decir, que no menos eran alumbrados los que descendían que los que subían por aquella escala, sino que también da el señor su gracia a los tristes como a los alegres, a los sanos como a los enfermos, y a los que están abatidos, como a los que viven honrados? Trabaja de caminar por la escalera de la obediencia, y no se te dé nada, que te mander subir, o que te manden descender: es a saber, que te hagan prelado, o que te dejen súbdito,

que seas acatado, o que estés arrinconado, que te encomienden cosas justas o que te manden cosas ásperas: porque ado quiera, y en que quiera que te pusiere la obediencia, es cierto que allí te alumbrará el señor con su gracia. Mucho te debes hermano mío consolar, en que en todos los otros lugares al derredor estaba oscuro, y ado estaba la escala de Jacob hacía claro: en el cual misterio se nos da a entender, que en solos aquellos envía el señor su gracia, que suben o descienden por la escala de la obediencia. En el mismo sueño y visión vio el santo Jacob, que el señor estaba arrimado a la escalera, y que la escalera no se movía: el cual hecho no vaca de misterio que decir, ni aun de ejemplo que tomar. Oh cuán seguro vive, el que sobre el yugo de la obediencia vive: pues a cada paso y en cada momento halla a Dios cabe sí junto: y esto para darle la mano cuando sube, y para tenerle la escalera cuando desciende. Oh buen Jesús, oh amores de mi alma, ¿y porque tengo yo de temer ni rehusar el subir por tu escalera: pues soy cierto que si subiere me has de ayudar, y si me fuere a caer me has de tener? Estando tú, oh mi buen señor arrimado a la escalera, aunque la escalera fuese de horca subiría yo por ella: pues muy más vil muerte moriste tú por mí, en morir crucificado: que moriría yo por ti en morir ahorcado.

## Capítulo XL

Del gran ejemplo que nos dejó Cristo en obedecer: y que en la virtud de la obediencia ninguno le igualó en esta vida.

Christus factus est pro nobis obediens, usquem ad mortem, mortem autem crucis: decía el apóstol escribiendo a la Iglesia de los Filipenses, en el segundo capítulo, y es como si dijera: La obediencia del hijo de Dios no sólo la conservó en cuanto vivió, mas aun hasta que murió: y la muerte no fue muerte ordinaria, sino muerte de cruz, que es muy infame y oprobiosa: a cuya causa le dio su padre el nombre que es sobre todos los nombres: es a saber, que a boca llena se llamase redentor de nuestras culpas, y remunerador de nuestras ánimas.

No vaca de alto misterio, poner el apóstol el término hasta cuando Cristo obedeció, y no hacer mención de en qué tiempo la obediencia comenzó: y la razón de esto es: porque nosotros a lo más temprano comenzamos a obedecer cuando nacemos: mas el hijo de Dios antes que naciese, y aun antes que encarnase. Antes que encarnase obedeció al padre en venir al mundo, antes que naciese obedeció al emperador Augusto, luego que nació se sujetó a José su ayo, ya después que era grande pagaba a los arrendadores el tributo, y en

fin de sus días le mandó Pilato crucificar en un palo: por manera, que en Cristo primero comenzó la obediencia que la vida.

San Anselmo sobre estas palabras dice: Dime yo te ruego, ¿quién a Cristo trajo al mundo sino la obediencia? ¿Quién le acompañó por el mundo sino la obediencia?

¿Quién le llevó a morir al palo sino la obediencia? Cuándo tú oh buen Jesús, dijiste orando al padre, que no se hiciese lo que tú querías, sino lo que él mandaba: ¿no nos diste a entender en esto, que querías antes perder la vida, que no poner mácula en tu obediencia? ¿Qué otra cosa nos quisiste enseñar en el árbol de la vera cruz, cuando inclinada la cabeza diste a tu padre el ánima: sino que así como por la obediencia tomaste carne humana, así por le obedecer perdiste tu vida? Dices tú oh buen señor, que no descendiste del cielo, sino a hacer lo que tu padre te manda que hagas por obediencia: ¿cómo osará nadie hacer su voluntad propia? En otra parte del Evangelio también te precias: que no comes cosa que tan bien te sepa, como es hacer lo que tu padre por obediencia te manda: ¿quién osará ir contra lo que él nos prohíbe y veda? Mira pues, oh mi buen Jesús, mira que abnegar para siempre mi voluntad propia, y seguir los pasos de tu alta obediencia, cosa es por cierto que yo podré comenzar, mas sin su favor y gracia no la podré acabar: por eso te suplico y ruego, que me des lo que mandas, y después mándame lo que quisieres. Lo de suso es de Anselmo.

Prosiguiendo pues el intento del apóstol es de notar, que no dice haber sublimado el padre al hijo por la humildad, ni por la penitencia, ni por la abstinencia que en él resplandecía: sino por la obediencia de que se preciaba: de lo cual podemos colegir, que cotejadas unas virtudes con otras, debe ser la obediencia una de las que él más acepta: y aun de las que él mejor paga. Ayunado había Cristo cuarenta días, predicado había muchos sermones, resucitado había cuatro muertos, curado había algunos enfermos, y aun sanado había a muchos endemoniados: mas no le da su padre el nombre, y sobrenombre por todo esto que ha hecho, sino por sola la obediencia que le ha tenido. De este tan alto misterio podemos colegir, que de ninguna virtud hará el señor más caudal en la otra vida: que será de la caridad y obediencia que tuvimos en ésta. Oh tú que militas debajo del yugo de Cristo vive en obediencia, guarda la obediencia, y muere en la obediencia: porque para mí tengo creído, que es imposible poderse nadie perder, si de la obediencia no se osa apartar. También has aquí de ponderar, que no dice el apóstol que Cristo solamente obedeció, y que por eso sólo su padre le honró, y sublimó, antes dice que juntamente con el obedecer, quiso también en la cruz morir: en lo cual nos dio a entender, que cuando la obediencia no va con alguna caridad acompañada, no puede ser muy meritoria. Sola la obediencia de Cristo, fue mayor y mejor que la de todos los santos del cielo: porque ellos si aceptaron la

muerte fue, porque eran obligados a morir: mas en el hijo de Dios más extraño era el morir, que no el vivir, y por eso fue su muerte tan meritoria: porque fue su obediencia tan caritativa. No pudo el apóstol más encumbrar la obediencia de Cristo, que decir y probar, que por cumplir la obediencia consintió ser crucificado: y cuando con esta muestra nos cotejéremos, o con esta medida nos midiéremos: hallaremos por verdad, que no guardamos obediencia, sino en aquello que nos inclina nuestra voluntad propia.

De tres cosas loa el apóstol al hijo de Dios: es a saber, de la obediencia pues dice que obedeció, y de la perseverancia pues dice que hasta la muerte, y de la caridad pues que dice que en la cruz: de manera, que caridad, y obediencia, y perseverancia fueron las virtudes con que Cristo se halló en la muerte: y las con que nosotros hemos de pasar la vida. No vaca tampoco de misterio, en que primero dijo el apóstol hablando de Cristo, et exinanivit formam servi accipies, que no que dijese, factus est obediens usquem ad mortem: es a saber, que primero se humilló, que no que obedeció: en lo cual se nos da a entender, que si queremos bien obedecer, hemos primero de aprender a nos humillar: porque de hombre soberbio nunca sale buen súbdito. San Agustín escribiendo a los monjes del yermo dice: Nadie diga que no puede hacer lo que su prelado le manda, sino que lo deja de hacer por sola soberbia: pues que presunción y soberbia, son los que echan a la obediencia de casa. Al fin al fin, de tenerme yo en mucho, vengo a desobedecer, y de tener a los otros en poco me vengo a ensoberbecer. En el primer libro de los reyes capítulo décimo se cuenta del rey Saúl, que como juntamente le viesan arar y reinar, decían burlando de él.

Numiste poterit salvate nos de inimicis nostris? Y es como si dijera: Pues este Saúl es labrador como nosotros, y ara y cava como sus vecinos, vive Dios que no le hemos de obedecer, ni los pechos ni alcabalas le dar: porque no es justo que sirvamos con nuestros dineros, al que no podrá salvarnos de nuestros enemigos.

También se escribe en el undécimo capítulo del libro de los números, que el sacerdote Aarón y María su hermana, burlando y murmurando de Moisés su hermano dijeron: Num per solum Moisen locutus est dominu? Como si más claro dijera: ¿Ha de pensar aquí Moisés de mandarnos, y sujetarnos: diciendo que habla en el señor, y no en nosotros? Vive Dios que no le hemos de obedecer, ni sus mandamientos cumplir: porque allende que se casó con una mujer negra etopiana, y que él es tartamudo, y que no puede hablar palabra: no le debemos sujección alguna, pues él y nosotros nacimos en una casa, y descendemos de una parentela.

De estos y de otros muchos ejemplos se puede muy bien colegir, en cómo nadie puede subir a la perfección de la obediencia santa, si primero no destierra de sí la soberbia maldita: porque el corazón soberbio e indómito, no

sólo no quiere a su mayor obedecer: mas aun ni una palabra de reprehensión le oír. Las señales del verdadero obediente son, que oye lo que le dicen, hace lo que le mandan, enmienda lo que le riñen, da lo que le piden, aprende lo que le enseñan, sufre lo que le castigan, y guarda lo que le encomiendan. San Agustín dice en un sermón ad Heremitas. Póneste en tan gran ventura en el obedecer o desobedecer, que si te vistes de saco y duermes en el suelo, y ayunas todo el día, y velas toda la noche, y andas siempre descalzo: ninguna cosa te puede todo ello aprovechar, si a tus mayores no quieres obedecer: porque más vale una obediencia sola que cuantos trabajos padeces en esta vida. No en vano dice el apóstol que el hijo de Dios fue obediente hasta la muerte: porque si él quisiera a su padre alzar la obediencia no procuraran los hebreos de quitarle la vida: mas el buen señor y gran redentor en más tuvo la obediencia, que no la vida: pues se dejó crucificar, antes que desobedecer.

## Capítulo XLI

De las condiciones que ha de tener el buen obediente: en especial que ha de obedecer de buena voluntad: para en prueba de lo cual se exponen dos figuras.

Ad imperium domini erigebant tentoria et deponebant: ad imperium quoque domini proficiscebantur: et quiescebant, dice en el libro de los cuentos, nono capítulo, y es como si dijese: Cuando los hijos de Israel estaban en el desierto, no caminaban sino cuando el señor se lo mandaba, ni dejaban de caminar hasta que él se lo vedaba, ni aun tampoco armaban las tiendas sino adonde Dios les señalaba: ni las osaban desarmar sino cuando él se lo mandaba. Más de seiscientas mil ánimas saliero de Egipto, y todas ellas estaban en el desierto: y decir la escritura sacra que no caminaban sin licencia, ni paraban sin licencia, ni tomaban posada sin licencia, ni salían de la posada sin licencia: en verdad que para hacer lo uno sólo era mucho, quanto más obligarse a hacerlo todo un ejército. Como los hebreos tenían a Dios por señor, a Moisés por prelado, al desierto por morada, y que no comunicaban con gente perversa: eran entonces muy fáciles de gobernar, y muy buenos de mandar: de lo cual podemos colegir, que cuales son las compañías que tomamos, tales son las costumbres que tenemos. Todavía me espanta mucho, decir que no osaban sin licencia caminar, y ya que caminaban no se osaban parar, y ya que paraban no se osaban hospedar, y ya que se hospedaban no osaban de la posada salir: en lo cual se nos da a entender, cuán conformes viven, los que a la voluntad del señor se dejan. Primo Hesdre cap. III, se dice, que estando los hijos de Israel derramados por todas las ciudades de su reino, a la hora que los llamaba el que los gobernaba: tan fácilmente se juntaban en uno, como si todos fueran un

hombre sólo. Mucho y muy mucho va, de lo que el mundo gobierna, a lo que Dios manda y ordena: pues adonde quiera que hay congregación, suele haber gran confusión: mas en la casa y congregación de Dios, abasta uno para mil, y mil abastan para cien mil. Junto con esto es de saber, que todo el tiempo que los israelitas tuvieron a Dios en reverencia, y a Moisés obediencia, nunca traspasaron la ley divina, ni aun cayeron en el pecado de la idolatría: mas a la hora que comenzaron a suspirar por la hortaliza de Egipto, y osaron poner la lengua en Moisés su prelado: luego cayeron en grandes pecados, y vinieron a manos de sus enemigos.

Deben pues tomar ejemplo los buenos religiosos en aquellos tristes y desventurados de hebreos: es a saber, de cuán bien les fue en cuanto a su Dios obedecieron, y de cuán mal les fue desde que contra su prelado se rebelaron: porque conforme al proverbio antiguo, muy bien se puede llamar bienaventurado: el que con castigo de otro fue el corregido. Aunque era buena la obediencia que tenían los israelitas a su sinagoga, sin comparación es muy mayor la que tienen los cristianos a la madre santa Iglesia: porque si ellos tenían a Moisés por caudillo, tenemos nosotros al hijo de Dios por prelado: a cuya causa cuanto excedió Cristo a Moisés en la excelencia de la prelación, tanto hemos de exceder nosotros a ellos en guardar la obediencia. Dime yo te ruego, ¿puedese por ventura comparar, ni menos igualar lo que Moisés enseñó, con lo que el bendito Jesús doctrinó y obró? Torno a decir que ni se puede comparar, ni menos igualar, Moisés y su sinagoga, con Cristo y su Iglesia: porque Moisés su ayo y caudillo pudo muy bien errar, y aun erró, mas Cristo nuestro señor y prelado, ni pudo pecar, ni aun pecó. Pues Cristo te es tan diestro caudillo, tan cierto adalid, tan caudaloso ayo, y tan piadoso prelado, injusta cosa sería, que le fueses tú mal súbdito: mayormente, que él no nos manda cosa que sea muy difícil de creer, ni aun imposible de hacer.

San Jerónimo escribiendo a rústico monje dice: Justa cosa es hermano rústico, que tu y yo y tú obedezcamos a Cristo en lo que nos encomienda, y a todos nuestros prelados en lo que nos mandan: porque es él tan buen redentor, y para con nosotros tan tierno señor, que no menos recibe en cuenta, todo lo que nuestro prelado nos manda: que si él mismo nos lo mandase. San Bernardo ad fratres de monte dei dice: La obediencia del siervo del señor ha de ser pronta y no forzosa, simple y no maliciosa, alegre y no triste, presta y no tardía, animosa y no flaca, mansa y no superba, perpetua y no caduca. Si estas siete condiciones del verdadero obediente fuesen tan fáciles de obrar, como lo son de escribir, soy cierto que ahorrarían los prelados muchos enojos, y aun los súbditos hartos trabajos: mas hay dolor que las obras virtuosas son muchos a loarlas, y muy pocos en guardarlas. Es de tan altos quilates la virtud de la obediencia, que de siete condiciones que puso San Bernardo de ella, a faltarle sola una, no se podría llamar obediencia: porque las obras virtuosas, súfrase

que sean algo remisas: mas no se permite que sean defectuosas. Dice pues San Bernardo que la entera y perfecta obediencia, ha de ser pronta: es a saber, en buena voluntad hecha: y de verdad que él dice muy gran verdad: porque delante de Dios nuestro señor, ninguna obra puede ser meritoria, si de buena voluntad, y con perfecta caridad no fuere cumplida. Suelen allá en el mundo, decir un mundano a otro, que quiera o no quiera ha de hacer lo que él le manda: y con que de lo que le piden, haga lo que le mandan, muy poco le da lo haga de grado, o lo cumpla por fuerza. No es así, no es así, en la casa de Dios, adonde se hace poca cuenta de lo que hacemos, a respecto de la voluntad con que lo hacemos: y de aquí es, que todo nuestro bien, o todo nuestro mal consiste, en hacer lo que nos mandan con temor.

Multitudo filiorum Israel obtulit mente promptissima atque devota, primicias domini, dice la sacra escritura en el XXXV capítulo del Génesis, y es como si más claro dijera: Cuando Moisés quiso fabricar el tabernáculo, adonde se habían de hacer los santos sacrificios, y se habían de guardar las grandes reliquias de la sinagoga, juntóse todo el pueblo israelítico, y ofrecieron al señor las primicias de todos los frutos que tenían, y lo mejor y lo más rico de cuantas riquezas poseían: lo cual hicieron con una voluntad muy pronta, y con una devoción muy entera. No se contenta la escritura sacra, con decir en general que todos ofrecieron, sino que también señala lo que en particular dieron: es a saber, oro, plata, grana, seda, e incienso, piedra, madera, pellejos de carneros, y pelos de cabras. Ante todas cosas es aquí de notar y ponderar, cuán buen Dios tenemos, y a cuán benigno señor servimos: pues para darnos lo que le pedimos, y aun para perdonarnos lo que le ofendemos, tan en cuenta nos recibe los pelos de las cabras, como si le ofreciésemos todo el oro de las Indias. Oh buen Jesús, oh amores de mi alma, si tengo oro quieres oro, y si tengo plata quieres plata, y si tengo piedras quieres piedras: y si no tengo más de pelos de cabras, con ellas tu señor te contentas: porque así como el mundo quiere la hacienda para sí, y el ánima para mí: así tú quieres el ánima para ti, y la hacienda para mí. Dice pues la escritura, que ante todas cosas ofrecieron los israelitas al señor sin primicias: en lo cual si los queremos imitar, y aun mejores primicias que no ellos ofrecer, podemos con verdad decir, que entonces el siervo de Dios ofrece al señor su primicia, cuando negada su voluntad propia, no hace más ni menos de lo que la obediencia le manda. Nadie se debe maravillar, de que osemos llamar primicia a nuestra voluntad propia: pues ella es la cosa que más amamos, y lo que a todas las cosas antepone: lo cual parece claro, en que una por una trabajamos de hacer aquello a que nuestra voluntad nos inclina: y esto hecho, poco se nos da que lo otro vaya o venga. El hortelano que quiere injertar en un árbol otro género de árbol, que sea más precioso, y más nuevo, primero corta la rama más dañada, que ose enjerir en él ninguna otra fruta: porque en ramo que está podrido, no se sufre hacer injerto nuevo. Quiero pues por lo dicho decir, que ante todas

cosas escamondes del corazón tu voluntad propia, que no que prometas el voto de la obediencia: porque entre el verdadero súbdito, y honesto prelado, no se sufre ser contrarios en la caridad, y divisos en la voluntad.

En el libro de la vida solitaria se dice a este propósito: Así como jamás deja de doler la muela que está de negujón tocada, hasta que sea sacada: así nadie puede sujetarse a la obediencia de otra persona, si primero no desarraiga de sí su voluntad propia: porque al corazón del hombre, no hay cosa que le sea a él más grata: y porque más ayna ponga la vida, que por hacer su voluntad, y conservar su libertad. ¿Cómo es posible que nadie coja de una huerta buenas plantas: si ella está llena de ásperas ortigas? ¿Cómo es posible que nazca en la herida carne nueva: si del todo no cortas de ella la carne que está podrida?

Quiero por lo dicho decir, que nunca te amañarás a obedecer a tu prelado, si primero no desobedeces a ti mismo: porque el trabajo de las religiones no consiste en lo que el prelado manda, sino en que nadie ha gana de ir contra su voluntad propia. Quieres ver que el trabajo de la orden consiste más en tu resistencia, que no en su obediencia, mira que a más mandar, él no te puede más mandar, de que vayas al coro, frecuentes el oratorio, barras el sábado, ayunes el adviento, guardes silencio, te retraigas con tiempo, y vivas pacífico: las cuales cosas todas puedes tú muy bien hacer sin que te suden las espaldas, ni aun que te nazcan en los pies ampollas. Quéjate pues hermano mío de tu soberbia que no hay quien te domeñar pueda, quéjate de tu condición mala que no hay quien te la sufra, quéjate de tu voluntad propia que no quieres en cosa forzarla: porque estas cosas son las que a ti te traen atribulado, que no lo que te manda el prelado. Por mucho que ofrezcan los hebreos en ofrecer a Dios sus primicias, mucho más le ofrecen los religiosos que le ofrecen sus voluntades propias: porque sin comparación da más el que da lo que quiere, que no el que da lo que tiene. ¿Hay en el mundo por ventura tan alta primicia, como es el voto de la santa obediencia: por el cual damos al prelado todo nuestro querer, para que haga del él nuestro no querer? El mi no querer hace todas las veces que a mis apetitos resiste, y a mi sensualidad contradice: y si entonces yo tengo paciencia, y no le hago resistencia, puedo con mucha verdad decir, que cumplo con la obediencia, y ofrezco a Dios mi primicia. La primicia de mi corazón es ese mismo de mi corazón: el cual yo deposité en mi prelado el día que juré de ser religioso, y de estar obediente a su mandado: y de aquí es que a la hora que no condescendió a su mandamiento, le hurtó el corazón que le había dado. Ladrón escosario, y religioso es fementido, el monje que hace lo que quiere en su monasterio, y no lo que le manda su prelado: pues hurta lo que no es suyo, y se alza con el corazón que ya había dado. Si tú fueses tuyo, bien sería te rigieses por tu propio seso, mas pues ya por amor de Cristo prometiste obediencia a tu prelado: dime yo te ruego ¿qué tienes que ver contigo?

Con tal condición te da la orden de comer y de beber, y de vestir y de calzar, y todo lo más que has menester, con que te dejes de ella gobernar, y aun castigar: porque muy grande abusión sería que todas las cosas del monasterio fuesen a todos comunes, y que sola tu voluntad guardases por propia. Haces consciencia de tener una celda curiosa, o un breviario sin licencia, y no la haces de perder a tu prelado la vergüenza, y de resistirle a cada paso la obediencia: San Bernardo a este propósito dice: Malo es ser en la religión el monje propietario, mas muy peor es que sea voluntarioso: porque tener algo en común, suélese en las religiones permitir, mas con la propia voluntad no se debe dispensar: porque no por más andan los monasterios desordenados, de por dejar a los monjes que hagan a sus apetitos.

## Capítulo XLII

Que el siervo del señor no ha de poner ninguna excusa en todo lo que le mandare la obediencia: la cual se prueba con muchas autoridades de la escritura.

Facies quecumque dixerint, qui presuntin loco sancto: et sequeris sententiam eorum, dijo Dios en el Deuteronomio en el capítulo XVII, y es como si dijera: La cosa que tú, oh Moisés, has al pueblo de enseñar, y a los chicos y a los grandes mandar es, que en todas las cosas obedezcan a sus prelados, y crean lo que les dijeren sus súbditos: porque se han de tener por dicho, que si obedecen, yo soy al que obedecen, y si no obedecen, yo soy al que contradicen. Esta sentencia de la ley vieja confirmó después Cristo en la ley nueva, cuando dijo: Super cathedram Moysi federunt scribe et pharisei: omnia que dixerint vobis facite: y es como si dijera: Os doy por consejo, que cuando viereis predicar a los fariseos, y viereis enseñar la ley a los escribanos, hagáis todo lo que ellos os dijeren, y os guardéis de hacer lo que ellos hicieren: porque si sus obras son de hombres, sus palabras son de Dios. No vaca de alto misterio, confirmar Cristo en el Evangelio, lo que Moisés había mandado en el Deuteronomio: es a saber, que tengamos a nuestros prelados reverencia, y que no les alcemos la obediencia, si nos enseñan buena doctrina, aunque sean ellos de mala vida: porque no se ha de mirar lo que ellos hacen, sino lo que representan. Si Cristo por su boca esto no mandara, apenas de nadie tal consejo se creyera, ni aun se admitiera: es a saber, que nos dejásemos gobernar de preceptores absolutos, y obedeciésemos a los prelados, aunque fuesen disolutos, cuales eran los escribanos y fariseos: los cuales predicaban al pueblo muy buenas doctrinas, y por otra parte hacían obras de muy grandes hipócritas.

Oh cómo debe el señor tener en mucho la obediencia, pues nos manda obedecer a carga cerrada: es a saber, que no nos da licencia de a nuestros padres resistir, ni aun a una palabra les responder, no obstante que sean en su gobernación ásperos, y en su vivir flojos: pues a nosotros no pertenece más de tomar la doctrina que nos enseñan: y a sólo Dios pertenece juzgar la vida que hacen. El precepto de la obediencia como es por una parte muy meritorio, también es por la otra muy áspero y estrecho: pues no dice la autoridad del Deuteronomio, ni lo que Cristo manda en el Evangelio que hiciésemos algo, sino que dijo *facite omnia*: es a saber obedeced en todo, sin tener en el corazón tristeza, ni mostrar en el gesto saña. No vaca también de misterio, que la ley no mandaba obedecer sino al que estaba asentado in loco sancto: y Cristo tampoco manda creer sino al que presidía en la cátedra del templo: en lo cual se nos da a entender, que a los prelados y preceptores que no sienten bien de la fe católica, ni nos enseñan a las derechas la doctrina cristiana, no hemos a los tales de imitar sus vidas, ni dar fe y crédito a sus doctrinas. Al verdadero súbdito no le incumbe más, de examinar muy bien si su prelado est in loco sancto: y si está asentado en la cátedra santa del templo: es a saber, si es fiel cristiano, y si enseña la verdadera doctrina de Cristo: y hallando ser así verdad, él es obligado a su prelado obedecer: mas no a su vida examinar. La diferencia que va del buen súbdito al malo es, que el bueno guarda la doctrina que le enseñan, y no se entremete en la vida del que se la enseña: y el malo por el contrario, burla de la doctrina que le dan, y condena al que se la da. En el desierto de Cades, viendo Datan y Abiron que la doctrina de Moisés era santa y bendita, acordaron de poner mácula en su persona sola; diciendo, que se había casado con una mujer negra y etiopía: y que por eso era indigno de ser prelado de la sinagoga: y porque se hicieron jueces de lo que no les pertenecía, los absorbió y tragó vivos la tierra. Con Datan y Abiron serán en el mundo punidos, los que se hacen veedores y jueces de sus prelados: porque cosa es muy consona a razón que sean partícipes de la pena: los que fueron compañeros en la culpa.

*Qui resistit potestati, ordinationi dei resistit*, dice el apóstol escribiendo a los romanos en el cap. XIII y es como si dijese: Todo súbdito que a la voluntad de su prelado resiste, a lo que tiene Dios ordenado resiste: porque si no cae una hoja del árbol sin que él lo consienta, no es de creer que será nadie prelado en la Iglesia sin que él lo permita. Terrible sentencia es ésta del apóstol: es a saber, que resiste el querer divino, el que resiste a la voluntad de su prelado: porque a la hora que dice ser el que preside malo, es decir mal de Dios que le permite tener tal oficio. Hase de advertir mucho en que no dice el apóstol que quien resiste a la obediencia, resiste a la voluntad divina: sino que resiste a la ordenación divina: porque ora sea el prelado santo, ora sea malo y perverso, siempre es en la prelación por ordenación de Dios constituido: de lo cual se puede inferir, que quien murmura de lo que el prelado hace, murmura de lo

que Dios ordena. Torno otra vez a decir, que quien del prelado murmura, no con otro sino con Dios se toma: porque si el tal es malo, solamente es para sí, y no para ti: porque la deshonestidad de su vida, y la aspereza de su doctrina, cuanto más fuere para su damnación, sera más para su salvación. Al propósito de esto dijo el glorioso padre San Francisco, a un fraile perdido, que había elegido en general ministro estas muy notables palabras: El señor me ha revelado, oh fraile Elías, que por tu mal ejemplo y vida, ha de dar mi orden muy gran caída: y esto no obstante, quiere que te dé la obediencia, y que sea la orden toda por ti regida: a cuya causa he aquí ado de rodillas te beso la mano, y renuncio en tus manos el sello. Conforme pues a lo que este tan glorioso santo hizo y a lo que arriba dijo el divino Paulo, nadie se debía hacer pesquisidor del prelado, ni hacerse veedor del oculto juicio divino: porque si es el rector bueno, el señor le puso: y si el tal es malo, él sabe porqué le permite. No hay en el mundo prelados tan escandalosos, ni bulliciosos, como lo eran en tiempo de Cristo los malditos de fariseos: y pues Cristo mandó públicamente, que fuesen creídos y obedecidos: ¿porqué nos hemos de osar levantar contra nuestros prelados, que a lo menos son cristianos? Manda Cristo tolerar y aun creer y obedecer a los fariseos que pusieron mácula en su doctrina, y a los escribanos que procuraron asolar su fama: ¿y no quieres tú obedecer al prelado que te enseña la religión: y te pone en el camino de salvación?

En las colaciones de los padres dijo el abad Serapio: No conviene al siervo del señor disputar de la vida del prelado, y si hace bien o mal su oficio: porque de esta manera, mucho más pecaría el súbdito, en hacerse juez de su vida, que merecería en guardarle la obediencia. San Agustín escribiendo a los monjes del yermo dice: El que mandaba obedecer a los fariseos de la sinagoga, mejor mandara obedecer a los prelados de la Iglesia: y por eso os debéis guardar de poner en vuestros prelados la lengua, ni ser inquisidores de su vida: porque si tenemos obligación de obedecerlos, no tenemos licencia de juzgarlos. San Bernardo en una epístola hablando de sí mismo dice: Fácilmente cumplo todo lo que me manda mi prelado, cuando me acuerdo que no es él otra cosa, sino un traslado de Cristo: mas cuando me descuido de poner entre él y mí a Cristo, sino que le contemplo ser él como yo soy hombre humano: ni le puedo obedecer, ni aun le he gana de reverenciar. San Basilio decía en su regla: Guárdense mis monjes de examinar si deban hacer, o no deban hacer lo que les mandan, y si es bueno o si es malo el prelado que se lo manda: porque mucho más merecemos en la paciencia con que obedecemos: que no en todos los trabajos que en los monasterios pasamos. En decir el señor omnia quecumque vobis dixerint tacite, dio muy gran licencia a los prelados, y ató y reató a los súbditos mucho las manos para que ninguna cosa dejen de hacer, de cuantas los prelados les quieran mandar: ora sean difíciles de emprender, ora sean peligrosas de acabar: de manera que podemos afirmar y aun jurar, que no hay

obediencia adó hay resistencia. In auditu auris obedivi te, decía el profeta David, y es como si dijese: Bien sabes tú Dios de Israel, cuán hijo soy yo de la obediencia, y cuán sujeto estoy a lo que dice tu palabra: pues apenas es llegado a mis orejas tu precepto, cuando al pie de la letra le tengo yo ya cumplido.

Oh cómo sería bienaventurado, el que con verdad pudiese a su prelado decir este verso: mas ay de ti y ay de mí, que no abasta ya que el prelado nos llame, ni nos mande, ni nos ruegue, sino que es menester que nos regale, o que nos fuerce: de manera, que si algo hacemos, es más por el miedo de la justicia, que no por el mérito de la obediencia. Dime yo te ruego, ¿y tú qué mereces, si por temor obedeces? ¿Y tú no sabes, que el bendito Jesús no quiere ser servido sino de hijos graciosos, y no de esclavos forzosos? San Bernardo en el libro de consideración dice: El súbdito que se pone en disputa y contienda con su prelado, sobre decir quién sois vos que esto me mandáis, y por qué lo mandáis, o por qué más a mí que a otro lo mandáis: al tal ni le tengo por religioso, ni aun apenas por cristiano: pues quebranta el juramento de la obediencia que hizo, y es causa de disensiones en el monasterio. Muchas veces topamos un carro cargado y va callando, y topamos a otro descargado y va gritando: así son los monjes en los monasterios: algunos de los cuales aunque trabajan callan, y otros hay que no quieren trabajar, y no dejan de murmurar. Cata hermano, que dejar el mundo, entrar en el monasterio, tomar el hábito, y hacerte profeso, todo es bueno, y todo es santo, si junto con ello obedeces de buena voluntad a tu prelado: porque el día de la muerte ninguna cosa te recibirá Dios en cuenta, sino lo que hubieres hecho con voluntad pronta, y con alegre cara. Muy poca necesidad tiene el señor de lo que haces, ni de lo que rezas, ni de lo que piensas, ni aun de lo que trabajas, sino solamente de lo que amas, y de aquello en que tu corazón empleas: porque al bendito Jesús muy más grato le es nuestro amor, que no nuestro sudor. San Basilio en su regla dice: El verdadero siervo del señor con un mismo corazón y voluntad ha de ayunar que comer, velar que dormir, y trabajar que holgar, y callar que hablar: porque si en lo uno muestra descanso, y de lo otro tomase resabio, no llamaremos al tal siervo de Cristo, sino hombre del siglo. San Jerónimo escribiendo a un monje dice: Has de saber hermano mío Rogerio, que tan prontas has de tener las orejas, para creer lo que el prelado te dijere: y tan aparejadas has de tener las manos para hacer lo que él te mandare, que no esperes a que te lo hayan de encomendar, si tú antes lo puedes adivinar: porque así como la fruta cuanto es más temprana, es más preciada, así la obediencia, cuanto es más apresurada, es más meritoria. A este propósito se dice en el libro de la vida solitaria estas palabras: No sin lástima lo decimos, esto que queremos decir: y es, que el monje a quien su abad no osa mandar sino rogar, ni osa reprehender sino avisar, ni osa castigar, sino halagar, ni aun osa recoger sino licenciar, más valiera que el tal se quedara en el mundo, que

no haber venido al monasterio: porque allá sino aprovecha, a lo menos no daña: mas acá a los otros daña, y a sí mismo condena.

### Capítulo XLIII

De cómo la obediencia ha de tener las condiciones de la oveja, y de muchos ejemplos y dichos de los padres antiguos.

Qui regis Israel intende, qui deducis velut ovem Joseph, decía el santo rey David hablando con Dios en el salmo LXXIX, y es como si dijera: Oh tú que riges en paz el pueblo de Israel, oh tú que tienes en justicia la casa de Jacob, y oh tú que con la facilidad que llevan ado quiera una oveja, haces que José haga todo lo que la obediencia le manda, oye mi Dios lo que te digo: y dame señor lo que te pido. No vaca de alto misterio, y aun misterio muy alto, querer la escritura sacra comparar la virtud de la obediencia a la condición de la oveja simplicísima: la condición de la cual es, ir ado quiera que la llevan, y no resistir a cosa que le mandan. La oveja y la obediencia, y la obediencia y la oveja pareadas andan en la escritura sacra, y siempre suponen por una misma cosa: y de aquí es que quien no tuviere las condiciones de la oveja, no podrá tener las de la obediencia: porque así como en la condición de una oveja no hay más que pedir, así en un buen obediente no hay que reprehender. La oveja no acornea como el toro, no emponzoña como culebra, no muerde como perro, no acocea como caballo, no araña como gato, ni aun mata como oso: y lo que más en ella de loar es, que si para ofender le faltan armas, para obedecer no le faltan fuerzas. Mira pues cómo la simple obediencia, se va en pos de la oveja santa: pues en casa del verdadero obediente, no hay ojos con que desdeñen, no hay pies con que huyan, no hay manos con que resistan, no hay lengua con que respondan, ni aun hay corazón con que desamen: sino que ado quiera le llevan como a una oveja, sin mostrar tristeza aun en la cara. De las carnes de la oveja hacen cecinas, de la leche hacen quesos, de los cueros hacen zapatos, de las lanas hacen paños, y de ellas se engendran corderos: de manera, que la simplicísima oveja con ninguna cosa daña, y con todo cuanto tiene aprovecha. La verdadera obediencia, a manera de oveja santa, con los ojos se apiada, con la hacienda da limosna, con las manos trabaja, con los pies peregrina, con la lengua consuela, y con el corazón ama: de manera, que en casa de la obediencia no hay cosa ociosa para ocuparla, ni aun superflua para cercenarla. ¿Qué más diremos de la oveja?

sino que con tan buen semblante va a ser muerta a la carnicería, como va a la dehesa a ser apacentada. Mira cómo la obediencia santa se va todavía en pos

de su simple oveja: pues el verdadero obediente, no huye aunque le encierren, no se venga aunque le injurien, no se azora aunque le castiguen, no murmura aunque le infamen, ni resiste aunque le maten: sino que todo lo que hace de una oveja el carnicero, hace del buen súbdito su prelado.

San Gregorio en el Pastoral dice: Por eso este nombre de oveja es tan nombrado en la sagrada escritura, porque en él se representa la gran virtud de la obediencia: en que así como la oveja es el animal que menos al hombre daña, y más a la república aprovecha, así la virtud de la obediencia, es la que más aprovecha al que la tiene: y que más daño hace al que le falta. ¿Qué se le da a Dios que seas humilde, limosnero, casto, sobrio, abstinente, y paciente, si con todo esto eres a Dios rebelde, y a tu prelado inobediente? Ya que tengas todas estas virtudes, podrás tu ser de los hombres loado, mas no serás de Dios remunerado: porque siendo como es anexa la soberbia a la inobediencia, ninguna obra puede ser meritoria, adonde entrevega inobediencia, o soberbia. Abel no guardaba sino ovejas, José no guardaba sino ovejas, a Cristo no comparan sino a las ovejas: de lo cual podemos inferir, que Dios, ni sus santos no se encargan de guardar cabrones rebeldes, sino de ovejas simples. Oveja es por cierto simple el que simplemente obedece: y al tal huélgase Cristo de comparar, y al tal plácele a Cristo de apascetar, y al tal oblígase Cristo de guardar, y aun al tal oblígase Cristo de premiar. Todo lo de suso es de Gregorio.

Non sum missus nisi ad ones quae perierunt domus Israel, decía Cristo a sus discípulos en el XV capit. de San Mateo, y es como si dijese: No me importunéis por la madre Cananea, ni por su hija la endemoniada: pues yo no vine al mundo sino por las ovejas que perecieron de la casa de Israel: y por las que están predestinadas de la casa de Jacob. Oh cómo tiene mucha malaventura, el que en la casa de Dios no fuere oveja: pues el hijo de Dios jura y afirma, que no vino al mundo sino a buscar ovejas, y que no guarda sino ovejas, y aun que no sana sino a las ovejas. En decir Cristo non sum missus nisi ad oves, excluye de fuera a los leones superbos, a los tigres invidios, a los rinocerontes furiosos, a los puercos inmundos, a los lobos voraces, a los topos avaros, y a los erizos perezosos: sin que solamente admite a su rebaño, y toma sobre su amparo a la simple oveja, que es a la obediencia santa. Mucho es aquí de ponderar, que a más pecar, no puede una oveja a su pastor ofender, de desmandarse algún poco del rebaño, o a entrarse a comer de algún trigo: de manera, que no peca sino en la acidia, y no ofende sino en la gula. Pecar en la gula y pecar en la acidia, es pecar por flaqueza, y no pecar por malicia: quiero por lo dicho decir, que decir Cristo non sum missus nisi ad oves Israel, es decir que no cura ni se entiende con los que por alguna flaqueza caen: porque en el riguroso juicio de Dios, mucho alivia o mucho agravia al pecado, la poca o mucha ocasión de pecar. El que con extrema necesidad toma algo peca como

oveja, el que de pereza va tarde a misa peca como oveja, y el que con hambre quebranta el ayuno peca como oveja: mas el que del bien de su prójimo tiene envidia, y el que a su hermano roba la fama, y el que de puro maligno revuelve la república: este tal no peca de flaqueza, sino que peca de pura malicia: del cual pecado muy tarde el hombre se enmienda, y muy más tarde Cristo le perdona.

Oh buen Jesús, oh amores de mi alma, yo confieso que contra ti he errado, mas mira que erravi sicut ovis que perii: y pues tú no buscas sino ovejas erradas, busca a mí que soy tu oveja, y aun la oveja que más ha errado en esta vida. Pues es verdad que erravi sicut ovis que perii, quiere, oh buen Jesús, quiere servum tuum, pues buscaste a David cuando adúltero, y buscaste a San Pedro cuando te negó, y buscaste al ladrón cuando te ofendió: los cuales pecados si estaban en ellos derramados, hallarse han en mí ahora todos juntos. Mire pues cada uno por sí, para ver si es oveja, o si es cabra: es a saber, si es obediente, o si es rebelde: porque si es rebelde ponerle han a la mano izquierda con las cabras: y si es obediente ponerle han a la mano derecha con las ovejas: porque en la casa de Dios no se dan los asientos según lo que presumimos, sino conforme a lo que merecemos. En cuanto tenga Dios a la obediencia santa, que es significada en la oveja simplicísima, podemos muy claramente ver, en la obediencia estrecha que muchos santos tuvieron, y como de ella más que de otra virtud se preciaron: y por cierto ellos tuvieron muy gran razón: porque es tan heroica la virtud de la obediencia, que nadie sin ella puede en esta vida ser santo, ni aun en la otra ser salvo. Del abad Juan dice Casiano, que sirvió a un viejo treinta años sin traspasar ninguno de sus consejos: y al fin para probarle el viejo si aquella obediencia era ficta, o era verdadera, mandóle regar un árbol seco, y que trajese a costas el agua bien media legua: lo cual el santo monje hizo por espacio de un año, sin poner en ello ninguna excusa, y aun sin preguntar que porque se lo mandaba.

En las vidas de los padres dijo el abad pastor: Cuando yo era novicio en el yermo de Tebaida, nunca me mandaron cosas a derechas sino torcidas, ni cosas que llevaban razón, sino opinión, ni cosas que me aplaziesen sino que me contristasen, ni aun agibles sino imposibles: porque era ley muy usada en el monasterio, que no recibiesen para monjes a los que en las cosas ásperas no fuesen obedientes. Como en un monasterio de Tebas no hubiese más de una aceitera de aceite de que todos comían, y con que de noche todos se alumbraban, mandó el abad Simeón al santo monje Juan que la trastornase, y de una ventana abajo la echase: el cual mandamiento apenas le fue puesto cuando fue cumplido, y esto sin decir que no había otro aceite en casa, y sin alegar que el derramarla era consciencia. De un monje llamado Mucio dice Casiano, que viniéndole a ver un hijo suyo que había habido en el mundo, queriendo su abad probar que tanta era su paciencia, y a qué se extendía su

obediencia, díjole medio burlando, que aquel hijo suyo daba mucha turbación en el monasterio: y que por quitarse de aquel trabajo sería bueno, que le echasen en el río: la cual cosa apenas le fue dicha, cuando da con su hijo dentro del agua. Luego aquella noche fue revelado al abad del monasterio, que tan acepto había sido a Dios aquel sacrificio del monje Mucio, como el que Abraham había hecho: porque tanto sintió el buen monje llevar a su hijo a ahogar, como sintió Abraham en llevar a Isaac a degollar. En el yermo de Palestina tomó el hábito otro monje que en el siglo era en hacienda rico, en sangre generoso, y en ciencia asaz docto, queriendo pues su abad probarle de paciencia, y avezarle a la obediencia, mandóle que tomase diez espuestas acuestas, y se fuese por toda Tebas una a una a venderlas, y que no las vendiese todas juntas: porque tardándose más la venta, se alargase más su afrenta y vergüenza: lo cual él luego hizo, sin poner en ello impedimento. Como el abad Sisoy tuviese muchos discípulos, y en uno que había nombre Malcho, pusiese más los ojos que en todos los otros, dijo un día uno de ellos: Dime padre bendito, por qué en tanto perjuicio nuestro amas más que a todos a nuestro compañero Malcho: Oídas Sisoy estas palabras callando se va a las celdas de todos los monjes, y como llamase a las puertas de ellas, unos callaron, otros respondieron, otros salían, y otros no salían ni respondían: y como llamase a la puerta de Malcho, y saliese muy presto, hallaron que a la sazón él estaba escribiendo en un libro, y que por cumplir con la obediencia había dejado una letra empezada.

A este propósito dice el glorioso Bernardo: Si te riñere el prelado calla, si te pidiere algo dáselo, si te castigare súfrello, si te mandare algo hazlo, y si te llamare ven luego: porque entonces es la obediencia acabada, cuando dejas lo que haces por acabar. De estos tan notables ejemplos podemos colegir, cuán gran excelencia es el obedecer, y cómo del obedecer viene el merecer: porque de otra manera, habiendo de ir cada día más aprovechando, tanto torna atrás el camino, cuanto no anda a la voluntad de su prelado. Confundantur omnes qui repugnant ei, dijo Dios por Isaías, y es como si más claro dijera: Todos los que le contradijeren serán confundidos, y todos los que le resistieren serán castigados, y aun todos los que se les amotinaren serán afrontados: pues hombre soberbio, no puede quedar sin castigo. Decir Isaías, que el que resistiere al prelado, será de Dios castigado, y de los hombres confundido: es decir, que todo aquello que el súbdito procurare para su consolación, se le tornará en desconsolación y confusión: porque muchas veces acontece, que las consolaciones y recreaciones que se otorgan a los obedientes súbditos, las niegan los prelados a los monjes mal domados. San Bernardo a este propósito dice: ¿Cómo quieres tú hermano que tu abad te deje ir al pueblo a negociar, ni al huerto a pasear, ni al hospicio a recrear: pues ni haces lo que te manda, ni aun condesciendes a lo que te ruega? Si murmuras porque consuela a otros más que a ti, mira que los otros le obedecen mejor que tú: y no puede ser cosa

más justa, que si el prelado halla en el súbdito toda sujeción, que el súbdito halle en su prelado alguna recreación.

El monje que hace lo que quiere y no lo que debe, ha de tener fe por dicho, que será de todos sus hermanos notado, será de los prelados perseguido, vivirá desconsolado, andará como corrido, no será como los otros reverenciado: y aun será más que todos castigado. En otra epístola dice también San Bernardo: Cosa es muy cierta, que el monje rebelde e inobediente, ha de andar afrentado, y ha de ser confundido más que todos en el monasterio: porque el prelado le habla de mala gana, huyen todos de su compañía, él mismo trae consigo tristeza, y aun en él más que en todos se emplea la disciplina. Entre los príncipes del mundo, ninguna cosa tanto se castiga, como es el desacato que se hace a su justicia: y así en la religión ninguna cosa debe ser tan agramente castigada, como es el delito de la obediencia: porque no hay tan gran señal de irse la religión a perder, como es cuando los monjes osan en público desobedecer. San Basilio en su regla dice: Podrán los abades de nuestra orden condescender y dispensar en algunas flaquezas, según la calidad de las personas, y según las pocas y muchas fuerzas: excepto en caso de obedecer o desobedecer: en lo cual no queremos que nadie ose dispensar. Casiano en las instituciones de los monjes dice, que era tan grande la obediencia que tenían a sus abades los monjes de Tebaida: que si había necesidad de mandar al monje dos veces una cosa, le echaban luego de su compañía. En las colaciones de los padres dijo el abad Sisoy: No se excuse nadie del cumplimiento de la obediencia: diciendo que nadie puede perfectamente cumplirla: porque si lo que te mandan es cosa ligera, puédesla cumplir, y si es cosa recia cumples con la probar: mayormente que en tal caso, no menos recibe el señor lo que el buen obediente comienza, que lo que comienza y acaba. Y porque concluyamos en una palabra todo lo que arriba hemos dicho de la obediencia: decimos, que el término del obedecer no ha de tener tiempo, sino que se ha de acabar con el mismo tiempo: por manera, que entonces ha de ser el fin de la obediencia, cuando fuere el fin de tu vida.

#### **Capítulo XLIV**

Que las cosas temporales las ha de tener el siervo del señor en poco: porque son muy peligrosas, y poco provechosas.

Omnis qui non renunciaverit omnibus que possidet: non potest meus esse discipulus. Dijo Cristo predicando a las compañías que le seguían, y es como si dijera: Bien me parece que me sigáis, y que oigáis, y que me creáis como

hombres buenos: mas si queréis ser buenos cristianos, y llamaros mis discípulos, conviene os primero renunciar todas vuestras riquezas, y después ir os en pos de mis pisadas. Para entender estas tan altas palabras de Cristo: es de notar, que los romanos traían por armas una águila, los argivos un buey, los persas un gallo, los medos una culebra, los pennos una palma, mas los discípulos de Cristo no pueden traer ninguna cosa: de manera, que los que militan sobre su bandera, ni se han de mantener con riquezas: ni aun pelear con armas. Cosa es mucho de admirar, que nadie envía lanas a Flandes sin las marcar, nadie lleva ovejas a extremo sin las almagrar, nadie trae paños a la feria sin los sellar, ni nadie compra esclavo sin le herrar: mas en la bendita tienda y ley de Cristo no hay mayor marca que no estar marcado, ni hay mayor señal que no estar señalado. En la casa de Cristo no hay necesidad de probar el oro, ni de almagrar el ganado, ni de listar el brocado, ni de guardar el trigo, ni aun de añejar el vino, pues no lo hay ni puede haber: lo que en casa de sus discípulos hay es, que la más estrecha pobreza es la mayor riqueza, y el que vive más necesitado, aquél es tenido por más perfecto. Discípulos tiene el mundo, y discípulos tiene Cristo: y en lo que se diferencian es, que los del mundo son los más ricos, los mejores vestidos, los más poderosos, los más acatados y aun más regalados: mas los de Cristo no son así, sino que son los más pobres, los más rotos, los más abatidos, y los más perseguidos: de manera, que la casa del mundo es mundanal, y la casa de Dios es un hospital. Mucho es de ponderar, que no dijo Cristo los que renunciaren, sino el que renunciare todas las cosas, ése será mi discípulo: porque dado caso que sean muchos los que han recibido el bautismo: cual o cual es el que allega a ser perfecto.

Vias tuas domine demonstra mihi: et semitas tuas edoce me, decía el profeta David, y es como si dijese: Enséñame oh buen señor, enséñame los caminos que van derechos a ti, y las sendas por do llevas los justos a ti: porque no me va más de errar, o acertar: de anochecer en el infierno, o de amanecer en el paraíso.

No puede ser en el mundo demanda tan justa, ni petición tan necesaria, ni aun ruego tan bienaventurado, como es pedir a Dios que nos enseñe el camino del cielo: porque es aquél camino tan fragoso de andar, y tan malo de acertar, que de los muertos le saben pocos, y de los vivos ninguno. El camino del demonio son malicias, el de la carne placeres, el del mundo vanidades, el de la soberbia honras, el de la gula manjares, el de la ira venganza, el de la acidia holganza, mas el de Dios no es sino pobreza: lo cual parece claro, en que a ninguno de su casa, consiente que tenga un real en la bolsa. Cuando él nació en un pesebre desnudo, no debía de tener él casa de su patrimonio: y cuando sus discípulos comían de hambre las espigas, no debían de tener llenas de trigo las troges: y cuando en Cafarnaum no tenía blanca ni cornado con que pagar el tributo, no

debía de tener dineros en cambio: y cuando se enterró en sepulcro ajeno, tampoco debía de tener hecho mayorazgo: San Agustín a este propósito dice: Es el camino por donde Cristo caminó tan estrecho, y es el postigo por donde entró tan angosto, que no puede caber por él hombre vestido: y de aquí es, que el que quisiere perfectamente a Cristo seguir, de todas las cosas mundanas le conviene despojar. *Pone me ut signaculum supra cor tuum*, decía Cristo en los cantares: y es como si dijera.

Oh tú que vienes a servirme y a seguirme, ponme por blanco sobre el terrero de tu corazón, adonde aseen las saetas de tus pensamientos: porque jamás se perdió, hombre que me siguió. Oh buen Jesús, oh amores de mi alma, y como en tus dulces palabras parece bien que me amas de todo corazón, pues me mandas ponerte sobre mi corazón: en lo cual te muestras ser verdadero enamorado, pues no pides por tu amor, sino el mi amor. No dice Cristo, que le pongas en la lengua para hablarle, ni en los ojos para mirarle, ni en las orejas para oírle, sino que le pongamos en el corazón para amarle, y servirle, porque así como él nos amó con el corazón, y nos redimió con la sangre: así quiere él que en las entrañas le amemos, y que con las obras le sirvamos. Tampoco dice Cristo ponme cabe tu corazón, o ponme debajo de tu corazón, sino que te dice le pongas encima de tu corazón: porque así como el bendito Jesús tan perfectamente te ama como si ninguna cosa más de a ti amase: así quiere él de ti ser tan a solas amado, que no le des en el amor ningún compañero. Aquél da en el amor compañero, que juntamente ama otra cosa con Cristo: lo cual él no quiere admitir, ni menos sufrir: porque en un corazón, no ha de caber más de otro corazón. Aquél pone a Cristo sobre el corazón, que sobre todas las cosas le ama: y aquél le pone cabe su corazón, que otra cosa con él ama: y aquél le pone debajo de su corazón, que a otra cosa más que a él ama: del cual pecado dice San Agustín, que menos le ama el que con él algo ama, que no el que de él no se acuerda. También es de notar, que no se contenta Cristo con que le pongamos en el corazón en el lugar más alto, sino que le pongamos delante nuestros ojos, como se suele poner el blanco en el terrero: en lo cual nos dio a entender, que todo lo que pensaremos, y todo lo que hiciéremos, no sea tanto en nuestro provecho, que no sea más en su santo servicio. Aquél pone sobre su corazón a Cristo, que le sirve de puro amor, y no por ningún temor, y que antes perderá mil veces la vida, que no cometer contra él ni sola una ofensa: porque según la sentencia divina dice, el que en un sólo mandamiento no fuere fiel, le contarán los otros como de infiel.

Decirnos tú, oh mi buen Jesús, *pone me ut signaculum supra cor tuum*: es decirnos que sigamos desnudos al desnudo, descalzos al descalzo, pobres al pobre, y crucificados al crucificado: porque toda obra que no se hace conforme a la traza y muestra, indigna es por cierto de ser pagada. ¿Qué otra cosa quiso el hijo de Dios decir cuando dijo, *pone me ut signaculum supra cor*

tuum: sino que para ser varones evangélicos, nos conviene que tengamos tan grande envidia a los que ahora viéremos más pobres que nosotros, como la teníamos allá en el mundo a los que eran más ricos? Si quieres ver la diferencia que va de los perfectos a los imperfectos, verlo has en los discípulos de Cristo que debatieron en la cena, sobre cuál de ellos sería mayor, y en el hijo de Dios y en San Pedro que porfiaron [XCv] sobre cuál sería el menor: mas como en Cristo estaba la humildad más arraigada, en él y no en Pedro quedó la victoria. Entonces ut signaculum pones sobre tu corazón a Cristo, cuando en caso de menoridad y humildad compites con tu hermano: y entonces con los discípulos pones sobre tu corazón al demonio, cuando a todos y en todo quieres ser preferido y honrado: por manera, que cual es el dueño que en tu corazón tienes, tal es el lugar que para ti y para él procuras. Torno pues al primer intento de nisi quis renunciaverit omnibus quae possidet, non potest meus esse discipulus: a los imperfectos no manda aquí Cristo que las riquezas desechen, sino que las desamen: porque las cosas temporales no nos las da Dios para que las amemos: sino para que las poseamos, y con ellas le sirvamos. No entran en esta cuenta los religiosos, y varones perfectos: los cuales se han de enemistar tanto con las riquezas, que no sólo las han de desarmar, mas aun del todo dejar, así como hacían los apóstoles en la primitiva Iglesia: y aun lo hacían en la ley de la naturaleza, adó no hubiera mío ni tuyo, si del mundo no se enseñoreara el pecado.

San Agustín sobre estas palabras de Cristo dice: Sino fuera porque hubiese en la Iglesia ricos, que hiciesen caridad: y no fuera porque se cumpliera el número de los escogidos para la gloria, estaba Cristo también con la alteza de la pobreza, y con la limpieza de la castidad: que como estas dos virtudes puso en el número de los consejos evangélicos, él las pusiera en el canon de los mandamientos divinos. El venerable Beda también dice: ¿Qué otra cosa es decir Cristo, vende todo lo que tienes, y sígueme: sino decir, sé pobre como yo soy, deja el mundo como yo le dejo, ámame tú a mí como yo te amo a ti, cambia tu hacienda por mi alta pobreza, y confía de mis manos las necesidades todas: pues tengo el querer, y el poder para remediártelas: Orígenes también dice: Decir Cristo al varón perfecto, que venda las riquezas y le siga: es como si le dijese. No sigas las riquezas que van huyendo, sino sígueme a mí que te voy esperando: porque siendo como somos tan grandes enemigos ellas y yo, no puedes a ellas seguir, sin a mí perseguir: y para a mí seguir has primero a ellas de perseguir. El glorioso Crisóstomo dice: Decir Cristo vende omnia quae habes et sequere me, es decir: sigue a mí que soy pobre de voluntad, y no de necesidad: y que no pido para guardar, sino para dar: y que mi pobreza no es pena de pecado, sino que en lugar de merced la doy yo al justo: porque en mi casa y colegio, el que es más hambriento, y desnudo, aquél es de mí más privado. San Jerónimo sobre San Lucas dice: Mandarnos Cristo, que renunciemos la plata, y el oro: no es porque ello es en sí malo: sino porque

para seguirle los buenos les es muy grande estorbo: y de aquí es, que cuando Cristo en su testamento dijo a los suyos: ego dispono vobis regnum, sicut disposuit mihi pater: privólos de tener dineros, y heredólos en muchos trabajos. San Hilario a este propósito dice: Decir Cristo a los varones perfectos, que vendan lo que tienen, y le sigan, no fue consejo áspero sino dulce, no peligroso sino seguro, no de contrario sino de amigo, no de hombre avaro sino de muy largo: porque ninguna cosa se puede en esta vida llamar grande, sino es el corazón que menosprecia cosas grandes. San Gregorio en una homilía dice: Mandar Cristo que vendamos lo que tenemos y le sigamos, más le es de agradecer que no de él nos quejar: pues las riquezas temporales nos causan trabajo en allegarlas, cuidado en guardarlas, peligro en defenderlas, enojo en repartirlas, y contradicciones en conservarlas: de manera, que en dejarlas dejamos muy pocos dineros, y ahorramos de inmensos enojos. Sicut spine adinvicem complectuntur, et ideo consumentur: sicut stipula ariditate plena, dijo Dios por el profeta Naum en el I capítulo, y es como si dijera: Así como en los zarzales no hay quien pueda a las espinas allegar, ni unas de otras despegar, ni desarrebujar, así son los ricos de Damasco, y los mercaderes de Tiro: los cuales están en sus mercaderías tan azahondados, y en sus contrataciones son tan delicados: que ni unos de otros se pueden apartar, ni aun ellos mismos se pueden entender. No vaca de alto misterio, llamar el profeta espinas a las riquezas, y zarzales a los hombres ricos: porque así como las espinas no se dejan tocar, ni tratar, así los hombres ricos no se dejan comunicar, ni con los menores quieren conversar: a causa que la soberbia y la riqueza siempre traen entre sí trato y compañía.

Zarzas y zarzales son las casas y personas de los hombres ricos: cuyas trampas y cautelas son peores de desenzarzar, que no son las riquezas de desarrebujar: y lo que es peor de todo, que ni se consienten apartar, ni se quieren corregir por ejemplos que vean, ni por amenazas que les hagan. En los zarzales y espinas ni se coge fruta, ni se labra nada, ni aun se halla sombra: de lo que ellos aprovechan es, para que se acojan allí los lagartos, para que se rompan allí las ropas, y para que rasguen allí las carnes. Peores que zarzas y espinas son las casas de los ricos avarientos: en cuya compañía tiene su trono la soberbia, tiene su nido la envidia, tiene su casa la ira, tiene su cueva la lujuria, tiene su asiento la gula, y tiene su estado la avaricia. Dime yo te ruego, ¿no son zarzas espesas, y espinas lastimosas, las personas y casas de los malos ricos: pues sin ninguna comparación son más los vicios que tienen, que no las gentes que mantienen? A las veces son peores los ricos y sus compañías, que no son las zarzas y las espinas: porque con las zarzas suelen bardar y cubrir las paredes, mas la compañía de los ricos roba y despoja las repúblicas: por manera, que si las espinas nos rompen las ropas, los ricos nos beben la sangre. Peores que zarzas son los bienes temporales: pues se dejan allegar, y no se consienten gozar: porque si son heredados tiénense en poco, y si son ganados

cuestan al dueño mucho: de manera, que cuando se acaban de allegar, es ya tiempo de nos morir. Bravos zarzales son las riquezas: pues causa soberbia el tenerlas, codicia el allegarlas, avaricia el guardarlas, y pecado el mal gozarlas: de manera, que nos cargan los cuerpos de vicios, y los corazones de cuidados. Malas espinas son las riquezas: pues nos causan tantos sudores por los caminos, tantos peligros por las mares, tantas pérdidas en los tratos, tantos gastos por las posadas, y tantos enojos por las ferias: que a las veces querría hombre más pedirlo de puerta en puerta, que no ganarlo de feria en feria. Flacas espinas son las riquezas, y aun los ricos: porque si tienen industria para ganarlas, no tienen potencia para guardarlas: porque si son molindas llévalas el agua, si son casas quémalas el fuego, si son ropas róelas la polilla, si son paneras comelas el gorgojo, si son ganados mátalos el muermo, y si son metales húrtaños los ladrones: de manera, que pierden en un hora, cuanto allegaron en toda su vida. Espinas enojosas son las riquezas, pues al tiempo que los ricos las allegan andan solos, y al tiempo de gozarlas andan muy acompañados: diciéndoles unos que son sus criados, otros que son sus deudos, otros que son amigos, y otros que son sus aliados: de manera, que todos se llaman suyos al repartir los dineros, y ninguno halla cabe sí al tiempo de los trabajos.

Zarzales peligrosos son las riquezas, pues nadie que las tenga puede escapar de ser mal quisto, ser envidiado, ser murmurado, ser maltratado, y aun ser infamado, no sólo de sus vecinos, mas aun de sus propios deudos, y amigos: y esto no por las injurias que les ha hecho, sino por las riquezas que les ha negado. Séneca a este propósito dice: Tanta piedad se ha de tener del rico cuando le sobra, como del pobre cuando le falta: pues jamás le faltan amigos que le pidan, y enemigos que le persigan. Y en otro lugar dice: Ten hermano mío las riquezas en poco, si quieres que la virtud, y virtuosos se tengan en algo: porque nadie puede ser tenido en mucho, sino el que tuviere todas las cosas en poco.

## **Capítulo XLV**

Que conforme a la doctrina del apóstol no sólo es peligro las cosas mundanas procurarlas, mas aun nos es prohibido el desearlas.

Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem: et in laqueum diaboli, dice el apóstol escribiendo a Timoteo, VI capítulo, y es como si dijese: El peligro de los que quieren ser ricos es, que caen en una grave tentación, y en el lazo del demonio, y en muchos deseos inútiles: los cuales traen a los hombres ahora en

perdición, y después en damnación. Muy a la clara pone aquí el apóstol el poco provecho que traen los ricos, y el mucho daño que nos hacen las riquezas, pues podemos muy bien pasar sin ellas: lo cual parece claro, en que naturaleza no te pide cuando has sed, pajes, ni toballas, ni plata, sino sólo un jarro de agua: porque todo lo demás sirve a la vanidad, y no a la necesidad. A la vanidad y no a la necesidad sirven muchas ropas, pues no se visten más de una: y lo mismo diremos de muchos sayos, pues abasta uno: y de muchos zapatos, pues abastan dos: y de muchos libros, pues abastan pocos: y de muchas casas, pues no moramos más de en una: de manera, que sin comparación son más las cosas que buscamos, que no las de que nos servimos. Séneca a este propósito dice: Si quieres creerme, oh Lucilo amigo mío, de dos extremos en que caen los hombres, antes elige que te falte algo, que no que te sobre mucho: porque las riquezas que no nos sirven, han de ser ellas por fuerza servidas: y el que no las sujetare, ha de estar él sujeto a ellas.

Sócrates el filósofo, yendo de Sicilia a Atenas, echó en el mar del archipiélago una barra de oro que le había dado Dionisio siracusano, diciendo: Allá irás malvado oro, que más quiero yo ahogarte a ti, que no que tú me ahogues a mí.

Mucho es aquí de ponderar, y aun nos ha de espantar, en no condenar el apóstol a los que las riquezas tienen, sino a los que las desean: y la causa de esto es, porque tales somos nosotros, cuales son nuestros deseos: y tales son nuestros deseos, cuales son las cosas que deseamos. Así como los buenos deseos acarrear la salvación, así los malos deseos son fundamento de nuestra perdición: porque el premio que esperamos, o el castigo que tenemos, no depende por cierto de lo que las manos hacen, sino de lo que el corazón piensa. Decir el apóstol que en la codicia estaba la culpa, díjolo por salvar a muchos ricos: los cuales hacen muchos bienes con sus riquezas: y por mostrar que el pecado está en el que las codicia para mal, y no en el que las consume bien: como fueron Abraham, y Lot, y Job: los cuales fueron más santos siendo ricos, que no lo fueron otros siendo pobres.

San Agustín a este propósito dice: El corazón del que quiere ser rico con dos deseos es atormentado: es a saber, con un querer, y con un no querer: querríase él mucho enriquecer, y no querría para ser rico trabajar: y en tal caso no menos condenamos lo uno, que condenamos lo otro: porque de mucho holgar vienen los hombres a hurtar. Quia vir desideriorum est: ego ostendam tibi quae futura sunt, dijo el ángel santo a Daniel, en el capítulo nono, como si dijera: Porque eres varón de muy buenos deseos, y veo en ti muy santos propósitos, yo te enseñaré cómo ahora has de vivir, y te mostraré lo que de ti ha de acontecer. No vaca de alto misterio, no hacer cuenta el ángel de que era Daniel hebreo mancebo, casto, abstinentes, docto, profeta, celoso, y contemplativo: sino solamente le loa, que tenía los deseos de varón santo: para darnos a entender, que sin comparación se sirve más el señor de los santos deseos que tenemos,

que no de las flacas obras con que le servimos. No condenar pues el apóstol las riquezas, sino los deseos de ellas, y no loar el ángel en Daniel las obras que hacía sino los deseos que tenía, es un aviso muy notable, para que si el siervo del señor no tiene fuerzas para hacer siempre buenas obras, tenga a lo menos las entrañas para su servicio aparejadas. No dice el profeta David tengo señor los pies aparejados para ir a la iglesia, y tengo las manos abiertas para dar limosna, y tengo las orejas atentas para oír tu palabra: sino que solamente dice: paratum cor meum deus, paratum cor meum: es a saber, que tengo señor mi corazón aparejado, y aun aparejado para tu servicio: pues todas las obras que hago, no son de ningún caudal ni peso. Pues dice el apóstol que con sólo el querer ser rico se pierden los hombres malos, razón será que pongamos recaudo en ese desordenado querer, a causa que después no haga el demonio de nuestro querer riquezas, un no querer virtudes: porque si los deseos desordenados no tenemos muy encerrados, nunca las manos ni los pies andarán quedos. David erat robustior seipso. I Regum XXX capítulo: dice la sagrada escritura, y es como si dijera: Entre los fuertes era el más fuerte David, y el mismo David era más fuerte que no David.

Oh alto misterio, oh profundo secreto, decir que David era más fuerte que David: lo cual se averiguó ser así de hecho, cuando el buen David vencía a sí mismo: perdonando al rey Saúl las injurias que le hacía, y no dando a su carne los apetitos que le pedía. Gran gloria alcanzó David en vencer al gigante Goliat en el campo, mas muy mayor la alcanzó cuando venció a sí mismo: porque venciendo a sí mismo: venció al que venció al tirano. Cuando el invencible César venció en la farsalia al gran Pompeyo, y luego perdonó a los que se hallaron en aquella batalla: díjole un capitán suyo. Mayor gloria te ha dado hoy la clemencia, que te dio ayer la lanza: porque con la lanza venciste a tu enemigo, mas con la clemencia venciste a ti mismo. Lo que este capitán dijo fue cosa notable, mas lo que el gran César hizo fue cosa heroica: porque más ánimo ha menester el hombre para reprimir los vicios, que no fuerzas para vencer los enemigos. Cuando Cristo dijo al que quería ser perfecto, abneget semet ipsum, no le mandaba vencer al moro, ni al judío, ni tampoco al pagano, sino solamente a sí mismo, como a enemigo más poderoso: porque mucho más es irse hombre a la mano en lo que quiere: que no tomar a otro lo que tiene. Amenazar el apóstol al que desea ser rico como al que lo es de hecho: es darnos a entender, que a las veces se salva mejor el que es pobre de deseos y rico de dineros: que no el que es pobre de dineros y rico de deseos. Con los dineros allegados se suelen hacer muchas cosas buenas, mas los deseos desordenados, nunca paran sino en cosas malas: y de aquí es, que nadie puede vivir conforme a razón, si primero no se sujeta a la razón. Su corazón sujeta el que no le consiente desear cosa mala: porque es tan antojadizo, y aun tan mal contentadizo, que si una vez toma gusto en lo que piensa, él muere hasta que lo alcanza. Dice también el apóstol, que el hombre que desear ser rico, caerá

en tentación: y Cristo por otra parte dijo et ne nos inducas in tentationem: de manera, que una es la tentación que hemos mucho de temer, y una es la tentación porque hemos siempre de rogar. No diremos por cierto que desacierta el que dijere que esta tentación es la tentación de la avaricia: porque a la verdad ella sola es, la que la más ordinariamente nos tienta, y aun la que en más trabajos nos pone.

Bien dice Cristo: et ne nos inducas in tentationem: pues la codicia de tener levanta la guerra entre los príncipes, trae a los salteadores por los montes: lleva a los mareantes por las mares, pone a los labradores en muchos trabajos, causa a los letrados abogar en pleitos, mete a los arrendadores en mil trasagos, y aun quita el sueño a los muy codiciosos. San Crisóstomo sobre estas palabras dice: Et ne nos inducas in tentationem: es a saber, en codicia de hacienda: pues si es cosa penosa el allegarla, es muy más enojosa el repartirla: porque son tantos los que nos la piden, y los que nos la toman, y aun los que nos la hurtan: que si se allega sudando, se reparte llorando. El día que acierta uno a ser rico, aquel día se tienen todos sus deudos por ricos, y se tratan como ricos: y si para sustentar aquel fausto no les da de su dinero: ha se de tener por dicho, que han de comer sobre su honra: pues no comen de su hacienda. No hay rico que no diga y jure, ser más lo que otros le llevan, que no lo que a su placer gasta: de manera, que les sobran siempre los enojos, y les faltan algunas veces los dineros.

Séneca a Lucilo dice: Díganme los ricos de este siglo, ¿cuál les será más fácil de contar, los trabajos que tienen, o los dineros que poseen? Por muchos dineros que tengan, tienen que contar para un día, mas en los trabajos que padecen tienen que llorar toda su vida. ¿Qué mayor venganza quieres tú de un rico, que verle arrojado de factores, cargado de alhajas, citado para pleitos, envidiado de los pobres, y enemistado con otros ricos, quiébras en sus tratos, hurtos de sus criados, testimonios de sus vecinos, y aun persecuciones de sus dueños? La costa ordinaria de la despensa, el acompañamiento de su persona, la frecuentación de los huéspedes, y la muchedumbre de los negocios: aunque le pese lo ha el rico de sustentar, osobre eso ha de reventar, y morir: porque es de tal calidad este mundo, que quieren más los hombres cumplir con la opinión, que no seguir la razón. Todo el trabajo de los hombres está, en que después que su fortuna o su locura, les puso en estado de algo tener, o de algo valer, aunque después la fortuna de vuelta, ellos no quieren descaer de su locura: y lo que más de espantar es, que a las veces no vale cien ducados su hacienda, y tiene más de mil de locura. Todo lo de suso es de Séneca.

Oh qué trabajos, y oh qué afrentas pasan los ricos con los dezmeros, con los alcabaleros, con los renteros, con los portazgueros, con los factores, y con los acreedores: que a las veces querría más un rico sufrir una pobreza honesta, que no su locura desvergonzada. Hay otro trabajo en los bienes temporales: y es,

que por mucho que tenga uno en el mundo, le faltan hartas cosas al mejor tiempo: mayormente que si tiene para sus necesidades, le falta para sus mocedades. San Anselmo dice: Si los mortales moderasen su renta con su despensa, y que el gasto no excediese al recibo: hallarían por verdad, que todo el trabajo que pasan es, no tanto para satisfacer a la necesidad que tienen, cuanto para cumplir con la vanidad en que viven. Aun hay otro peligro en las riquezas y es, que cuanto más en los tratos van entendiendo, tanto más se van cada día enzarzando, y entrapando: es a saber, en darse a contar, a buscar que vender, atreverse a fiar, ocuparse en trocar, y no dejar de mohatrar: de manera, que al tiempo que pensaban todos se apartarían del trato, se meten más cada día en lo hondo. San Jerónimo sobre San Mateo dice: El que fuere amigo, o vecino de algún hombre rico, si le quiere ayudar a salvar, no le aumente la hacienda, sino disminúyale la codicia: porque la condición de los tales es, lo mucho suyo parecerles poco, y lo poco ajeno parecerles mucho.

San Gregorio en una homilía dice, el mal de los bienes temporales es, que antes de alcanzarlos tenemos de ellos muy grandes apetitos: y después de alcanzados nos ponen luego hastío: de manera, que se ganan con peligro, y se gozan sin apetito: Siendo pues verdad lo que hemos dicho, falso testimonio levanta el que a las riquezas llama bienes: pues de todo en todo son ellas malas: porque si males hoy hay en el mundo, los avaros ricos los causan, y los tristes pobres los padecen. ¿Cómo se pueden llamar bienes las riquezas temporales: pues sin comparación son más los que con ellas se tornan malos, que no los que de malos se tornan buenos? Males y muy grandes males son los bienes de este siglo: pues son tan vedriados de sustentar, y tan peligrosos de allegar: lo cual parece claro, en que si la riqueza está en poder de alguno que es viejo, no tiene ya fuerzas para gozarla, y si está en poder de algún mozo, carece de seso para sustentarla. Séneca a este propósito dice: Yo te confieso mi Lucilo, que sabe el rico lo que deja, y sabe cuándo lo deja, y sabe a quién lo deja, mas no sabe por cuánto tiempo lo deja: porque pensando que deja hacienda para hijos y nietos, y vecinos se la desperdician todos sus herederos en pocos años. Oh cuántos hombres hay muertos y sepultados: los cuales si tornasen ahora a esta vida, y viesen la destrucción que han hecho los herederos de su hacienda: piadosamente es de creer, que maldecirían todo cuanto allegaron, y desheredarían al que lo dejaron.

¿Cómo osarás tú Lucilo decir, que las riquezas son bienes: pues nos ponen en peligro los cuerpos, nos remotan los juicios, nos privan de los amigos, nos alteran los corazones, nos acarrean enemigos, y nos meten en tantos pleitos?

Lo peor de todo que me parece a mí es, que los debates que entre si los ricos traen, y los muchos trabajos que padecen: no es sobre enmendar la vida que hacen, sino sobre mejorar la hacienda que tienen. Qué otra cosa son las riquezas mundanales, sino un deseo de vanos, un resbaladero de malos, un

atolladero de buenos, y un reventón ado revientan todos? Todo lo sobredicho es de Séneca. Sea pues la conclusión de todo esto, que nadie debe seguir al mundo pues va errado, nadie debe servirle pues es ingrato, nadie debe creerle pues es fementido, ni nadie debe amarle pues es peligroso: porque si halaga es para prender, y si prende es para no soltar. Los que no conocen los engaños del mundo, aquellos son los que sirven al mundo, y se pierden en el mundo: porque los hombres hostigados, y los que viven avisados, de sólo oírle se santiguan, y por no verle se esconden.

## Capítulo XLVI

De cómo es cosa en el religioso escandalosa, tener en su poder alguna cosa de su prelado abscondida, o en su celda sobrada.

Omnia arbitratus sum ut stercora: ut Christum lucrifacerem, dice el apóstol escribiendo a los Filipenses en el capítulo tercero, y es como si dijera: Todas las cosas de este mundo menosprecié como un poco de estiércol hediondo, por servir y ganar a Cristo. En mucho debía tener el apóstol a Cristo, pues por su amor solo menospreciaba todas las cosas del mundo: porque nadie suele dar muchas cosas por una, si aquella sola una no vale más que todas ellas juntas. Oh palabra digna de notar, y a la memoria de encomendar, tener en tan poco los bienes temporales: que no dice el apóstol que los dejó, sino que los menospreció: ni dice tampoco que guardó para sí de ellos, sino que de hecho los menospreció todos juntos: teniendo en más un Labrador el estiércol del establo, que tenía a él todos los tesoros del mundo.

San Anselmo sobre estas palabras dice: Como nadie eche a los muladares, sino las cosas que son inútiles para servir, o que están podridas para oler: argumento infalible es, no haber cosa en el mundo, que no hieda de podrida: o que no sea dañosa para el ánima. Dime yo te ruego, ¿qué otra cosa es el mundo, y cuánto hay en el mundo, sino un muladar antiguo y viejo? ¿No sabes hermano mío que los manjares que comemos, las ropas que vestimos, las casas en que moramos, y las riquezas que tenemos: que después de envejecidas y podridas, paran todas en los muladares? ¿Qué cosa puede ser en el mundo mejor dicha, que decir el apóstol, que menospreciaba todas las cosas del mundo, como un poco de estiércol: pues todas ellas al fin paran en ser estiércol? Si el divino Paulo otra cosa más vil que no el estiércol hallara, a ella y no a ésta el mundo comparará: porque por vil que sea el estiércol aprovecha para engrasar la tierra: mas la plata y el oro del mundo, son los que pierden la república. Lo de suso es de Anselmo.

No vaca de alto misterio, decir a grandes voces el apóstol, que para seguir y servir a Cristo, le fue necesario echar al muladar todas las cosas del mundo: porque en la vía de perfección aquellos llamaremos mejor librados, que fueron allí más perdidosos. Oh azar dichoso, oh daño feliz, oh pérdida bienaventurada, cuando por ganar el ánima perdemos toda nuestra hacienda: que a la verdad no es pérdida sino ganancia, no es ponzoña sino triaca, no es robo sino hallazgo, ni aun es desgracia sino gracia. Oh alto misterio, oh inaudito secreto, en que para comprar el mundo hemos menester riquezas, y para comprar el cielo hemos de menospreciarlas: de manera, que las cosas transitorias se compran a precio, y las del cielo a menosprecio. Oh buen Jesús, oh amores de mi alma, ¿quién pudiera llamarse tuyo, y quién tuviera para comprarte el cielo, si como nos mandas echar al muladar todas las cosas, nos pidieras por tu reino oro de las Indias? Séneca dice: No te fatigues por lo que no tienes, ni te acodicies de lo que ves: pues ningún príncipe de esta vida puede todas las cosas juntas alcanzar, y por otra parte las puede el más pobre del mundo menospreciar: y en tal caso sería yo de parecer, que antes las menospreciásemos con los pobres, que no que las buscásemos con los ricos. En muy estrecha religión estaba, y de este voto y parecer era el apóstol cuando decía. Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti sumus. I. Thi. VI. cap. Como si más claro dijera: Los que moramos en el monasterio de Cristo, y los que hicimos profesión del santo evangelio estamos muy contentos, y aun recontentos con solamente tener qué comer, y algunos viejos trapos con que nos vestir. Oh trono de sabiduría, oh vaso de escogimiento, si se mirasen los azotes que te dieron los gentiles, y los trabajos en que te pusieron los hebreos, habiánte de buena razón las gentes de servir, y los serafines de acompañar: mas tú como eres apóstol santo, y religioso bendito, no pides más de un mendrugo de pan para matar la hambre, y alguna ropilla rota para cubrir el cuerpo. Contentándose el apóstol con mendrugos, y con trapos rotos, ¿cuál es el monje desalmado que osa pedir en el monasterio hábitos nuevos, y manjares delicados? ¿Debe en este caso el siervo del señor también notar, que no dice el apóstol, habentes vestimenta quibus operiamur, sed quibus tegamur: es a saber, que no pide que se vestir, sino solamente con qué se cubrir: porque para vestirse uno ha menester mucha ropa, mas para cubrirse abasta una capa vieja.

De esta tan alta doctrina se puede colegir, que el religioso que tiene dobladas cogullas, doblados escapularios, dobladas túnicas, y doblados hábitos: lo ha de tener con mucha necesidad, y con poca curiosidad: porque el verdadero religioso, tan gran vergüenza ha de haber de lo que en el monasterio le sobra, como la había en el mundo de lo que allá le faltaba. Ya que Dios nos llama al estado monacal, razón es de tener las cosas del mundo en poco, y contentarnos con poco, que pues el santo apóstol no osa tener con qué se vestir, sino sólo con qué se cubrir: muy ageno ha de ser del siervo del señor el comprar y vender, el dar y tomar, y el prestar y mohatrar: porque cualquiera de estas

cosas sabe a liviandad, y aun huele a propiedad. Si a los que compraban y vendían echó Cristo del templo, ¿no será también justo que al monje baratón y mohatrón: ya que el prelado no le eche del monasterio, le vaya a lo menos siempre a la mano? Casiano en las colaciones de los padres dice: Pues el señor nos alumbró a dejar a los padres que nos engendraron, y a los parientes que nos criaron, y a las riquezas que poseíamos, y a los amigos que teníamos, tengamos aviso a que no nos precieamos de curiosos, ni nos noten de propietarios: porque las cosas de la religión, son tan delicadas y peligrosas: que a las veces no merecemos tanto por las riquezas que en el mundo dejamos, cuanto perdemos por los apetitos que en la orden tenemos. San Bernardo escribiendo a Guillermo monje dice: Decir Cristo si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y sígueme: es decirnos y avisarnos, que ninguna cosa debemos los monjes guardar en las entrañas, ni aun osar esconder en las celdas: porque todo lo que el monje tiene de su prelado escondido, haga cuenta que lo tiene hurtado. Si quieres pues hermano Guillermo en la religión aprovechar, y toda tu vida en el monasterio permanecer, guárdate de la ociosidad, y evita la curiosidad: porque el oficio del demonio es, cargar al corazón ocioso de pensamientos, y al monje curioso henchirse la celda de apetitos. Guárdate Guillermo guárdate y no hinchas la celda de niñerías, ni ocupes las arcas con bujerías: porque hasta hoy no vi monje en mi orden notado de curioso, que no parase después en propietario. Si tú monje te precias de imitar a Cristo, ¿cómo osas tú procurar celda ancha: padeciendo Cristo en cruz estrecha? ¿Cómo osas tú enriquecer y cerrar las ventanas con vidrieras: teniendo Cristo por ti rasgadas las entrañas, y abiertas tantas llagas? ¿Cómo quieres tú solar la celda de azulejos, no pisando Cristo en la cruz sino sobre clavos? ¿Con qué vergüenza tienes tú hecha una botica de golosinas tu celda, no teniendo Cristo en la cruz aun un jarro de agua? ¿Con qué consciencia tienes tú en las arcas las ropas apolilladas estando Cristo en la cruz con las espaldas desnudas?

¿Cómo eres tú importuno al prelado para salir cada día del monasterio, no queriendo Cristo descender de la cruz aun rogádoselo? Créeme y no dudes Guillermo, que para ser monje de San Benito, has de seguir desnudo al desnudo, pobre al pobre, hambriento al hambriento, crucificado al crucificado, y aun solo al solo: porque si de otra manera presumes en la orden vivir, bien puedes tornarte al mundo: porque acá no sufrimos tales bestias en el monasterio.

Fur erat et loculos habebat, dice San Juan del malvado de Judas en el XII capítulo, y es como si dijera: Las limosnas que enviaban las buenas personas a Cristo, tenía cargo Judas de recogerlas, y de entre los pobres repartirlas: mas él era tal y tan malo, que tenía una bolsa pública de que gastaba, y tenía unos bolsicos secretos en que echaba lo que hurtaba. No vaca de alto misterio, en

que habiendo el triste de Judas dejado el mundo, andando descalzo siguiendo a Cristo, y aun comiendo de hambre las espigas por el campo, le llamaba el Evangelio ladrón corsario: y esto no porque salteaba caminos, sino porque tenía para hurtar bolsicos: y no se contentaba con lo que se contentaban los otros sus compañeros. Este tan terrible ejemplo, y este tan desastrado caso, deberían tener los siervos del señor escrito en sus corazones, y sellado en sus entrañas: pues no es otra cosa el monje con apetitos, sino Judas con bolsicos. El mundo consiente tener a sus mundanos cosas superfluas, mas al verdadero religioso, no se le permiten aun las necesarias: y por eso dijo San Bernardo, que todo lo que tenía el monje superfluo, lo tenía como robado. A este propósito se dice en el libro de la vida solitaria: La diferencia que hay del monje propietario al monje curioso es, que el curioso tiene lo que tiene manifiesto, mas el propietario trabaja de lo tener todo escondido: de manera, que a mejor librar, el uno peca en la vanagloria, y el otro cae en la avaricia. Con Judas tiene por cierto bolsicos, no sólo el que lo que tiene lo tiene escondido, mas aun el que si se lo piden no lo quiere prestar a su hermano: porque allende que en la religión han de ser todas las cosas comunes, ténganse por dicho, que el día que osaren los religiosos decir, esto es mío, y esto es tuyo, aquel día se va su religión a lo hondo. Pues no tienes licencia de ser tuyo desde la hora que hiciste profesión en las manos de tu prelado: ¿con qué consciencia o con qué vergüenza osas tú decir que esto es tuyo, o esto es mío? Bolsicos tiene con Judas el monje, que so color de comprar algún vestuario, o con color de remediar algún sobrino, granjea de allegar dinero, o hurta de lo que le fían del monasterio: porque por más que su intención sea buena, y la obra sea virtuosa: a la hora que lo hace sin licencia, lo hace con mala consciencia. El siervo del señor que deja todo lo que tenía en el mundo, y que se quiere ensuciar en cosas de poco precio, ha de pensar que es más tentación que no recreación: porque es tan sutil el demonio, que como a su despesar dejamos lo que con buena consciencia podíamos en el mundo tener, hácenos procurar lo que en la religión no habíamos aun de tocar. En las vidas de los padres dijo el abad Serapio.

Nadie debe hacer cuenta si lo que tiene en el yermo es cosa vil, o es cosa preciosa: porque en la vida monacal, no está el daño en lo mucho, o en lo poco que tenemos, sino en el amor, o desamor, con que lo poseemos. No podía ser cosa más vil para comer, ni de menos valor para gustar, que eran los pepinos, y cogombros, que los hijos de Israel comían en Egipto: y no por más de porque por ellos suspiraban, y los pedían en el desierto, fueron de la escritura sacra condenados, y de la justicia de Dios castigados. Por este castigo puede ver el siervo del señor, cuán estrecha es su religión, y a cuánto se obliga su profesión: pues en el mundo podía comer gallinas y capones, y acá en la religión, no puede aun suspirar por pepinos y melones. *Melius est dies una in atriis tuis super milia*, decía el santo rey David en el salmo LXXXIII. Y es

como si dijera: Eres tú tan agradecido a los que te aman, y eres tan dadivoso a los que te sirven, oh gran Dios y señor de Israel: que vale más un sólo día de tu casa, que cuantos días de placer hay en esta vida. A este propósito dice también San Bernardo: Vident curces nostras: et non unctiones nostras, y es como si dijera: Los que no saben qué cosa es religión, ni tienen parte de devoción, como no gustan de lo que gustamos, tienen gran compasión de lo que padecemos: porque al religioso que ha comenzado a gustar de Dios más trabajo le es un día del siglo, que diez años del monasterio. Los que en la vida monástica se quejan de las tentaciones que sufren, y del encerramiento que tienen, si mereciesen ellos alcanzar los bienes que hay en la religión, y los gustos que se hallan en la perfección, no llorarían los trabajos que allí pasan: sino las consolaciones que de Dios pierden. En las vidas de los padres dijo un viejo: Allá en el mundo más son las cosas que dañan que no las que espantan, mas acá en el yermo más son las que nos espantan, que no las que nos dañan: porque si el monje comienza y se aveza a ser virtuoso, en ninguna otra cosa podrá tomar gusto.

El bendito Jesús antes que entrase en el monte calvario, de puro temor sudó, y agonizó: mas después que supo a qué sabía la cruz, aunque le otorgaban a los enemigos la vida, no quiso descender ni apartarse de ella. El santo profeta Elías cuando iba huyendo de la maldita de Jezabel, y hambriento por aquellas montañas, con sólo un poco de pan ceniciento, y un poco de agua del arroyo que le dio el ángel, caminó sin descansar cuarenta días, y olvidó todas las angustias pasadas. Oh cuánto va a comer de la mano de Dios, o a comer de la mano de la criatura: pues vemos que el buen Elías con un sólo regojo de pan ceniciento, no sólo se hartó, mas aun se recreó: de lo cual podemos inferir, que al siervo del señor le vale más la ceniza de Dios, que no la harina del mundo.

Daniel profeta más gordo y hermoso se paró, comiendo manjares ásperos y desabridos, que no sus compañeros teniéndolos en cebo como capones: de lo cual podemos colegir que los varones santos y perfectos, más caudal han de hacer de la gracia de Dios que tienen, que no de los buenos o malos manjares que comen.

Así como el grano de trigo que cayó entre las espigas se perdió y se ahogó, así se ahogará y perderá el monje que en la religión osare ser propietario, y quisiere ser regalado: porque debajo del hábito de religioso, ninguna cosa se sufre querer, ni mucho menos tener. San Buenaventura en su doctrina dice: El siervo del señor que tiene puestos los ojos, y empleado su corazón, más en se salvar, que no en se regalar: no sólo se abstiene de las cosas ilícitas y dañosas, mas aun de las lícitas y provechosas. En la parábola de Cristo dice, que no quisieron ir a las bodas de los que habían comprado una hacienda, y los que habían plantado una viña: en lo cual nos quiso Cristo dar a entender, que aunque son muchos los que llama Dios a ser religiosos: son muy pocos y aun

muy poquitos los que llegan a ser perfectos. Seiscientas mil almas sacó Dios del cautiverio de Egipto, y las puso en salvo en el desierto: de los cuales todos sólo Josué y Calef, merecieron pasar el famoso río Jordán, y entrar en la tierra de promisión. Mediante esta figura se nos da a entender hermanos míos, que no basta sacarnos Dios del mundo, tomar el hábito religioso, traer sobre la cabeza cogulla, y hacer voto de guardar la regla: si de todo corazón no aborrecemos a Egipto, y si no nos contentamos con lo poco, o mucho que hay en el monasterio.

¿Qué mayor ingratitud podía ser, que olvidasen los israelitas las aguas dulces de Marat, el mana que les llovió del cielo, las codornices que les vinieron por el aire, y la nube que les hacía sombra, y se acordasen de las ollas que en Egipto comían, y de los cogombros que allá merendaban, y de las muchas cebollas que allá tenían? Bien podré yo decir que hace del cielo cebolla, el monje que no se halla con tan santa compañía, ni se puede hallar ni asegar en su celda: lo cual todo le previene, de andar como huesped en el monasterio, y suspirar por lo que dejó allá en el mundo.

En el libro de la vida solitaria dice así: El monje que habiendo hambre dice lo que en el mundo comía, y que habiendo frío suspira por lo que allá se vestía, y que estando pobre cuenta lo que allá tenía, y que estando solo blasona de lo que allá podía: no sólo vivirá el tal aburrido, mas aun será a todos en el monasterio penoso. San Basilio en su regla dice a este propósito: Sed ciertos hermanos que también se acuerda el señor de los que están en el yermo, como de los que están en el mundo: mas junto con esto habéis de saber, que si queréis que os harte habéis de estar hambrientos, si queréis que os vista habéis de estar desnudos, si queréis que os visite habéis de estar solos, y si queréis que os consuele habéis de estar desconsolados: porque es tan delicada la consolación divina, que no se compadece con otra que sea humana.

## Capítulo XLVII

Del trabajo que pasan los siervos del señor en ser castos: y de cómo son en este vicio muy tentados. Es capítulo muy notable.

Quid tu vides? Ollam succensam ego video, dijo Dios a Jeremías en el I capítulo y es como si dijera: A lo que me preguntas señor qué es lo que veo, digo que veo una olla a borbollones hirviendo: que ni se deja espumar, ni quiere parar de hervir. La olla que vio el profeta siempre hervir y nunca se resfriar, es el vicio de la carne que no cesa de nos tentar, ni se harta de pecar: porque tanto cuanto más es ejercitado, tanto más despierta el apetito. Olla es

que siempre hierve el vicio de la lujuria: porque tantos son los tizones, cuantas las ocasiones. Olla es que siempre hierve el pecado de la carne: porque las ollas de los otros vicios atízanse solamente cogitatione et opere: mas este infame vicio, cogitatione, et delectatione, consensu, visu, verbo, et opere es, atizado y encendido: de manera, que nunca la olla deja de hervir, hasta que la carne de nuestro cuerpo se acaba de cocer. Olla es que siempre hierve el infame vicio de la carne: pues la leña de aquel fuego en el vientre de nuestras madres se cría, en la infancia se corta, en la puericia se enciende, en la juventud se sopla, y hasta la muerte arde. ¿No te parece hermano, que es olla que siempre hierve este maldito vicio: pues primero nos echan la tierra sobre los ojos, que se acaben de desarraigar de nuestros corazones los torpes deseos? Olla es que siempre hierve este bestial vicio: pues para librarse de sus brasas no le valió a David su cordura, ni a Salomón su ciencia, ni a Absalón su hermosura, ni a Creso su riqueza, ni a Aníbal su fortaleza, ni a César su grandeza: de manera, que la fama que en otras obras ganaban con este vicio la perdían. Plutarco dice que tenían los romanos en tanta veneración a las que llamaban vírgenes vestales, porque guardaban castidad: que las subieron en los carros triunfales, repartían con ellas sus haciendas, se encomendaban en sus oraciones, y las adoraban casi por diosas: porque les parecía a ellos, que el guardar la castidad más era obra divina que no humana. Filóstrato dice de Apolonio Tianeó, que hablaba con sus dioses, resucitaba a los muertos, sanaba a los enfermos, y aun conocía los pensamientos: mas con ninguna de estas cosas se espantó tanto, como de que no fue casado, ni con mujer infamado. Tito Livio sin comparación loa más al gran Escipión africano, porque no tocó a una doncella cautiva que no de la gran victoria que hubo de África: porque en la guerra de Cartago peleaba con sus enemigos, mas en el hecho de la carne peleaba contra sí mismo.

Video aliam legem in membris meis repugnantem legem mentus mee, dice el apóstol ad romanos VII cap. Como si dijera: Ley está dada a mi corazón de lo que ha de amar, y ley está dada a mis miembros de lo que han de hacer: mas veo tanta discordia entre estas dos leyes, que ni el corazón ama lo que los miembros obran, ni los miembros obran lo que el corazón ama. Pues Dios no dio más de una ley a Moisés en el monte Sinaí, y David no se obliga a guardar más de una ley: diciendo legem pone mihi domine: y Cristo no nos carga más de un yugo, diciendo iugum meum suave est: como el santo apóstol consiente que en su casa haya ley divina, y haya ley humana: pues es tan contraria la una de la otra: La ley que dice el apóstol estar en sus miembros, no la alega él para aprobarla, sino para condenarla: no para la admitir, sino para de ella se quejar: no para que la guarden, sino para que de ella se guarden: porque sino se quebranta la ley del cuerpo, nunca bien se guarda la ley de Cristo. Cuando el apóstol con grandes sollozos y lágrimas decía, infelix ego: quis me liberavit de corpore mortis huius? no es de creer que deseara él tanto morir, si no fuera

porque no se podía con aquella maldita ley apoderar. La ley que está en nuestros miembros, y que repugna a nuestros buenos deseos, es la soberbia que contradice a la humildad, es la ira que riñe con la paciencia, es la gula que traga a la abstinencia, es la envidia que infama a la caridad, es la avaricia que roba la limosna, es la opinión que impugna a la razón: y es la impudicia que ensucia la castidad. Cosa es tan terrible y tan terribilísima, morar debajo de un tejado, y estar de una puerta adentro la razón y la opinión, la verdad y la mentira, la cordura y la locura, la vanidad y la gravedad, y la lujuria y la castidad: a que si el señor no nos socorre con su bendita gracia: es imposible que hayamos de esta carne victoria.

Séneca en una epístola dice: Muy gran cordura han menester los hombres, para en el vicio de la carne se saber tener, y se poder valer: porque te hago saber mi Lucilo, que el apetito que tenemos de comer cada día, aquel mismo tenemos de adulterar cada hora. Bien dice el apóstol *video aliam legem in membris meis*: pues no se puede esta batalla vencer, si no es huyendo las ocasiones, refrenando los deseos, castigando muy bien las carnes, disminuyendo los bastimentos, creciendo en las disciplinas, bañándose todo en lágrimas, y cerrando a los deleites las puertas. Hugo de arra anime dice: Ojalá fuese el vicio de la carne descalabrada que tomar le hayamos la sangre, o fuese mal de corazón que aplicarle hayamos una pitima, o fuese mal de bazo que untarle hayamos, o fuese mal de cólera que purgarle hayamos: mas ay de mí, ay de mí, que es una tentación tan sin caridad, y es un mal tan sin piedad: que ni sufre que llamen médicos, ni conviene que le hagan regalos. San Bernardo en el libro de *consideratione* dice: Oh buen Jesús, oh amores de mi alma, bien veo yo que es grave la guerra que hay de república a república, y la que los casados tienen en su casa: mas muy más gravísima es la que yo tengo con mi persona propia: porque a ningunos tengo yo por tan crueles enemigos, como son a mis deseos propios. Muy grave palabra y muy notable sentencia es ésta que aquí nos ha dicho San Bernardo: porque de sus enemigos puédese hombre ausentar, mas yo mismo de mí mismo es imposible huir.

*Mortificate membra vestra que sunt super terram*: dice el apóstol escribiendo a los colosenses en el III capítulo, como si dijera: Mortificad los miembros de vuestro cuerpo, si queréis que estén bien sujetos al espíritu. No vaca de misterio, que no dice el apóstol que nos cortemos las manos, ni nos descepemos los pies, ni nos saquemos los ojos, sino que mortifiquemos los miembros: es a saber, que de tal manera nos hayamos con las penitencias que hacemos, y asperezas que emprendemos, que queden nuestros miembros castigados: mas no del todo acabados. Entonces el siervo del señor mortifica sus miembros propios, cuando cierra los ojos a que no vean vanidades, atapa sus pies que no busquen liviandades, detiene a sus miembros que no toquen inmundicias, cierra su boca que no hable falsedades: y encierra su corazón a

que no piense torpedades. También es de notar, que no paró el apóstol en solamente decir mortificad los miembros, sino que también añadió vuestros: para darnos a entender, que la enmienda de la vida ha de comenzar en la propia persona: porque de otra manera, cosa sería ridícula, andar yo muy cojo, y reírme del que no echa el pie derecho. De ponderar también es, que no dice el apóstol a carga cerrada mortificad todos los miembros, sino limítase en decir, que mortifiquen los que están sobre la tierra: para darnos a entender, que en aquella parte del cuerpo y del corazón hemos de poner mayor recaudo: por la cual nos combate más el demonio: y en la cual se nos enseño más algún vicio. Dime yo te ruego, ¿de qué vicio es más guereada nuestra ánima a la continua: que de la carne y lascivia? ¿Y tú no ves hermano, que ningún vicio entra por nuestras puertas, que no nos deje siquiera algún rato descansar: sino es el de la carne que no nos deja descansar, ni aun un poco resollar?

San Bernardo sobre el missus est dice: Si para todos los vicios resistir hemos de estar apercebidos, conviene que contra el de la carne estemos siempre armados: porque no hay vicio tan aviciado de quien no escapen muchos, sino es de la carne ado atollan todos. San Jerónimo sobre Amos profeta dice: La soberbia no reina sino en los poderosos, la envidia entre los iguales, la ira entre los mal sufridos, la gula entre los golosos, la avaricia entre los ricos, la acidia entre los regalados: mas el infame pecado de la carne generalmente combate a todos. Por tener poca constancia, y menos prudencia, vimos a los reyes perder sus reinos, a los grandes sus estados, a las casadas su fidelidad, y aun a las religiosas su integridad: de manera, que es este maldito vicio como la chinche la cual estando viva muerde, y estando muerta hiede. San Agustín en sus Confesiones dice: Ni porque se acoja el hombre a sagrado, ni porque se asa del sacramento, ni porque se meta en un monasterio, ni porque tome nuevo estado, ni porque ayune todo el año, ni aun porque abra a azotes su cuerpo, se podrá ninguno escapar de este bestial vicio: sino que cuanto más usáremos con la carne de piedad, usa ella con nosotros de crueldad. San Crisóstomo dice: A Holofernes, a Aníbal, a Ptolomeo, a Pirro, a Julio César, a Augusto, a Marco Antonio, a Severo, a Diocleciano, y a Juliano: ¿por ventura no vimos estar en su presencia a muchos reyes sin coronas, y después vimos a ellos estar puestos de rodillas delante algunas mujeres profanas? Amavit autem rex Salomon mulieres alienigenas: que avererunt coreius a domino: dice la sagrada escritura en el tercer libro de los reyes capítulo undécimo, como si dijera: Amó el rey Salomón a muchas mujeres que eran de tierras extrañas, y en sus condiciones muy profanas: las cuales le trastornaron el seso que tenía: y le apartaron del Dios que adoraba. Gran lástima es de oír lo que la escritura sacra dice allí del rey Salomón: es a saber, que se enamoró de las mujeres moabditas, y de las amonitidas, y de las idumeas, y de las sidonias: y que vino a tanta infidelidad y demencia, que hizo templos y adoró al ídolo asterbete, y al ídolo chamos, y al ídolo moloth: de manera, que tantos dioses adoraba, cuantas enamoradas en su

palacio tenía. Si la historia de los godos no nos engaña, todos los que vieron al rey Atanarico vencer a Italia, le vieron a él vencido de una mujer llamada Pincia: y llegó el caso a tanta desorden, que si ella peinaba a él los cabellos: majolaba el rey a ella los zapatos. Graves autores dicen de Pirro rey de los epirotas, que amó tan desordenadamente a una mujer en Capúa, que como una vez ella enfermase de unas fiebres recias, todas las veces que ella se purgaba, se purgaba también él: y todas las veces que ella se sangraba, se sangraba también él: y lo que es más de todo, que con la sangre que sacaban a ella del brazo, se lavaba el rey Pirro el rostro. Tito Livio dice, que nunca fuera Aníbal vencido de los capitanes de Roma, si primero no fuera vencido de una mujer en Capúa: y de verdad más fueron para él aquellos crueles dolores, que no dulces amores: pues de allí le sucedió, que habiendo sido diecisiete años señor de Italia: vino a ser vencido en su propia tierra. De todos estos ejemplos podemos colegir, cuán peligrosa cosa es al siervo del señor, tratar mucho con mujeres, ni tener con ellas muchas familiaridades: porque la mujer es como la liga, o la cola: que es fácil de tocar, y muy difícil de despegar.

### Capítulo XLVIII

En el cual prosigue el autor la materia, y aconseja que todos huyan las ocasiones de la lascivia.

Fornicatio et omnis immundicia non nominetur in vobis: dice el apóstol escribiendo a los de Éfeso, capítulo quinto, como si dijese: Hágoos saber hermanos míos los de Éfeso, que es tan grande la pureza del evangelio que os predico, y de la ley que os enseño, que el pecado de fornicio, o de incesto, o de adulterio, no sólo no le habéis de cometer, mas ni aun en la boca le tomar: porque las palabras torpes siempre arguyen consciencias no limpias. El santo Job también dice en el XXXI capítulo: Pepigi fedus cum oculis meis: ne cogitarem quidem de virgine, como si dijera: Hice pacto con mis ojos, y capitulé con mi corazón, que en caso de hablar con vírgenes y casadas, que ni los ojos las mirasen, ni el corazón las desease. Bonum est homini mulierem non tangere, dice el apóstol, como si dijera: Si es peligrosa cosa a la mujer mirarla, muy más peligrosa cosa es tocarla. A su discípulo Timoteo también dice el apóstol capítulo quinto: Adolescentiores viduas devita, como si dijera: El peligro que tienen las brasas entre las pajas, tienen los hombres con las viudas mozas. De estas cuatro autoridades de la escritura podemos colegir, que gran peligro tienen los siervos de Dios que con las mujeres osan tratar: pues en la primera nos manda el apóstol que no las hablemos, en la segunda manda Job que no las miremos, en la tercera manda San Pablo que no las toquemos: y

en la cuarta manda el mismo apóstol que no las conversemos. Y porque no quedase alguna puerta abierta para que el varón perfecto se pudiese perder, y en alguna manera con la mujer tratar dijo Cristo. Qui viderit mulierem ad concupiscendum eam, jam meatus est cum ea, como si dijera: El hombre que en alguna mujer echare de mala parte los ojos, y que después en su corazón reinaren algunos torpes pensamientos, no menos será el tal delante de Dios condenado: que si hubiese con ella adulterado.

Mucho es aquí de ponderar, que en toda la sacra escritura ningún vicio no es con tantas circunstancias vedado, como lo es el vicio del fornicio y adulterio: y a mi ver la causa de esto es, porque en todos los otros vicios no se pierde más de la consciencia, mas en éste piérdese la consciencia, y aventúrase la honra. En el vicio de la ira no me es prohibido reñir lo malo, ni aun castigar al malo: y en el vicio de la avaricia no me es prohibido el desear las riquezas, ni aun el tocarlas: y en el vicio de la gula no me es vedado los manjares desearlos, ni aun comerlos: mas en caso de mujeres, esme de todo en todo vedado, que ni las hable, ni las vea, ni las toque, ni las converse, ni aun que en ellas piense. No inmérito dice el santo Job, que hizo pacto y conveniencia con sus ojos, para que no fuesen en el mirar a mujeres desmandados: porque del mirar viene el hombre a desear, y del desear al pensar, y del pensar a se deleitar, y del se deleitar al se determinar, y del se determinar al pecar: y del pecar a se condenar. San Agustín a este propósito dice: La orden que en hacer una cadena tiene el herrero, aquélla tiene en el vicio de la carne el demonio, comenzando el primer eslabón en la vista, y acabándola en la obra.

Génesis XXXIII dice, que Fichem hijo del rey Enor, de sólo ver a la doncela Dina, hija de Jacob se enamoró, y la robó, y la forzó: del cual infame hecho resultó tanto daño, que la moza perdió la fama, el mozo perdió la vida; y el padre perdió la tierra. En el libro de los jueces XX capítulo se cuenta en cómo unos mozos traviesos del tribu de Benjamín vieron a una mujer casada, y hermosa, y peregrina: la cual tomaron, y forzaron, y aun mataron: cuya muerte y pecado fue tan bien vengado, que ayna no quedara del tribu de Benjamín hombre vivo. En el segundo libro de los Reyes XI capítulo se dice, que de sólo ver el rey David a la hermosa Bersabé, mujer de Vrias, que se estaba en una azotea peinando y lavando, se enamoró tan recio de ella, que luego la solicitó, y la engañó, y con ella adulteró: del cual enorme hecho resultó, ella quedar preñada, el marido perder la vida, David macular su fama: y escandalizarse toda la república. En el segundo libro de los Reyes, en el capítulo XVI se dice, que estando malo en la cama el infante Amón, hijo del rey David, como su hermana la infanta Tamar le diese a cenar una almendrada, enamoróse tan excesivamente de ella, que allí luego la forzó, y estupró, y deshonoró: del cual hecho sucedió tanto mal, que al malvado de Amón hubieron de matar, la triste quedó por casar: y el viejo de David tuvo bien que llorar. En el XIX capítulo

del Génesis dice, de cómo Lot, sobrino de Abraham habiendo escapado de Sodoma y Gomorra, y estando escondido en una cueva, estupro y corrompió a dos de sus propias hijas en dos noches arreo: del cual enorme delito e infame incesto, descendieron los dos infames pueblos: es a saber, de los amonitas, y de los moabitas: contra los cuales tuvieron después los hijos de Israel grandes guerras. De todos estos ejemplos puede el siervo del señor colegir, cuán grande peligro le es, con las mujeres tratar y conversar: pues puesto en la ocasión Lot no perdonó a sus hijas, Sicheem a la infanta Dida, David a Bersabe su vecina, los de Benjamín a su conjunta parienta, ni aun Amón a su propia hermana.

Depredatus est oculus meus animam meam in cunctis filiabus urbis: dijo Jeremías en el tercer capítulo de sus lamentaciones, como si dijera: Andando ruando por las plazas, y mirando las damas que estaban a las ventanas en Jerusalén: en aquella que puse la vista, de aquélla quedó presa mi alma. Habla aquí Jeremías no en su nombre que eran santo, sino en nombre del que es incauto y mal recatado: el cual con poca consciencia y menos vergüenza, por do quiera que va mira, con cualquier mujer que topa habla, y a la que más le aplice sirve: de manera, que de buscar él la ocasión, nació su total perdición. No vaca de alto misterio, quejarse más el profeta de sus ojos, que de ninguno de los otros sentidos: porque del vaguear viene el mirar, y del mirar el desear, y del desear el hablar, y del hablar al concertar, y del concertar a se perder: de manera, que si nouviésemos ojos, por ventura ahorraríamos de muchos enojos: y aun de no tener tan torpes pensamientos. San Bernardo en una epístola dice: Si quieres hermano mío guardar la inocencia que viniste a buscar, y la castidad que te vimos prometer, guarda la vista que no vea cosa liviana, refrena la lengua que no hable palabra ociosa, ten quedas las manos que no den alguna preseña rica, y cierra tu corazón a que no piense en cosa vana: porque de otra manera, todo cuanto vieres, y hablares, y dieres a mujeres en el mundo, te traerá a la memoria el demonio en lo secreto de tu monasterio. Si de estas cuatro cosas como de cuatro landres queremos huir, y nos determinamos de apartar, soy cierto que tendremos delante el señor mejor consciencia: y viviremos con los hombres más sin vergüenza. Conviene pues ante todas cosas al siervo y aun a la sierva del señor, poner gran recaudo en la vista, para que no la traiga derramada: que como el corazón no puede ver, ni sabe hablar, ni alcanza oír, en sólo aquello él piensa de dentro, que los ojos le alcahuetan acá de fuera. Si la perdición de todo el linaje humano vino de abrir nuestra madre Eva los ojos en el paraíso, para ver el madero vedado: ¿qué piensas será de ti hermano si los traes vagueando por el mundo? San Bernardo a este propósito dice: Así como no se puede conservar la caña sino encerrada en el hueso, ni está viva la rosa sino cercada de espinas, ni tiene fuerza el árbol sino entre su corteza: así nadie puede tener los pensamientos limpios si sus ojos no fueren castos. San Agustín en sus Confesiones dice: Antes que a la fe

el señor me llamase, y antes que mi madre con tantas lágrimas me convirtiese, cuán disoluto traía yo mis ojos, tan derramados andaban mis pensamientos: y cuánta prisa se daban ellos en el mirar, tanto se daba mi corazón a desear: y lo que entonces él deseaba no era cosa que a mí me cumplía: porque era torpe de cumplir, y aun vergonzosa de hablar.

En las colaciones de los padres dijo un monje al abad Arsenio. ¿Qué haré padre Arsenio, que no me puedo valer con el espíritu del fornicio? A esto le respondió el viejo: ¿Cómo no has de ser tentado del pecado del fornicio, yéndote y viniéndote cada día al mundo? Si quieres hijo ser casto, estate quedo en el monasterio, aflige tu cuerpo con ayunos, haz al señor algunos particulares sacrificios, y sobre todo pon gran recaudo en tus ojos: porque al siervo del señor no le conviene por ninguna manera mirar, lo que no le es lícito desear.

Mirabantur discipuli, quia cum muliere loquebatur, dice San Juan en el cuarto capítulo de su Evangelio, como si dijera: Mucho se espantó todo el apostólico colegio, de que vieron que con la samaritana hablaba Cristo, cuando ella estaba sacando agua del pozo. No vaca de alto misterio, el no se admirar los apóstoles, de ver a Cristo resucitar a los muertos, sanar a los sordos, alumbrar a los ciegos, alanzar a los demonios, imperar a los vientos: y espántanse y admíranse de verle hablar con una mujer sola y a solas: en lo cual se nos da a entender, cuán honesto y recatado debía ser Cristo: pues nunca con mujer le habían visto hablar otro tanto. Permitted Cristo que le levantasen sus enemigos que era espurio, que era endemoniado, que era sedicioso, y aun que era borracho, mas no consintió ser infamado de inhonesto y adúltero: para darnos a entender, que no hay vicio que tanto quite el crédito al que predica la palabra divina: como es en el pecado de la carne tener alguna mala fama. Como de un diácono letrado y predicador pariese una doncella en Roma, y él preguntase al glorioso San Bernardino, que por qué no hacía fruto, respondióle el varón de Dios: Por eso hermano diácono no haces en el pueblo fruto, porque saben todos que hiciste fruto, no de bendición sino de maldición. Y díjole más: Creeme hermano y no dudes, que como las palabras de Cristo son todas castas, quiere él que se las prediquen hombres castos: el predicador que vieres de este vicio notado, aunque sea otro San Pablo, dado caso que estudia y predica: ninguna cosa en el pueblo aprovecha. San Buenaventura en su doctrina dice: Debe el siervo del señor mirar mucho ado va, ado entra, con quién habla, y a quién se allega: porque este vicio de la carne, aunque no es el más grave en la culpa, es el más peligroso para la fama. No se debe pues nadie fiar, en pensar que si algo cometiere o hiciere, no lo sabrá su prelado, y que no se barruntará en el pueblo: porque es de tal calidad este maldito vicio, que si se puede cubrir con las cortinas, no se puede encubrir a las lenguas.

Estaba Cristo hablando con la samaritana en un campo raso y cabe un pozo

público, y que de cansado estaba asentado: y con todo esto se espantan los discípulos, de ver que solo y a solas la estaba predicando: ¿y no quieres tú hermano, que se escandalicen de ti, si te toman con alguna mujer en secreto hablando? Cipriano en una epístola dice: Ora por pereza, ora por escaseza, ora por flaqueza no sería el hombre a las veces tan malo, si no hallase pecado tan presto y tan a la mano: y de aquí es, que no habría tantos hombres viciosos, si no hubiese tantos vicios aparejados. En el libro de la vida solitaria dice así: El monje que va muchas veces al mundo, y que se anda ocioso por el monasterio, y que anda vagueando con su pensamiento, y que tiene familiaridades con mujeres del mundo, nunca el tal dejará de ser tentado, o de andar alterado: porque todos los vicios de esta vida se pueden vencer esperando, excepto el de la carne que se ha de vencer huyendo. Séneca en una epístola dice: A muchos cónsules y senadores vi en Roma del todo perderse, no por la soberbia que mostraron, ni por la envidia que tuvieron, ni por las riquezas que robaron, ni aun por las traiciones que cometieron, sino por la mala fama que con mujeres malas tuvieron: las cuales son como el erizo, que sin verle lo que tiene en las entrañas, nos saca la sangre con las espinas. San Agustín en sus Confesiones dice: A la hora que dejé de ser maniqueo, y vine a ser cristiano, me mandaste señor que fuese casto y limpio: al cual mandamiento te respondo y digo, que me des lo que mandas: y después manda lo que quisieres. Decir San Agustín a Dios da lo que mandas, y manda lo que quisieres: es decirle, que sin su ayuda y gracia, nadie puede guardar la castidad y limpieza.

### **Capítulo XLXIX**

Que el siervo del señor no debe andarse mudando de un monasterio a otro, ni salir muchas veces para ir al mundo. Y este capítulo debe mucho notar el hombre religioso.

Intrate per angustam portam: quia lata est via que ducit ad perditione, dijo Cristo a sus discípulos en el cap. VII de San Mateo, y es como si dijera: La puerta que es baja y angosta es la por do entran los que se salvan: y la puerta que es alta y ancha es la por do entran los que se pierden: y por eso vosotros mis discípulos, guardaos de entrar por la más ancha, sino por la más angosta: porque la casa del cielo tiene mala portada y buena morada, y la casa del infierno tiene buena portada, y mala morada. Nadie puede pretender ignorancia para decir que no sabe las sendas de la salvación, y el camino de la perdición: pues tan a la clara dice Cristo que la puerta del infierno es muy ancha, y la del cielo es muy angosta: y lo que nos ha de espantar es, decir que son muchos más los que por la puerta ancha se pierden, que no los que por la

angosta se salvan. La puerta ancha es la vida ancha y viciosa, y la puerta angosta es la vida estrecha y virtuosa: de manera, que poco más o menos en la vida que cada uno hace, podemos conocer el paradero que cada uno tiene. El siervo del señor que vive encogido y recogido y estrecho, este tal entra por la puerta estrecha: mas el que vive vicioso, libertado y regalado, éste tal entra por la puerta ancha: de manera, que los absolutos y disolutos se pierden, y los encogidos y recogidos se salvan. A este propósito dice San Bernardo: El fundamento de todos los males es, dejar al cuerpo vagar por do pudiere, y dar licencia al corazón a que piense en lo que quisiere: de la cual licencia se nos sigue, que cada día nos pide el cuerpo nuevos vicios, y cada hora atormenta el corazón con nuevos cuidados. Tan estrecha es la puerta del cielo, que no cabe por ella sino sólo Cristo y algún su siervo: y aun éste ha de entrar ladeado, y descalzo, y desnudo: y el que presumiere ir de otra manera, no sólo no le abrirán, mas aun ni le responderán. No teniendo Cristo pecado, nació en casa estrecha, y eligió vida estrecha, y enseñó doctrina estrecha, y murió en cruz estrecha: ¿y piensas tú de entrar en la gloria, por la puerta ancha?

Esto te para ti: quia nescitis qua hora dominus venturus est, dijo Cristo a sus discípulos en el cap. XII de San Lucas, y es como si les dijera: No os vais de casa para si yo quisiere venir, y estad proveídos para darme de cenar: y mirad no os durmáis cuando viniere a llamar: porque podrá ser que venga cuando no pensareis, y llame a la puerta cuando mejor durmiereis. No quiere el señor señalarnos la hora que ha de venir a nuestra casa: porque cada hora y momento estemos en vela: y para decir la verdad, no tarda él más en venir, de cuando nosotros acabamos de nos aparejar: de manera, que de nuestra pereza y diligencia, depende su tardanza y venida. Sobre estas palabras dice Hugo de arra anime cuando el ladrón quiere ir a hurtar, no quiere que esté el dueño en casa sino fuera, no quiere que que vele sino que duerma, ni quiere tomarle apercebido sino descuidado, ni aun quiere que sepa la hora, sino que duerma sin sospecha: porque evidente señal es de no entrar con buen propósito, el que en casa ajena no quiere ser sentido. Oh buen Jesús, oh amores de mi alma, no tenéis vos condición de ladrón corsario, sino del mayor enamorado y requebrado del mundo: pues queréis que os aguarden en casa, os tengan abierta la puerta, nadie os huya la cara, y que estén todos en vela: ¿porqué vos mi Dios y mi señor no venís a robar sino a dar, ni entráis a espantar sino a asegar, ni aun subís a escalar paredes, sino a buscar entrañas? Pues Cristo no duda en su venida, justa cosa es que nos halle en casa, y aun que halle la posada desembarazada y apercebida: porque a hallarnos fuera, le habríamos de dar cuenta de la ingratitud que con él usamos, en no le recibir, y de la apostasía en que caemos por nos ausentar. Pues Josué non recedebat de tabernaculo, dice la sacra escritura, en el cap. XXXIII del Éxodo, y es como si dijese: Tenía el santo Moisés a un mancebo que se llamaba Josué por criado: el cual era tan honesto y recogido, que jamás salía fuera del santo tabernáculo. El

no salir Josué del tabernáculo, figura tiene del religioso que reside a la continua en el monasterio: y en decir que Josué era mancebo, es decir que al mancebo más que al viejo le conviene estar retraído y recogido: porque es la edad juvenil tan peligrosa, que cuanto un mancebo resplandeciere con más virtudes, le han de poner en menores ocasiones. No vaca de alto misterio decir la sacra escritura, que desde que Josué era muy muchacho, se habituó a ser retraído, y a no salir del santo tabernáculo: en lo cual se nos da a entender, que a la virtud del encerramiento se ha de avezar el monje desde muy mozo: porque tanto cuanto más está un árbol de tierra cubierto, tanto menos los hielos le secan, y los aires le derruecan.

El glorioso San Anselmo dice: Desde la hora que el señor me llamó al monasterio, me determiné de residir en él, como en un treintanario cerrado: del cual yo no quiero salir, hasta que el señor para sí me quiera llevar: porque harta guerra tengo en mi celda con la carne y el demonio, sin que me vaya a meter en los grandes peligros del mundo. En estas palabras santas, nos da a entender este santo, que el siervo del señor debe tomar el rigor de la clausura, como quien está en una cárcel perpetua: de la cual no espera salir, hasta que el cuerpo salga para la sepultura, y el ánima salga para la gloria. Al glorioso santo Tomás no quiso Cristo parecer ni consolar, hasta que se tornó al colegio apostólico, donde él había salido: y las cinco vírgenes locas de que hace mención Cristo, por irse y venirse a la plaza a comprar óleo, perdieron la vista del esposo deseado: de lo cual podemos inferir, que las inútiles vagueaciones del cuerpo, quitan las grandes consolaciones del espíritu. El que se está quedo en su monasterio muchos aparejos tiene para servir a Cristo: pues dado caso que allí la soberbia le combata, la envidia le inquiete, la gula le retiente, y la lascivia le moleste, solamente le podrán estos vicios alterar mas no derrocar: lo cual no es así fuera del monasterio, ado apenas será tentado, cuando se halle en el lodo caído. ¿Y tú no sabes que el edificio destejado luego se cae, la caña fuera del hueso luego se seca, el pez fuera del agua luego se muere, y el árbol descortezado luego se hiende, y que el monje fuera de casa luego se pierde? La doncella Dina hija de Jacob si no saliera fuera de su casa a ver y ser vista, ni el príncipe Siquem perdiera la vida, ni ella quedara infamada y corrupta. Si el triste de Judas no se apartara de la compañía de Cristo, ni se saliera de su sacro colegio, nunca él cometiera tan enorme delito, ni muriera después tan desesperado. Si Esan se estuviera con su padre en casa, y no se anduviera por los campos a caza: nunca él perdiera el mayorazgo, ni fuera Jacob primero que no el bendito. Si el atrevido de Simey tuviera a su casa por morada, y a Jerusalén por cárcel perpetua, como le fue mandado por sentencia, nunca él perdiera la vida, ni le confiscaran la hacienda. Avisos son estos muy notables, y ejemplos muy espantables, para que nadie ose salir del monasterio ado Dios le llamó, ni se aparte de la compañía con que Dios le ayuntó: porque si lo hace así mucho le aprovecharán los ejemplos buenos que tomará de los unos, y los

consejos santos que le darán los otros. El religioso que va muchas veces al mundo, siempre vuelve a su monasterio más envidioso, más codicioso, más alterado, más pensativo, y menos devoto, que cuando salió de él: de manera, que por algunos días tiene bien en el corazón que aseosar, y aun en la consciencia que confesar.

San Bernardo dice: Guardaos hermanos míos de las acechanzas del demonio a que no os saque de vuestro monasterio, so color de hacer algún bien, o de atajar algún mal: porque si una vez os saca de la compañía de los buenos, él os hará poco a poco de los malos. ¿No sabéis que a la oveja desmandada degüella el lobo, en la paloma desmandada se ceba el halcón, al caminante solo roba el ladrón, el río que sale de madre hace todo el daño, y que el monje que sale de su monasterio va del todo perdido? Peccatum peccavit Hierusalem: propterea instabilis tacta est, decía Dios en los trenos de Jeremías cpto. I y es como si dijera: Pecado sobre pecado pecó Jerusalén, y diole Dios en penitencia, que anduviese desasosegada toda su vida. Entonces comete el monje pecado sobre pecado, cuando olvidada la profesión que a Dios hizo, se torna otra vez a los bullicios y peligros del mundo: y la pena del tal apóstata es, que ande allá de todos corrido, y que él de sí mismo esté descontento. Peccatum peccavit el monje retraído, cuando quebranta la obediencia, y procura la libertad: y cuando huye de la compañía de los buenos, y se acompaña con los malos: y cuando pospone la vergüenza, y se atreve a su consciencia: y aun cuando había de orar, se pone a murmurar. Pecado sobre pecado peca el monje que no se contenta de andar alterado, sino que también altera a los otros, y que no contento él de murmurar convida a los otros a que murmuren, y no harto de hablar hace a los otros quebrantar el silencio: y lo que es peor de todo, que no tiene por bueno sino lo que él aprueba, y ni por malo sino lo que él condena.

San Basilio en su regla dice: No debe el siervo del señor olvidar el estado tan santo que tomó, ni olvidar la profesión tan alta a que se obligó: porque la paloma de Noé, hasta que halló qué traer en la boca, y adó asentase segura sus pies en la tierra, no salió del arca adó estaba, ni se apartó de la compañía que tenía. Por flaco y remiso que sea un monje en el yermo, todavía esta más seguro en el monasterio, que no lo estaría allá en el mundo: porque allá hay tanta libertad para pecar, y tantas ocasiones para en más y más tropiezos caer: que con tal que sirváis al rey, se les da poco que quebrantéis la ley. Si el patriarca Abraham anduviera vagueando fuera de su tienda, no mereciera que los ángeles entraran en su casa, y le dieran el parabién del hijo que deseaba: y si Gedeón no estuviera también ahechando el trigo en su casa, nunca el ángel le pidiera albricias de la victoria. Cuando Cristo predicó a las compañías de quien era el gran bautista, no le alabó de estar solo, de andar descalzo, de comer langostas, ni de morar entre las bestias: sino que solamente le loó y aprobó no el haberse ido al yermo, sino de nunca se haber tornado al mundo.

Lo de suso es de Basilio. In quancumque domum intraveritis, ibi manete: et inde non teatis, dijo Cristo a sus discípulos en el cap. X de San Lucas, y es como si dijese: Yo no os constriño a que moréis, más en un lugar que en otro, lo que yo os mando es, que después que tomareis asiendo de morar en una casa, no os salgáis ni mudéis de ella: porque la frecuente mudanza, arguye en el hombre poca prudencia.

Mucho es aquí de ponderar, que cuando Cristo dijo estas tan altas palabras, no las dijo a los del pueblo en público, sino a sólo los de su colegio en secreto: para darnos a entender, que a más altas cosas son obligados los que tienen este nombre de religiosos, que no los que allá en el mundo llaman mundanos.

Nunca Cristo predicó en público, ni mandó al pueblo como mandó a los de su colegio, que yendo camino no hiciesen mochila, no llevasen bordones en las manos, ni pan en las alforjas, ni dineros en las bolsas, ni dobladas las camisas: porque aquellos eran consejos para solos sus amigos, y para los que pretendían ser perfectos.

San Bernardo sobre estas palabras dice: Al hombre que es vano y mundano no le prohíbe Cristo morar o gaño en una casa, y alquilar para el año venidero otra: mas al que es varón perfecto y religioso, vale a la mano, y pónale en entredicho, a que del hábito que una vez toma, y del monasterio ado una vez se encierra, no se ose salir, ni el estado mudar. Mira hermano mira, que no te obliga Cristo a que seas religioso, ni te obliga a que te encierres en el monasterio: a lo que él te obliga es, que pues elegiste aquella manera de vivir, la conserves: y que pues por tu voluntad prometiste la clausura la guardes: porque gran señal es de perfección, procurar el monasterio más recogido, y huir del lugar más ocasionado. También es de notar, que no dijo Cristo, permaneced en la casa que escogiereis, sino que dijo no salgáis de la casa ado morareis: en lo cual nos dio a entender, que el siervo del señor no ha de elegir el monasterio más rico y huir del más pobre, ni debe procurar al prelado más manso y rehusar de vivir con el que es celoso: sino rogar al señor que le alumbre el estado que ha de elegir, y le deje hasta la fin en él perseverar. Quia dilexit movere pedes suos et non quievit, domino non placuit: dijo Dios por Jeremías en el cap. XIV y es como si dijera: Porque no quiere Israel tener quedos los pies, ni tampoco quiere tener asesegados los pensamientos, anda Israel desconsolado, y el señor se tiene de él por ofendido. No vaca de alto misterio decir primero que no tenía quedos los pies, y luego dice que no holgaban sus pensamientos, y a la postre dice, que estaba el señor enojado: en lo cual nos da el profeta a entender, que el principio por do el monje se pierde es, irse y venirse al mundo, y no poder asegar en el monasterio. El siervo del señor que no está asegado en su religión, sino que está de camino como quien está en mesón, él vivirá desasegado, y dará bien que hacer a su prelado: porque el día que para ir fuera no le diere licencia, ha de andar

murmurando por la casa. No se quejar el señor por Jeremías de lo cual Israel miraba con los ojos, ni de lo que tocaba con las manos, ni de lo que hablaba con la lengua, ni de lo que oía con las orejas, sino de lo que andaba con los pies: es darnos a entender, que más peca en una salida que hace el monje al mundo, que en un mes que está encerrado en su monasterio.

San Anselmo a este propósito dice: Decir Cristo qui lotus este, non indiget, nisi ut pedes lavet: es decir, que no abasta al siervo del señor alabarse de la castidad, y de la paciencia, y de la abstinencia, si por otra parte no quiere asegar en casa: porque a mi parecer, entonces el monje tiene los pies limpios, cuando ya tiene atajados los profanos discursos. El religioso que procura ir cada día al siglo, de necesidad ha de aborrecer el coro, ha de rezar sin atención las horas, ha de decir corrida la misa, ha de extrañarse de visitar la enfermería, y aun le ha de pesar cuando la noche venga: porque si el día durase un año, tanto tardaría él en tornar al monasterio. Los pies que nos sacan del monasterio, y nos llevan a que nos perdamos en el mundo, no abasta que los lavemos sino que los cortemos: porque hasta hoy nadie subió al cielo andando, sino contemplando. Licencia tenemos de Cristo, para cortarnos los pies, y aun para sacarnos los ojos, si nos escandalizan: y entonces el siervo del señor corta los pies con que anda, cuando desarraiga de su corazón lo que le altera y desasosiega: porque es imposible que tenga nadie los pies quedos, si sus pensamientos andan alterados. Deja pues deja los negocios de tu hermano, deja los de tu amigo, deja los de tu sobrino, y aun deja los de ti mismo, y estáte quedo en tu monasterio: porque allí tienes hartos enemigos con quien combatir, sin que vais al siglo a otros de nuevo buscar. El abad Casiano dice que de tres mil monjes que moraban en un monasterio de Tebaida, jamás ninguno de ellos pedía licencia para ir fuera: sino que solamente iban fuera los que compraban las palmas para tejer, y vendían las espuestas ya tejidas.

Hugo de arra anime dice: Si te pareciere hermano que el monasterio ado moras es pobre, y el prelado que allí tienes es áspero, y el lugar ado resides es enfermo, y el trabajo que allí pasas es mucho, conviénete sufrirlo por amor de Cristo: pues no viniste a la religión para te regalar, sino para te salvar. O tú eres bueno, o tú eres malo, si eres bueno dime ¿qué te puede hacer el prelado? y si eres malo y mal disciplinado, ¿piensas que ha de faltar otro prelado que sea de tus travesuras verdugo? Así como no hay cirujano cruel y carnicero, sino es el que topa con alguno que está desafortadamente herido: así por semejante manera no puede ser el prelado bravo y riguroso, sino cuando su súbdito es disoluto y perdido: y si al tal viéremos murmurar, o decir que se quiere mudar, echen a sí mismo la culpa y no al que gobierna la casa. En las colaciones de los padres dijo el abad Abraham. La más secreta y más sutil tentación con que el demonio tienta a los siervos de Dios es, cuando so color de algún bien los saca del cuerpo de la comunidad, para que viva en más

libertad: porque ya sabe él muy bien que a la hora que un monje fuere libertado, le ha de tener por del todo perdido. San Basilio en una antigua regla dice: El siervo del señor no debe hacer caso del monasterio ado mora: si es bien sano, sino si es poco ocasionado: ni ha de elegir prelado que le dé muchas consolaciones, sino quien le ayude a remediar sus tentaciones: ni ha de procurar en la orden de tener familiares amigos, sino conversarse con los que son más santos: ni aun le ha de dar pena lo mucho que trabaja, sino lo poco que aprovecha. San Bernardo escribiendo a Ruberto monje dice: No pienses Ruberto que por mudarte de Roan a París, y de París a Borgoña, o de Borgoña a Normandía, has de vivir más consolado, y has de andar menos tentado: porque el bien o el mal que padecemos no depende del lugar ado moramos, sino del contento, o descontento que en el corazón tenemos. Sea pues la conclusión de todo, que el siervo del señor debe ser como árbol que a todos vientos defiende, y como pilar que jamás tuerce: porque de otra manera, diremos que es como los peregrinos que saben muchos hospicios, y tienen pocos amigos: y que así como la veleta del campanario se muda a cada viento, así él se muda a cada capítulo.

## Capítulo L

De en cuán gran estima es tenido el hombre verdadero, y de cuán gran mal es ser tenido por mentiroso. Y tócanse aquí muy buenas figuras.

Perdes omnes qui loquuntur mendacium: decía el serenísimo rey David en el salmo V como si dijera: Oh gran Dios de Israel, naturalmente conozco de ti, que aborreces a los que obran maldades, y destruyes a los que hablan mentiras. Gran pecado debe ser la mentira, pues tan terrible sentencia da Dios contra ella: es a saber, que a todo hombre mentiroso, ha de poner el señor a cuchillo. Mucho es de ponderar, que en el general diluvio perdonó Dios a Noé, en la perdición de Sodoma libró a Lot, en la destrucción de Jericó reservó a Raab, en la cautividad de Babilonia dispensó con Jeremías: de manera, que nunca Dios usa tanto de su justicia, que no vaya mezclada con su clemencia: excepto con los hombres tramposos y mentirosos, que jura y perjura de no perdonar a ninguno de ellos. Séneca en el primer libro de ira dice: No hay virtud que de mejor gana premien los dioses, que es la verdad: y ni hay vicio que ellos más ayna castiguen que es la mentira: y de aquí es que al hombre mentiroso, ni la verdad le creen, ni la mentira le sufren. Epiménides filósofo preguntado qué cosa era verdad dijo: La verdad es la que rige los cielos, alumbrá la tierra, sustenta la justicia, gobierna la república, confirma lo que es claro, y aclara lo que es dudoso. Quilo el filósofo hablando de la verdad dijo: La verdad es un

homenaje que nunca cae, un escudo que no se pasa, un tiempo que no se turba, una flota que no perece, una flor que no se marchita, una mar que no se altera, y un puerto en que nadie peligra. Anaxarco filósofo preguntado qué le parecía de la verdad, dijo: La verdad es una salud que nunca enferma, una vida que nunca muere, un socrocio que a todos sana, un sol que nunca se pone, una luna que jamás se eclipsa, una puerta que a nadie se cierra, y un camino que a nadie cansa. Esquines filósofo en una invectiva contra Demóstenes dice: Tiene en sí gran fuerza la verdad, que sin ella la fortaleza es flaca, la prudencia es malicia, la temperancia es miseria, la justicia es sanguinolenta, la humildad es traidora, la paciencia es fingida, la castidad es vana, la riqueza es perdida, y la piedad es superflua. Platón en su Timeo decía: Si queréis, oh atenienses, saber qué cosa es verdad, dígoos que es un centro adonde todas las cosas reposan, es el norte por donde el mundo se rige, es el antídoto con que todos se curan, es la sombra adonde todos descansan, es el terrero adonde todos tiran, y aun es el blanco adonde pocos aciertan.

Muy amigos debían ser de la verdad estos tan grandes filósofos, pues ensalzaron con tantos y tan honrados títulos: porque tarde, o nunca engrandece la lengua, si no es aquello que su corazón ama. Cuando el hijo de Dios y mayorazgo de las eternidades dijo un día predicando, ego sum veritas, y cuando dijo arrodillado delante Pilato, ad hoc venit in mundum, ut testimonium perhibeam veritati: más ensalzó la verdad que nadie, y más se obligó a hacer por ella que todos: pues por predicarla fue de los hebreos perseguido, y por defenderla fue a muerte condenado. San Agustín sobre San Juan dice: En esta palabra de Cristo, ego sum veritas más alto habla que piensas, y más misteriosa es que tú alcanzas: porque de todas las criaturas podemos decir que hablan verdad, tratan verdad, aman verdad, y tienen parte en la verdad: mas del hijo de Dios sería muy gran mentira decir, que tiene parte en la verdad, sino que de todo en todo es la suma verdad.

El que no tiene más de una parte de verdad, cierto es que ha de tener la otra parte de maldad, o de necedad: y como en Cristo no quepa culpa, ni se sufra ignorancia, síguese que de necesidad ha de ser el Dios de la verdad, y el príncipe de la bondad. Si el hijo de Dios quisiera consentir en las mentiras de los sacerdotes, y en las hipocresías de los fariseos, nunca fuera delante Pilato acusado, ni fuera por Pilato a muerte condenado: mas como el bendito Jesús era la suma verdad, y era la eterna bondad, eligió antes morir, que no mentir: y perder antes la vida, que no favorecer mentira. San Crisostomo sobre San Mateo dice: En esto verás cuánto Dios ama la verdad, en que admitió a su compañía a la Magdalena profana, a la samaritana amancebada, a la mujer adúltera, a Mateo usurero, a Zaqueo el rico, al ladrón corsario, a Pedro el pérfido, a Paulo el blasfemo, mas nunca recibió en su colección a ningún tramposo y mentiroso: de manera, que no puede ser discípulo de Cristo, el que

no es hombre verdadero. Ne auferas de ore meo verbum veritatis, decía el santo David en el salmo CXVIII como si dijera: Pues yo señor me precio de ser tu siervo, y estoy dedicado a tu servicio, no permitas que mi corazón piense alguna maldad, ni des licencia a mi lengua sino que diga verdad: pues hombre mentiroso, no puede ser a ti acepto.

Mucho es aquí de ponderar, que no ruega a Dios el profeta que le guarde la vida, ni le conserve la honra, ni le defienda el reino, ni le ensalce los hijos, ni le aumente la hacienda, ni aun le dé más fama, sino que no le deje decir ninguna mentira: teniéndose por dicho, que si no hay en el ánimo ninguna bondad, nunca habrá en la boca alguna verdad. Oración es esta que todos habían de hacer, y petición es esta que todos habíamos de pedir: es a saber, que nos conserve el señor en los corazones la bondad, y no quite de nuestras bocas la palabra de verdad: porque hombre mentiroso, nunca puede ser buen cristiano. Nequaquam moriemini, sed eritis sicut discientes bonum et malum, Génesis. III. Dijo la serpiente a nuestra madre Eva en el paraíso, como si dijera: En ninguna manera moriréis aunque de ese árbol vedado comáis, antes se os abrirán los ojos del entendimiento para que de manera de dioses sepáis lo bueno que habéis de elegir, y lo malo de que os habéis de guardar. He aquí la primera mentira del mundo, he aquí el primer mentiroso que fue el demonio, he aquí la primera mujer engañada que fue Eva, y he aquí donde procedió toda la perdición humana: porque si Eva no creyera aquella mentira, ni ella jamás muriera, ni el mundo se perdiera. San Agustín sobre el Génesis dice: Mientes demonio mientes, que pues tú caíste del cielo por quererte con Dios igualar: también morirá Eva si no quiere a Dios obedecer. Oh cuán gravísimo pecado debe ser la mentira, mayormente cuando es perniciosa, que pues Eva fue alanzada de paraíso no más de por creerla, ¿qué pena merecerá el que osare decirla? Como todas las cosas tomen denominación de sus primeros principios, y el principio de la verdad sea Cristo, y el principio de la mentira sea el demonio, podremos con verdad decir, que así como todos los que hablan verdad, tienen por señor a Cristo: así todos los mentirosos tienen por su patrón al demonio. Cuando el hijo de Dios dijo a los hebreos, vos ex patre diabolo estis: no los llamó hijos del demonio, porque los había criado, sino porque los había engañado: y el engaño era, que como hijos de su padre defendían las mentiras, que él les había enseñado, e impugnaban las verdades que les predicaba Cristo. Cirilo sobre el Levítico dice: Si el demonio es padre de la mentira, ¿no será también hijo del demonio el hombre mentiroso? San Anselmo también dice: Como sea el señor señor de todo el mundo, bien puede él dispensar en el delito del hurto, para que el hurto no sea pecado: lo cual él no puede hacer en el pecado del mentiroso, que como él sea suma y perfecta verdad, no se puede apartar de la verdad: porque repugna a su divina potencia, caber en Cristo alguna mentira. Mucho es de ponderar, y aun nos debe de espantar, que a ningún soberbio, ni envidioso, ni goloso, ni avaro, ni lujurioso,

ni ladrón, ni aun furioso llamó hijo del demonio, sino fue al hombre mentiroso: de lo cual podemos inferir, que al hombre mentiroso le podemos llamar endemoniado.

San Agustín en el décimo de sus confesiones dice: A muchos he visto, procurar de engañar a otros: y al primero tengo por ver que quiera ser engañado: y también he visto a muchos mentir: mas a ninguno he visto querer que le mientan: de manera, que la condición del mentiroso es, que todos traten con él verdad, y el sólo trate con todos mentira. *Mendaces filii hominum in stateris suis, ut decipiant ipsi de vanitate in idipsum*, dice el salmista hablando de los mentirosos, como si dijera: Aunque los hijos de los hombres son mentirosos en las palabras que dicen: mucho más lo son en los pesos y pesas, que tienen: porque ni en el fiel guardan fidelidad, ni en el peso lealtad. En estas palabras toca aquí el profeta, otro género de mentirosos, y otra manera de mentiras: es a saber, de los que hacen fingidas obras, y se arrian de hipocresías: de manera, que como otros mienten con la boca, mienten ellos con la obra. Cuanto es de menores quilates el cuerpo que no el ánima: tanto es mayor la mentira, que se comete con la obra, que no la que se dice con la boca: porque la palabra mentirosa solamente engaña; mas la obra del hipócrita, no sólo engaña, mas aun daña. Pero falso, y en peso falso se pesa: el que presume mucho, y merece poco: tiene a sí por justo, y a los otros por pecadores: loa mucho sus obras, y condena las ajenas: es otro del que parece, y parece otro del que es: cela la bondad, y finge la verdad: finalmente ama que le loen todos, y no sufre que le resista nadie. San Ambrosio en el exameron dice: Peso falso tiene, y aun gran mentira dice, el que siendo rey hace obras de tirano, y el que siendo cristiano vive como gentil, y el que es intitulado prelado y anda como publicano, y el que es religioso y tiene resabios del mundo: y aun el que es hipócrita y quiere ser tenido por santo. Todos estos son engañadores, todos son mentirosos, todos dos bulliciosos, y fermentados: de cuya conversación nos hemos de guardar, y apartar: porque en la Iglesia de Dios mayor daño hacen los que andan con obras fingidas, que no los que dicen palabras falsas. San Anselmo a este propósito dice: Ora sea para bien, ora sea para mal, más habla el hombre obrando que no hablando: porque mucho más se mueven los corazones de los hombres con lo que ven hacer, que no con lo que oyen decir. Los privilegios del hombre verdadero son: que por do quiera puede andar, con todos puede tratar, a nadie debe temer, ninguno le puede acusar, todos pueden de él confiar, y aun con su cara descubierta por doquiera ir. El trabajo del hombre mentiroso es, que si dice una mentira la ha de sustentar con otras mentiras: y más y allende de esto, ha de jurar y perjurar, por Dios, y por las vidas de sus santos, y por los santos evangelios, y por las vidas de sus más propincuos deudos, y aun por los siglos de sus pasados.

Preguntado el filósofo Demóstenes, que qué tal había de ser el amigo, que el

hombre había de tomar, respondió: Para tomar uno por amigo, no han de hacer caso si es sabio, o prudente, o justo, o esforzado, o solícito: sino si es amigo de bondad, y que trata con todos verdad: porque del hombre verdadero, muy poco es confiar de él todo el mundo. Helio Esparciano dice: que como una vez dijese el emperador Trajano, que nunca había errado en elegir algún amigo: y preguntándole todos la razón de ello, respondió: La causa porque he sido en esto fortunado es: porque jamás tomé por amigo a hombre que fuese codicioso, o notado de mentiroso: porque en el hombre que reina la codicia, y prevalece la mentira nadie puede tener amistad verdadera. San Gregorio en el pastoral dice: Debe el siervo del señor tratar verdad, y decir verdad: y si a ello no le constriñere la consciencia hágalo por la vergüenza: pues no se puede hacer a un hombre mayor afrenta, que averiguarle una mentira. Grandes son los trabajos que pasa un mercader, porque no le tengan por mentiroso, ni pierda con los que trata su crédito: y ojalá lo hiciesen así todos los hombres, que presumen ser en mucho tenidos, y en todo creídos: algunos de los cuales, no se les da más arrojar una mentira, que comer una haba. Séneca en una epístola dice: Como no estén en más todas las cosas de la costumbre que tomamos en ellas: si nos avezamos a comer poco con ello permanecemos, si a dormir poco con ello nos salimos, y si a mentir mucho con ello nos quedamos: por manera, que hay muchos hombres, que como están acostumbrados a comer cada día, así están avezados a mentir cada hora. A todos es notorio, que la mejor pieza de nuestro arnés, y la más rica joya de nuestro tesoro, no sea la parentela, ni la privanza, ni la riqueza, sino solamente la honra: la cual nunca tuvo, ni tendrá el hombre mentiroso: pues con nadie tiene crédito, y en ninguna cosa es creído. Aníbal príncipe de los cartagineses, fue muy animoso en emprender guerras, muy esforzado en seguirlas, y muy venturoso en acabarlas: mas Tito Livio mucho le nota de pérfido, y perjuro, y mentiroso: porque jamás daba a sus amigos lo que les prometía, ni tampoco guardaba lo que con sus enemigos capitulaba. No lo hizo así Gneo hijo del gran Pompeo: con el cual como cenasen en la mar, Mesana, Octavio, y Marco Antonio sus mortales enemigos, y le dijese a la oreja Menodoro capitán de su flota, que si quería consentir en ello él echaría aquellos dos sus enemigos al hondo, respondióle él: Si yo fuera Menodoro como tú ya lo hubiera hecho, mas pues soy Gneo Pompeo no lo tengo de hacer: porque en tal caso, morirían ellos con honra, y viviría yo con infamia. Palabras fueron éstas dignas por cierto de tal varón, e hijo de tan alto príncipe, como fue el gran Pompeo.

Herodoto dice, que los egipcios cuando hacían amistades, o confederaciones con otros, ataban los pulgares de los unos con los pulgares de los otros, y dábanse luego sendas lancetadas en ellos, y la sangre que de ellos salía se lamían los unos a los otros con la lengua: en lo cual daban a entender, que primero habían toda su sangre de derramar que los unos a los otros mentir. Jura un mentiroso por nuestra señora de Monserrat, por el sepulcro de San

Vicente, por los corporales de Daroca, y aun por la cruz de Caravaca: no por más de porque le crean una muy gran mentira: la cual tanto ha de ser menos creída, cuanto es con más juramentos jurada. Infalible regla es, que cuando alguno afirma alguna cosa con gran juramento, es señal que miente más sobre pensado. El padre al hijo, y el amigo al amigo, y el señor al criado, por menos inconveniente tendría yo, les perdonasen algunas flaquezas, que no que les disimulasen algunas mentiras: porque no hay vicio a quien el tiempo no le corte las alas, excepto al mentir, que con la vejez toma más fuerzas. No basta a uno que del vicio del mentir sea limpio, sino que aun también se aparte del que es en este vicio vicioso: porque cuando quiere mentir uno muy recio, luego alega a su amigo por testigo, y todos los que aquella mentira oyen, tanta culpa echan al amigo que la aprueba, como al mentiroso que la dice. Miento, si estando yo en palacio, no dijo un amigo mío, que el y yo habíamos navegado en una poderosa galera: la cual era toda de cortezas de canela: y no fue nada decirlo, sino luego conmigo aprobarlo, y como yo no le osé desmentir, húbeme de quedar por mentiroso. Como otra vez yo fuese a predicar a César a palacio, y llevase en la mano una caña por el mal de mi gota: dijo aquel mismo delante de muchos, que él me había dado un tan honrado junco, que de nudo a nudo cabían dos cántaras de vino. Muy gran afrenta es al hombre virtuoso, tener por amigo al que no es verdadero: que de mí digo que ya yo no sabía qué me hacer con aquel amigo mentiroso, sino huir de donde se allegaba, y apartarme de do hablaba: y todo cuanto él aprobaba conmigo en público, me iba yo a desdecir después en secreto. Muy ajeno pues debe ser de la boca del siervo del señor el vicio del mentir: porque en la boca del seglar el decir una cosa por otra, no es más de mentira, mas en la boca del religioso es sacrilegio.

## Capítulo LI

Que los prelados deben tener muy gran cuidado de los monjes enfermos: en especial de los que en la religión son viejos y flacos y tullidos.

Imbecilles et infirmos sustinete, dice el apóstol escribiendo a los romanos en el cuadragésimo capítulo, y es como si dijera: En esto sólo veré hermanos míos los romanos, si sois verdaderos caritativos, o si sois fingidos cristianos, en que si los flacos y enfermos son entre vosotros sobrellevados y remediados: de manera, que ni les falte quien en sus enfermedades los sirva, ni quien en sus necesidades los socorra. No vaca de alto misterio, que no manda aquí el apóstol sustentar al padre, ni a la madre, ni al amigo, ni al enemigo, sino solamente al hombre que es flaco y enfermo: porque según dice San Bernardo, no hay cosa en que más se parezca la caridad que uno tiene, que en el servicio

que a un enfermo hace. De todas las miserias de esta vida que son, hambre, frío, sed, calor, cansancio, y enfermedad, la mayor de todas es, tener siempre poca salud, y estar fatigado de enfermedad: y de aquí es, que como en ella está el mayor trabajo, así depende de ella el mayor merecimiento. En las vidas de los padres dijo un monje a un viejo: Dime padre bendito, ¿cuál merece más delante del señor, el monje que ayuna toda la semana, o el que sirve a los enfermos en la enfermería?

A esto le respondió el viejo: Como la virtud de la caridad sea la mayor de todas las virtudes, créeme hermano y no dudes, que vale más y merece más, el que sólo un día sirve al que está enfermo, que el otro que ayuna todo el año arreo. Sobre aquellas palabras de *infirmus sui, et non visitatis me*, dice la glosa de Aimon.

En el tremendo juicio no nos pedirá cuenta nuestro señor Jesucristo: porque no anduvimos estaciones, o no oímos sermones, o no hicimos milagros, o no ayunamos muchos tiempos: lo que allí nos pedirá será, porque no visitamos los enfermos, y no sobrellevamos a los que eran flacos y míseros: pues en el mismo grado se obliga Cristo de asentar a su cuenta, lo que se hiciere por cualquier enfermo, que lo que hiciere por sí mismo.

A ser piadosos con los enfermos nos debe convidar, ver que visitó Cristo a muy pocos de los que estaban sanos, y por otra parte visitó y aun curó a infinitos de los que estaban enfermos: de lo cual podemos inferir, que como todas las obras de Cristo no sean sino un dechado del cristiano, ninguna debía ser tan frecuentada, ni visitada, como el hospital y enfermería. San Jerónimo sobre las mismas palabras de *infirmus fui: et non visitatis me*, dice: Cuando Cristo dice que nos pedirá cuenta de que al enfermo no visitamos, ¿no nos la pedirá mejor porque no le servimos? Y si hemos de dar cuenta porque no le servimos, ¿no la daremos más estrecha si no le socorrimos? Al enfermo cristiano obligado eres a visitarle como querrías ser visitado, y servirle como querrías ser servido, y socorrerle como querrías ser socorrido: porque en caso de caridad y piedad, ni ha de haber pereza ni mostrar escasez. El que a su hermano, o a su vecino, o a su amigo, no visita cuando le ve que está malo, ¿qué espera que hará por él cuando le viere sano? Séneca en una epístola dice: No tengo yo otra mayor prueba para conocer quién es el mi verdadero amigo, como es cuando yo estoy enfermo: porque el amigo luego viene a visitarme con su persona, y a socorrerme con su hacienda, y a consolarme con su palabra: de manera, que en la larga enfermedad se prueba la verdadera amistad. Hablando pues más en particular, como quiera que en todas partes deban ser visitados y recreados los que están enfermos y son flacos, mucho más lo debían ser entre los religiosos perfectos, y en los monasterios bien ordenados: porque habiendo ellos dejado el mundo, al padre, y a la madre por amor de Cristo, si por caso no fuesen en sus enfermedades socorridos, con

mucha razón estarían en los monasterios aburridos: y aun andarían de sus prelados muy quejosos. No hay cosa tan justa, porque el súbdito se pueda quejar de su prelado, como es por no le querer curar cuando está enfermo: porque teniendo el hombre salud, no hay trabajo que no se sufra, ni aun necesidad que no se supla.

San Basilio en su antigua regla decía: La orden que tendrán los abades con los monjes que estuvieren sanos, y con los que estuvieren enfermos será, que a los sanos les den a comer lo que buenamente se pudiere adquirir, mas a los que estuvieren enfermos dárseles ha todo lo que hubieren menester: de manera, que de las palmas que se tejieren, y de las espuestas que se vendieren, provéanse primero los enfermos, y coman de lo que sobrare los sanos. También decía el glorioso San Benito en su regla: Ante todas cosas, y más que todas las cosas deben los abades tener delante sus ojos el remedio de los enfermos, y el servicio de los que están flacos: porque si la abstinencia huelga que en los refectorios falte, no quiere la caridad sino que en las enfermerías sobre. Hugo de institutione monachorum dice: Aunque al monje le falte cogulla que se ponga, hábito que se vista, zapatos que se calze, y aun celda en que more, ni debe entristecerse, ni de su prelado quejarse: lo que a él le ha de fatigar, y de lo que él se puede quejar es, no le consolar en sus tentaciones, ni le curar en sus enfermedades: porque no hay en el mundo monasterios más perdidos, que ado los enfermos no son curados, y los flacos sobrellevados. Muy gran razón tiene este buen doctor en decir, que es monasterio perdido: en el cual no se tiene cuidado de curar al monje que está enfermo, pues en el prelado no hay caridad, ni puede haber perfecta bondad. ¿Qué tiene el que caridad no tiene? ¿De qué se precia el que de apiadar a su hermano no se precia? En el libro de la vida solitaria dice así: Cuando algún monasterio se fundaba de nuevo en Egipto, o en Tebaida, primero se hacía la enfermería ado los monjes se curaban, que no la Iglesia ado los cristianos concurrían: y la causa de esto era: porque el glorioso San Basilio primero mandó a sus monjes que fuesen a curar los enfermos, que no que se ocupasen en rezar los salmos. Suetonio tranquilo en el primero de cesaribus dice: Caminando por los Alpes el gran Julio César, como se albergase una noche ado no había más de una choza pequeña, y estuviese nevada toda aquella serranía, salióse el piadoso príncipe a dormir en la nieve fría, dejando para un enfermo toda la choza. Pues el príncipe que era pagano y aun tirano tuvo tal piedad con su hombre de armas que estaba enfermo: ¿por qué tú no la tienes con el que es cristiano, y aun cristiano prójimo?

Quis infirmatur: et ego non infirmor? Palabras son éstas del divino Paulo, escritas a los Corintios en el undécimo capítulo, y es como si dijera: ¿Cuál de vosotros los de Corinto enferma, que con él yo no enferme? ¿A quién duele ni sola una uña, que no me duela a mí toda la cabeza? ¿Quién es el que está tan

tullido y flaco, que no sea muy mayor la compasión de él que yo tengo, que no toda la pasión que él pasa? ¿A quién de vosotros sacan sangre de las venas, que no la saquen a mí primero de las entrañas? ¿Qué enfermo hay de un día arriba en la cama, que no me halle a mí cada hora a su cabecera? ¿Qué me ha pedido algún enfermo que no se lo diese, ni que ha habido menester que no se lo buscase? Oh cuán bienaventurado sería el prelado, que con el apóstol estas palabras dijese, y oh cuán más bienaventurado sería, el que de hecho las cumpliera: porque no hay para Dios otro más grato servicio, que socorrer al necesitado, y consolar y servir al que está enfermo. Conforme a lo que San Basilio, y San Benito, y San Agustín, y San Francisco, y Santo Domingo, quieren en sus reglas, conviene que ante todas cosas sean proveídas las enfermerías, y que sean muy bien curadas las personas enfermas: porque injustamente se llama cristiano, e indignamente le hacen prelado, al que es enemigo del monje enfermo. San Agustín ad Heremitas dice: Para los monjes que enfermaren en el yermo, tendréis cargo de encenderles lumbre, molerles las bellotas, cocerles algunas yerbas, darles alguna agua fría, y buscarles para en qué se echen alguna paja: de manera, que resplandezca en ellos la paciencia, y en vosotros la clemencia. A este propósito dice San Gregorio en el registro: Muy engañado vives padre abad, en pensar y decir que la guerra de los longobardos ha de asolar todos los monasterios: porque si la religión de San Basilio ha caído, y la orden de nuestro padre San Benito se va a caer es, no por los daños que hacen los enemigos, ni por la pobreza de los monasterios, sino por la mucha ambición que hay en los prelados: y por la poca caridad que se hace a los enfermos.

En las vidas de los padres dijo un monje al glorioso abad Arsenio: En este yermo de Tebaida hay dos abades que yo conozco: el uno de los cuales es casto y no caritativo, y el otro es caritativo mas no es casto: dime yo te ruego, ¿cuál de estos dos es más tolerable, y cuál de ellos es más incorregible? A esta pregunta le respondió el buen Arsenio: Indigno es de ser monje cualquiera de estos dos monjes, e indigno es de ser abad cualquiera de estos dos abades: mas al fin, por menos mal tengo al que es caritativo y no casto, que no al que es casto y no caritativo: porque de hombre piadoso, dudo que pueda ser condenado. San Bernardo escribiendo a un abad dice: En lo que dices por tu carta, que está ese tu monasterio muy viejo, y que hay necesidad muy grande de repararlo: yo te doy licencia que lo hagas, y que de los réditos del monasterio te aproveches: con tal condición que comiences a reparar por do residen los enfermos, y no por do duermen los sanos: porque menos mal es, que todo el dormitorio se caiga, que no que en la enfermería haya una gotera. Deben pues los prelados tener muy gran solicitud, en que se curen muy bien los monjes enfermos, y no hacer cuenta si se gasta poco, o mucho con ellos: porque se han de tener por dicho, que mucho más bien les trae el señor a los monasterios, por la caridad que hacen a los enfermos, que no por la solicitud

que ponen los sanos. De los prelados que no quieren en su compañía a monjes viejos, ni a los que están flacos y enfermos, podemos muy bien decir, *pater ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt*: porque en los monasterios adonde hay muchos mancebos y pocos viejos, suelen nacer muchos escándalos: y aun recrecerseles a los prelados muchos enojos. *Nesciunt quid faciunt* los prelados que no quieren cabe sí sino a monjes mancebos y recios, y dan de mano a los que son mancos, y cojos: porque allende que les está muy mal el usar de tal crueldad e inhumanidad: en los monasterios que carecen de viejos, no puede haber autoridad, ni aun en quien se ejercite la caridad. Creedme padres y no dudéis, que aun para proveer las cosas necesarias a vuestros monasterios, no podéis hallar mejor granjería, que llevar a ellos monjes que sean cojos y mancos: porque es nuestro señor tan caritativo con los enfermos, y tan piadoso con los viejos y flacos, que jamás permite ni permitirá, que nadie venga a extrema necesidad, si es amigo de hacer caridad. Erodiano y Eutropio, y Valerio Máximo dicen, que era ley inviolable entre los romanos que a los viejos pobres y enfermos que habían seguido la guerra, y servido a la república, les diesen casas en que morasen, y algún tanto con que se sustentasen: de manera, que holgaban de expender su mocedad en virtuosos trabajos, con la esperanza que tenían de ser en la vejez socorridos.

Pues si esto hacían en Roma los romanos, ¿por qué no lo harán los prelados en sus monasterios? *Utere modico vino propter tuas continuas infirmitates*, escribió el apóstol a su discípulo Timoteo en el quinto capítulo, y es como si dijera: Porque eres flaco del estómago, y andas a la continua muy enfermo, yo te doy licencia para que bebas de aquí adelante un poco de vino. Mucho es aquí de ponderar, la palabra de continuas infirmitates tuas: es a saber, que dispensó el apóstol con Timoteo por causa que era de su propio natural muy flaco, y que andaba siempre de enfermedades cargado: en lo cual nos dio a entender, que mucha más piedad se ha de tener con los viejos que están siempre tullidos y cojos, que no con los mozos que de cuando en cuando caen enfermos. Plinio en una epístola dice: Al viejo no le hemos de decir que está enfermo: porque no es otra cosa la vejez, sino una sanidad imperfecta, y una enfermedad no acabada. Séneca en el libro de ira dice: La diferencia que siento en mí de cuando era mozo, a lo que siento ahora que soy viejo es, que entonces si caí malo no me dolían más de uno o dos miembros, y ahora aunque estoy sano me duelen todos ellos juntos: de manera, que muy más tolerable es la mocedad con enfermedad, que no la vejez con sanidad. Los prelados que desechan de su compañía a los monjes que son flacos y enfermos, so color que no son provechosos, y que son para los monasterios pesados, *nesciunt quid faciunt* los tales: pues no sienten el mal que hacen, ni aun alcanzan el bien que pierden: pues toda la caridad que se hace a cualquier enfermo, la asienta a su cuenta Cristo. Por viejo y por cojo, y por manco que sea un religioso, puede aprovechar a su prelado, de orar por los bienhechores, y de darle consejo en

los negocios arduos: los cuales dos oficios son muy más anexos a los viejos, que no a los mozos: porque en caso de consejo, al viejo pertenece darle, y al mancebo recibirle. Muy mayor necesidad tiene el prelado, de tener cabe sí monjes viejos que le aconsejen, que no mancebos recios que le sirvan: porque todo hombre que es cuerdo y sabio, en mucho más tiene al amigo que le quita de enojos, que no al criado que le procura dineros. No deben pensar los prelados, que comen el pan de balde, los monjes que son flacos y tullidos: porque ya podría ser, que les valiese más el consejo que los viejos les diesen algún día, que cuanto les sirviesen los que son mancebos en un año: mayormente, que nadie puede ser buen prelado, si es enemigo de tomar consejo. No podemos negar, que el monje flaco, viejo, y tullido, no sea ocasión de dar a merecer a todos los del monasterio: pues merece el prelado en tenerle, merece el enfermo en servirle, merecen los monjes en visitarle, y aun merece él en la paciencia que tiene: de manera, que es una indulgencia plenaria que se gana cada día.

## Capítulo LII

De cuán necesaria nos es la perseverancia: y que ninguna virtud vale cosa sin ella.

Vide in te bonitatem dei: si perseveraveris in bonitate, dice el apóstol San Pablo escribiendo a los romanos, en el undécimo capítulo, y es como si dijera: En esto verás cristiano, si te tiene la bondad de Dios con su piadosa mano, en si perseveras en la virtud hasta el cabo. Cristo nuestro redentor dice: Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit: como si más claro dijese: El que se esforzare a ser virtuoso hasta el fin de la jornada, aquél y no otro entrará en mi gloria. San Agustín dice: Mucho nos debe espantar hermanos, no decir Cristo los que perseveraren, sino el que perseverare hasta la fin será salvo: porque nos quiere dar a entender, que aunque son muchos los que prometen de guardar su evangelio: cuál o cuál es el que persevera hasta el cabo de su servicio. Mucho también es aquí de ponderar, que a carga cerrada dijo nuestro señor Jesucristo, el que no perseverare hasta la fin, no será salvo sin señalar la virtud, o virtudes en que habíamos de tener la perseverancia: para darnos a entender, que de todas las virtudes nos hemos de preciar, y en todas ellas nos conviene hasta la fin perseverar.

San Jerónimo también dice: Ten ojo y nota, que no puso Cristo la salvación en la inocencia, o en la abstinencia, o en la paciencia, sino solamente en la constancia y perseverancia: pues dijo qui perseveraverit usque in finem his

salvus erit: de lo cual podemos inferir, que ninguna obra nuestra será en el cielo galardonada, si con la virtud de la perseverancia no fuere guarnecida.

Para mejor entender estas palabras de Cristo hase de presuponer, que así como muchos vicios se fingen ser virtudes, así muchas virtudes se fingen también ser otras virtudes: y sabida la verdad y propiedad de todas ellas, cada una por sí tiene su definición, y aun tira a su condición. La paciencia la firmeza, la magnanimidad, la longaminidad, la benignidad, la mansedumbre, y la fortaleza: todas ellas parecen ser sola una cosa, y en la verdad, hay de lo que suenan a lo que son muy gran diferencia: y porque no parezca que hablamos de gracia, tocaremos la definición, de quién es cada una. La virtud de la paciencia, no es otra cosa, sino un cuerpo cargado de dolores, y un corazón martirizado con pasiones: el cual con un mismo rostro, sufre la adversidad, y espera la prosperidad: como fueron el virtuoso Tobías, y el santo Job: los cuales no sólo fueron pacientes, mas aun ejemplo de paciencia. La virtud de la constancia es: cuando el corazón no se mueve de su buen propósito, por trabajos que le vengan, ni por infortunios que le sucedan: cuales fueron el santo José en Egipto, y el buen Moisés en el desierto. La virtud de la magnanimidad es, cuando un sólo corazón osa emprender cosas que son muy graves de comenzar, y muy peligrosas de acabar: como hizo David con Goliat, y Elías con Jezabel. La virtud de la longaminidad es, cuando un corazón se enoja, ni aun desespera, por mucho que los trabajos se le acrecienten, y por más que los remedios se le alarguen: cuales fueron Judas macabeo en la sinagoga, y el glorioso San Pablo en la Iglesia: a los cuales cada día se les disminuyan los amigos, y les crecían más los trabajos. La virtud de la fortaleza y perseverancia es, cuando un corazón es tan esforzado y denodado, que ni en las tentaciones desmaya, ni en hacer bien se cansa: cuales fueron, el glorioso abad Antonio, y el primer ermitaño Paulo: cuyas vidas parecían ser de ángeles, y cuyos corazones no parecían ser de hombres.

Y porque nuestro principal intento es, decir las grandes excelencias de la perseverancia, y de cuán necesaria nos es la fortaleza: diremos aquí qué es lo que los filósofos de esta virtud dijeron, y qué es lo que los santos doctores sintieron. San Agustín in de verbis apostoli dice: A mí ver, no es otra cosa la virtud de la fortaleza, sino un amor intenso de que se precia el corazón enamorado: con el cual intenso amor, todas las cosas ásperas tolera, hasta que alcanza aquello porque pena. Tulio hablando de esta virtud dice: Osaría yo decir que no es otra cosa la constancia y firmeza, sino una heroica determinación: con la cual el varón muy poderoso y fuerte sufre lo que le sucede, y disimula lo que quiere. Lucio Séneca decia, que tanta era la excelencia del hombre fuerte, y animoso, que más fácilmente se tomaría una ciudad cercada, que no un corazón esforzado. A este propósito dijo el divino Platón: Los privilegios de la constancia son, moderar la ira con mansedumbre,

la envidia con el amor, la tristeza con la perseverancia, y el temor con la paciencia.

El glorioso Gregorio sobre el Ezequiel dice: La fortaleza del justo consiste, en vencer la carne, en refrenar los apetitos, en resistir al demonio, en no creer al mundo, en menospreciar los deleites, en amar las cosas ásperas, y en no huir de las que son peligrosas. San Crisóstomo sobre San Mateo dice: Es tan necesaria la virtud de la fortaleza en que si a la justicia, y a la temperancia, y a la castidad, y a la prudencia, hasta el cabo ella no las ayuda: en muy breve espacio las verán derrocadas por el suelo, y aun puestas a todas del lodo. Para comenzar alguna buena obra basta tener cordura, para obrarla es menester prudencia, par seguirla requiérese potencia, mas para acabarla, es menester gran constancia: porque la felicidad del buen piloto no consiste en saber regir el navío, sino en llegar con salud al puerto. Non coronabitur, nisi qui legitime certaverit, decía el apóstol, y es como si dijese: En las batallas del señor y de los siervos del señor, ninguno será de sus manos coronado, sino el que pelear legítimamente en el campo. Legítimamente pelea, el que hasta el fin de la vida pelea: y bastardamente pelea, el que desde el medio del camino se torna: y espuriamente pelea, el que de miedo no entra en la batalla: e infamemente pelea, el que a ninguna tentación hace resistencia: de manera, que apenas le ha acometido, cuando se da ya por vencido. No promete el señor la corona a los que de legítimo matrimonio nacieron, sino a los que legítimamente pelearon: y en tal caso diremos, que legítimamente pelea, el que en las virtudes tiene constancia, y a las tentaciones hace resistencia: por manera, que como a hijo legítimo le pertenece la corona y mayorazgo. Damasceno sobre estas palabras dice: No promete Cristo su reino al que toma no más del bautismo, ni aun al que hace algunas obras de cristiano, sino al que permanece en su servicio hasta el cabo: porque la corona del triunfo no la dan al que va a la guerra, sino al que alcanza la victoria. Poco aprovecha al labrador que are ni siembre la tierra, si después no la siega y trilla de pereza: como sea verdad que el corazón del labrador no descansa cuando derrama el pan por el campo: sino cuando lo encierra en su silo.

El caminante que deja el camino que comenzó, y se torna a la posada de do salió, pierde el tal lo que ha gastado, y no le agradecen lo que ha sudado: porque al jornalero no le pagan el llevar la azada a la viña, sino porque cavó de sol a sol en ella.

La mujer de Lot tornóse en estatua de sal, a causa que volvió a mirar a Sodoma, habiendo sido avisada que no volviese atrás la cabeza: en lo cual se nos da a entender, que es tan malo el mundo de donde salimos, que no sólo no quiere el señor que le toquemos, mas aun ni que le miremos. Moisés y Aarón muy constantes estuvieron en no condescender a los dones que les daba, y a las amenazas que les hacía Faraón, para que se quedasen en Egipto, y no

sacasen de allí el pueblo: de lo cual podemos inferir, que en caso de tornarnos al mundo, y apartarnos de algún bien, que hemos comenzado, no han de bastar ruegos de amigos, ni tentaciones de enemigos. José hijo de Jacob, gran constancia tuvo en no querer pecar con la mujer de su amo ella se lo rogando, y él lo resistiendo: para darnos a entender, que es menester muy mayor corazón para resistir a los vicios a parejados, que no a los enemigos apercebidos. Al santo rey David harto le desaconsejaban, y aun le reprehendían todos sus hermanos, para que se tornase a casa, y no anduviese más en la guerra: mas el animoso mancebo no sólo no dejó las armas, mas aun hizo con el gigante Goliat armas: de lo cual podemos colegir, que antes hemos de perder las vidas que tenemos que tornar atrás del bien que comenzamos. Neemias, y Esdras, muy gran constancia tuvieron en la reedificación del templo que hacían: acerca de la cual obra unos los amenazaban, otros los deshonoraban, otros los contradecían, y aun otros los estorbaban: para darnos a entender, que se ha de tener por dicho el siervo del señor, que es muy gran señal de hacer alguna buena obra, cuando topa con algún mal hombre que se la contradiga. Muy gran constancia tuvo el tío de la reina Esther Mardoqueo en no se querer humillar, ni amistar con el superbo Aman, a causa que era cultor de los ídolos, y gran enemigo de los hebreos: en lo cual se nos da a entender, que nos conviene mucho apartar, y huir de los hombres que nos convidan a pecar, y nos estorban a salvar. La excelente mujer Susana, muy constante fue en no querer consentir a los jueces de Babilonia a que violase el matrimonio, y les consintiese el adulterio: en lo cual nos dio ejemplo, que por miedo de la pena nadie cometa ninguna culpa: pues Dios nuestro señor se tiene cargo de guardarnos la vida, y aun de conservarnos la honra: como lo hizo a la bendita Susana.

Hemos pues querido contar todas estas historias, para que en el servicio de nuestro señor se esfuercen los buenos a ir adelante, y teman los malos de tornar atrás: pues jamás el señor desampara a los que le sirven, ni se olvida de los que le siguen. Quien se acordó de enviar a consolar a Daniel que estaba en el lago de los leones encarcelado: ¿no se acordará por ventura de su siervo cuando le vea de los demonios tentado? San Anselmo a este propósito dice: Muy bien sabe el señor lo poco que sabemos, y aun lo poco que podemos: y pues esto es así, no desmayemos en servirle, ni aflojemos en seguirle: pues tiene él capitulado con sus siervos, que haciendo ellos lo que pueden, hará él lo que quieren. Non sumus sufficientes cogitare aliquid ex nobis, tanquam ex nostris: sed sufficiencia nostra ex deo est, dice el apóstol, y es como si dijese: No tenemos licencia de pensar, ni menos de nos alabar, que por sola nuestra industria, podemos hacer alguna buena obra: porque hemos en tal caso fielmente de creer, que si en algo acertamos es porque Dios nos alumbró: y si en algo erramos es, porque él nos desampara. Nadie debe comenzar alguna obra en confianza de las fuerzas que tiene, o de lo mucho que puede: porque si

es en mano de los hombres el dar las batallas, en sola la de dios es dar las victorias. Hugo de arra anime dice: Si quieres servir al señor no tienes razón de estarte temeroso, y mucho menos de andar asombrado: porque tiene él tan gran cuenta con sus siervos que si permite que sean tentados, no consiente que sean vencidos.

Licencia sacó de Dios el demonio para tentar al santo Job, y con tal condición le fue dada, que si le lastimase en la persona, no le tocase en el ánima: de manera, que no muestra el señor el amor que tiene a sus siervos, en quitarlos de trabajos, sino en apartarlos de pecados. Pidió también licencia el demonio a Dios, para ir a engañar al rey Achab, y de la manera que se la pidió, así se la concedió: para darnos a entender, que lo que va de los amigos a los enemigos de dioses, que a los que le sirven permite que sean tentados, y a los que le ofenden consiente que sean engañados. Oh buen Jesús, oh amores de mi alma, yo señor consiento en que tú consientas sea yo tentado, atribulado, y abatido con el santo Job: con tal que no sea engañado y vencido con el rey Achab: porque no hay igual indicio de ir nosotros perdidos, que consentir tú que seamos del demonio engañados. Qui tangit vos, tangit pupillam oculi mei, dijo Dios por el profeta Zacarías, y es como si dijera: El que me tocare en uno de mis escogidos, ha de pensar que me toca en las niñetas de mis ojos. Qué requiebro más delicado, ni qué palabras más encarecidas se podían hoy decir unos enamorados a otros, que la que dice Cristo a sus escogidos. La cosa más estimada del cuerpo es la cabeza, y de la cabeza son los ojos, y de los ojos son las niñetas: de manera, que como el amor de Cristo es excesivo, quiso Dios excesivamente compararlo. No vaca de alto misterio, que no comparó Dios a sus escogidos a los pies, ni a las manos, sino solamente a las niñetas de los ojos: porque en los pies y en las manos súfrese tener polvo y lodo, mas en las niñetas de los ojos, no se sufre ni aun un solo tamo: de manera, que el que quisiere de Dios ser guardado, ha de estar limpio como lo está el ojo. Como hijos regalados pedimos cada noche al señor en las completas, custodi nos domine, ut pupillam oculi: es a saber, que nos guarde como a las niñetas de los ojos: y que nos abrigue debajo de sus alas: lo cual él hace y cumple, cuando no nos deja en los pecados caer, y que después de caídos nos ayuda a levantar. San Bernardo a este propósito dice: No se debe preciar de cristiano, ni aun de ser perfecto religioso, el que deja de servir al señor por miedo de no ser tentado, o por miedo de no ser socorrido: porque quiere Dios tanto a sus escogidos, que siempre los mira para ver lo que dicen.

Oh cuántas gracias han de dar al señor los buenos cristianos: pues por aquellas palabras, de oculi domini super justos: et aures eius ad preces eorum, se les profiere y obliga, de mirar los trabajos que padece: y de oírles los ruegos que le hacen. Debilis est hostis: et non vincit, nisi volentem, dice el glorioso Agustín, y es como si dijera: Es el demonio tan flaco, y dejóle el señor tan

inhabilitado, que a nadie puede vencer, sino al que no le osa resistir. A las puertas del corazón está llamando Cristo, y está llamando el demonio: y en nuestra mano está el recibir al uno, y el no abrir al otro: de lo cual podemos inferir, que ni el demonio puede entrar en nuestra ánima, si no le admitimos: ni Dios se sabe ir del corazón si no le despedimos. Oh triste de mí y qué será de mí, cuando tú mi buen Jesús me pidieres cuenta, de que me guiaste y no te seguí, y me avisaste y no te creí, y me llamaste y no te respondí, y me hablaste y no te conocí, y aun me tocaste y no lo sentí.

San Ambrosio sobre aquella palabra del salmista, cum ipso sum in tribulatione, dice así. No sólo se halla el señor con los suyos cuando comen, y cuando duermen: mas aun si le quisieren llamar, y un poco esperar cuando están atribulados, no sólo los sacará de allí consolados, mas aun muy honrados. San Jerónimo dice: En esto verás cristiano, que te quiere Dios más que a todos, pues se obliga a hacer por ti más que por todos: lo cual parece claro en que los amigos nos ayudan a gastar los dineros que allegamos, y Dios nos ayuda a sufrir los trabajos que padecemos. El glorioso Gregorio sobre el Ezequiel dice: Cuando Cristo dijo beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur, no puso la bienaventuranza en lo que los hombres lloraban, sino en la consolación que por el llorar esperaban: de manera, que el siervo del señor, no ha de mirar la tentación que del demonio sufre, sino el premio que de Cristo espera. Si estando el cielo sereno, y el tiempo seco, osa el labrador arrojar su trigo en el puro polvo: ¿cómo no osas tú cristiano ponerte en las manos de tu Cristo? Ecce venio cito, tene quod habes: ut nemo accipiat coronam tuam, dijo Dios al obispo de Filadelfia, en el tercer capítulo del Apocalipsis, y es como si dijera: Mira que vendré muy presto, y por eso aprieta y guarda lo que tienes en la mano: porque de otra manera, tomarte ha otro la corona y cetro: y quedarte has tú del todo burlado. ¿Qué otra cosa es aconsejarnos Cristo que guardemos lo que tenemos en la mano, sino avisarnos y amonestarnos, a que perseveremos en las buenas obras que hemos comenzado? Dime yo te ruego, ¿el beneficio de haberte Dios criado de no nada, y el haberte redimido con su preciosa sangre, y el haberte sacado del mundo, y traído al monasterio, no son por ventura mercedes estas para que las guardes, y aun para que las agradezcas? Terrible sentencia y gravísima amenaza es la que el señor nos pone aquí: es a saber, que si no tuviéremos en las buenas obras perseverancia que perderemos la corona de la gloria: de manera, que si no quisiéremos ser buenos por amor, lo seamos siquiera por temor. No vaca de alto misterio, que primero dijo, ecce venio cito, que non ut nemo tollat a te coronam: para darnos a entender, que está el señor aparejado, de venir en nuestra ayuda, si nos esforzamos a perseverar en la buena obra. Teniendo pues a tan buen señor a tu lado y en tu ayuda: ¿porqué temes de emprender alguna buena obra? Ego sum alpha et, dijo Dios Apocalipsis primo, como si dijera: Yo soy el principio y yo soy el fin: yo sólo soy el que doy

gracia para que las buenas obras se comiencen, y yo solo soy el que me hallo allí con ellas, para que del todo se acaben. El mundo y sus mundanos, la carne y sus vicios, el demonio y sus engaños, son los que nos meten en los trabajos, y después nos desamparan en ellos: que Cristo nuestro Dios a nadie encamina en hacer alguna buena obra, que no le dé gracia para que al fin salga con ella. San Bernardo sobre los cánticos dice: Oh cuán gloriosa eres, oh perseverancia, pues de ti sola se puede decir, que eres amparo de las virtudes, vigor de las fuerzas, nudo de las amistades, lazo de la vanidad, defensa de la santidad, hija de la constancia, amiga de la paz, medianera del premio, y corona del trabajo.

Fin.

***Freeditorial*** 

¿Te gustó este libro?

Para obtener más e-Books GRATUITOS visita [Freeditorial.com](http://Freeditorial.com)